SANTIAGO CASTELLANOS

REY DE LOS GODOS



Toletum, siglo VII. Sergio mira hacia atrás, hacia su pasado. Son muchas las cosas vividas y los hechos por los que ha transcurrido su existencia: el asesinato de Agila, las guerras civiles, las querellas religiosas, el ascenso al trono de Leovigildo, cuya ingente obra política sigue aún viva…, y la formación del reino godo en Hispania.

Desde que guarda memoria, desde aquel día que entró en el monasterio de Santa Eulalia, en su Emérita natal, su mundo ha dado un vuelco. Él, que se inició como *puer* al servicio de Dios, marchó luego junto a Recaredo, rex Gothorum, como consejero, muñidor de las entretelas y tejemanejes de la gran partida por el poder del reino. A resguardo de los años y el frío en el complejo palatino de la capital, sabe que debe dar cuenta de todo. Han sido años de luchas y traiciones, disputas y pactos, pero también de recelos, amistades y amores perdidos. Y ahora, cuando todo ha cambiado y el reino vive una paz tan ansiada como delicada, es el momento de contarlo.

Rey de los godos es la historia de Sergio y, con ella, la de los convulsos tiempos que decidieron el futuro de lo que había sido la Hispania romana; una tierra peligrosa en la que imperan el caos y la batalla, donde las ambiciones y el ansia por el poder chocan con el amor y las pasiones. Santiago Castellanos nos adentra, con una narrativa ágil y poderosa, y siempre con rigor histórico, en un mundo repleto de amarguras, esperanzas, anhelos y aventuras que dio lugar a uno de los episodios más decisivos de la historia de Occidente. Es, en definitiva, una simbiosis perfecta entre historia y literatura de unos tiempos que hoy día nos siguen sorprendiendo.

Santiago Castellanos

Rey de los godos



Título original: *Rey de los godos*
Santiago Castellanos, 2023

-

Revisión: 1.0

26/09/2024

A mis hijos, Vega y Enrique.

Dramatis personae

En cursiva, personajes históricos.

Agila: rey godo. Tuvo que enfrentarse al rebelde Atanagildo, que logró el apoyo de las tropas del Imperio romano de Oriente. Fue asesinado en Emérita en 555.

Amando: monje y clérigo en Santa Eulalia y en el obispado de Emérita.

Antestio: jefe del grupo de «los infames» en el complejo de Santa Eulalia.

Apolodoro: dueño de una supuesta tienda de especias en Toletum.

Aprilio: viejo rival de Basilio en el obispado de Emérita.

Atanagilda: rey godo entre 555 y 567. Se rebeló contra el rey Agila, dando lugar a una guerra que duró varios años. Esposo de Gosvinta, del matrimonio nacieron Galsvinta y Brunequilda, que se casaron con reyes francos.

Basilio: rival de Amando y de Aprilio entre el clero y los monjes de Emérita.

Claudio: noble romano de Emérita, fue *dux* de Lusitania, gobernador y jefe militar de la provincia, y uno de los más potentes generales de Recaredo.

Draconcio: fortachón del grupo de «los infames» en Emérita.

Elia: noble de Emérita. Pertenece a la aristocracia de tradición romana.

Eufemio: obispo católico de Toletum.

Faustino: bibliotecario del monasterio de Santa Eulalia en Emérita.

Fidel: obispo de Emérita en el siglo VI. Sucedió a su tío Paulo y antecedió a Masona.

Gaudencio: antiguo *dominus* expropiado en Emérita.

Gaudila: amigo de Masona y de Sergio; hijo de Teodulfo, la familia pertenece a la aristocracia goda.

Gelio: agitador del grupo de «los infames» en Emérita.

Gosvinta: esposa del rey Atanagildo (muerto en 567) y del rey Leovigildo (fallecido en 586). Madre de Brunequilda y de Galsvinta, y abuela de Ingunda, esposa de Hermenegildo.

Hermenegildo: hijo mayor de Leovigildo y hermano de Recaredo. Casado con Ingunda, nieta de Gosvinta e hija de Brunequilda, se convirtió al catolicismo en Híspalis, tutelado por el obispo Leandro. Se rebeló contra su padre. Perdió la guerra civil y fue ejecutado en Tarraco por un tal Sisberto.

Isidoro: hermano menor de Leandro y obispo de Híspalis, actual Sevilla, entre *ca*. 600 y 636. Será uno de los personajes más influyentes en la Hispania visigoda y uno de los autores más prolíficos de su tiempo. Sus obras fueron copiadas y circularon por doquier posteriormente en la Europa medieval. En la novela aparece en su juventud y a la sombra de su hermano mayor.

Jana: jefa absoluta del «reino» que porta su nombre en

Toletum.

Lauco: cerebro inerte del grupo de «los infames» en Emérita.

Leandro: obispo de Híspalis, actual Sevilla, entre *ca*. 577 y *ca*. 600. La familia era originaria de la Cartaginense. Leandro negoció con el Imperio romano de Oriente el eventual apoyo a la rebelión de Hermenegildo. Regresó de Constantinopla años después. Participó en el concilio III de Toledo (589). Su hermano menor, Isidoro, fue su sucesor en el obispado hispalense.

Leovigildo: rey godo entre *ca*. 568 y 586. Se casó con Gosvinta, viuda del rey Atanagildo. Tenía hijos de una unión anterior: Hermenegildo y Recaredo. Estalló una guerra contra el primero, que fue derrotado y ejecutado; el segundo fue su sucesor en el trono. Amplió las bases territoriales, fiscales, jurídicas y políticas del reino godo.

Lino: jefe del *fiscus* regio.

Masona: obispo de Mérida desde *ca*. 572/3 hasta su muerte en los primeros años del siglo vil Sufrió exilio por orden de Leovigildo, aunque pudo regresar a su sede. Participó en el concilio III de Toledo.

Modesto y Elio: respectivamente, padre y hermano de Elia.

Paulo: obispo de Emérita a mediados del siglo VI. Originario del Mediterráneo oriental, tenía conocimientos médicos e intervino a la esposa de un noble romano de la ciudad. Heredó el inmenso patrimonio de la pareja, que utilizó como mecanismo de negociación para imponer la sucesión en su sobrino Fidel.

Pomponio: esposo de Elia y colaborador de Claudio.

Porfirio: encargado del archivo y de los *scrinia*, los principales departamentos burocráticos de la corte goda en Toletum.

Recaredo: rey de los godos entre 586 y 601. Se mantuvo al lado de su padre Leovigildo en la guerra civil contra Hermenegildo. Se convirtió del arrianismo al catolicismo hacia 587, y convocó el concilio III de Toledo (589), que escenificó la conversión general del reino y de sus magnates. Le sucedió su hijo Liuva II, que fue apartado y asesinado por Witerico en 603.

Sabiniano: abad del monasterio de Santa Eulalia en Mérida.

Saurio: mercader que, procedente del Imperio romano oriental, llega a Emérita en la época del obispo Paulo.

Sega: magnate godo que se rebeló en Emérita contra Recaredo.

Sergio: protagonista de la novela y autor de unas amargas memorias de un confidente de reyes godos.

Sisebuto: rey godo entre 612 y 621. Estuvo en estrecho contacto con Isidoro de Sevilla, compuso textos literarios, y persiguió a los judíos. Isidoro da a entender que fue envenenado. Fue sucedido por su hijo Recaredo II, que duró en el trono solamente unas semanas.

Sunildo: obispo arriano en Toletum.

Suna: obispo arriano de Emérita en la época de Leovigildo. Se rebeló contra Masona y Recaredo en 587/588.

Teodulfo: padre de Gaudila y miembro de la corte del rey godo Agila.

Tesquio: abad de Santa Eulalia tras Sabiniano.

Uldila: obispo arriano de Toletum. Urdió, probablemente junto a Gosvinta, una conjura contra Recaredo *ca*. 587/588.

Venancio: jefe de escribas regios en la corte de Toletum.

Vigilancio: monje que sufre las aberraciones del grupo de

Antestio en el monasterio de Santa Eulalia.

Witerico: rey godo entre 603 y 610. En su juventud, había participado en la conjura contra Masona y Recaredo en Emérita 587/588, aunque se retiró en el último momento e informó al *dux* Claudio, que desbarató el movimiento. Accedió al trono en 603, tras apartar a Liuva II, hijo y sucesor de Recaredo. Fue a su vez asesinado como consecuencia de una conjura aristocrática.


EL REINO GODO EN LA
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO VI
REINOS FRANCOS
MEROVINGIOS
TOLOSA
SEPTIMANIA
NARBO
Astures
Cántabros
Vascones
Río Minius
REINO DE
LOS SUEVOS
BRACARA
TARRACONENSIS
BARCINO
Río Durius
CAESARAUGUSTA
Río Iberus
TARRACO
TOLETUM
LUSITANIA
SCALLABIS
Río Tagus
OLISIPO
EMERITA
Río Anas
CARTAGINENSE
VALENTIA
BALEARES INSULAE
BAETICA
HISPALIS
CORDUBA
Río Baetis
CARTHAGO
SPARTARIA
DOMINIOS DEL IMPERIO
ROMANO ORIENTAL
GADES
ASIDONA
N
O
E
S

Prólogo

1 de febrero del 621

Escribo estas líneas en mi vejez, próximo a cumplir los ochenta años, en la ciudad de Toletum, sede regia del *regnum Gothorum*.

El rey se encuentra mal. Se muere.

Ha sido envenenado.

Están preparando a su hijo, el niño Recaredo, para que entienda que el fin de su padre, el rey Sisebuto, está muy próximo. Es cuestión de días, acaso de horas.

Debo estar al lado del chico. Su padre así lo quiso y me lo ordenó cuando aún podía hablar.

Y también porque yo, Sergio de Emérita, estuve junto al primer Recaredo incluso antes de que este reino fuera católico. Si mi decrepitud me lo permite, tutelaré sus primeros pasos como rey. Él será el segundo Recaredo.

Ahora solo deseo recordar mi origen y todo aquello que perdí. Quizá, porque me hallo en la antesala de mi propia muerte, pero mi memoria, ya muy fragmentada, vuelve una y otra vez a aquellos instantes fugaces de la juventud. Y es a partir de ellos cuando da un salto hacia los días en los que, al lado de aquel primer Recaredo, participé en el gran juego, que no era otra cosa que el destino de Spania.

Aquel combate que se dirimía en el pasado, la conversión del reino de los godos, era mi propia historia.

La historia de mi tragedia.

Primera parte

Ruptura

1

Emérita, otoño del 554

Aquella mañana otoñal, cuando acompañé a mi tío a la abadía, el sol brillaba pleno, sin ninguna nube que lo envolviese. Sería la primera de muchas en el monasterio.

Él tenía otras bocas que alimentar, su esposa y sus tres hijos, y no podía mantenerme por más tiempo. Así que, como a tantos otros, me tocó entrar en la caridad de Santa Eulalia, la mártir de los tiempos romanos. Pero todo eso, claro, lo supe luego.

El monasterio había sido levantado, poco a poco, junto a la iglesia construida sobre una tumba de la necrópolis de un *suburbium* al norte de Emérita, muy cerca de las murallas de la ciudad: el mausoleo de la niña ejecutada por los gobernadores romanos.

Todo había ocurrido más de doscientos años antes, y la inicial sepultura, bajo el altar de la basílica, dio lugar a una cripta. Y todo el conjunto se fue convirtiendo en una gran tumba. O, mejor dicho, en un aluvión de decenas de ellas. Los ricos, los gerifaltes eclesiásticos y monásticos, todos aquellos dispuestos a entregar donaciones al complejo de Santa Eulalia, se apelotonaban en vida para volver a agolparse una vez muertos y ser enterrados junto a los restos de la mártir.

Gracias a la fama del lugar, el monasterio fue recibiendo más y más visitas de fieles de toda la Lusitania, y también del resto de Hispania, de la Galia, de Italia, del norte de África e, incluso, del Imperio romano de Oriente.

Aquel día, yo tendría unos doce años.

Salimos al alba de nuestro *vicus*, un poblado situado al sur del Anas, el río que discurre junto a la ciudad. Mi tío me contó que iba a negociar sobre un par de cerdos y un pollino para el monasterio, que yo ya empezaba a ser mayor y que debía acompañarlo, porque la vida estaba llena de responsabilidades.

Yo, claro, no intuía nada. Pero se estaba despidiendo de mí.

Sin embargo, en el camino, mientras cruzamos el río y bordeamos la ciudad por el oeste, con las murallas a nuestra derecha, mi tío se mostró muy locuaz, siendo como era de natural callado. Y parecía tener prisa.

—Vamos, Sergio, mueve el culo. —Recuerdo bien sus palabras, porque fueron las últimas que me dirigió.

Una vez pasado el portón principal, me pidió que esperase en el patio, que él tenía que hablar con los monjes. Pero no habló, sino que solamente me hizo un gesto con la mano derecha y miró hacia los monjes.

No lo volví a ver.

* * *

Es curioso cómo a veces los recuerdos de los días más importantes de nuestra vida se nutren de detalles. Suele suceder en los más alegres, pero también en los funestos. Y digo esto porque mi memoria se empeña en recordarme algo de aquel instante, ahora que el próximo otoño llegaré a los ochenta años. O eso creo, pues mis tíos no sabían bien cuándo mis padres me trajeron a este mundo.

Se me quiebra el espíritu, porque no los recuerdo en absoluto. Murieron cuando yo era muy niño, en una refriega en el entorno de Emérita, o eso me contaron. Por aquel entonces, los señores de la guerra, los bárbaros, y algunos *domini* romanos, campaban a sus anchas. Un año unos proliferaban con cierta hegemonía; otro, otros. Así que mis tíos se ocuparon de mí.

Ahora me doy cuenta de que las cosas no han cambiado tanto. A pesar de los esfuerzos de tantos, incluso míos, por conseguir una paz duradera en Spania. El rey Sisebuto, a quien Dios tenga en su gloria en cuanto cierre sus ojos para siempre, ha estado muy cerca de lograrla, gracias también a los consejos de Isidoro, obispo de Híspalis. Dios guíe a ambos: a Sisebuto, para que se congracie con el Altísimo; a Isidoro, para que lleve a buen puerto su influencia en el reino y en toda Spania.

Circula por las calles de la capital un rumor siniestro. Las paredes bien informadas cuchichean. Se cuenta que el envenenamiento del rey tiene que ver con la persecución contra los judíos, algo que yo mismo alenté. Aunque hay quien dice que eso es falso y malintencionado, que alguien cercano a él lo ha envenenado por ambición.

Dios se apiade de Spania, porque de mí no creo que lo haga.

Mientras otros se afanan por decidir el destino de tantos, yo, que ya lo he hecho en demasía, me entrego a recoger mi vivencia, por si pudiera interesar a los que nos gobiernan en estos años y en los futuros. Decidí en su momento que mi nombre fuera eliminado de los registros oficiales, y estos pergaminos, será el propio Isidoro quien decida qué hacer con ellos.

Mencionaba antes la cuestión de los detalles, sí, los detalles de los días más importantes de nuestras vidas. La misma memoria que no me permite recordar a mis padres me fustiga con la imagen vívida de aquella mañana soleada, el patio del monasterio, los monjes yendo de un sitio para otro, las gallinas que pasaban junto a mis piernas. Aquella fría y terrible sensación de orfandad.

Ese es otro detalle que aún me azota. No tanto la orfandad en sí, que tardaría mucho tiempo en comprender, sino los pormenores que, sin yo saberlo aún, la anunciaban. El miedo me atenazó al ver que mi tío no regresaba. Aun así, el detalle más afilado que mi memoria me lanza es el recuerdo de cómo me cegaba la luz del sol.

Porque, a pesar de aquella brillantez turbadora, no sabía aún que iba a conocer a Elia aquella misma mañana.

2

El monasterio era, en realidad, un conjunto de pequeños edificios construidos con materiales muy modestos, en su mayoría adobe. Aunque había excepciones, que, como supe pronto, eran cada vez más frecuentes; pero, por aquel entonces, solamente en algunos rincones afloraba la piedra perfectamente trabajada y, en ciertos recovecos, se veía mármol, marfil y plata. El primero estaba presente en los aposentos del abad y de monjes veteranos. Los otros dos, en utensilios y en materiales reaprovechados de una antigua villa sobre la que se había levantado el primer monasterio. Los tres, en la iglesia, la joya del lugar.

Todo el complejo, los barracones de los monjes, el comedor, la biblioteca, las dependencias de los principales, incluso los corrales y las cuadras que quedaban algo más alejados, todo surgía como un sarpullido en los alrededores de la basílica de Santa Eulalia. La razón de ser del monasterio no era otra que el mausoleo de la mártir.

Hace mucho tiempo, demasiado, que no voy por allí; que no bajo las escaleras de piedra que, desde el altar, conducen a la cripta; que no me humillo y que no oro ante la pequeña estructura rectangular, siempre con ofrendas y rodeada de sepulturas en las que se custodiaban los restos de la muchacha: sus sagradas reliquias; que no percibo el olor de sus velas, el tacto de los cortinajes que se dispusieron para separar el mausoleo del resto de la cripta; que no me topo con el trasiego de los fieles.

La iglesia estaba formada por tres naves en el interior, separadas entre sí por fuertes columnas. En el exterior, dos torres le daban un

aspecto de fortaleza; aunque para cuando yo las vi por vez primera solamente mostraban el arranque de los basamentos, luego se dejarían ver desde cualquier punto de los suburbios al norte de la ciudad. Fue el obispo Fidel quien, años más tarde, las iba a culminar. En cierto modo, su existencia es la herencia de aquel hombre santo.

Esa rivalidad entre la ciudad y su *episcopus*, por un lado, y la iglesia de la mártir, por otro, explica muchas cosas. Lo fui entendiendo con el tiempo. Controlar el culto a la mártir, a sus reliquias, las donaciones, las esperanzas de las multitudes, suponía un campo de batalla. Y no sabíamos que estábamos de lleno en él.

* * *

El sol me cegaba mientras aguardaba en aquel patio, en la confianza de que en cualquier momento iba a aparecer mi tío, apremiándome para volver al *vicus*. «Sergio, vámonos, tu tía me tirará de la oreja si llegamos tarde», imaginaba, cuando vi que un monje joven, de unos veinte años, caminaba hacia mí. No recuerdo su nombre; solo sé que murió poco después, en una de las refriegas.

Fue justo entonces cuando la conocí.

Yo no me di cuenta, pero dos muchachas se acercaron a mí por detrás. Una de ellas me tomó por el brazo. Puedo escuchar ahora sus risitas, que me sacaron de mis pensamientos. Sin aún saber que iba a caer en otro mucho más duradero.

—Tú eres el nuevo, ¿verdad?

Era pelirroja y con un rostro blanquecino repleto de pequitas con expresión pizpireta.

No la volví a ver nunca, pero el sentido taimado que le dio a su pregunta y su tono, repleto de esa dulzura que precede a la mofa, repiquetean en mi memoria.

—Hemos venido a traer unos donativos —aclaró después de mencionar sus nombres—, y aquí todo se sabe. Por ejemplo, que

hoy venía «un nuevo» —enfatizó sus palabras con una sonrisa burlona.

He olvidado el nombre de la pelirroja.

No, claro, el de ella.

Debían de tener más o menos mi edad. Elia permanecía en silencio junto a la pelirroja. Yo acababa de dejar de mirar hacia el sol, un poco porque la vista lo acusaba, otro poco porque me habían sorprendido. O asustado, ahora que lo pienso. En el *vicus* jugaba con otras chicas, amigas de mis primos, a las bolas de barro cocido. Una de ellas ganaba siempre, pues lograba que su bola amarillenta quedara más cerca de la pared que ninguna otra. Eran los escasísimos ratos en los que no teníamos que ayudar a mis tíos con las labores del campo.

No sabíamos que el tiempo de los juegos se acaba, y que no vuelve.

La pregunta de aquella muchacha pelirroja me abrió un horizonte nuevo. Y ahí me llegó el pavor. No sé si fue por el trasiego de los monjes, que iban de un lado a otro de aquel patio de tierra batida, que entonces me pareció enorme, casi inabarcable, por no ver a mi tío, o por el deslumbramiento de aquella luz cegadora. Aún hoy no acierto a entenderlo, pero no supe responder a la pelirroja.

Y fue entonces cuando Elia habló. Y algo se removió dentro de mí, y lo hizo para siempre.

—Sshhh, déjalo, está muerto de miedo.

Cada vez que rememoro aquel momento, me sigue sorprendiendo que la sombra de las dos torres de la iglesia del monasterio recayera sobre ella. Tenía una silueta esbelta, encajada en una túnica larga de tono verdoso claro y ceñida con un cíngulo de esparto muy fino, los cabellos largos, ondulados y brunos, y unos ojos del mismo tono oscuro. Aquella oscuridad enigmática que envolvía a Elia parecía producto de la sombra, pero se trataba, más bien, de una mimesis entre ambas. Y contrastaba con la cara y las manos, blanquecinas y finas, aunque enérgicas. Su voz sonaba dulce pero contundente, suave pero certera.

Estaba a punto de contestar cuando me llamó aquel monje que

venía hacia nosotros.

—¡Sergio! —exclamó, y mi nombre resonó en el patio—. Eres Sergio, ¿verdad?

El monje podía haber sido el hermano mayor de la otra chica, también pelirrojo y cubierto de pecas. Me sonreía abiertamente, pero yo no dije nada.

Las dos muchachas me miraron divertidas, como esperando el santo advenimiento de mi contestación. Miré a un lado y a otro, y me limité a asentir.

—Anda, vamos, nos espera el abad Sabiniano. —El monje me tomó del brazo con suavidad, aunque me insistía con su sonrisa abierta.

Me condujo al único edificio que tenía dos plantas. Estaba construido con piedra, con grandes sillares rectangulares. Al igual que los arranques inacabados de las torres que parecían querer convertir a la iglesia en una fortificación, impactaba por su solidez. La puerta principal estaba inserta en unas pilastras de mármol con decoraciones vegetales, de las que me llamaron la atención las piñas: había muchísimas. El dintel, por el contrario, más sobrio, solo se componía de unos pequeños rombitos. Mi mente, entre infantil y adolescente, al verlos enlazados unos con otros, me sugirió la imagen de cientos de hormiguitas apiñadas en torno a unas migas de pan.

Al cruzar el umbral, se me ocurrió volverme y mirar hacia atrás. Mis nuevas amigas permanecían a unos diez pasos con la misma expresión divertida. No pude evitar maravillarme ante los rizos de Elia y sus ojos oscuros.

—Pronto nos veremos, Sergio —dijo la pelirroja.

Antes de notar cómo la mano del monje tiraba de mi brazo hacia el interior del edificio y cómo mi pie derecho pisaba sobre el suelo de mosaico, pude comprobar que Elia, a diferencia de su amiga, acababa de mudar el gesto.

Me miraba fijamente.

Después, sonrió.

3

Nos hallábamos en la sala que ocupaba el piso bajo. En los dos extremos había unas dependencias donde los principales del monasterio llevaban a cabo sus gestiones; allí recibían a los monjes, a los ricos de la ciudad que acudían a negociar una *donatio* para, cuando llegase la hora, ser enterrados en la cripta de la mártir o a los proveedores que recibían pagos por los víveres y manufacturas que el monasterio no era capaz de producir. En el piso superior se alojaban tanto el abad como los monjes superiores del monasterio.

Aunque, aquel día, yo no conocía nada de todo eso. Solamente percibía, a pesar de mis borceguíes, la frialdad del suelo, compuesto por un mosaico que evocaba las labores del campo: arriba, a la derecha, había campesinos segando, sembrando, recogiendo haces de paja, mientras que en la parte inferior vendimiaban entre vides repletas de racimos de uva oscura; a la izquierda, otros conducían a los ganados hacia el interior de los corrales, esquilaban ovejas, o limpiaban las crines a unos caballos. Mis ojos se centraron en un rincón, donde un niño acompañaba a un campesino en las labores de la vendimia, y entonces escuché una tos.

Me pareció propia de una voz hueca, retumbante, ajada por los años. Procedía justo del recodo menos iluminado de la estancia, al fondo, en mitad de una penumbra provocada por la ausencia de un ventanal. Por las paredes, sin embargo, se abrían vanos estrechos y altos, equidistantes entre ellos, que se abrían paso a duras penas entre los muros de piedra.

Años después entendí por qué aquel hombre se ocultaba en el

rincón. Mantener la distancia, envolverse en penumbra, desorientar al recién llegado, es una estrategia hábil para amedrentar a un invitado o a un preso.

—Joven Sergio, bienvenido al monasterio de Santa Eulalia. —Las sílabas resonaban en los muros. El temblor de la voz no erosionaba su autoridad—. Soy el abad Sabiniano, al frente de este sagrado lugar hasta que Dios me lleve con él.

Era solo un muchacho, y noté cómo un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Fue entonces cuando comencé a intuir que mi tío podría no regresar.

El monje pelirrojo salió apresuradamente de la sala. El anciano de voz lúgubre permanecía sentado, con las manos huesudas entrelazadas, iluminadas por una lucerna que tenía en el lateral de la mesa de madera. A su lado, dos monjes de edad madura lo flanqueaban, de pie, entre las sombras.

Uno de ellos, de rostro escuálido, como salido de ultratumba, y marcado con picaduras, dio dos pasos hacia mí. Su rictus era por completo inexpresivo.

—Sergio, has de saber que es un honor para ti formar parte de esta casa sagrada. Es tu obligación, desde este mismo momento, asumir tu condición de *puer* de Santa Eulalia, de muchacho al servicio de nuestra mártir, y debes jurar obediencia a tu abad.

Aquellas fueron las primeras palabras que pronuncié en el monasterio. No había contestado a la amiga de Elia, ni a ella misma le dije nada; tampoco al pelirrojo que me guio hasta el abad. Mis primeras palabras fueron para jurar obediencia. Un formulismo complejo que ha ido cambiando con el tiempo, pero que, en esencia, consistía en poner mi destino en sus manos y en las de nuestra mártir Eulalia.

El abad hizo un gesto despectivo con su mano izquierda, a una velocidad sorprendente, dados los temblores que la acuciaban. Los dos monjes comprendieron a la primera y salieron en silencio, dejándome a solas con él.

Yo era un simple chiquillo de un poblado de las afueras de Emérita y no entendía nada de todo aquello. Agaché la cabeza,

triste, porque, pese a todo, sí llegué a enterarme bien de algo: mi intuición primera se confirmaba. Me quedaba solo.

Con gran esfuerzo, el abad se levantó de la silla y vino hacia mí, y entonces sí pude distinguir sus rastros bajo la fuerte luz que se colaba por los vanos. La penumbra seguía dominando, sin embargo, el rincón en el que la lucerna alumbraba tenuemente una parte de la mesa.

Sabiniano tenía por aquel entonces una edad parecida a la mía ahora. Los cabellos aún pueblan mi cabeza, aunque son blancos y hace años que han perdido cualquier brillo. El abad, sin embargo, solo conservaba algo de cabello en los laterales, y justo encima de las orejas. Era el hombre más viejo que yo nunca hubiera visto. Ni siquiera el anciano Macrino, tan querido en todos los *vid*, lo alcanzaba en senectud.

Macrino había sido maestro en la ciudad hasta que la locura de los tiempos, las matanzas y amenazas, lo empujaron a dejar aquella vida acomodada, porque sus clientes eran los hijos de los *domini* más acaudalados. Cuando el miedo nos atenaza, cuando la inestabilidad y la pobreza aparecen, cuando la violencia nos empieza a rodear, los maestros desaparecen, pues son vistos como algo prescindible. Y, como tantos otros, Macrino decidió marcharse a cultivar un huerto que había heredado de la familia de su mujer en uno de los riachuelos cercanos a Emérita, aunque, mientras conservó la vista, siguió enseñando los rudimentos a los niños de los *vid*. Yo fui uno de esos niños.

El recuerdo de Macrino me ayudó a sobrellevar el miedo mientras Sabiniano se acercaba a unas sillas. Arqueaba las cejas, compuestas cada una de ellas por apenas una docena de pelos, y no las arqueaba por ningún gesto nervioso, como me pareció la primera, la segunda y la tercera vez que lo hizo, sino en escuetos movimientos compulsivos del todo intencionados. A la vez, miraba hacia arriba y esbozaba una sonrisa abierta y desaforada, como satisfecho consigo mismo.

Sucedió entonces algo que me dejó aún más perplejo: un aparente alargamiento de su pescuezo, como si hubiera emergido del

interior de su pecho en un tramo hasta entonces invisible. Quedó así expuesto un cuello delgado pero surcado por mil estrías, como un haz de pajas de las que yo apretaba en los establos de mi poblado, que permitió que su barbilla —afilada y muy mal afeitada— apuntara a las sillas.

Comprendí al fin lo que quería de mí y, en cuanto él tomó asiento, yo lo imité.

—Bueno, bueno, bueno. —El anciano tragó saliva e inspiró con fuerza. Volvió a toser e hizo una larga pausa. Yo temía que las estrías de su cuello interminable lo consumieran sin piedad—. Muchacho, tengo algo que decirte.

Entonces, terminé de sospechar y comencé a comprender. En ocasiones, hay un límite sutil entre una cosa y otra. Podemos intuir que algo malo nos va a suceder, pero no tenemos la certeza, e, incluso cuando la tenemos, podemos no entender lo que ocurre. En apariencia, cuando comprendemos abandonamos el terreno de la ignorancia, que es donde crece la intuición. Pero, con los años, me he dado cuenta de que esta es muy poderosa. Lo he aprendido a fuerza de golpes. Y aquel fue el primero, sin yo saberlo aún. Sin embargo, estoy seguro de que Sabiniano podía leer mis pensamientos y se había dado cuenta.

Yo continuaba sin abrir la boca. Me había limitado a repetir desaforadamente las palabras que los dos monjes me habían ido susurrando para alcanzar el juramento comprometido.

—Tu tío vino a hablar conmigo hace unos días —continuó de repente Sabiniano—. Bueno, en realidad —carraspeó, pero logró evitar la tos—, en realidad, digo, lo había hecho antes. Había enviado a un conocido suyo, a un ganadero que comparece habitualmente por aquí.

Yo me estremecí.

—Hijo, vas a quedarte aquí. Tu tío no puede seguir manteniéndote. Desde hoy, eres un *puer*. Vas a recibir una educación, trabajarás con las manos y con el alma, y vas a crecer en la veneración a nuestra mártir, como monje de su monasterio y como clérigo de su basílica.

—¿Por cuánto tiempo, señor? —fue lo único que acerté a decir.

Esa fue mi única reacción. No hubo llantos ni protestas, solamente la certeza de haber intuido una sospecha atroz.

—Para siempre, hijo. —Sabiniano me pidió con un gesto que lo ayudara a levantarse. Para mi asombro, el pescuezo retomó a su redil, de la misma manera mágica y siniestra en la que había emergido. Clavó sus ojos blanquecinos en los míos, y recuerdo la sensación de frialdad que me sacudió por dentro—. Estarás aquí el resto de tu vida.

4

Y entonces lloré. Compulsivamente, sin consuelo. Los campesinos, a mis pies, con los ganados y en los campos, fueron testigos mudos de mis lágrimas. Las teselas se mostraban indiferentes a mi amargura.

Cuando nos dan una mala noticia, tendemos a agarrarnos a la última esperanza. Y, cuando esta cae, cuando tenemos la certeza absoluta de lo definitivo, de que no hay vuelta atrás, nos hundimos. Y eso es lo que, de repente, me ocurrió. Me rompí.

Sabiniano se acercó con pasos temblorosos a la puerta y ordenó a los dos monjes que me acompañaran. En el patio nos rodeó el habitual trasiego matinal: monjes de un lado a otro se abrían paso entre ganaderos y hortelanos que colocaban sus productos. Aunque, angustiado como iba, de poco me daba cuenta yo.

—No te preocupes, chico. Te llevamos hasta los barracones de los demás *pueri*, los chicos de tu edad —dijo uno de los monjes al ver que me secaba las lágrimas con la manga de mi túnica parda y ajada—. Debes entrar tú solo. Mira, es allí. Ellos te dirán lo que debes hacer. —Señaló con el dedo índice hacia un edificio alargado, de aspecto modesto, con paredes de adobe, situado en el extremo opuesto del patio.

Tragué saliva. Ya no me quedaba lágrima alguna. Me volví para preguntarles qué debía decir una vez dentro de los barracones, pero ya no estaban conmigo, sino que entraban de nuevo en la sala del mosaico. Sentí, repentinamente, como una losa, la orfandad y el abandono sobre mí.

Aterrorizado, temblaba de camino a la puerta, cuando me di cuenta de que cuatro chavales de mi edad no me quitaban el ojo de encima. Sus semblantes eran aparentemente afables, y sonreían como diciéndome: «No te apures, eres nuevo, pero aquí todo te irá bien». Al momento, sin embargo, cambié de idea, y me temí una paliza al leer en sus rostros: «Tranquilo, no te vamos a machacar».

Ellos debieron intuir mis pensamientos.

—No te molestes en mirar hacia atrás, y tampoco en esperar —dijo uno de los cuatro, de gordura desbordante, pelo muy corto y con unas manchas oscuras y redondeadas en la cara.

No contesté. Intenté reprimir las lágrimas y el impulso de orinarme encima. Pero no pude. Afortunadamente, fue una meada muy leve, apenas perceptible desde fuera.

Su compañero, de estatura sorprendentemente escasa a pesar de que parecía de la misma edad, tomó la palabra para pronunciar las palabras que yo tanto temía:

—No va a volver.

Lo miré con resignación. Su aspecto, además de por ser tan bajo, resultaba aún más extraño gracias a unos picos peculiares en el cabello en la parte alta de la cabeza.

Sus palabras terminaron de machacar mi ánimo. Para mi propia sorpresa, noté el impulso de orinarme encima. Ruborizado, junté las piernas, pero sentía el pis ya en mis pantorrillas. Fue leve, apenas perceptible, pero la túnica era demasiado corta, y los cuatro se miraron entre sí.

El pequeñajo señaló con el dedo, pegando con el codo al que tenía a su derecha. Era este último un tipo fuerte, con un pecho que parecía querer salirse de la túnica, aunque menos alto que el famélico que lo había recibido en el portón, que ganaba ampliamente a los otros tres en altura.

Por mi carácter retraído, yo estaba curtido en el sacrosanto asunto de las burlas y de las batallas infantiles. Supe que habría una algazara previa a las ofensas y las mofas, y me preparé para lo peor.

Pero nada de eso se produjo.

Solamente se escuchó la voz sedosa y cálida del chico enclenque,

acorde con el tono rubio de sus cabellos y de su tez asombrosamente blanca.

—No te preocupes. Es normal. Acompáñanos, vamos a los barracones. Los de nuestra edad tenemos asignada la zona meridional. Los adultos y los ancianos quedan al norte, por el calor, que aquí dura muchos meses, ¿sabes? ¡Bueno, qué tonterías digo! Tú vienes de los *vid* del otro lado del río y estás acostumbrado. Aquí se sabe todo. —El muchacho se puso la mano derecha sobre la frente, como reconociendo que acababa de decir algo superfluo, aunque, a todas luces, exageraba sus ademanes—. Te enseñaremos tu camastro. Será tu hogar para, digamos, los próximos meses. ¡Ah, por cierto! Me llamo Antestio. Y ellos son Lauco, Gelio y Draconcio. —Señaló, respectivamente, al gordo con manchas en la cara, al pequeñajo de pelo picudo y al fortachón de pecho fornido.

Cruzamos el patio a paso ligero. A mí me costaba caminar con la humedad en mis partes íntimas, extendida ya por completo hacia las pantorrillas. Miré una vez más hacia atrás, hacia el portón que comunicaba el monasterio con el mundo exterior, pero ahí no había nada ni nadie. Sabiniano no había mentido. Ese era mi nuevo hogar, y me sentí ahogado en la desesperación. Y en el pis, claro.

—Sshhh, tranquilo, nadie más se dará cuenta —me susurró Antestio al oído, agachándose hasta casi doblar el espinazo, y aprovechó para pasarme por las pantorrillas un pequeño trapo que había sacado de un bolsillo de su túnica.

Se lo agradecí con fervor, como si una mano del cielo hubiera acudido súbitamente en mi socorro.

En la puerta de entrada a los barracones estaba reclinado un monje de unos veinte años. Con el brazo apoyado en la jamba, proyectaba una extraña sensación de serenidad. Cuando llegamos a su altura, bajó aún más el brazo para no dejarnos pasar.

—Vaya, vaya, uno nuevo —exclamó, alternando su mirada hacia mí y hacia Antestio.

Me sorprendió la calidez de su voz. Esperaba un tono desafiante, dada la postura.

—Sí. Se llama Sergio, y viene de los *vici* —contestó Antestio.

Estaba claro que todo el monasterio tenía noticia de mi llegada.

—Sí. Lo sabía. —El monje se cruzó de brazos, dejando así expedito el camino al interior de los barracones de los *pueri*—. Bienvenido al monasterio de Santa Eulalia, muchacho.

—Pronto dejarás de compartir este espacio, Amando —dejó caer Antestio mientras sus amigos pasaban dentro.

—Así es. El venerable obispo Paulo y nuestro abad Sabiniano han estado hablando mucho estas semanas, y parece que va a haber algunos cambios. Creo que el obispo quiere rodearse de monjes de aquí… —Amando se puso colorado—, y parece ser que yo seré el primero.

—¿Te tocaría trasladarte a la *domus episcopalis* en el centro de la ciudad?

Yo presenciaba la conversación anonadado; todo aquello de lo que estaban hablando me resultaba ajeno. La ignorancia de la candidez, esa misma que perdí por el camino y ya nunca iba a recuperar.

—No lo sé, Antestio. Eso lo decidirá Paulo, en sus manos está mi destino: sea aquí o, por el contrario, dentro de los muros de la ciudad. —Amando deslizaba las palabras con una dulzura inusitada para mí—. De momento, cambio hoy mismo a las estancias de los mayores. De los muy mayores.

—¡Ja, ja, ja! Eso es, de los muy mayores —rio Antestio, y palmeó en el pecho de Amando.

Ese gesto de confianza aumentó mi estupor.

—Tienes mala cara, muchacho —me interpeló Amando, bajando la mirada hacia la mancha que ya se apreciaba en mi túnica.

—Sí… —balbuceé.

—No dudes en preguntar por mí si tienes cualquier problema —me sonrió, y, sin añadir nada más, se marchó hacia las dependencias del abad.

Una vez en el barracón, se abrieron ante mí las fauces de lo desconocido. Una portezuela deteriorada abierta de par en par había sido la última barrera hacia la oscuridad más absoluta, combatida únicamente por unas pocas lucernas. Las demás permanecían

apagadas, porque los monjes consideraban que no era necesario malgastar aceite. El monasterio tenía varios *fundí*, lotes de su propiedad en el territorio rural, algunos de ellos con numerosos olivares. Con todo, conscientes de la inestabilidad que causaban los señores de la guerra, tanto godos como los propios *domini* romanos, cualquier día podían quedarse sin sus árboles y sin sus olivas.

Las escasas luminarias fueron, sin embargo, suficientes para comprobar que las dependencias estaban vacías. Como si leyese mi pensamiento, Antestio me aclaró:

—Están en las labores de corralas. Vendrán enseguida. Luego hay oficios en la basílica de la santa mártir.

—Creo que esto… —es lo único que fui capaz de decir, mientras señalaba con pavor la mancha en la túnica.

—Ve, ve a las letrinas. Están fuera. Allí hay tinajas y jarras con agua y trapos limpios. Te esperamos aquí —dijo Antestio con autoridad—. Sal, y a tu derecha verás unas casetas bajas. Ahí mismo.

Por un momento, recuperé la confianza. Antestio había logrado que desaparecieran los malos pensamientos y el temor que me habían atenazado desde que entré en el monasterio.

Limpié la parte baja de mi túnica corta como pude, frotando con fruición, con la esperanza de que el calor de aquella mañana de los inicios del otoño emeritense hiciese sus efectos. Aproveché también para terminar de evacuar todo lo que pude. Las tripas también me habían jugado una mala pasada. Demasiados nervios, demasiada angustia. Y entonces regresó la idea del abandono y me carcomieron las palabras de Sabiniano.

Angustiado de nuevo por las dudas y la sensación de solitud, regresé al barracón cabizbajo, aunque reconfortado por la limpieza.

En la puerta, me sorprendió un fragor de voces. Sin duda eran más numerosas que las que había dejado allí dentro hacía unos instantes. Al menos, eran más que las de Antestio y sus tres compañeros.

—¡Ahí está! —se escuchó desde el fondo del barracón en cuanto entré.

Casi me di de bruces con doce o quince muchachos. Los cuatro

a quienes ya conocía permanecían en la zona más cercana a la puerta; el resto eran cabezas y cuerpos que se movían en la penumbra, con rostros siniestros, como desarticulados, que desplegaban bocas grandes y oscuras. Al tiempo, sus ojos, que parecían querer escapar de unas cuencas mayúsculas y profundas, se clavaban en mis piernas, en mis brazos, en mi cara paralizada por el miedo.

—¿Qué? ¿Ya está limpio el niño?

Era la voz del gordo, el de las manchas en la cara, Lauco. Se acercó a mí y, con un palo, me subió la túnica hasta más arriba de las rodillas.

—¡Sube, sube! —exclamó alguna de las voces de las bocas oscuras y enormes—. A ver si la meada sigue ahí.

—¡Ja, ja, ja! ¡Miradlo! Seguramente se ha cagado también —se mofó otro.

—¡No! ¡Se ha limpiado! ¡Ja, ja, ja!

No pude contenerme. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Incapaz de articular una sola palabra, busqué el refugio de Antestio, con el recuerdo del reciente eco de su voz cálida. Lo vi detrás de Lauco, tapado en su escualidez por la obesidad del otro. Pero, para mi asombro y desolación, solo hallé una mirada fría y distante, justiciera, casi retadora.

Y comprendí de inmediato. Él estaba detrás de todo. Hasta entonces, había representado una pantomima, y ahora soltaba a sus monstruos contra mí. Era una presa fácil para ellos.

En el mismo momento en que me volví para salir corriendo del barracón, escuché una voz nueva, con un tono agudo pero consistente.

El que había hablado, aparentemente de mi edad, pero más alto y fuerte, era rubio, con ojos azules y muy claros, y se alzaba orgulloso en el quicio de la puerta. Llevaba la túnica abierta a la altura del torso, dejando entrever una camisola de lino descubierta en la parte superior del pecho, donde le nacía un vello muy fino sobre la piel, más que clara, nívea. Una pequeña cicatriz le cortaba una de las cejas, finas y rubias, aunque ligeramente más oscuras que

sus cabellos. Detrás de él, con cara de pocos amigos, se encontraba Amando.

—¡Imbéciles! ¡Dejadlo en paz! —exclamó el rubio.

Para mi absoluta sorpresa, las bocas oscuras, los rostros siniestros, los ojos salientes de las cuencas profundas, todos aquellos espectros, fueron desapareciendo. Como impulsados por alguna fuerza invisible que los humillaba, fueron desfilando, afligidos, alicaídos, y se perdieron entre la luz del patio.

—Me llamo Masona. Y tú eres Sergio. Las cosas aquí se saben enseguida —dijo con firmeza y una sonrisa.

—Gra… gracias —bisbiseé.

Mientras intentaba sacudirme la angustia, me secaba las lágrimas con la manga de mi túnica, que aún notaba húmeda por las que había retirado tras la charla con Sabiniano.

—No te preocupes. Era de esperar: lo hacen con cada novato. Lo que ocurre es que hace tiempo que no entra nadie y tenían ganas de mofa. Lo bueno para ellos es que no avisaremos al abad. Es una especie de pacto secreto.

Lo miré con asombro. Hablaba como si tuviera la edad de Amando, pero debía de tener más o menos la mía. Por primera vez, sonreí, y miré a mi salvador como si fuera el mismísimo Jesucristo. Detrás de él, Amando, que ya había regresado, me miraba también con expresión bonancible.

Sin embargo, al fondo, bajo el reflejo del sol en la tierra enlucida por el reciente apisonamiento, distinguí una mirada que permanecía clavada sobre mí, desafiante y maliciosa, envuelta en un rictus severo. Era la de Antestio.

5

Hoy, tantos años después, recuerdo con emoción mi primer encuentro con Masona. Me salvó de aquellos bestias y, sobre todo, me cautivó su serenidad, su autoridad, su aplomo.

Me aferré a él como mi redentor. Fue él quien tuteló mis primeras semanas en el monasterio y, en realidad, durante mucho más tiempo. Sabiniano y sus altos cargos le habían encargado semejante labor. Y él estaba acostumbrado a cumplir lo que se le ordenaba.

Tengo fresca su imagen, aquel gesto juvenil, autoritario y cautivador que solía adoptar cuando me veía flaquear cada vez que nos cruzábamos con Antestio y los suyos por el patio, por los establos o por los corrales. Y, desde luego, en los barracones. Porque las noches en los barracones eran el peor momento del día. Los breves instantes antes de que el sueño me venciera eran terroríficos para mí. Intentaba ocultar mi pavor, pero temía que en cualquier momento el canijo introdujera una rata en mi jergón o que me escupiera, como hacía con otros.

Como con Vigilando, aquel muchacho de una familia noble de la Tarraconense, de quien se decía que, entre sus antepasados, había algún clérigo de relevancia, se decía incluso que algún obispo. Enclenque en lo físico y en lo emocional, lo tumbaban en el suelo, y Lauco se tiraba encima de él, con toda su hermosura, y le presionaba el pecho hasta el instante preciso en el que parecía que Vigilando iba a morir por ahogamiento. Lauco lo hacía, por supuesto, a instancias de Gelio y con la aquiescencia de Antestio. Mientras, Draconcio se

ocupaba de amenazar a cualquiera que osara inmiscuirse en semejante ceremonia. Ni el abad Sabiniano ni ninguno de sus principales intervenía.

—No seas bobo, claro que lo saben. Todos lo saben. Abre los ojos y los oídos de una puñetera vez. —Su enfado por mi inocencia, credulidad y simpleza era recurrente al principio—. Pero no van a hacer nada, porque están demasiado enfrascados en sus propios líos.

Y eso sucedía de vez en cuando, más o menos una vez por semana. Pero era solamente una parte de sus tropelías: en los corrales, lo obligaban a imitar a los animales; le ponían cualquier tipo de bicho en el camastro antes de dormir y, en el comedor, no era extraño que su jarra estuviera llena de orina en lugar de leche.

Vigilancio, sin embargo, no decía nada. El miedo a Draconcio y a sus palizas era suficiente motivo. Hasta que no pudo más y comenzó a enviar misivas a su familia. Semanas más tarde, hizo una visita fugaz al monasterio un hermano de Vigilancio, clérigo en la sede episcopal de Tarraco. Para cuando llegó, todos sabíamos de su venida; ciertamente, las cosas se sabían rápidamente en Santa Eulalia.

Llegó con un documento suscrito de su puño y letra por el mismísimo prelado tarraconense. Y se entrevistó con el abad en la sala del mosaico. Poco tardaron en salir de allí con cara de pocos amigos. Y Vigilancio desapareció con él.

Fue entonces cuando el viejo abad, por primera y única vez, nos reunió a todos los *pueri*. Lo hizo en el patio, en una mañana oscura y fría de finales del invierno, como para intimidarnos de antemano. Reinaba un silencio inquietante. Los monjes mayores nos observaban desde los laterales, con los brazos cruzados en una pose, sin duda, premeditada.

—¡Queridos *pueri* de Santa Eulalia! Sois vosotros, y no nosotros, la esperanza de este monasterio, de nuestra mártir Eulalia, de los fieles de Emérita. —El anciano carraspeó y tragó saliva para tomar fuerzas para su siguiente frase—. Y me atrevería a decir de toda Lusitania e, incluso, de toda Hispania. No hay *patrona caelestis* como ella, que desde el cielo intercede por nosotros; no hay mártir con

semejante elenco de testimonios. Sus actas martiriales, *pueri* míos, son la envidia de la cristiandad. Acaso lo mejor que nos queda de la antigua Hispania romana, de esa Hispania rota por el ya lejano final del Imperio, fragmentada en islas de poder de los señores de la guerra, tanto romanos como bárbaros. El viaje que ha emprendido el hermano del joven Vigilancio debe servirnos de escuela, de modelo, de ejemplo. Ha desafiado las dificultades que hoy supone atravesar esta Hispania destrozada. Y todo por culpa vuestra. Precisamente por todos estos motivos, tengo que decir…, tengo que decir…, Tesquio, por favor. —Hizo una pausa y bebió con dificultad unos sorbos de agua en una copa cerámica que le trajo el monje que tenía a su servicio—: Tengo que decir… que expulsaré del monasterio a cualquiera que cometa un acto indeseable, que mancille la fama de nuestra mártir en toda Hispania. Y no solo lo expulsaré… Hijos, la mirada de santa Eulalia es alargada. Nuestro mismísimo obispo en persona, el amadísimo Paulo, lo expulsará del cuerpo de los fieles de Jesucristo. Será excomulgado y sufrirá la condena eterna…

El abad se sentó en un taburete que Tesquio había colocado a tal efecto y, jadeando, trató de recuperar el aliento entre un sinfín de convulsiones, aunque sus ojos desgastados no perdían detalle de nuestra reacción en el patio. Pero el silencio era absoluto. Pasados unos instantes, Sabiniano hizo un gesto despectivo con su mano derecha y, al momento, Tesquio dio la orden de que regresáramos a nuestros quehaceres.

Las últimas palabras de Sabiniano sonaron como un martillo en nuestras conciencias. El castigo eterno es la mayor amenaza para los seguidores de Jesucristo. Aunque éramos aún muy jóvenes, conocíamos las consecuencias. La ira de Dios. Arderíamos en el infierno ante la risa maléfica del demonio.

Ese día sí que Antestio parecía cariacontecido, angustiado por una situación que, por primera vez, no era capaz de controlar. Aunque, sea como fuere, el discurso de Sabiniano surtió efecto solo durante unos días, y pronto las cosas volvieron a su curso, con las consiguientes trastadas y salvajadas de Antestio y sus secuaces.

Con eso, los peores presagios volvieron a apoderarse de mí.

Temía convertirme en otro Vigilancio, y a mí nadie iba a ir a rescatarme.

—Antestio y los suyos no te volverán a molestar —me calmaba Masona—. Tenlo por seguro.

Él no le daba importancia. Y, sin embargo, algunas noches se aparecían en mis sueños y se reían de mi orina, de mi miedo, de mi incapacidad para hacerles frente.

En la práctica, tuve que aguantar algunas mofas disimuladas. Lauco se limitaba a reírse mientras Gelio se echaba disimuladamente las manos a sus partes queriendo evocar mi micción. Draconcio solía permanecer más apartado de las bromas, pegadito a Antestio, que no se inmutaba.

—De esos, Antestio es el único con algo de cerebro. El canijo lleva la voz cantante de las faenas a los demás, el gordo solo sabe reírse, y Draconcio es el guardaespaldas. —Cuando mencionaba a «los infames», que así dimos en llamarlos, Masona cambiaba el gesto, y una sombra se apoderaba de su expresión. Realmente, Antestio lo inquietaba—. A Antestio, a Antestio es a quien hay que vigilar. Recuérdalo. El siempre observa, calla —recalcaba aquellos verbos y, sin excepción, hacía una pausa antes de concluir—: Y ordena.

Y, pese a todo, nadie se atrevía a dar la voz de alerta a los mayores. Había mucho miedo a Draconcio, que con un solo brazo podía desarmar y destrozar a cualquiera. Por eso mismo mi admiración hacia Masona crecía día a día. Por alguna razón que yo no conocía, los infames lo temían. Y eso me salvaba.

* * *

Masona era godo, de familia noble, y había quedado huérfano siendo muy pequeño. Su mejor amigo, godo como él, también más o menos de nuestra edad, se llamaba Gaudila. Ambos compartían jovialidad, energía y arrojo.

Lo conocí un día de aquel mismo invierno, mientras jugaban con espadas de madera ante la divertida mirada de los monjes.

El padre de Gaudila, Teodulfo, era uno de los magnates godos de la corte del rey Agila, por entonces establecido en Emérita. A pesar de ser arriano, Teodulfo se manifestaba fiel devoto de santa Eulalia y, cada vez que visitaba la cripta, además de entregar al monasterio algún cáliz de plata, unas monedas u otra donación, venía con Gaudila, que se quedaba con Masona.

Era el mejor o, en realidad, el único amigo de Masona; al menos, hasta que me salvó a mí.

En eso, en lo de ser huérfanos, nos parecíamos Masona y yo, con la diferencia de que él se había quedado solo mucho antes que yo. También coincidíamos en que sus padres, junto con un hermano mayor, habían desaparecido en un disturbio propio de los godos, romanos de Hispania, suevos… Ni el propio Masona lo sabía. Y los parientes más cercanos a sus padres entendieron que la manera de protegerlo era dejándolo en el monasterio.

—Debes de ser el único godo católico y no arriano, ¿no? —le pregunté una mañana.

—No. Hay alguno más, pero muy pocos —concedió a regañadientes—. De todos modos, Teodulfo dice que, si consiguen extender el reino godo a toda Hispania, no debiera extrañarnos que incluso también vosotros, los romanos, os convirtáis al arrianismo.

Ni él ni yo conocíamos las implicaciones de nuestras discusiones. Por aquel entonces, simplemente eran un juego.

No obstante, en el monasterio me habían explicado muy bien la diferencia. Todos, me decían, éramos cristianos, aunque diferíamos en la interpretación sobre Jesucristo. Los arríanos, seguidores de Arrio, un presbítero de Alejandría, argumentaban que, puesto que era hijo y creado, debía de haber algún momento en el que no hubiera existido; y, por lo tanto, no podía ser divino: porque la divinidad es, por definición, atemporal. Esto era un puñal en la yugular para los católicos.

La discusión procedía de la época del emperador Constantino, más de doscientos años anterior a nosotros. Y todo había concluido

cuando Teodosio impuso el catolicismo, que no era otra cosa, con algún aditamento, que lo aprobado en su día en el concilio de Nicea convocado por el propio Constantino: el Padre y el Hijo eran «de la misma naturaleza».

Ni unos ni otros imaginaron hasta qué punto aquello derivaría, muchísimo tiempo después y aquí, en Hispania, en un conflicto bélico. Ahora, cuando todo eso apenas importa, sé que nada fue casual. La frontera entre católicos y arrianos era como una suerte de signo de identidad, como el juego entre Masona y yo. Romanos, nosotros, en un lado; godos, ellos, en otro. Y, en medio, algunas excepciones, como la de mi amigo Masona: un godo católico.

Hoy sé que, en parte, mi propia historia no es otra cosa que la de dicho conflicto y su resolución.

6

Emérita, 555

Todo se precipitó una tarde, poco antes del ocaso. Asomaban ya algunas flores y hojas que preludiaban la primavera, pero bien podía ser aún la agonía del invierno, que en Emérita es particularmente suave. Sobre todo, comparado con el de Toletum.

Tras una jornada de duro trabajo en los establos, Masona no estaba aquella tarde para juegos ni para bromas. A mí me había tocado limpieza en los cubículos de los principales, en la parte alta del edificio de la sala del mosaico. Y al fin había llegado el momento de descanso; charlábamos con otros *pueri*, como siempre antes de ir a ayudar a preparar el comedor para la cena.

El patio tenía dos entradas laterales, además de la principal a través del portón por el que se accedía a la ciudad. Los muros de adobe, coronados por hileras de tejas, formaban una suerte de empalizada difícil de superar sin ayuda de escalas. Dificultaban las entradas o salidas de visitas curiosas al monasterio. Pero en modo alguno impedían una irrupción violenta.

Las dos embocaduras laterales tenían funciones muy concretas: la oriental daba acceso a los corrales y a los pequeños huertos que trabajábamos los monjes y los *pueri*; la occidental daba acceso nada menos que a la basílica de la santa. Al otro lado, unos pocos cobertizos estaban ocupados por las «vírgenes consagradas». Aquellas mujeres, media docena, acaso alguna más, habían decidido dedicar su vida a Cristo y a la mártir; ayudaban en las tareas de

conservación de la cripta y de la iglesia, y oraban en horarios diferentes a los que teníamos asignados los monjes y los *pueri*. En los meses que llevaba en el monasterio, me había cruzado solamente en un par de ocasiones con ellas. Para nosotros, era como si no existieran.

Fue precisamente por ese acceso occidental por el que entraron Teodulfo y su hijo Gaudila, acompañados de Amando. Teodulfo caminaba con paso decidido, casi frenético, a saltos; sin embargo, Gaudila, como alicaído, se iba quedando atrás, y Amando se detuvo a esperar al muchacho.

En esta ocasión, además de por su altura y corpulencia, Teodulfo imponía porque venía armado: me fijé en su espada, embutida en una vaina de cuero con decoración de pequeñas piedras, algunas de ellas blanquecinas; otras, de colores; y también iba ataviado de forma muy distinta a como estábamos acostumbrados a verlo. Gaudila, por su parte, parecía anonadado, abrumado, como dormido. Su tez lucía extremadamente blanca. El contraste entre ambos era muy llamativo: mientras Teodulfo parecía impulsado por una fuerza invisible, Gaudila daba toda la impresión de caminar en pleno sonambulismo.

—¡Gaudila! ¿Qué ha pasado? —Masona dejó con la palabra en la boca a Cinetiquio, uno de los *pueri* con los que charlábamos. Preocupado por su amigo, su mirada traspasó a Teodulfo como si fuera aire. Nunca había visto así a Gaudila. Desvió luego la mirada hacia Amando, pero el monje no mostró gesto tranquilizador alguno.

—¡Masona! —exclamó Teodulfo, tras cerciorarse de que su hijo y el monje lo habían alcanzado, haciendo aspavientos para que todos nos reuniéramos en un rincón del patio.

Señalaba el espacio que quedaba junto al acceso oriental, por donde se iba a los corrales, pero en la zona este. Allí se podía hablar sin interrupciones y sin que los monjes pasasen demasiado cerca.

Masona comprendió al instante y me tomó del brazo, dejando a Cinetiquio, definitivamente, con un palmo de narices. Teodulfo hizo un gesto a su hijo y a Amando para que se colocasen a nuestro

lado.

Tres monjes, sucios de barro y estiércol, salieron de los establos y pasaron a nuestro lado en dirección a las letrinas. Nos saludaron con la mano, pero parecían demasiado cansados como para advertir que la inquietud y el desasosiego campaban a sus anchas en aquel rincón.

—He de hablar contigo. —Teodulfo clavó su mirada en Masona para, acto seguido, volverse hacia mí. Su aliento y su respiración entrecortada precipitaban la urgente conversación—. ¿Este también ha de escuchar?

—Sí. —Masona sonó enojado—. Este tiene nombre. Se llama Sergio.

—Ya, ya me dijiste… —Teodulfo asintió, taciturno—. Hola de nuevo, Sergio.

—Hola —me limité a decir, intuyendo que iba a ser una conversación tensa.

Yo conocía bien la historia de Teodulfo y Masona, porque mi amigo me la había contado varias veces. Cuando, tras la muerte violenta de su familia, lo dejaron en el monasterio, Teodulfo, perteneciente a la nobleza goda y compañero de armas del padre de Masona, fue el único que se preocupó por él.

Varias generaciones de sus ancestros habían participado en el paso del Danubio comandado por Fritigerno y en el saqueo de Roma a las órdenes de Alarico. Más tarde, los eslabones familiares siguieron coincidiendo en el primer asentamiento del reino en las Gallas. Unos y otros se hicieron favores en semejantes epopeyas. Las deudas de sangre, de vida, habían pasado de padres a hijos. Así que Teodulfo quiso hacer valer, o sintió dentro de él que debía hacerlo, la relación entre los dos linajes, esos que casi se extinguían con Masona y el suyo propio.

Habló con Sabiniano, y le prometió que su círculo de amigos, todos ellos también magnates godos, impedirían cualquier desmán con el monasterio y la basílica. Él pertenecía al séquito del rey Agila, y eso era garantía y amenaza suficiente. Y añadió que, precisamente por ser cristianos arríanos, no iban a ir contra una iglesia cristiana, aunque fuera católica. El gran Alarico había respetado las iglesias de

Roma en los días del saqueo de la capital del Imperio, y él no actuaría de manera diferente. Al menos, de momento.

Eso le dio a Masona un cierto halo de superioridad entre los otros *pueri* y los monjes: temían que una queja suya pudiera propiciar una respuesta violenta de los godos.

—Masona, eres inteligente, y muy valiente. —Teodulfo puso la mano derecha sobre el hombro de mi amigo. Me imaginé que, si me hubiera hecho a mí lo mismo, mi hombro hubiera cedido ante semejante fortaleza—. Voy a hablar con Sabiniano. Ya se lo he dicho a Amando. —El monje asintió con gesto sombrío—. Ahora mismo. He de dejar aquí a Gaudila unos días, a lo sumo unas semanas.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —preguntó Masona.

Me pareció que, por primera vez desde que lo conocía, su habitual aplomo había abandonado a mi amigo. No quedaba ni rastro de él.

—Aquí estará seguro —aseveró Amando—. Eres un buen hombre, Teodulfo, y un benefactor de nuestra sagrada iglesia. Santa Eulalia protegerá a Gaudila.

—Teodulfo, ¿qué sucede? —me atreví a decir.

El godo me miró con gesto adusto. Se apoyó contra la pared de adobe revestida con lajas finas de piedra. Toda su fortaleza parecía haberse evaporado.

—Todo se ha complicado en Corduba. Amando, tú lo sabes.

—El rey Agila ha osado profanar el santuario del mártir Acisclo —susurró Amando, mirando a los lados para asegurarse de que nadie lo escuchaba—. En eso, y en otras cosas, ha actuado de forma contraria a nosotros.

—Los cordubenses se resistían a pertenecer a nuestro reino, y el rey quiso someterlos. Ya antes había habido legaciones, pero sin resultado. —Teodulfo me miraba con sorna, consciente de que yo no sabía a qué se refería.

—Dios lo castigó por semejante profanación —aseguró Amando, asintiendo a su mismo relato—. No hay duda de que, por tal pecado, perdió la batalla, gran parte del tesoro regio y a su propio

hijo.

—Así es. Y todo se ha torcido desde entonces. Pero muchos seguimos siendo leales al *rex Gothorum*, a nuestro rey, al rey de los godos, tal y como juramos. —Teodulfo adoptó un tono solemne—. ¡No como otros!

—Uno de ellos, de los godos —aclaró Amando, mirándome con indulgencia—, Atanagildo, se rebeló y se hizo fuerte en Híspalis. Y desde allí pactó con el emperador romano oriental, Justiniano, que lleva años lanzando a sus generales hacia Occidente. Han conquistado no pocas regiones en el norte de África, en las islas, incluso en Italia… Hace circular por doquier la idea de que se trata de recuperar el esplendor de Roma, de volver a integrar las antiguas provincias occidentales, las que se perdieron por completo hace algo menos de un siglo. Todo propaganda.

—Dicen que le ha enviado tropas…, que ese Atanagildo dispone de algunas unidades que desembarcaron hace ya un tiempo en la costa del sureste —apostilló Masona.

Me llamaba poderosamente la atención que siempre estuviera atento a cualquier rumor que circulase por las calles de Emérita o a lo que contaran los peregrinos que acudían a Santa Eulalia.

—Sí —confirmó Teodulfo mirando con un atisbo de ternura a Masona y a su hijo—. Por eso no se ha podido tomar Híspalis. Y por eso… —Tragó saliva. Luego se volvió hacia Amando, como buscando su aprobación, y este trató de calmarlo poniéndole una mano sobre el hombro.

—Por eso…, y me atrevo a terminar tu frase, por eso muchos han decidido no subir esa cuesta. La de enfrentarse a las tropas imperiales —sentenció Amando—. Han comenzado las deserciones en el bando de Agila.

Teodulfo se separó de la pared, como queriendo recuperar impulso y energía.

—Yo también he decidido no subirla. —Teodulfo centró la atención en su hijo, como si los demás no existiéramos en ese momento—. Todo sea por ellos, por su futuro.

—¿Qué has hecho, Teodulfo? —preguntó Amando,

visiblemente alarmado.

—Venir a pedir perdón a la mártir.

—¿Habéis matado al rey? ¿Habéis asesinado a Agila? —Amando estaba lívido.

—Por eso estoy aquí. Y por eso debéis salvaguardar a Gaudila.

7

Como se supo aquella misma noche, Teodulfo no exageraba un ápice. Los nobles godos habían asesinado a Agila.

El *rex Gothorum* residía en Emérita, con su pequeña corte de aristócratas y sus soldados, desde que sufriera los primeros reveses. El de Corduba fue un golpe del que ya no se pudo reponer; que se hubieran apoderado del tesoro regio fue una humillación difícilmente soportable.

Así las cosas, no extrañó a nadie que alguien decidiera rebelarse contra el rey.

Atanagildo se hizo fuerte en Híspalis, de modo que Agila tenía perdido casi todo el valle del Baetis. Aquello había desembocado en una guerra entre godos.

Amando estaba en lo cierto. La explicación que nos dio por aquel entonces fue más que rigurosa, como bien entendí años después. Desde Constantinopla, el emperador Justiniano, empeñado en recuperar las antiguas provincias del Imperio romano de Occidente, aprovechó la situación para tomar posiciones en Hispania y pactó con Atanagildo para apoyarlo militarmente contra Agila. Envió generales, barcos y guerreros que fueron conquistando plazas en Italia, en el norte de África y en las islas. Y el acuerdo con Atanagildo le dio la oportunidad de establecer bases estables en las costas del este y del sur de Hispania.

El caso es que aquel día de marzo, entre el final del invierno y el inicio de la primavera, Agila fue asesinado en Emérita. La amenaza de una derrota total ante Atanagildo y el apoyo de tropas imperiales

al rebelde fueron las dos gotas que colmaron el vaso. Los nobles, como yo había escuchado aquel día, no estaban dispuestos a remontar semejante cuesta.

Yo asistí mudo, asombrado, a aquella conversación. Y aprendí algo, me quedó un poso: debía intentar estar al tanto de lo que se contaba. Nunca se sabe cuándo ni cómo nos puede afectar. Con el tiempo, ese poso no haría sino alimentar mi ambición y mi egoísmo. Aunque eso, entonces, no lo sabía. Como tampoco tenía idea de los cadáveres que iba a enviar al desván de mi alma.

Los días siguientes fueron angustiosos, puesto que no sabíamos si algún partidario del rey Agila tomaría represalias. Temíamos que en cualquier momento apareciera una partida de la corte para llevarse a Gaudila o en busca de su padre, cómplice del asesinato.

Pero nada sucedió y, pocas jornadas después, volvimos a ir a la ciudad para visitar a Teodulfo en su *domus*. Como otros godos, había ocupado una antigua casa de algún *dominus* romano que o bien había sido liquidado, o bien la había donado para retirarse al campo en busca de una mayor seguridad, Porque Agila había implantado su corte en Emérita hacía poco tiempo, y eso supuso expropiaciones.

—Gaudila, las cosas están mejor —trató de tranquilizar Teodulfo a su hijo—. Atanagildo ha sabido perdonar a los partidarios más acérrimos de Agila, y seguramente contará con los que hemos participado… en su… —me llamaba la atención que todo el poderío físico de Teodulfo se diluyera mientras intentaba elegir una palabra que no fuera «asesinato»— eliminación. Creo que es un buen *rex* para nuestro pueblo, para la *gens Gothorum*. Pero, aun así, prefiero que permanezcas un tiempo bajo el cobijo de Santa Eulalia.

—Sí, padre —respondió Gaudila con tristeza, como solía actuar en presencia de Teodulfo. Por aquellos tiempos, Gaudila estuvo entre nosotros solo unos días.

—Parece ser que, dentro de unas semanas, Atanagildo y su esposa Gosvinta saldrán de Híspalis para venir a Emérita. Se rumorea que quieren mover la capital más al norte desde sus

cuarteles generales en el valle del Baetis.

A Gaudila y a mí aquello nos sonó a algo muy lejano, extraño, ajeno a nuestros quehaceres. Masona, sin embargo, parecía muy interesado.

En aquellos días, acompañamos en numerosas ocasiones a Masona a la *domus* de Teodulfo. Faustino, el monje encargado de la pequeña biblioteca del monasterio, le solía pedir que recogiera los encargos. Y Masona cumplía con agrado.

El anciano bibliotecario llamaba «encargos» a las donaciones que algunos *domini* de la ciudad hacían al monasterio, en este caso en forma de libros. Lo mismo que sus *donationes* podían incluir dos cerdos, alguna moneda de oro para ayudar con las obras de restauración de la iglesia o unos vasos de plata para la liturgia, también había libros. Y todos donaban con la esperanza de ser enterrados *ad sanctam*, junto a los restos de la mártir Eulalia. Por eso, la cripta se había ido convirtiendo en una ciudad de muertos, en una amplia necrópolis.

Y fue todo aquello, es decir, Masona, los encargos de Faustino y el afán de los poderosos por enterrarse en la cripta de la mártir, lo que me llevó, por segunda vez, ante ella. Ante Elia.

* * *

Las noticias que llegaban de Híspalis eran tranquilizadoras. Mensajes personales procedentes, según decían, del mismísimo puño y letra de Atanagildo, sancionaban su autoridad sobre los territorios del *regnum Gothorum*. Y, lo que era más importante, aseguraban que nadie sería purgado.

Una mañana, mientras limpiaba las letrinas junto a otros dos *pueri*, entró Masona dando saltos entre los calderos repletos de agua sucia.

—Venga, deja eso. Tenemos permiso de Sabiniano… o más bien una orden. A Faustino le han legado otros dos libros, y hemos

de ir a casa del *dominus* Modesto —afirmó con una amplia sonrisa.

—Pero… ¿ahora mismo? —pregunté, incrédulo, aún de rodillas en el suelo para restregarlo. Las revisiones posteriores a las limpiezas no eran, ni mucho menos, superficiales.

—Ahora mismo. Vamos. —Me agarró del brazo y me levantó sin aparente esfuerzo—. Tenemos permiso del abad. Es un buen hombre, y nos invita a cenar. He estado más veces en su casa, y te puedo asegurar que no tomarás viandas semejantes en mucho tiempo, así que no la cagues. —Masona estaba entusiasmado—. Tiene dos hijos, Elio y Elia.

De inmediato, solté el trapo y salté los cubos para salir tras él. Mi corazón había empezado a latir con fuerza, y mi mente trabajaba con celeridad, íbamos a encontrarnos con ella.

—¿Elia? —acerté a preguntar.

—Sí. Suele venir por aquí de vez en cuando por encargo de su padre. Otras veces voy yo a recoger lo que sea: monedas, libros, alguna joya, ornamentos para la basílica de la mártir… El viejo suele encargar a un orfebre de los *suburbio*, pequeños vasos litúrgicos. Ella nunca viene sola; a veces la acompaña un sirviente y otras, una amiga.

—Ah, ya… —No se me ocurrió otra cosa que fingir desconocimiento para evitar una explicación.

—En este caso, han insistido en que vayamos nosotros, según me ha dicho Sabiniano.

—¿Nosotros? —No podía salir de mi asombro.

—Sí. Quieren que vengas conmigo. Supongo que nos habrá visto juntos el monasterio o por la ciudad. Tampoco me sorprende.

Masona caminaba, como en él era habitual, como si el suelo acelerara bajo sus pies. En unos instantes estábamos fuera del complejo y tomábamos el camino que conducía a la ciudad por la entrada septentrional. La primavera se manifestaba plena, con los primeros calores propios del sur de Lusitania.

La *domus* de Modesto era una de las pocas de la ciudad, más allá de las que habían ocupado en su momento el rey Agila y su corte, que no habían sido divididas para compartirlas entre varias familias.

Un sirviente de aspecto cuidado nos condujo hacia el peristilo, que me impactó sobremanera. Pudo ser por la perfección del jardín, la cuadratura de su organización, la simetría de su columnata o la limpieza que se percibía en cada rincón. O más bien tuvo que ver con ella.

Allí estaba Elia, sentada en un banco de madera que cerraba el vértice de un triángulo de tierra en el centro del jardín. Y sonreía, igual que aquella primera mañana en el monasterio.

A su lado, había un joven mayor que nosotros. De cabello castaño claro, casi rubio, tenía los ojos de un tono pardo intenso. Exhibía con ademán orgulloso unos rasgos duros, frente huidiza, mentón amplio y nariz ensanchada, tal vez por alguna pelea. Llamaba la atención su torso, fuerte, realzado por una túnica muy ceñida.

En ese momento apareció un anciano en el corredor del peristilo, por allí por donde debían encontrarse las estancias personales. Caminaba con dificultad, acompañado por otro sirviente. Pese a estar claramente en el tramo final de su vida, los cabellos escasos, el cuerpo demacrado y la tez lívida, tenía un aspecto bonancible. Hizo un gesto con su mano macilenta para que el criado lo ayudase a sentarse junto a Elia.

Tanto me había fijado en el *dominus* de la casa que tardé en percatarme de que, a unos pasos por detrás de él, venía Amando. Me quedé sorprendido al verlo, y también Masona.

El monje mostraba un gesto sereno, como era habitual en él. Las frecuentes visitas al *episcopium* para ser instruido por el *episcopus* Paulo, provocaban rumores entre los *pueri*, e incluso entre los monjes adultos, de que pronto ascendería a presbítero. Las lenguas más osadas deslizaban que, quizá, más adelante, no sería extraño que fuera uno de los candidatos a suceder a Paulo como *episcopus* de Emérita cuando Dios se lo llevase consigo.

Amando nos saludó arqueando sus cejas y esbozando una mueca. La extraña sonrisa simuló que el lunar que tenía en el lado derecho de su cara, justo bajo su ojo y por encima del pómulo, se trasladaba de lugar.

—Bienvenido a mi casa de nuevo, muchacho —dijo Modesto a Masona. Después, me sonrió. Las arrugas de su cara se manifestaron más abruptas aún—. Tú debes de ser Sergio. Ya sabes que Emérita, pese a su pasado, es una ciudad pequeña en la que todo se sabe.

—Gracias por la invitación, señor. Es un honor… —intentaba acertar con las palabras, pero la presencia de Elia me intimidaba por completo.

—Nada, nada, déjate de formulismos, chico. —Modesto hizo un gesto a su sirviente para que nos guiara hacia una de las dependencias. Sin volverse hacia el atrio, levantó la voz, extrañamente metálica—: ¡Elia! ¡Elio! ¡Vamos, que estos muchachos estarán hambrientos y deben regresar pronto a Santa Eulalia!

Nos condujeron a una sala rectangular, aunque uno de los dos laterales cortos tenía forma absidal. Los dos sirvientes se afanaron para que todo estuviera a nuestro gusto. La mesa estaba dispuesta con copas de plata y platos de cerámica estampillada. A Masona y a mí se nos iban los ojos al centro, donde descollaba una enorme fuente ovalada repleta de cordero asado. La rodeaban otras fuentes cerámicas más pequeñas con almendras y una extraña masa de color rojizo y amarillento a partes iguales.

—Es una compota de melocotón y cereza —comentó Elia con gesto divertido al advertir nuestra expresión de asombro.

Me volví hacia ella, y al momento me ruboricé. Estaba preciosa. Se había recogido los cabellos ondulados, permitiendo que algunos de sus bucles asomaran a su tez pálida. Sus ojos oscuros, tal y como yo recordaba, amenazaban con romperse en cualquier momento. Vestía una túnica de tela muy fina en tonos ocres, ciertamente ajustada, que resaltaba su busto, deliciosamente altivo. Pese a tener más o menos nuestra edad, me parecía una mujer en otra escala de la etapa de la vida. Y bella, esa era la palabra.

—Masona, me alegra mucho tenerte de nuevo por aquí. —Modesto hizo un gesto con su mano para darnos a entender que podíamos empezar. Él mismo cogió con los dedos índice y pulgar de su mano derecha un trozo pequeño del costillar del cordero—. Joven Sergio, estos son mis hijos, Elio y Elia. A ella ya la has conocido en

el monasterio, según me dijo.

—Sí… Sí. —No pude decir nada más. Para disimular mi turbación, me serví un poco de la mezcla de frutas.

—¿Cómo van las cosas por Santa Eulalia? —preguntó Elio, que no había relajado el semblante. Me resultaba severo; quizá, incluso, desafiante.

—Bien, gracias a Dios. Nuestro abad Sabiniano sigue gobernando con tino todo lo que tiene que ver con nuestra santa mártir —contestó Masona, y buscó confirmación en el gesto de Amando, que asintió complacido.

—Y en buena sintonía con el obispo, nuestro amado Paulo… —replicó Elio con una sonrisa maliciosa.

Masona y yo nos miramos, un tanto sorprendidos.

—Así es. Santa Eulalia nos tiene a todos a su disposición: a los monjes, al *episcopium* y a sus clérigos, querido Elio —aclaró Amando al instante, sin inmutarse—. A propósito, Modesto, de nuevo he de agradecerte tu generosa donación.

—No hay de qué. Desprenderme de esos dos libros contribuirá en poco a agrandar vuestra biblioteca, pero en mucho a serenar mi espíritu. —Modesto hizo una pausa para sorber vino de su copa de plata, con una decoración con motivos repujados de cepas y racimos —. Solo confío en que nuestra mártir lo tenga en cuenta.

—Lo tendrá, lo tendrá —aseveró Masona, mirándome después como reconfortado por su audacia al haber intervenido para sancionar el acuerdo.

Libros en vida, sepultura en muerte. Yo estaba completamente estupefacto por la iniciativa de mi amigo.

Pero tenía otras preocupaciones, y no pensé más en ello. Aquellas viandas eran manjares exquisitos, y devoraba el cordero con fruición, por más que intentaba por todos los medios que nadie se diera cuenta de mi avidez. Procuré mantener los modales, sobre todo pensando en Elia, aunque ella, pendiente de la conversación, parecía ignorarme por completo.

—No deja de ser sorprendente que un muchachito godo esté tan bien considerado en el sagrado complejo de nuestra patrona y

mártir. —Elio deslizó las palabras lentamente, como estudiando el efecto que surtían en mi amigo.

—Bueno…

Masona comenzó a responder, pero Amando apretó con fuerza su mano sobre la de Masona, a su vez apoyada en el borde de la mesa, y lo interrumpió con brusquedad:

—Joven Elio, siempre es un honor para nosotros, humildes servidores de santa Eulalia y, en mi caso, también de nuestro amadísimo obispo Paulo, frecuentar este queridísimo lugar. —Miró con afecto sincero a Modesto—. Nuestra mártir vivió pocos años, es verdad. Y lo hizo en una época en la que estas tierras pertenecían al Imperio romano, y en la que Emérita era nada menos que la sede del *vicarius* de la diócesis de las provincias de Hispania. Emérita era, por decirlo así, la capital de las tierras hispanas. Por eso mismo, muchas iglesias y monasterios de toda Hispania vuelven la vista hacia nosotros, Elio, con curiosidad y admiración: curiosidad por ver cómo afrontamos los nuevos tiempos, y admiración por nuestro pasado y por la potencia espiritual de la sede episcopal y de nuestro monasterio. Santa Eulalia nos protege a todos; también a los godos. Más aún, debemos estar orgullosos de que godos como Masona y tantos otros sean partícipes del cuerpo de fieles de nuestra mártir. Eso, Elio, alienta la posibilidad de una paz duradera.

—Bien dicho, Amando, bien dicho —apuntó Elio en un tono socarrón.

—Pareces decirlo con ironía, hijo. —Modesto parecía incómodo con la actitud de su hijo—. Después de todo, los godos son cristianos, aunque arríanos. Y algunos, como nuestro Masona, católicos. No seas así, hijo mío.

—Elio casi nunca habla sin ironía, padre —apostilló Elia.

—Mi querida hermana tiene razón… —Elio dio un beso a su hermana—. Hablaré, pues, sin ironía.

—No, no es necesario —intentó zanjar Modesto.

—Sí, sí lo es, padre. —Elio hizo una pausa, concentrado en un largo trago de vino, y frunció el ceño—. Los godos llegaron a Hispania hace mucho tiempo. Y sus guarniciones han expropiado

nuestras casas. Recientemente, con la instalación de su apestosa corte aquí, a muchos de tus amigos, padre, les han quitado sus casas. Nosotros somos unos afortunados…, pero no creo que por mucho tiempo.

—Hijo, no sabes lo que dices. —Modesto parecía cada vez más incómodo.

—Sí, sí lo sé. Perfectamente, además. Dentro de poco vendrá ese otro, el tal Atapa…, Atacanil…

—Atanagildo. Es nuestro rey, el *rex Gothorum* —atajó Masona.

Nunca lo había visto así de alterado.

—Ese Ata-na-gildo —Elio echó mano de toda su socarronería— vendrá en cualquier momento a Emérita. Y veremos qué ocurre con nuestra casa, padre.

Modesto no contestó. Dirigió su mirada hacia la mesa. Las viandas habían quedado en el olvido frente a la intensidad de la discusión. Nadie comía nada.

—¿Crees que nos la pueden quitar? —preguntó Elia, visiblemente inquieta.

—Muy posiblemente, sí. Nos tocará juntarnos en otras casas en las que vivan hacinadas ocho o diez familias. O vendrán aquí. Como sucede ya en casi toda la ciudad.

—Bueno, saldremos adelante de todos modos —declaró Elia intentando forzar una sonrisa.

—Elio, no debes ponerte en la peor situación —intervino Amando.

—Ya me he puesto. Y otros como yo, también —lo cortó Elio.

—¿Qué quieres decir, hijo? —Modesto habló con una voz profunda, porque salía de lo más hondo de su preocupación.

—Que vas a estar orgulloso de tu hijo, padre.

8

Nos fuimos de la *domus* de Modesto con los dos libros que donaba a la biblioteca del monasterio en una bolsa de cuero. No la abrimos, puesto que Modesto así lo exigió. Al despedirnos, Elio mantuvo su gesto altivo y se retiró de inmediato. Modesto y Elia, sin embargo, nos acompañaron hasta la puerta.

Elia y yo intercambiamos unas miradas furtivas. Fugaces, es cierto; y, sin embargo, tuve la intuición de que ella también se había fijado, de algún modo, en mí. Y yo tenía la certeza de que ya estaba prendado de ella y anhelaba el momento en el que pudiéramos volvernos a ver.

Para mi sorpresa, no fui el único que se dio cuenta.

—Hay algo aquí que se me escapa —dejó caer Masona mientras comenzaba a marcar un ritmo frenético de paseo por las calles de Emérita en dirección a los *suburbia*, hacia Santa Eulalia. Debíamos entregar la *donatio* a Faustino cuanto antes.

Entendí perfectamente a qué se refería, pero intenté eludir la pequeña emboscada. Más que nada, porque no sabía cómo salir de ella.

—Tú dirás —repuse, concentrando la mirada en el lado interior de la muralla, a la que ya nos aproximábamos, de modo que esquivaba cobardemente la de mi amigo.

—No te hagas el tonto, Sergio. No conmigo. —Masona parecía repentinamente enojado—. He visto cómo mirabas a Elia. Y cómo ella se sonrojaba.

—Deben de ser imaginaciones tuyas.

Masona dio por zanjado el asunto con una sonrisa. Me puso una mano sobre el hombro, y con la otra se cercioró de que la bolsa con los libros quedaba bien sujeta. Aunque el trayecto era corto, no quería arriesgarse a problema alguno con los rateros que pululaban en los *suburbia*.

—Venga, vamos a entregar esto al viejo.

* * *

Fue Masona quien me puso en manos de Faustino. Hasta entonces, mi vida en el monasterio se centraba en los oficios, en las enseñanzas que, sobre las letras, sobre las Sagradas Escrituras y las cuentas nos ofrecían los monjes veteranos; y en la limpieza: establos, letrinas, barracones.

Tras varios meses allí, ya conocía a Faustino, y alguna vez había coincidido con él. Aunque la única ocasión en la que habíamos hablado más allá de unos meros saludos había sido una mañana en la que me ordenaron limpiar su biblioteca. Porque todo el mundo asociaba aquella estancia con el nombre de Faustino.

—Tú debes de ser Sergio, uno de los nuevos *pueri*, ¿no es así?

Faustino era un anciano de edad imposible de precisar. Destacaba por su altura, que rompía con creces la media del monasterio. Su cuello emergía enjuto, escuálido, macilento, y le servía para aguantar y ladear con dificultad una cabeza cadavérica, en la que apenas podía uno encontrar rellenos carnosos, con huecos vacíos en lugar de ojos y una nariz afilada y desprendida. Pero, a pesar de semejante apariencia macabra, era un hombre agradable y afectuoso.

Respondí con un leve asentimiento y una mueca forzada, asombrado como estaba no solo por su aspecto, sino también por aquel pequeño universo en el que acababa de entrar.

La biblioteca ocupaba un amplio inmueble de reciente construcción que, en conjunto, daba desde fuera la impresión de ser

un único bloque rectangular, orientado de oeste a este. Quedaba un tanto apartada de la zona de barracones y establos, puesto que se situaba en los terrenos traseros del edificio noble destinado al abad y a los principales. Al igual que este, contaba con materiales suntuarios, aunque solamente eran perceptibles en su interior. Una vez allí, te veías rodeado por doquier de losas de mármol en tonos suaves. Faustino me explicaría más tarde que no era algo casual: los colores más llamativos y las decoraciones prolijas hubieran fomentado la desatención en la lectura. Aun así, destacaban algunas incrustaciones de pequeños relieves de marfil en decoraciones en el interior y algunos capiteles ornamentados con escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Dentro, uno advertía enseguida el equívoco aspecto que del edificio podía tener un observador desde el exterior. Porque la biblioteca constaba, en realidad, de tres espacios, separados entre sí por unas columnas gruesas que acariciaban unos vanos cubiertos con pesados cortinajes en tonos intencionadamente vulgares, tostados, prácticamente incoloros.

Al primer espacio, a la izquierda, se accedía directamente desde la entrada, en la parte occidental del edificio. Allí había dos pupitres con atril, en los que se podía tanto leer como copiar los textos que Faustino prestase, y cada uno de ellos tenía dos grandes lucernas situadas sobre un soporte de hierro.

El consiguiente cortinaje daba paso al espacio más amplio: la biblioteca propiamente dicha. En el centro, había una mesa de la longitud de dos o tres personas estiradas, cuya parte superior de madera enlucida estaba soportada por dos gruesos cilindros de piedra, y varias sillas a su alrededor. Como queriendo abrazarla, o tal vez cerrarla, rodeaban las paredes viejos y enormes armarios abiertos repletos de libros. Primaba entre ellos el formato *codex*, donde se unen las páginas por uno de los lados largos formando unos lomos que posteriormente quedan bajo la cubierta de piel. Solamente unos pocos mantenían el antiguo sistema de los *volumina*, los rollos, más caros y menos manejables.

La tercera dependencia, separada de las otras dos por amplias

cortinas, era la sala personal de Faustino. Estaba amueblada con un gran sillón repleto de cojines, una mesa considerablemente más pequeña que la anterior y dos sillas pequeñas.

Asentí como respuesta, y decidí concentrarme en las labores de limpieza. Pero Faustino volvió a tomar la palabra, esta vez con una idea que, ahora lo sé, iba a tener una gran influencia en mí:

—Haces bien, muchacho, en guardar silencio. Se habla demasiado, y es mejor escuchar.

—Sí —fue lo único que acerté a decir.

—Mira, este es un lugar de lectura. —Abrió sus larguísimos brazos, que, aun ocultos por las anchas mangas de su túnica desgastada, yo adiviné igual de escuálidos y fantasmagóricos. Parecía querer abarcar los armarios repletos de libros—. Y no sé si sabrás que la lectura silenciosa es algo reciente. Aunque ya se conocía de antaño, se fue imponiendo gracias a nuestros grandes padres: Ambrosio y Agustín. Este cuenta en sus *Confesiones* que, para su sorpresa, encontró leyendo a Ambrosio en completo silencio. ¡Ahí, ahí tienes una copia de ese relato tan personal! —Señaló uno de los armarios—. El silencio nos ayuda a ser mejores, Sergio.

—Sí, maestro Faustino —murmuré, centrado en pasar un trapo por los viejos códices apilados en una de las baldas del lado lateral de la sala. Me detuve un momento en una versión con fragmentos de Plinio el Viejo.

—De ese modo, solo así y después de mucho estudio, lograrás discernir las palabras convenientes para situaciones difíciles. ¡Ah, pero basta de silencios! —De repente, sonrió, y la oscuridad de su boca me pareció aún más tenebrosa que su aspecto físico—. Hasta estos oídos que apenas recogen ya sonido alguno, han llegado detalles sobre tu honestidad y tu buena disposición. Yo también fui abandonado, como te ha pasado a ti. Debía de tener tu edad. Y entonces había aquí un viejo bibliotecario, Solino, de quien aprendí casi todo lo que sé, muchacho. Ven, ven por aquí siempre que quieras.

* * *

Aquella había sido mi única charla con Faustino hasta el día en que Masona y yo le llevamos los libros de Modesto. Mucho tiempo después, Masona me contó que no fue a iniciativa suya, desde luego. Al parecer, Sabiniano había intuido algún tipo de cualidad en mí. Que Modesto hubiera solicitado mi presencia fue motivo de consulta por parte del abad a Faustino, que dio su visto bueno.

—A ver si te piensas que fue idea mía —me contó divertido Masona mucho tiempo después—. Sabiniano y Faustino habían hablado entre ellos. Llevaban tiempo buscando savia nueva para la biblioteca, querían preparar a algún *pueri*. Debiste de agradarles por algo. No tengo ni puñetera idea de por qué, pero la extraña petición para que acudieras conmigo a por aquellos dos libros les dio la excusa perfecta.

Pese a todo, yo tenía claro que había sido Elia quien había deslizado mi nombre en los oídos de su padre.

* * *

Faustino, entusiasmado con la *donatio* de Modesto, nos recibió en la primera sala.

—¡Es fabuloso! ¡Fijaos, muchachos! —exclamó, sentado en uno de los pupitres.

A nuestros ojos, su aspecto cadavérico se disolvía en favor del alborozo que encendía sus ánimos. Y la exaltación parecía rellenar las cuencas de sus ojos, los socavones en torno a sus pómulos, las zanjas que tenía por sienes.

—El volumen es un fragmento de un tratado de Jerónimo. —El hombre era un hervidero—. Ya os instruiré sobre el sabio Jerónimo… Tradujo los textos bíblicos al latín, y escribió y recibió innumerables cartas, muchas de las cuales se conservan. Estaba muy bien informado de lo que sucedía en casi cualquier parte del Imperio

romano en los tiempos en que los godos —miró a Masona con gesto afable— saquearon Roma.

—¿Y sobre qué versa, maestro? —pregunté.

—Es un tratado escrito contra otro cristiano: Vigilancio.

—¡Anda! Como aquel chico… —recordé.

—Sí, el que se marchó por culpa de los infames… —aclaró Masona.

—¿Los infames? —Faustino entró en un lapso repentino, sorprendido, sin entender a qué se refería Masona, pero pronto retomó el hilo de su explicación—: Bueno, sí… Por eso la obra se titula *Contra Vigilantium*, porque este cuestionaba el ascetismo y los asuntos del alma y, sobre todo, se mofaba del culto a las reliquias. Pensad qué sería de este lugar sin las reliquias de nuestra santa mártir y los fieles que desde hace más de dos siglos se acercan a venerarlas.

Aquello nos hizo pensar. Si las tesis de Vigilando hubieran triunfado, nada de lo que hacíamos en Santa Eulalia tendría sentido. Ahora, tantos años después, sé que todo es relativo y que demasiado depende del azar para que una tesis se imponga sobre otra. Faustino se arriesgaba al hacerse con ese libro, pues la refutación de Jerónimo suponía recoger muchas de las acusaciones de Vigilancio. Y Masona se dio cuenta de la importancia de aquello al instante… Pero no fue el único.

El viejo bibliotecario corrió las cortinas para pasar a la gran sala central, donde colocó con cuidado el volumen en su espacio específico, de sección cuadrada, para que los rollos no se desplazasen por los laterales. Los códices, por el contrario, se disponían en espacios más rectangulares, uno tras otro, en alineaciones que me parecían misteriosas e intrigantes, pero también bellísimas. Luego, Faustino extrajo de la bolsa un *codex* muy pequeño, del tamaño de una mano.

—Este contiene copia de algunos libros de las *Historias* de Amiano Marcelino. ¿Os suena? Era un oficial romano que escribió una historia densísima, y Modesto me contó que esta copia alberga, precisamente, los últimos libros. Creo que te puede interesar,

Masona: manejaba versiones muy bien informadas sobre la entrada masiva de los godos en el Imperio.

Mi amigo asintió, y tuve la impresión de que sí sabía quién era ese tal Amiano.

—En los cantares de mi pueblo se mencionaba la isla de Scandza, al norte del mundo conocido. De allí procedían mis antepasados.

—Sé que hay versiones godas sobre esos supuestos orígenes. Aunque Amiano Marcelino —Faustino acarició la cubierta de cuero del pequeño *codex*— se centra en el paso del Danubio. Los leí en Roma, en mi juventud, y son un prodigio de detalles. Uno se siente como si estuviera allí mismo, en el terreno. Para entonces, Masona, muchos de los jefes ya eran cristianos arríanos —sonrió y bajó el tono—: Claro que les interesaba, porque pactaron con el emperador Valente para cruzar el Danubio. Y Valente era arriano.

—Se dice que los imperiales violaron los pactos, y que por eso mis antepasados reaccionaron y los vencieron en los campos de batalla, una vez dentro del Imperio —exclamó Masona con orgullo.

—Sí. Es cierto —afirmó Faustino, clavando su mirada en el suelo—. Eso fue en Adrianópolis. El propio Amiano cuenta con pesar, y me acuerdo bien de esos pasajes —volvió a acariciar el pequeño volumen, satisfecho—, que aquella fue la peor derrota en toda la historia romana; acaso solo superada por la que sufrieron frente a Aníbal en Cannae, en los viejísimos tiempos de la República.

—Teodulfo nos ha contado a Gaudila y a mí algo sobre eso. Dice que su padre, el padre de su padre y el padre del padre de su padre ya repetían las historias que habían escuchado a sus mayores. Que allí Gothia se impuso a Roma, y que el propio emperador murió.

—Cierto. O, al menos, no se encontró su cuerpo…

—Yo no tengo la culpa de que los godos seamos mejores —concluyó Masona con altivez.

Su tono me impactó, y creo que también a Faustino, pues el anciano recobró de repente su aspecto cadavérico.

—Hablando de godos… —murmuró después de una larga pausa, rogándome con un gesto que colocarse el pequeño *codex* en el armario—, tengo entendido que el nuevo rey va a visitar la ciudad.

—Sí, eso comentó también Teodulfo —intervine yo, al fin.

—Lo más probable es que Atanagildo venga acompañado por su esposa, Gosvinta, para así mostrarse públicamente victoriosos de la guerra contra Agila. Que fuera asesinado aquí les da un motivo especial para querer ser vistos en la ciudad.

—¿Crees, maestro, que podrían instalarse aquí? —pregunté, y enseguida traté de explicarme—. Como Agila había puesto su corte en la ciudad…

—No lo sé, Sergio —se sinceró Faustino—. Pero no sería imposible. Emérita ya fue en época de Diocleciano sede del *vicarius*. Emérita era la ciudad más importante de la administración imperial en Hispania. —El anciano se sirvió agua de una jarra de metal en una pequeña taza, bebió dos sorbos y, sonriendo, concluyó—: A decir verdad, no me extrañaría nada que la capital del reino de los godos sea, precisamente, Emérita. Sí, muchachos, seguramente ese es el principal motivo de su visita.

9

Amando ya comenzaba a tomar decisiones en el *episcopium* de Paulo. El edificio había sido levantado en uno de los espacios centrales de la ciudad, intramuros, a diferencia de Santa Eulalia. Y había surgido como una suerte de anexo a la iglesia catedral, la principal en Emérita desde que se introdujera el cristianismo en la ciudad.

En origen, había constado solo de unas cuantas estancias adecuadas para fines litúrgicos en unas *domus* cuyos propietarios las cedieron a tal fin. Pero, como allí celebraron la eucaristía los primeros obispos de Emérita, se fue configurando como iglesia catedral, lugar para la cátedra del obispo, su silla episcopal. Junto a esta *ecclesia sénior* se alzaba un baptisterio muy modesto en el que se bautizaba a los nuevos fieles, quienes debían introducirse para ello en la pequeña piscina de piedra.

Con el avance del cristianismo, el recinto se había ido ampliando hasta construir una iglesia de tres naves. A finales del Imperio, en las *domus* aledañas se instalaron dependencias estables para el obispo, los presbíteros, y algunos diáconos. La mayor parte del clero de base vivía en otras casas particulares. Pero, en los últimos tiempos, el obispo Paulo había ido canalizando inversiones para que Emérita tuviera un auténtico *episcopium* que se asemejara a otros de Italia, Galia e, incluso, del Imperio romano de Oriente. Después de todo, él procedía de allí.

* * *

Unas semanas después de nuestra visita a Modesto, se me presentó una nueva ocasión para ver a Elia. Una sirviente apareció con un mensaje oral de su joven *domina* para Masona y para mí: «Mañana a la hora sexta en las ruinas de la vieja curia».

La curia era el antiguo senado de Emérita; allí donde, en época de los emperadores, se reunían los aproximadamente cien decuriones de la ciudad. Estos solían pertenecer a las mismas familias, que se prolongaban de generación en generación en el control de las *civitates* romanas. Ahora ya no quedada nada de aquel esplendor. Como en todos los grandes edificios, sus materiales habían sido expoliados para otros usos. Pero aún se percibía su anterior función: un espacio a modo de porche daba acceso al aula, donde asomaban unos escalones para los asientos de los decuriones y, al fondo, junto a la pared final, o lo que quedaba de ella, se distinguían los restos de un podio. Se trataba sin duda de la tarima sobre la que, en sus tiempos, debía apoyarse la mesa presidencial de los principales magistrados.

«Las ciudades, joven Sergio», recordé entonces una de las muchas lecciones de Faustino, «eran los nervios del Imperio romano. De hecho, uno de los últimos emperadores lo dejó así anotado en una de sus leyes».

—Mi padre me ha contado muchas veces que aquí mismo se sentaban mis antepasados.

La voz de Elia me sacó de mis ensoñaciones. Asentí, confuso. Ella estaba radiante con aquel vestido en tonos azulados y verdosos.

—Fueron varios siglos de curia —explicó Masona—, pero me temo que todo eso hoy ya no cuenta.

—Eso es cierto. —La mirada de la joven se volvió hacia las ruinas, allí donde solamente quedaban algunos paramentos y parte de los zócalos. La zona había sido ocupada por chozas e, incluso, pastaban algunas cabezas de ganado—. Y precisamente por eso quería hablar con vosotros.

—¿Qué ocurre, Elia?

Fue la primera vez que le pregunté algo directamente. Apenas nos conocíamos, pero para entonces ya sentía algo, aunque difícil de explicar, y eso me permitía adivinar su inquietud; y, desde aquel mismo día, fue ya la mía.

—Por eso os he citado aquí. Me parecía que era el lugar más apropiado. —Ella sonrió maliciosamente.

—¿Vas a darnos una lección sobre la historia de tu familia? —preguntó Masona, un tanto agobiado.

—No era mi intención —contestó Elia, visiblemente divertida—. Pero, ahora que lo dices, algo de eso hay, sí.

—¿A qué te refieres? ¿Le ocurre algo a tu padre? —pregunté, sobresaltado.

—De momento, no. Aunque él siempre me preocupa —contestó Elia, mudando la expresión de su rostro. Clavó sus ojos oscuros sobre mí, turbándome por completo—. Es más bien de mi hermano de quien os quiero hablar…

—Me temo que ya sé por dónde vas… —Masona puso sus manos sobre las de Elia. Incomprensiblemente, me sentí molesto.

—Sí, claro, el fanatismo de Elio contra los godos —murmuró ella.

—Tu hermano está muy exaltado.

—Masona, tú eres godo, y vuestro amigo Gaudila también. Deberíais saber que Elio andá con malas compañías. Tiene unos amigos… que son igual o más exaltados que él, y a veces en nuestra casa…

—Se reúnen y pretenden hacernos daño. A los asquerosos godos como Gaudila o como yo —acabó mi amigo con una serenidad pasmosa.

—Eso es. Y he oído algo en sus reuniones, voces no sé si encendidas por el vino, algo como que preparan algún altercado para no sé qué evento…

—La visita de Atanagildo —deslizó Masona, y miró fijamente las chozas del antiguo foro.

* * *

—Sabed que Paulo ha logrado ampliar la riqueza de la sede episcopal. En los últimos tiempos se han multiplicado las visitas a la cripta de Santa Eulalia.

Amando nos estaba enseñando las obras de ampliación del *episcopium*, donde querían construir un piso superior. Hasta el momento, únicamente se habían colocado los andamios en las partes inferiores. Algunos operarios se movían de un lado a otro con grandes baldes de arcilla y paja, mientras otros traían carruajes llenos de lajas de piedra; iban tapadas con lonas, y solamente asomaban las esquinas, pero se atisbaban unos surcos trabajados, a modo de cenefas, así que supuse que con ellas ornamentarían los muros, las jambas o los dinteles de las puertas. Cerca, dos tipos discutían sobre unos dibujos contenidos en unas tablillas de madera y cera; seguramente, los bosquejos de los planos.

—Pero esos ingresos van al monasterio, ¿no es así? —preguntó Masona.

—Bueno, una parte, sí, pero otra repercute en la iglesia episcopal. Los monasterios son bastante independientes en lo económico. Eso lo negocian Sabiniano y Paulo —contestó Amando con cierta incomodidad.

—Una vez nos contaste que Paulo vino de Oriente… —sugerí, intrigado.

—Sí, del Imperio romano, aunque no se sabe exactamente de dónde. Unos dicen que de Siria; otros, que de Grecia, y algunos incluso que de la mismísima Constantinopla. Como tantos otros, vino a las antiguas provincias occidentales con la apertura de mercados y, lo que es la vida, terminó medrando como clérigo hasta llegar a ser *episcopus*.

—Es muy curioso que alguien venido de tan lejos haya llegado a ser obispo de una de las ciudades más importantes de Hispania —dejó caer Masona.

—Y tanto. De hecho, constantemente le surgen nuevos

enemigos dentro de la propia comunidad. —Amando mostró un gesto de pesar—. Pero tiene mucha capacidad e iniciativa. Os voy a contar una historia… —Se sentó sobre unas cistas de madera que iban a servir como andamios—. Al poco de ser elegido obispo, un matrimonio se presentó ante él. La esposa, demacrada, parecía muy enferma.

»Paulo había adquirido ciertos conocimientos de medicina en su juventud y, tras examinar a la mujer, llegó a la conclusión de que debía operarla para salvarle la vida. La cuestión es que se había quedado embarazada, pero el feto había muerto y había que extraerlo. Paulo decidió encerrarse en la basílica de Santa Eulalia, y allí estuvo todo un día y toda una noche. La inspiración de nuestra mártir terminó por decidirlo a ayudar a la pareja. A la mañana siguiente, con un bisturí de hierro, extrajo el bebé fallecido, y la esposa sanó. Aquel matrimonio pertenecía a la aristocracia romana de la ciudad y era muy rico, incluso decían algunos que poseían la mayor fortuna de toda Lusitania. En agradecimiento, le entregaron la mitad de su patrimonio, con la promesa de darle el resto cuando ellos murieran. Y así fue. La pareja murió al poco tiempo, y todas sus riquezas pasaron a Paulo… Y, muchachos, el diablo anda por donde menos se espera. Las malas lenguas que maneja el Maligno han ido deslizando cosas por los rincones más oscuros de la ciudad…

—¿Qué cosas? —preguntó Masona.

—Que fue Paulo quien se acercó a la pareja, sabedor de su posición y riquezas, y que les ofreció sus conocimientos médicos para obtener su patrimonio; que no fue ajeno del todo a la muerte de la pareja; que, consciente de la oposición que suscita en la iglesia emeritense, ha intentado salvaguardar su posición, pues ahora, con tantas riquezas, está en posición de dominar a sus enemigos.

* * *

Aquella charla con Amando junto a las obras del *episcopium* me marcó para los siguientes meses. Sin yo conocer detalle alguno, intuía que las aguas estaban muy revueltas en la ciudad, y tal cosa podía afectar a nuestro monasterio o, incluso, a Masona y a mí.

Mi sospecha se acrecentó cuando, tiempo después, unos comerciantes del Imperio romano oriental se presentaron en Emérita. Su visita había sido anunciada previamente, varios días atrás, por unos heraldos pagados por ellos mismos. De forma que, en la fecha prevista, era mucha la gente, no solo de la ciudad y de sus *suburbia*, sino incluso de otros lugares de Lusitania, que se congregaba en Emérita.

Las gentes se agolpaban en las calles para admirar sedas, ungüentos y condimentos. Los buhoneros se esforzaban con sus espectáculos de títeres y maravillaban a pequeños y no tan pequeños con sus atrevimientos con el fuego.

El obispo Paulo los recibió en el atrio del *episcopium*. Como todo estaba en obras, y para evitar posibles accidentes, se nos pidió a los jóvenes del monasterio que nos colocáramos alrededor de la plaza para contener a la multitud.

—¡Bienvenidos, mercaderes! —los saludó Paulo. Era un hombre ya entrado en años: sobrepasaría con creces los cincuenta. De porte señero, delgado y estatura media, aún conservaba un cabello oscuro no del todo vencido por las canas. Su tez morena y brillante, sorprendentemente casi desierta de arrugas, contrastaba con el tono blanquecino de su túnica, decorada con unas franjas en tonos dorados.

Un niño se acercó al obispo y le entregó una caja de madera.

La multitud se agolpaba para no perder detalle de lo que ocurría. A falta de otros espectáculos, puesto que los del anfiteatro y los demás hacía tiempo que no funcionaban, el de aquella tarde era una tremenda novedad. De repente, aprovechándose de que yo intentaba sujetar a unos chavales que querían tocar la cara deforme del monigote de madera de cabeza gigantesca que portaba un muchacho, una niña se coló a mi lado. Dudé si salir a por ella, pero permanecí en mi sitio, aguantando a la multitud. Masona asintió y

me guiñó un ojo mientras daba explicaciones a unos menesterosos que pretendían entrar en la plaza para pedir limosna.

No resultaba extraño que Paulo, auténtico líder de la *civitas* en aquel momento como obispo, recibiera solemnemente a esos extranjeros. Los prelados se habían arrogado las facultades que en su día fueron del *ordo* decuríonal, como la munificencia de los antiguos municipios y colonias, que suponía entonces la construcción de obras públicas, la dedicatoria de un templo a Minerva o de una estatua dedicada al emperador, y, ahora, el mantenimiento de viudas, las limosnas a los pobres o el establecimiento de dependencias para atender a los enfermos.

—Bienvenidos seáis a esta gran ciudad, en su día capital de las Hispanias, que hoy sigue siéndolo de las iglesias de Lusitania.

—Gracias, noble Paulo —contestó cortésmente el jefe de los mercaderes, enfatizando sus palabras con una leve inclinación de cabeza.

Era este un tipo grueso, en el que descollaba su bigote alargado, el tono oscuro de su piel y los pendientes de oro que le colgaban de las orejas. Su barriga porfiaba con el faldón que portaba decorado con piedras preciosas y que ceñía su túnica anaranjada.

Media docena de saltimbanquis y malabaristas se iban repartiendo por las callejuelas que confluían en el atrio del *episcopium*.

—He sido informado de vuestros propósitos. ¡Proceded, proceded! —exclamó Paulo.

Pese a estar más atento al diálogo que mantenían que a sus rostros, me pareció que un gesto de preocupación le surcaba el rostro.

—¡Gracias, obispo! Recibid el agradecimiento de Saurio, o sea, de mí mismo, ji, ji, ji. —La ridícula risilla de Saurio contrastaba con sus proporciones orondas—. ¡Admirad, admirad, nobles de esta gran Emérita, descendientes de los senadores del Imperio, la destreza de mis artistas! ¡Vosotros sí tenéis el paladar necesario para degustar semejante espectáculo! —levantó la voz y se giró sobre sí mismo varias veces para asegurarse de que su reclamo zalamero llegaba a

todos los rincones—. Después, con esa misma habilidad, os ofrecerán los productos que podréis comprar estos días en los puestos que vamos a instalar en los antiguos foros —proclamó con orgullo.

Al instante, entre el público, siguiendo las voces de más mercaderes, se formaron dos pasillos estrechos, por los que varias chicas, ataviadas con unos vestidos repletos de pañuelos sedosos y acompañadas por tres músicos, se encaminaron hacia el espacio central. A los primeros compases musicales, comenzaron a danzar con unos movimientos sinuosos.

Masona y yo nos miramos varias veces con asombro, embobados ante aquella actuación que nos parecía un tanto obscena. También la expresión de Amando era de asombro; se encontraba junto a los diáconos y presbíteros que acompañaban a Paulo en el porche que comunicaba la residencia del *episcopus* con el atrio y el resto de la plaza.

Sin embargo, las bailarinas mantenían por completo la atención del público, que trataba de no perder detalle tampoco de las acrobacias de los demás extranjeros, mientras varios niños, de los que acompañaban a los mercaderes, iban moviendo unas cuelgas metálicas que desprendían un fuerte olor a incienso y a otras sustancias que no supe identificar.

El centro de la vieja Emérita era un hervidero de colores, olores, sonidos. Y la atención del público se repartía en cada detalle.

Porfiando por contener a la chavalería, volví la vista hacia Paulo. Y comprobé que su mirada parecía perdida.

O, más bien, todo lo contrario.

10

Los mercaderes se quedaron varios días en Emérita, y aun así no lograron los beneficios que esperaban. Eso no me extrañó, puesto que bastante tenía la mayoría con sobrevivir al día a día como para gastar en fruslerías: joyas, sedas, maquillajes y todo tipo de ornamentos destinados a las principales fortunas.

Entre estas sí tuvieron cierto éxito sus productos, tanto entre la aristocracia romana como entre la goda. Y por eso Saurio pregonaba a quien quisiera escucharlo que el viaje había sido fructífero y que marchaban a otros importantes enclaves de Occidente; que quizá pasarían por Tarraco para, desde allí, trasladarse al sur de las Galias, donde harían una última parada antes de regresar a las islas del otro lado del mar.

A todo esto, resultó que yo había acertado. Fue el mismísimo Paulo quien relató todo a Amando, en quien confiaba plenamente, y este a nosotros. La idea se le ocurrió al obispo durante el espectáculo de los mercaderes, y supo, enseguida, que debía cerciorarse de que su intuición era correcta; y, para eso, necesitaba a alguien de su máxima confianza, alguien que no estuviera contaminado por las rencillas, las rivalidades o las enemistades de los últimos años. Ese alguien era Amando.

Antes de que concluyera el espectáculo, el obispo hizo un gesto al monje para que se acercase. Había advertido algún rasgo muy familiar en uno de los muchachos entre los mercaderes. Tanto, que creía haberlo identificado. Y, discretamente, así se lo señaló a Amando.

—Dile que venga a verme. Antes de que caiga la noche. Acompáñalo tú mismo.

Una vez reclamado por Amando, el muchacho pidió permiso a Saurio para ver al prelado y, cuando fue a verlo, le llevó un presente de parte del mercader. Amando nos contó que Paulo no pudo reprimir las lágrimas al confirmar que el chico era Fidel, su sobrino, hijo de su hermana.

Lloró de emoción por el reencuentro, pero también porque su idea iba a dar frutos. Bajo aquel porche, ya había decidido que, de confirmarse su sospecha, aquel muchacho iba a ser su sucesor.

Por más increíble que parezca, doy fe de que fue así. Ya entonces las palabras de Amando me ofrecieron toda la credibilidad, y hoy mismo, tantos años después, no se me ocurriría dudar de su verosimilitud. Porque lo cierto es que Paulo convenció a todos: a Fidel, para que se quedase a vivir con él en Emérita, lejos de su patria y de sus padres, y a Saurio, para que dejase al muchacho allí, pese a su inicial resistencia.

—No puedo, prelado, regresar a Oriente sin el chico. ¿Qué dirían sus padres? Me matarían al momento. Sería una decisión lamentable por mi parte. —El jefe de los mercaderes abrió los brazos en señal de preocupación, sin perder de vista las reacciones de Paulo—. ¡No, nada más lejos de mi intención!

—Debes dejar al chico conmigo. Di a mi hermana que su hijo será feliz, que tendrá un futuro más que asegurado y que hará el bien a muchas personas, comenzando por él mismo. —Paulo hablaba con serenidad—. A las razones que ya te he dado sobre su seguridad, de una vida dedicada a Jesucristo y a la comunidad de los fieles, lejos de las herejías que por nuestra tierra circulan, puedo añadir más cosas.

—¿Más cosas? —Saurio cruzó los brazos. Comenzaba a esbozar una sonrisa, a pesar de sus intentos por disimularla.

—Sí: regalos —se limitó a afirmar Paulo.

—¿Qué tipo de… regalos? —Saurio manejó con cautela la pausa en mitad de la pregunta.

—Regalos para la familia de Fidel, mi propia familia, y para ti, Saurio. Mis clérigos os entregarán unos *solidi* para ellos, y varios

cofres con materiales para vosotros, por supuesto. —Paulo abrió su sonrisa. A pesar de su edad avanzada, seguía siendo un hombre atractivo y seductor—. Podréis venderlos allí y sacar un buen pellizco. No todos los días llegan a Oriente, a Grecia, a Constantinopla, a Siria, mercancías desde el otro extremo del mar…, y menos aún después de las guerras que los generales de Justiniano han desatado en Occidente, ¿no es así?

—Cierto… De hecho, ni siquiera estas tierras tan lejanas a Constantinopla están del todo libres de sus tropas, según creo.

—Desde luego. Cuando el emperador Justiniano llegó a un acuerdo con Atanagildo, las tropas imperiales desembarcaron en Hispania y ayudaron al rebelde en su guerra contra el rey Agila. De hecho, sus propios magnates lo asesinaron en esta ciudad. —Paulo mostró un gesto de preocupación—. El resultado es que Atanagildo es rey y los imperiales han ocupado las costas del este y del sur.

—Suena todo muy lógico —ironizó Saurio.

—Suena a que, cuanto antes te marches con tus buhoneros, más posibilidades tendrás de portar los presentes que te voy a entregar y sacar una buena renta por ellos.

Así fue. Los mercaderes regresaron a Oriente sin Fidel, pero con una cuantiosa aportación de Paulo, proveniente dela herencia de aquel matrimonio al que había salvado. Y entonces también las malas lenguas, movidas por el diablo, hicieron correr por todas las esquinas de la ciudad que el obispo había utilizado sus conocimientos médicos en una doble línea: la primera, para la salvación inmediata de la mujer, con la que logró para sí tan suculento patrimonio; la segunda, nada menos que la inoculación de venenos una vez lograda la confianza de la pareja. Quien quisiera podía escuchar que Paulo, en las posteriores visitas de los cónyuges, les recomendaba diferentes fármacos que él mismo elaboraba, fármacos que no eran otra cosa que venenos mortales.

Pronto supimos quiénes estaban detrás de semejantes lenguas malignas. O, más bien, quiénes ayudaron a divulgar los deseos del diablo y de sus cerebros desconocidos, pues estos nunca salieron a la luz. La maldad surgió de varios clérigos de la jerarquía de la iglesia

catedral que vivían en el *episcopium*, pero cuyos nombres exactos no conozco; en cambio, sus lenguas estuvieron encarnadas por algunos jóvenes de la propia iglesia y de nuestro monasterio. Y, entre ellos, los infames.

Lo supimos tiempo después. Paulo estaba ya bastante enfermo, Sabiniano había fallecido y al nuevo abad, Tesquio, sabedor de que nos necesitaban más en la iglesia catedral que en el monasterio, no debíamos pedirle permiso cada vez que uno de los *pueri* de la escuela catedralicia llegaba con un mensaje para Masona o para mí.

—Ese Antestio ha sido uno de los que han divulgado las maledicencias sobre Paulo —sentenció Amando, apesadumbrado, cuando acudimos a la cita en el *episcopium*—. Como podéis imaginar, ayudado por sus secuaces: Gelio, Lauco y esa bestia andante que es Draconcio. Pero Paulo no va a dejarse vencer… Quiero que sepáis dos cosas, que me llevarán a una tercera.

—Habla. —Masona estaba muy tenso.

—Paulo va a nombrar a Fidel como su sucesor. Y lo va a hacer ya, en breve.

—Pero…, pero eso es irregular, va contra los cánones eclesiásticos desde…, desde los tiempos de Constantino, o incluso antes —balbuceó Masona, sorprendido.

—Tienes razón. Es irregular. Pero más lo es la malicia de los enemigos de Paulo, que es lo mismo que decir que los de Jesucristo. Y nosotros estamos aquí para defender al Altísimo, ¿no es así?

Al ver que nosotros guardábamos silencio, Amando continuó:

—Paulo va a nombrar a Fidel como nuevo obispo, y él ha decidido retirarse a una pequeña celda en Santa Eulalia. —Amando se frotó la frente, visiblemente preocupado—. Para asegurarse de que sus enemigos no hacen ningún movimiento repentino, va a anunciar que todo su inmenso patrimonio queda en manos de Fidel, a título nominal. Si es aceptado como obispo, podrá engrosar el de la iglesia episcopal.

—Es… —comenzó a decir Masona, abriendo mucho los ojos.

—Sí. Es una estrategia maestra —culminó Amando, claramente satisfecho—. Una vez más, Paulo ha demostrado su sabiduría. Sus

enemigos dirán que es un chantaje. Aprendamos todos de él.

—Eso intentamos, te lo aseguro —afirmó Masona.

—La segunda cuestión que, a su vez, me lleva a la tercera, es la siguiente: Paulo me ha ascendido y seré presbítero.

—Enhorabuena, amigo —Masona me miró, complacido, y yo asentí, haciendo ver que hablaba por los dos—. Eso implica que estás ya entre los posibles candidatos a la silla catedralicia…

—No, ni mucho menos. Fidel va a ser nuestro nuevo obispo, y nuestra labor no será otra que apoyarlo. Enemigos no le van a faltar. —Amando nos puso las manos sobre nuestros hombros—. He aquí y ahora, pues, la tercera y última cuestión: tendréis que ayudarme en esta misión que me ha encargado el Altísimo a través de su representante entre nosotros, Paulo.

—Amando, sabes que puedes contar con nosotros —dije con toda la convicción de la que pude echar mano.

11

Aquel día, me tocaba recoger las tazas. Tras lavarlas con agua en la pila interior, junto a las cocinas, las frotaba una a una para luego colocarlas en las baldas junto a los armarios en la pared oriental del comedor.

Cuando me volví para recoger más tazas de la mesa, a unos tres o cuatro pasos de mí, tropecé con una pierna que daba una zancada hacia mi posición. A pesar de la túnica que la cubría, aún siento el roce de aquella extremidad deforme y gruesa.

A mi lado, Lauco, que estaba llevando una ancha fuente de barro a un armario, se quedó Casi tan tieso como yo. Pero, al momento siguiente, la bandeja salió volando varios pies hacia su destino, pero con resultado muy diferente, puesto que se rompió en unos cuantos pedazos. Al verlo, Lauco palideció, y el causante de la caída, también.

Sin embargo, Gelio no perdió ocasión de aprovechar la situación. Apareció de improviso, como, si su pelo pinchudo emergiera del interior del suelo o, por decirlo de un modo más exacto, de lo más recóndito del subsuelo. Y lo hizo con su más maligna sonrisa.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Mirad qué tenemos aquí! —alzó la voz.

Antestio que, como siempre, permanecía varios pasos por detrás, salió al patio para azuzar a cualquiera que pasase para que se asomara al interior.

—Venid, venid, puede que veáis algo muy interesante —deslizaba sinuosamente con una voz aparentemente serena pero

demoníaca.

Se refería, naturalmente, a la previsible paliza que Lauco me iba a propinar. Curiosos, algunos monjes fueron entrando en el comedor.

Pasito a pasito, yo me había ido retirando hacia los armarios que tenía detrás, y desde allí vi cómo, por si las cosas no se podían poner peor, Antestio volvía al comedor seguido por la mole andante de Draconcio.

Ya podía ver su puño preparado y la sonrisa aparentemente inocente que parecía dedicarme mientras se acercaba a mí.

Me volví y, como última esperanza, así dos tazas: una con cada mano. Y me preparé para el desastre.

Pero en ese mismo instante, y como en aquella otra ocasión, apareció Masona entre lo que para mí era una multitud informe, revuelta, vociferante.

—Imagino que habréis oído que el rey Atanagildo se va a plantar en Emérita de un momento a otro. Supongo que no hace falta decir nada más… Acaso, que mi amigo Gaudila y su padre Teodulfo estarán muy próximos a él.

Sus palabras, dichas con aplomo y una cierta gravedad, tuvieron un efecto inmediato, y pocos instantes después la multitud se había dispersado. Solos ya él y yo en el comedor, nos pusimos a recoger las piezas de la bandeja rota.

—No dejes que vuelva a ocurrir. No eres más débil que ellos —me dijo de repente.

Se hizo un silencio entre nosotros. Pero pronto no pude contener un abrazo, al que siguió un beso en la frente. Nos miramos fijamente y ambos sonreímos.

«No eres más débil que ellos».

—Anda, vamos, tienes una visita —dijo, tirando de mí hacia fuera.

—¿Una visita?

—Sí —intentó controlar una carcajada—: Bueno, digamos que no ha preguntado exactamente por ti, aunque yo tengo esa impresión.

Seguí sus pasos hacia la biblioteca, donde Faustino nos aguardaba apoyado sobre un lateral de la puerta. Se le veía muy desmejorado, si eso era posible en su cuerpo siempre cadavérico e informe.

—Bueno, bueno… Sergio, ignoro qué ha pasado en el comedor, pero, a juzgar por la cantidad de espectadores, ha debido de ser un espectáculo sublime —dijo, y sus cuencas parecieron adquirir vida —. Venid, pasad.

Y allí estaba ella. Lo supe desde que puse el pie derecho en la entrada de la biblioteca.

En la primera sala, dos monjes de edad avanzada trabajaban con unos *volumina* bastante raídos. Desplegaban los rollos con dificultad y se afanaban en copiar algunas frases o algunos pasajes en unos códices pequeños, casi diminutos.

No había rastro de ella, pero estaba completamente seguro de que no me equivocaba. El aroma era inconfundible. Y no aludo al de las maderas viejas y carcomidas, al ambiente escasamente ventilado ni al olor rancio de las páginas de pergamino. Olía a ella, y lo recuerdo con la frescura que da la memoria del amor, aunque sea del amor perdido.

Era el perfume de Elia.

Estaba sentada en una de las sillas junto a la mesa principal de la gran sala. Su semblante, además de irradiar luz, como casi siempre, mostraba un aire divertido.

—Vaya escándalo que habéis montado ahí fuera, ¿no? Se escuchaba el griterío desde aquí.

En aquella habitación tan maravillosa, repleta de armarios colmados de libros, pero al mismo tiempo tan lúgubre, la voz de Elia provocaba la sensación de que los muros se hubieran caído, de que la techumbre no existiera, de que la luz más cegadora estuviera entre nosotros.

—Nada… Bueno…, ya sabes, estábamos recogiendo el comedor —me sorprendí a mí mismo al responder.

Miré a Masona, que parecía estar al borde de un ataque de risa, aunque consiguió disimularlo consultando un gran *codex* que había

abierto en una de las baldas bajas.

—Ojito con eso, Masona. Es un Virgilio —dijo Faustino, visiblemente contrariado.

—¿Es… es la *Eneida*?

—Sí, y es uno de los libros de esta biblioteca con más valor. Lo encargó un tipo poderoso hace un siglo o algo más —conjeturó Faustino mirando a Elia.

—Es la mirada que la Roma del primer emperador tenía de sí misma —afirmó Elia.

Faustino, pensativo, se sentó junto a ella y nos hizo una indicación para que hiciésemos lo mismo.

—Elia, esa ha sido una definición maravillosa. —Entrelazó los dedos de las manos; juntas, daban toda la impresión de ser un amasijo de huesos con mil entrantes y salientes—. Augusto estaba comenzando una nueva época y necesitaba una manera de contarla, pero sin romper del todo con el pasado y sus dioses.

—También la nuestra es una nueva época, ¿no es así, maestro Faustino? —preguntó Masona.

—Lo es, joven godo, lo es. —Faustino hablaba con su voz trémula, cavernosa—. Vuestro reino se empieza a rehacer después de una guerra civil. El de los suevos, en el noroeste, permanece. Y, por doquier, no pocos *domini* explotan a sus comunidades rurales a su antojo o extienden sus redes por las ciudades de Hispania.

—Pero Atanagildo pondrá fin a todo eso —afirmó Masona, muy convencido.

—De momento está en Híspalis, o eso dicen —replicó Elia—. Aunque, en fin, parece que va a venir a Emérita. —Y nos miró como queriendo recordarnos nuestra charla en las ruinas de la curia.

—Veremos si Atanagildo es capaz de extender su poder del *regnum Gothorum* más allá de Híspalis… Dicen, efectivamente, que va a venir, e incluso que irá más al norte. —Faustino carraspeó y se volvió hacia mi amigo—: Masona, creo que la guerra que han sostenido hasta ahora los godos va a tener consecuencias muy diferentes a otros conflictos anteriores.

—¿Por qué dices eso, maestro? ¿Por los imperiales? —pregunté,

en alusión a las ocupaciones de plazas costeras.

—Bueno, ese es un dato nada menor, ciertamente. De todos modos, han llegado informes según los cuales Atanagildo ha roto relaciones con las tropas de Justiniano. Se dice, incluso, que ya ha tenido alguna escaramuza con ellas y que pretende echarlas al mar —contestó el anciano—. En realidad, es una simple intuición.

—¿Una intuición, sabio Faustino? ¿Acaso tiene que ver con los godos? ¿O también con familias como la mía? ¿Quizá te refieres a este monasterio?

—A todo, Elia, a todo —sentenció, cada vez más desfigurado—. A veces, y digo que solamente a veces, cuando estudiamos el pasado —abrió los brazos como queriendo señalar a todos los libros que nos rodeaban—, obtenemos las claves de nuestro presente.

—Y también de nuestro futuro —nos sorprendió Masona—. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

Faustino no contestó. Se limitó a cerrar los brazos, como protegiéndose de algo, y a mirar hacia los libros. Más que nunca, parecía como si un esqueleto venido de ultratumba estuviera ante nosotros.

12

Con el tiempo, durante los últimos momentos del pontificado de Paulo, Masona y yo solíamos acudir con mucha frecuencia al *episcopium*. Cada vez pasábamos menos tiempo en el monasterio. Ciertamente, aún dormíamos allí, ya en los barracones de adultos, pero nuestras obligaciones para con Amando se acrecentaban día a día, y Tesquio, el nuevo abad, no ponía ningún inconveniente a nuestros nuevos cometidos.

Amando nos necesitaba para que fuéramos sus ojos en la ciudad y, por las noches, en Santa Eulalia. Todos los rincones eran susceptibles de acoger confabulaciones. Y nosotros lo informábamos puntualmente.

Para entonces, hacía tiempo que Paulo había logrado su propósito y, pese a lo irregular del proceso, pues a los obispos los escogen el clero y el pueblo, Fidel lo había sucedido.

Asustado porque aquello pudiera dar lugar a un reguero de sangre y disputas en la ciudad, Faustino nos había contado el caso de Dámaso en Roma.

—Aquello pasó hace dos siglos —hablaba con su habitual voz metálica y su aspecto tenebroso, pero se le notaba francamente impresionado. En modo alguno aprobaba la decisión de Paulo—. Hubo decenas de muertos en la pugna por la elección para la sede de la mismísima Roma. Contendían un hispano, Dámaso, y un tal Ursicino… o Ursino. Algunos dejaron escrito que se recurrió a las armas, a los sobornos, a movilizar a gladiadores y a la plebe en general. Hubo una auténtica batalla campal en las calles de Roma.

Solamente espero que no ocurra aquí algo semejante. —Era la primera vez que me dio la impresión de que de sus cuencas vacías salía alguna lágrima—. Aunque yo ya no estaré aquí para verlo.

Faustino estaba en lo cierto. A los pocos días, el viejo maestro apareció muerto. Lo encontraron sobre la mesa de su salita particular, sentado y con las dos manos apoyadas en la mesa alrededor de su cabeza. No había nada extraño en su fallecimiento. La muerte, que ya se había apoderado de su aspecto desde mucho tiempo antes, había decidido llevárselo definitivamente.

Verlo así me pareció una visión fantasmagórica, procedente del inframundo, ajena a nuestro ser.

Qué equivocado estaba.

Pronto, muy pronto, me enfrentaría yo mismo a ese inframundo.

* * *

Cuando esté yo mismo a las puertas de ese inframundo, algo que sin duda ocurrirá dentro de muy poco tiempo, aún temblaré ante el recuerdo vívido de los labios de Elia.

Pocos días antes de la muerte de Faustino, me había encaminado a la *domus* de Modesto, pues había prometido otra *donatio*: una copia fragmentaria de algunos sermones de Agustín.

—Avisa a esos amigos godos tuyos —me amenazó Elio al verme llegar—. Diles que no estén tan tranquilos, que la guarnición de salvajes no los va a proteger como creen.

Yo no contesté a sus bravatas y me limité a asentir. En presencia de Elia me costaba mucho concentrarme en cualquier otra cosa que no fueran sus ojos, la albura de su tez o esos rizos que tanto me insinuaban.

Y todo se precipitó.

Me acompañó a la salida. No dijo una sola palabra; yo tampoco. Pero, cuando nos encontrábamos a punto de alcanzar el portón, dio unos pasos muy rápidos hacia la izquierda, y, sin apenas darme

cuenta, nos hallábamos en una sala estrecha y me había tomado de la mano. Entraba la luz por un ventanuco, iluminando unas estanterías repletas de azadas, calderos y otros objetos destinados al cuidado del jardín del peristilo y el atrio.

Ni siquiera cerró la puerta.

Me miró con aquellos grandes círculos oscuros y sonrió. Me turbé por completo, y sin embargo fui yo quien acercó la boca. Le besé el labio superior y me retiré de inmediato, temeroso de su reacción. Pero no fue otra que devolverme el beso. Algo dentro de mí me llevó a besarla en el cuello, y luego introduje mi lengua en su boca, que me recibió con una suavidad extrañamente intensa. La estreché entre mis brazos. Para entonces yo notaba mi miembro erecto y quería estar dentro de ella. Nuestras lenguas, dejando a un lado la sutileza, ya se habían entregado a la pasión.

—Sshhh, Elia…, muchacha… —Una voz sedosa, femenina, acompañó a un golpeo reiterado en la puerta, que permanecía abierta—. Tienes que salir de ahí, el *dominus* va a venir ya.

Comprendí al instante que aquella sirvienta estaba conchabada con su *domina* para evitar cualquier escándalo.

Porque Elia sí sabía que nos íbamos a besar.

* * *

En Emérita, la aceptación de Fidel como obispo era provisional. Mientras viviera Paulo, nadie iría en su contra. Pero todo cambiaría en cuanto este diera el último suspiro.

Aquella tarde en que nos reclamó con urgencia, Amando nos aguardaba con impaciencia en la entrada del atrio. No era lo habitual, pues normalmente algún joven clérigo nos recibía y nos conducía a sus dependencias.

—Están diciendo que van a repartir la fortuna de Paulo en cuanto muera —comentó Masona.

—¿Quién lo dice? ¿Dónde lo has oído? —preguntó Amando,

alarmado.

—En Santa Eulalia. Se lo he escuchado a Gelio.

—¿El del pelo picudo? —quiso aclarar Amando.

—Sí —confirmó Masona—. Va contando que habrá una amplia parte para algunos clérigos y monjes, y para limosnas a los pobres.

El rostro de Amando palideció y, durante unos instantes, quedó inmóvil. Pero, de repente, pareció que un impulso interior lo hubiera enardecido y mudó de expresión.

—En realidad, os he hecho venir porque nuestro *episcopus* quiere veros.

Masona y yo nos miramos. Me di cuenta de que ambos solíamos poner el mismo gesto de asombro: apretábamos fuertemente los labios y fruncíamos el ceño.

—¿A nosotros? —me adelanté a Masona.

—Sí, a vosotros. Y más pronto que tarde. Vamos —ordenó con gesto sombrío—. Porque Paulo se muere.

Entramos en un aposento cuadrangular, con dos grandes ventanales sellados con unos cortinajes gruesos en tonos oscuros. Solamente una vela y dos pequeñas lucernas alumbraban el lúgubre espacio. Al fondo, en un lecho, a pesar de la penumbra, pude distinguir los rasgos de Paulo. Su cabeza asomaba por encima de unas sábanas que parecían húmedas, supuse que por el sudor provocado por la fiebre. Dos clérigos ancianos asistían al enfermo.

Paulo, con enorme esfuerzo, logró mover su mano derecha para indicar a los dos eclesiásticos que nos dejaran a solas. La enfermedad había hecho estragos en él: tenía el rostro demacrado y los ojos amarillentos, pero aún se expresaba con claridad. Aunó todas las energías que le quedaban y, con constantes pausas para tomar aire y sorber un poco de agua gracias a una pajita de cerámica que sobresalía de una taza de metal, nos contó.

Ninguno de nosotros osamos decir ni una sola palabra.

—Muchachos…, vosotros sois el futuro de esta ciudad… y de la iglesia emeritense. No hagáis caso de todas esas cosas que se dicen. —Tuve la certeza de que nuestros informes, y los de otros, llegaban a Paulo a través de Amando incluso en sus últimas horas—. Lo

tengo todo…, lo tengo todo… previsto.

Paulo esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa y señaló temblorosamente a Amando, como instándolo a hablar.

—Amadísimo Paulo —Amando balbuceó, emocionado, casi al borde del llanto—, todo se ha dispuesto como deseabas.

—Así… así sea —concluyó el obispo con enorme dificultad. E inclinó la cabeza sobre la almohada para intentar buscar un descanso seguramente incómodo.

Una vez en el porche, Amando nos tomó a ambos por los hombros.

—Ya lo habéis escuchado —sonrió—. Sois el futuro de esta ciudad y de la iglesia emeritense. Por algo os habrá dicho eso, ¿no creéis?

—Bueno, que tú tengas confianza en nosotros será la única causa de ello —dije con convicción.

—Es cierto. Escuchad. —Por primera vez, Amando me pareció un hombre mayor, algo totalmente impensable hasta hacía poco—: Van a por Fidel. —Su tono de resignación también me sorprendió —. Paulo quiere asegurarse de que lo que ha previsto en su testamento y en su voluntad se cumpla. Me acompañaréis a las entrevistas pertinentes para que eso sea así. Será vuestra mejor escuela.

Dos o tres días después, Paulo se sintió morir. Dio la orden de que se le transportase en una litera hasta el monasterio. Quería orar a santa Eulalia en su lugar de enterramiento y, además, deseaba ser inhumado en la cripta de la mártir.

El *funus* se celebró en la basílica de Santa Eulalia, y el ya obispo Fidel presidió la ceremonia. No tenía la apostura ni el atractivo de su tío; sin embargo, compensaba su aspecto con una sonrisa franca y una expresión agradable. Los remolinos de su cabello oscuro quedaban en nada en cuanto uno miraba hacia la parte superior de su cabeza. Aparte de la consabida tonsura, varias zonas cimeras alternaban algún mechón con espacios totalmente vacíos. Mantenía, no obstante, la misma mirada despierta de cuando llegó a la ciudad con Saurio y sus buhoneros. Aunque aquel día, cuando se presentó

ante el altar para pronunciar la *laudatio funebris* en honor de Paulo, hacía ya tiempo que había dejado de ser un muchacho. Como lo habíamos dejado de ser los demás.

No era la primera vez que Fidel comparecía ante lo más destacado de la comunidad, pero sí en una celebración tan solemne y multitudinaria. Además de los monjes de Santa Eulalia, estaba presente todo el clero de la ciudad; solamente unos pocos se habían quedado en el *episcopiurn* y en la iglesia catedral para controlar que todo estuviera en orden. Los aristócratas romanos compartían espacio con numerosos magnates godos que no se quisieron perder la ceremonia. Y también había algunas mujeres al fondo de una de las naves laterales.

La busqué con la mirada, pero no la vi.

Aunque sí estaban Modesto y Teodulfo, acompañado este de su hijo Gaudila, que nos guiñó un ojo.

—Llevan las espadas —susurré a Masona.

—Claro. No están las cosas para confiarse. ¿No escuchaste al difunto Faustino?

Ante tanta muchedumbre, Fidel parecía nervioso al comenzar la *laudatio*, que fue extensa. Se extendió en alabanzas al finado, insistiendo en su valor, en sus labores de caridad y en su fomento al culto a la mártir. Pero perdió pie al referirse a su origen oriental que, dijo, no había sido un problema en su ascenso eclesiástico. A pesar de tratarse de un lugar sagrado, se escucharon rumores y voces quedas. No eran pocos los que veían en dicho origen la causa de la irregularidad que había ascendido a Fidel.

Comenzaba yo a comprender los juegos y las sensibilidades del poder, pero ese día me limité a observar todos los detalles: las espadas de los godos, los rostros preocupados de Modesto y otros nobles, las miradas de tensión entre los pocos clérigos partidarios de Fidel, como Amando, y la gran mayoría que esperaba la ocasión para removerlo. Me detuve en los gestos de Antestio y sus infames, que también se asomaban a la madurez. Me quedé pensando que parecían serpientes que, arrastrándose, esperan el momento preciso para asestar el golpe definitivo a sus presas.

Solo ahora me doy cuenta de que Fidel cometió un error. No calibró que, ante él, había dos mundos en colisión: el romano y el godo, el católico y el arriano, el de siempre y el nuevo. Había aceptado la voluntad de su tío, con la esperanza de que su nueva posición estuviera por encima de cualquier conflicto, hasta entonces calmado por la personalidad de Paulo.

Pero estaba completamente equivocado.

13

Gaudila y yo habíamos comenzado nuestras andanzas por los lupanares de Emérita. Él ya había tenido alguna experiencia antes, en compañía de otros jóvenes godos, y al fin, en una de mis típicas tardes de angustia, me convenció. Esa franja indeterminada y aciaga del día siempre me ha producido una sensación de tedio, de melancolía, de tristeza. Y el haberme besado con Elia, el experimentar la necesidad irrefrenable de estar con ella a solas, no hizo sino aumentar mi pulsión hacia el sexo.

Para mi sorpresa, no era el único clérigo que frecuentaba aquellos antros a los que Gaudila me condujo. Había varias decenas en la ciudad, sin contar los de los *suburbia*, pero mi amigo decía que aquellos resultaban más seguros que estos, toda vez que sus meretrices tenían más destreza para evitar coincidencias no deseadas. Y así tuvo lugar mi iniciación en el sexo.

* * *

Amando comenzaba a considerarnos a Masona y a mí como unos iguales, o esa sensación quería darnos. Él ya formaba parte del colegio de presbíteros, y su figura iba emergiendo entre las rivalidades internas del *episcopium*, algunas de las cuales venían de muy lejos.

Había un presbítero, ya de edad muy avanzada, de nombre

Basilio, cuyo aspecto me llamaba mucho la atención, porque no estaba calvo, sino que su cabellera, más allá de la tonsura, se veía fuerte y completamente blanca. En general, era un tipo de traza recia, y sus andares decididos eran el mejor reflejo de que estaba muy seguro de sí mismo.

Yo apenas me había encontrado con él y, hasta entonces, siempre, tanto dentro del *episcopium* como en el atrio o en las calles del entorno, iba con Antestio. En la última ocasión, los dos salían del edificio de celdas de los mayores.

—Basilio, este es Sergio. —Antestio, en todo su cinismo, esgrimió una amplia sonrisa—. Ahora mismo, junto a su amigo el godo Masona, es uno de los hombres de confianza de Fidel o, por mejor decir, de Amando.

Que Antestio empleara la expresión «hombres de confianza» me hizo pensar. Primero, que yo había dejado atrás la mocedad y que ya era, como acababa de decir Antestio, un hombre. Ni las andanzas que Gaudila y yo disfrutábamos por los camastros de las meretrices emeritenses me habían hecho caer en la cuenta tan certeramente *como* aquellas palabras de Antestio. Y segundo, la confianza. Sí, en su día Paulo había confiado en nosotros, pero en realidad era Amando quien nos había llevado hasta él y, poco a poco, nos había ido segregando del monasterio. Masona y yo éramos hombres de confianza de Amando; por lo tanto, también de Fidel.

—Vaya, vaya —dijo Basilio, exhibiendo una sonrisa amplia—. Me suena mucho tu cara. Creo que nos hemos visto por el *episcopium*, ¿no es así?

—Sí. Es un honor… —quise terminar una frase cortés, pero no me lo permitió.

—Déjate, déjate de cumplidos retóricos. —Me tomó por el brazo y puso toda la felinidad de su mirada sobre mí—. Creo que tu amigo el godo, Masona —volvió la vista hacia Antestio para que confirmara que el nombre era correcto; el otro asintió rápidamente— y tú deberíais venir a verme alguna vez. Ya sabes que mi celda está en el nuevo piso superior, muy cerca de la de vuestro amado Fidel.

Asentí. No sabía ni qué decir, aunque ya, con el tiempo, había comenzado a saber administrar mis silencios. No era, por fin, por cobardía, sino por prudencia.

—Sergio siempre ha estado a la sombra de Masona, dilecto presbítero —explicó Antestio con su cinismo habitual.

Me quedé paralizado porque, desde luego, aquello era cierto. Precisamente por eso mismo. Porque era verdad. Las palabras de Antestio habían supuesto un estruendo en mi interior.

Probablemente, Antestio no tenía siquiera intención de insultarme o herirme. Más bien creo que sabía percutir en el alma de las personas. La maldad suele saberlo, y él trataba de inocular su veneno para atraerme hacia él. Acaso yo ya lo tuviera dentro, pero, en todo caso, hoy creo que aquel día, tras las palabras de Antestio, algo se rompió en mi interior.

—Me parece muy buena idea, Basilio… —hice una pausa para medir muy bien mis palabras—, toda vez que permitas que me dirija a ti sin tratamiento alguno.

—Puedes decírselo a ese amigo tuyo godo —contestó.

—Masona —puntualizó Antestio.

—Sé perfectamente que se llama Masona, acabo de mencionar su nombre hace un instante. —Basilio frunció el ceño, pero, de inmediato, volvió a hacer ostentación de su sonrisa—. De hecho, su nombre suena cada vez con más fuerza en el *episcopium*.

—Masona… Masona… Masona… —Antestio pronunciaba el nombre de mi amigo con tonos diversos para emular voces diferentes, con sorna manifiesta.

—Puedo ir yo solo.

Antestio se descompuso ante mi respuesta. No eran propias del Sergio que él conocía: el del barracón o el del comedor, el que se amilanaba ante la amenaza física de Draconcio, la estulticia de Lauco, la malignidad de Gelio o la iniquidad del propio Antestio. Siempre resuelto para manejar a sus infames, jamás hubiera siquiera barruntado que, alguna vez, yo pudiera ser uno de ellos.

* * *

No en una ni en dos, sino en varias ocasiones asistí a aquellas reuniones. La celda de Basilio era la más grande del *episcopium*, con la excepción de la del propio Fidel. Quedaba justo sobre el descansillo de unas pequeñas escaleras en el lateral del edificio, de manera que no resultaba difícil llegar sin ser visto, más cuando el resto se preocupaba de bloquear el acceso principal.

Basilio me presentó a otros presbíteros, cuyos nombres, ahora, forman en mi memoria un embrollo imposible de resolver. Pero a todos ellos los conocía de vista, pues solían acompañar a Fidel en las liturgias. Era como una suerte de cortejo solemne.

Nadie, desde fuera, podría pensar que dicho cortejo podía tejer y destejer tantas ambiciones una y otra vez. Y lo mismo sucedía con las procesiones en las festividades de tal o cual santo, y de modo muy especial en la de la niña mártir. El pomposo desfile se caracterizaba por la exhibición de cálices de plata y oro, libros litúrgicos portentosamente decorados y tejidos fastuosos que protegían las estructuras de madera donde los objetos eran expuestos. Nada podían adivinar los miles de fieles maravillados del contraste que existía entre el brillo y la pompa de tanta joya y la espesura de las almas que las portaban.

* * *

Yo se lo conté a Elia. Le dije que asistía a las reuniones. A la primera. Luego, intenté esquivar ese asunto.

Apenas había visto a Elia desde nuestro beso. Y, recordar aquel instante, me había provocado excitación muchas noches. Aun así, por temor a su reacción, no traté de buscar ningún encuentro con ella, sino que me conformaba con mis devaneos con Gaudila por los prostíbulos.

Sin embargo, nos habíamos encontrado casualmente alguna vez

cuando yo salía del *episcopium* y ella, de camino a los mercados donde se comerciaba con vestidos y maquillajes, pasaba por las calles que desembocaban en el atrio del complejo. Apenas cambiábamos unas palabras; un saludo, poco más. En todo caso, la sirviente enseguida se colocaba bastantes pasos al margen, dejándonos solos en mitad del gentío.

Un día, le conté lo de los conciliábulos. Al principio, se mostró muy enojada, y luego, incrédula.

—Basilio y Antestio dejan hacer a los demás. Son muy hábiles —le expliqué yo, admirado por la astucia de ambos.

—¿Qué dicen esos otros… —ella dudaba siempre con las dignidades o peldaños del escalafón— presbíteros?

—Que hay que eliminar a Fidel.

—¿Qué? —La palidez habitual de Elia se tornaba en un ligero carmesí cada vez que se enfadaba o, como era el caso, se alarmaba.

—No matarlo, desde luego, aunque… —Me di cuenta al momento de que, en realidad, no estaba para nada convencido de lo que acababa de decir—. No, no es posible. Quieren eliminarlo del sitial, de la cátedra. Quieren apartarlo del episcopado.

—¿Y podrían?

—Encontrarían la manera.

—Pero tú no vas a participar en eso, ¿verdad? —Otra vez el carmesí.

—No.

* * *

Conforme avanzaban las obras y asistía a las reuniones en la celda de Basilio, mi cabeza parecía que podría entrar en colapso en cualquier momento. Porque las obras no eran ya solamente para solucionar los problemas de mantenimiento —la techumbre del porche, por ejemplo, se había desplomado—, sino que Fidel había decidido financiar una reconstrucción absoluta. Porque había mucho más en

juego.

—Las obras no son obras en sí —nos dijo Fidel en una ocasión a Masona y a mí—. Como bien sabéis, quieren apartarme de la silla que me dejó mi tío, el amadísimo y de gloriosa memoria, nuestro obispo Paulo.

—Así es. Lo entiendo, Fidel, y es la mejor manera de administrar vuestra fortuna —confirmó Masona.

—En obras que cumplen una doble función —agregué—: solucionar los problemas que hay y ampliar las instalaciones, es una —me tomé mi tiempo antes de seguir para mirar Masona—; mostrar, ilustrar y convencer al *populus* de Emérita y a la grey eclesiástica de que eres el verdadero líder de la comunidad, es la otra.

—Tus palabras son sabias, Sergio. —Fidel se mostró complacido.

—Lo son… Ya lo creo que lo son —dijo Masona, visiblemente asombrado. Tal vez entonces pensara por primera vez que yo no necesitaba mayor salvación.

* * *

Antestio me parecía un ser repugnante, y Basilio no le andaba a la zaga. Sin embargo, aprendí de su sagacidad y de su astucia. Y, ya en el primer encuentro, algo se removió en mí.

La decisión de mi tío de abandonarme había cercenado la vida de aquel chaval que crecía ajeno a los problemas del mundo. Y la salvación de Masona significó una suerte de nuevo cauce en un río que se divide, de manera que mi voluntad quedó diluida en la suya. Antestio había tenido razón. Sin embargo, hacía un tiempo que todo estaba cambiando; el muchacho que depositaba toda decisión en Masona… estaba desapareciendo.

14

Apenas se había abierto paso el amanecer cuando varias voces nos alertaron. Y enseguida el griterío aumentó.

—¡Vamos! ¡Al patio! ¡Es urgente!

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Al patio, Sergio! —fue la única respuesta de uno de los principales.

No me sorprendió el tono, pues hacía tiempo que los monjes más importantes del monasterio nos tenían cierta ojeriza a Masona y a mí por nuestra especial relación con el obispo Fidel y nuestras constantes visitas al *episcopium*. Eché una mirada a mi amigo, arqueando las cejas, y este movió la cabeza de un lado a otro. No, él tampoco sabía nada.

En cuestión de muy poco tiempo, todos los monjes de Santa Eulalia estábamos congregados en el patio formando un círculo; incluso los *pueri*, cuyos rostros expresaban miedo e incertidumbre.

—¡Hijos de Santa Eulalia! —Tesquio, solo en medio del círculo, alzó la voz—. Un mensajero del rey de los godos ha traído noticia a la casa de la sagrada mártir. —Se detuvo y tragó saliva—. ¡Atanagildo viene a Emérita!

Al momento, todas las miradas, incluida la mía, se posaron sobre Masona, pero él no dio ninguna muestra de inquietud ni mudó el gesto. No era el caso de los demás, que sí parecían nerviosos. Él hasta entonces rumor de que el *rex Gothorum* venía a la ciudad era, al fin, cierto.

Y, aunque algunos godos en la guarnición de la ciudad eran

devotos de la santa, como Teodulfo, ahora el temor se apoderaba de los monjes.

Yo también albergaba mis propios miedos, porque sabía que aquello podía afectar al frágil equilibrio en que vivíamos. Y, sobre todo, por Elia. Su hermano y sus amigos podían intentar alguna salvajada, y, de hacerlo, las tropas de la ciudad, junto con la guardia que, sin duda, acompañaría a Atanagildo, desmontarían su plan al instante. Me conmocionaba el sufrimiento que significaría para Modesto, a la sazón en sus últimos días de vida, ya mayor y con salud inestable; y para Elia, a pesar de que entre nosotros se había abierto un abismo, ya que había comenzado a verse con otro hombre, un tal Pomponio, que formaba parte de la aristocracia romana de Lusitania.

Por el contrario, día a día me sentía más imbuido por las intrigas de Basilio, los informes a Amando y las charlas con Fidel. Por el veneno de la ambición. Así que, al escuchar las palabras de Tesquio, sentí que podía ser el momento de que todo cambiara.

—¡Preparaos, hijos, preparaos! —prosiguió Tesquio con la voz cargada, tensa—. No conocemos las intenciones de ese bárbaro —Tesquio miró fugazmente a Masona y suavizó por un momento su gesto, pero, de inmediato, regresó al tono intenso—, aunque sean cristianos. Hasta ahora, su guarnición no nos ha dado grandes problemas.

—¡Lo que viene no es una guarnición! —se escuchó desde la multitud.

—Lo sé, hijos, lo sé… —Tesquio levantó ambos brazos para pedir calma, puesto que los monjes cuchicheaban sin disimulo—. Atanagildo estuvo en guerra contra Agila hasta que…, hasta que, como sabéis, a este lo asesinaron en nuestra ciudad. Eso no lo ha apartado del uso de las armas. No contento con haber vencido en su guerra contra otros godos, ataca ahora a los imperiales que lo habían apoyado. Los correos que llegan hasta estos confines de Hispania de nuestros hermanos en los monasterios de Valentia y de Málaca así lo atestiguan. Está ávido de riqueza y de poder, solo desea extender su reino… No sabemos qué querrá hacer con este santo lugar,

hermanos.

Cesó cualquier murmullo. Tesquio había, finalmente, deslizado la bicha. ¿Profanaría Atanagildo nuestro monasterio como Agila hizo con el oratorio de San Acisclo, en Corduba? En la mente de todos, y yo no fui una excepción, desfilaban las imágenes de lo que creíamos podría ser nuestro futuro inmediato: verdugos esperando con un hacha a los monjes que no abjurasen del catolicismo y no se convirtieran al arrianismo; cabezas cayendo en cestos; sangre deslizándose desde el cadalso hacia la tierra batida y apisonada del patio de Santa Eulalia.

El silencio quedó roto por el tono desafiante de la interpelación que Tesquio lanzó a mi amigo.

—¡Masona! —llamó Tesquio en voz alta—. Tú eres el único, de entre los que estamos aquí, que puede ayudarnos. ¡Intercede! ¡Asume, godo, la defensa de este santo lugar!

De nuevo, el silencio.

Todas las miradas se centraron en mi amigo, que se mantuvo impertérrito. Tampoco dijo nada.

Cuando Tesquio estaba tomando aire para volver a interpelarlo, se escuchó otra voz. No me hizo falta volver la vista para saber de quién se trataba. La modulación melosa, la dicción medida, el tono sedoso solo podían corresponder a Antestio.

—Sí, Masona, eso es… —deslizó cada sílaba de un modo sibilante y leve, como una serpiente—. Asume la responsabilidad. —Ahora sí lo miré, y pude ver que Antestio sonreía de un modo extraño, forzado—. Protégenos, Masona. Protege a Santa Eulalia.

En el patio, todos contuvimos el aliento, esperando su reacción.

Finalmente, Masona ladeó la cabeza y dejó aparte su ademán inexpresivo.

—Antestio, me conmueve tu profunda preocupación por este sagrado lugar —sonrió, irónico— y por la seguridad de todos nosotros. —Se acercó al centro del círculo y, sin mediar palabra, dio un abrazo a Tesquio. Cuando se separaron, el abad parecía apaciguado; más aún, satisfecho—. ¡Hermanos! Todos vosotros conocéis mi condición… Sí, soy *nobilis* entre los godos. Puedo

intentar lo que me pedís, pero no prometo éxito alguno. Los *Gothi* no somos un único cuerpo, sino múltiples. Confío en llegar al corazón de la intendencia de Emérita —de inmediato pensé en que Masona se proponía hablar con Gaudila para tratar con su padre—, pero otra cosa será Atanagildo.

—Ve, ve, Masona, a la ciudad y defiende los intereses de nuestra mártir —suplicó Tesquio, de nuevo conmocionado—. Que te acompañe Sergio.

Aguanté la respiración. Aquello era justo lo que anhelaba. El monasterio delegaba en nosotros el amparo ante la guarnición goda y el *rex Gothorum*. Éramos los confidentes de Fidel y, como amigos de Gaudila, podíamos interceder ante Teodulfo por Santa Eulalia. A pesar de nuestra juventud, los azares del destino nos conducían a dar el paso adelante que mis ansias demandaban.

* * *

La noticia ya había llegado a la ciudad para cuando nos adentramos en sus fauces a la carrera.

A pesar de su ya avanzada edad, Teodulfo lucía imponente con su enorme espada, una túnica amarillenta impoluta y una daga prendida de su cinturón, que abrochaba en una hebilla repleta de cuadrículas con piedras preciosas.

Habían pasado varios años desde que los magnates de la ciudad, entre ellos el ahora comandante de la ciudad, asesinaran a Agila. Lo hicieron, sobre todo, por temor ante el pacto de Atanagildo con Justiniano. Y, ahora, al fin, el nuevo rey godo en persona iba a visitar Emérita. Así que Teodulfo, exultante, no cabía en sí de orgullo. Pero también de preocupación, pues Gaudila lo había informado de las intenciones de Elio.

—Es mi hermano, no le deseo ningún mal: al contrario —Elia había sido tajante en nuestro último encuentro. Mientras hablaba, se mordía el labio superior; el mismo que yo había besado, el mismo

sobre el que no podía evitar perder mi mirada—. Precisamente por eso, os ruego que impidáis lo que quiera que esté planeando ese grupo suyo de fanáticos.

—Yo ya he informado a mi padre —contestó Gaudila, con un tono suave y una expresión afectuosa—. Y no te preocupes: le he pedido que no le hagan ningún daño.

—¿Cómo se encuentra Modesto? —pregunté entonces con interés sincero.

—Mal. Muy mal —contestó ella secamente—. Son sus últimas horas.

* * *

Llegamos sudorosos al *episcopium*. Allí las cosas no estaban menos revueltas. Basilio y Antestio habían vuelto a hacer correr rumores sobre Fidel, y ya se murmuraba en todas las esquinas que pretendía llevarse su fortuna a la tumba; que la financiación para nuevas obras y mejoras y, sobre todo, en caridad a los pobres y a las viudas, se iba a terminar.

Delante de él, Basilio y Antestio exhibían la máscara amable y sumisa de su cinismo. Luego, reunidos en la celda, todo era diferente. Yo creía que era mi deber asistir a las citas, porque así conocería mejor al enemigo; sin embargo, los argumentos de Basilio me parecían cada vez más razonables. Eso me removía por dentro, y me separaba de Masona.

—Tú sabrás —me había dicho en una ocasión como única respuesta a mis tribulaciones.

Para entonces, Masona ya vivía en el *episcopium*. Su ascenso había sido fulgurante, del diaconado al presbiterado. Claramente, Amando y Fidel veían en Masona la esperanza de un entendimiento con los godos. Pero también lo apoyaban otros, entre ellos Aprilio, uno de los presbíteros más veteranos y viejo rival de Basilio.

Aprilio combinaba una delgadez extrema con una barriga

protuberante, y caminaba de un modo curioso, como temiendo caerse en cualquier momento, para poder equilibrar su cuerpo. Él fue decisivo en la promoción de Masona. Controlaba las voluntades de numerosos diáconos, de no pocos presbíteros, desbaratando así la superioridad que Basilio mantenía, gracias a las artes de Antestio, entre los clérigos.

—Fidel —observó Aprilio un día, sabiendo que el prelado respetaba sus opiniones—, creo que Amando está en lo cierto: Masona ha de ser una piedra angular en el resto de tu episcopado. Como godo, te será muy útil para mantener unas buenas relaciones con la guarnición y con el mismísimo Atanagildo. Que hubiera un godo en un puesto alto de nuestro escalafón, por más que ellos sean arríanos, sería una jugada maestra por tu parte.

—Querrás decir por la tuya, Aprilio —bromeó Fidel—. Sí, tienes razón. Amando siempre ha tenido mucha intuición —dirigió una sonrisa a este, que cruzaba los dedos en actitud complaciente—. Masona, me gustaría conocer tu opinión.

—Amadísimo obispo, puede que Aprilio esté en lo cierto. Bien saben Dios y nuestra mártir Eulalia que no está en mi ánimo brillar en tu presbiterado —Masona parecía confuso—, pero las circunstancias hacen que el hecho de contar con un godo pueda otorgarte tranquilidad, y eso es para mí un bien muy preciado.

—Sea —confirmó Fidel—. Además de presbítero, que ya lo eres, ocuparás un puesto destacado en la liturgia. Sobre todo, en las procesiones a la basílica de la mártir. Después de todo, procedes del sagrado monasterio.

—Hemos de tener cuidado con Antestio y, sobre todo, con Basilio —dejó caer Aprilio—. Bien sabéis que lo conozco hace muchísimos años, más que ninguno de vosotros. Sin duda, buscará agrietar cualquier tipo de entente con los godos.

—Estoy de acuerdo —anotó Amando—. Se servirán del miedo entre los nuestros para proponer ideas y, me temo, candidatos, que tomen ese miedo como estandarte para ser una alternativa a nuestras ideas de entendimiento.

* * *

En medio de aquellas tormentas entre Santa Eulalia y el *episcopium* y la pugna por el control de las reliquias, de las masas de fieles, de las *donationes* de estos y de la riqueza patrimonial de la sede emeritense, enriquecida hasta la cima de toda Hispania por Paulo y Fidel, falleció Modesto.

Fue Gaudila quien nos lo contó. Vino corriendo para avisarnos.

—Modesto se estaba muriendo. En sus últimos estertores, hizo que un sirviente avisara a mi padre. Quería una última charla con él. Y mi padre me pidió que fuera con él. «Verás morir a un buen romano», me dijo.

Masona y yo decidimos enseguida acompañarlo de vuelta a la *domus*.

Los sirvientes estaban comenzando a colocar unos lienzos oscuros en las columnas del peristilo. *Atrata domus*: la casa se vestía de luto.

No me hizo falta acercarme a la estancia donde yacía Modesto. Al punto de entrar en el atrio, la vi al fondo.

Iba sin ninguna joya, si bien habitualmente solía ponerse pendientes que realzaban su belleza. Recordé que, en la última ocasión en la que la había visto, llevaba un anillo de plata con un pequeño crismón, el anagrama de Jesucristo. Pero ese día aparecía envuelta en los *lugubria*. Completamente de luto, con un vestido amplio, se había recogido el pelo con un mínimo broche sin decoración alguna.

Estaba con Elio y otro hombre; este, aproximadamente de nuestra edad, era de aspecto refinado, musculado, de pelo muy corto y castaño, cuello apretado y corto, y estatura media. Los dos vestían igualmente de negro.

Nos quedamos en el primer tramo del peristilo, como petrificados, incapaces de avanzar hacia el grupo de numerosos visitantes, a los que desconocíamos, pero que claramente pertenecían a la aristocracia romana de Emérita.

—Llevan la toga *pulla*, está claro. Mi padre me va explicando sus costumbres, que conoce bien por sus charlas con los *nobiles* —comentó Gaudila, claramente orgulloso de la posición paterna—. A pesar de que ya no existen las magistraturas ni los senados locales como tales, en algunas ocasiones deciden sacar sus viejas togas. La *pulla* es la de luto.

—Sergio… —susurró Masona, dando un paso para ponerse a mi altura—. Ese tipo que acompaña a Elia es… Pomponio. —Hizo una pausa larga, consciente de la gravedad que para mí iban a tener sus palabras—: El prometido de Elia.

15

Emérita, primavera del 566

«Su prometido».

El impacto que me causó la presencia de Pomponio, de luto, acompañando a Elia, fue infinitamente menor que la constatación de su pérdida definitiva.

Nunca pregunté a Masona por el motivo de su silencio hasta ese momento, ni cuándo lo supo o el tiempo que lo estuvo manteniendo lejos de mi conocimiento.

Elia me había visto. Y yo a ella. Y a Pomponio. Paralizado de repente, no me moví. Nuestras miradas ya lo decían todo. Ella sabía de mi tristeza sincera por el fallecimiento de Modesto, y yo fui consciente al momento de que no deseaba que me acercase a ella.

Sentí una punzada en el estómago, en todo el cuerpo. Ansiaba estrecharla en mis brazos, pero, de nuevo, mi pulsión a calcularlo todo pudo más que cualquier otra cosa.

No había mucho tiempo para nada más que no fuera la preparación de la llegada, en cuestión de horas, de Atanagildo. La noche transcurrió en un insomnio generalizado en toda la ciudad. Los tres sectores del poder se volcaron para ofrecer una imagen magnificente y pacífica. Porque eran tres las esferas del poder local en la ciudad: el obispado y el monasterio de Santa Eulalia, a pesar de sus divergencias; los guerreros y los magnates godos; y los *nobiles* romanos.

Y todos hervían de impaciencia y actividad. Operarios, esclavos

y sirvientes se afanaban en obedecer las órdenes de presbíteros, diáconos, monjes, guerreros, señores… El silencio de la noche había sucumbido ante el ruido de los martillos que golpeaban los clavos en los andamiajes de madera improvisados en las principales plazas, el trasiego de los mercaderes aprovisionando de flores y guirnaldas compuestas con hojas de muy diferentes matorrales y los carruajes de artesanos de la piel y de los tejidos. Se trabajaba con denuedo para vestir el centro de Emérita, donde sería recibido el *rex Gothorum*.

* * *

El *populus* se había congregado en lo que quedaba de los antiguos foros y, especialmente, en las calles que confluían en el *episcopium*. En el atrio, a reventar, se había reunido la plana mayor del clero de Emérita, con su obispo Fidel a la cabeza, los *domini* romanos y los magnates godos, en una curiosa mezcolanza.

Salvo el obispo, cuya túnica exhibía algunos ribetes dorados, se reconocía a los monjes por el aspecto austero de sus hábitos. Había algunos de Santa Eulalia, aunque Tesquio y sus principales se habían quedado en la basílica por si el rey quería visitar la tumba de la mártir.

Entre los *domini* romanos había quien, ostentosamente, había sacado las togas de sus baúles más olvidados, como para dar la impresión de que su mundo se resistía a su entierro final. Otros exhibían todos sus recursos con atuendos de tejidos finos muy llamativos en tonos vistosos, transformando los escalones junto a los andamios en un mosaico colorista con teselas humanas.

Los godos se agrupaban en torno a Teodulfo, en todo momento acompañado por Gaudila. La mayor parte de ellos vestía túnicas largas en tonos pardos, con unas finas cotas de mallas en el torso, como un aviso de lo que realmente podía suceder. Aun así, no estaban en el campo de batalla: no llevaban las *braccae*, esas perneras

que tanto se estaban imponiendo entre nuestras gentes, ni tampoco cascos, a diferencia de los soldados de la guarnición. Estos, algo menos de un millar, rodeaban cada puerta de la ciudad, las principales calles, y los espacios abiertos.

Teodulfo, como otros *primates* godos, exhibía una espada de unos tres palmos de longitud, con un único filo muy ligeramente curvado, que algunos llamaban *scrama*, o algo parecido. Y su habitual cinturón con la hebilla, el mismo que siempre me había llamado la atención, con sus celdillas repletas de diminutas piedras preciosas.

No siento ninguna inclinación por los detalles de las batallas. Me aburren profundamente. Solamente el resultado de las mismas entra dentro de mi cálculo político. Porque, en el fondo, me apasiona el suave deslizamiento de los hilos que deciden que una tropa acuda o deje de acudir o que un rey ordene a sus generales atacar.

Sé bien que eso es lo que decide las cosas. Y lo sé porque yo soy uno de los que ha formado parte de semejante elenco de escogidos.

* * *

Masona, Amando, Aprilio y yo permanecimos junto al obispo en el espacio enlosado bajo la techumbre del atrio que él mismo había ordenado reparar. Cerca se mantenían Antestio, sus infames y el mismísimo Basilio. De ese modo, no solamente dominábamos la perspectiva de la plaza, flanqueada por las tribunas de madera repletas de *domini*, sino que también gozábamos de refugio del sol, que aquella mañana castigaba sin mesura a la vieja Emérita.

La llegada del *rex Gothorum* no decepcionó a nadie.

Por las puertas meridionales de Emérita primero, y por las restantes después, los heraldos anunciaron su presencia. Al momento, cientos de soldados fueron tomando posiciones dentro de la ciudad. Cascos en forma ligeramente cónica aunque panzuda,

túnicas cortas, *braccae* y cotas de malla inundaron la vieja ciudad.

Las expresiones de temor de los habitantes de Emérita contrastaban con el júbilo de los godos. Algunos, sobrecogidos por el despliegue de guerreros, regresaron a sus casas. Pero fueron los menos. Porque, más que amenaza, aquello era un espectáculo. Unidos a la guarnición goda, los soldados se habían ido desplegando por cada rincón, y Emérita se había convertido en un fortín inexpugnable para cualquier enemigo del *rex Gothorum*.

Un estruendo de aplausos y de gritos precedió a la entrada de Atanagildo en la plaza. Yo había imaginado que todo sería como cuanto había leído sobre la ceremonia de *adventus*, es decir, que el rey godo llegaría como los emperadores romanos: recostado en una litera y rodeado por multitud de antorchas que multiplicarían el brillo de la pompa a la luz del día, mientras decenas de esclavos tiraban pétalos de flores a su paso por las calles y numerosos músicos ensalzaban la ceremonia.

No fue así. Atanagildo apareció manteniendo a su caballo en un trote parsimonioso y con gesto tranquilo. Dos decenas de jinetes lo custodiaban, lanza en mano, controlando que la comitiva avanzase a paso lento. El rey portaba una indumentaria muy similar a las de sus soldados, que en absoluto eran iguales entre sí. Vistas de cerca, daba la impresión de que las vestimentas de los recién llegados hubieran sido elaboradas por ellos mismos, o que estuviesen encargadas en talleres diferentes, sin ningún tipo de patrón general.

Atanagildo llevaba, como todos ellos, una túnica corta, en tono parduzco, nada similar al manto militar o *paludamentum*, y no lucía ningún adorno, ni tan siquiera tenía en las manos cetro alguno, aunque esto me pareció lógico toda vez que iba a caballo. Sus cabellos largos y castaños se movían libremente, sin corona ni diadema alguna. Nada en él semejaba a las ostentosas presentaciones que había leído sobre los emperadores.

A su lado montaba una dama con un vestido muy suelto, en gamas rojizas, y una banda muy fina le sujetaba los cabellos, más claros que los del rey. En ella, algo más joven que Atanagildo, contrastaba una tez muy clara con el tono oscuro de su atuendo.

Ambos, me fijé, tenían los ojos azulados, más claros aún los de él. Debía de tratarse de su esposa, Gosvinta.

«No, Sergio», recordé las palabras de Faustino, «no debemos leer a los antiguos como si acabasen de escribir sus obras. Piensa siempre en la época en la que las crearon, porque fue en la que vivieron. Eso no quiere decir, jovencito, que no podamos aprender de ellos y extraer lecciones para nuestro mundo».

Nada de lo que yo había leído en Amiano Marcelino u otros se cumplió aquel día. Nada, al menos, que emanara del rey godo. Parecía como si tuviera prisa y ningún deseo de exhibición.

Después de tantos años conviviendo con los reyes godos, que hoy controlan un amplísimo *regnum* que cubre Spania, lo entiendo mejor. Atanagildo era un rey en guerra. Primero, al sublevarse contra el rey legítimo, Agila; luego, contra los imperiales que lo habían apoyado y a quienes intentaba echar al mar; y, siempre, ante las amenazas del reino suevo del noroeste, de los astures, cántabros y vascones en el norte, y contra las ciudades rebeldes que, como Corduba, se resistían a formar parte de su *regnum*. Por eso Atanagildo no pretendía celebrar ningún tipo de *adventus*. Y ese era el mensaje que deseaba mostrar a todos.

Descendió del caballo, ayudó a su esposa a hacer lo propio y, escoltados por varios soldados, se colocaron sobre el último escalón de una de las tribunas que con tanto esfuerzo y celeridad se habían construido durante la noche. Desde allí quedaban a la vista de todos.

—¡Emeritenses! —Su voz poderosa se impuso sin dificultad ante el silencio general que acababan de lograr los soldados de su guardia personal—. Con humildad y respeto por esta vetusta *civitas*, se presenta ante vosotros… —Hizo una pausa, para concentrar aún más la atención sobre su figura, y abrió los brazos—. ¡Atanagildo!

Los magnates godos, secundados por los soldados de la guarnición y por los recién llegados, prorrumpieron en gritos de alborozo.

—¡Honor al *rex*! ¡Gloria al *rex*!

Ninguno de los presentes habíamos asistido nunca a semejante fragor. Para mi sorpresa, incluso algunos *nobiles* romanos, con

expresión temblorosa, se sumaron al griterío. En el porche, Fidel y los presbíteros se mantenían impasibles, aunque tuve la sensación de que algunos, como Antestio y Basilio, trataban de ocultar su indignación.

—Sshhh —deslizó Atanagildo, al tiempo que extendía las manos, pidiendo silencio—. Os comprendo, os comprendo —sonrió —. Teníais ganas de ver a vuestro rey. Esta ciudad fue, en su día, capital de las Hispanias… —El rey dirigió su mirada hacia los *nobiles* romanos, que a duras penas lograban disimular la tensión—. ¡Emérita! —gritó—. ¡Emérita!

Y ahí se sumaron al clamor los aristócratas, los *domini*, e incluso el *populus*, que contarían lo sucedido a sus nietos con todo detalle.

—¡Emérita! ¡Emérita! —vociferaron.

Atanagildo se había ganado, en un instante, a godos y a romanos. Todos aclamaron sus consignas. Todos admiraban la presencia de sus soldados. Todos se asombraban por la belleza de la reina Gosvinta, por la estampa majestuosa del rey, por sus primeras palabras.

—Obispo Fidel y todo tu presbiterado —volvió la mirada hacia el porche—, magnates y soldados godos, pueblo romano de Emérita…, sabed que no vengo a hacer el mal, sino el bien. —Se escuchó un estruendo repentino de aplausos y gritos de gozo—. Solamente quiero que con mi presencia sintáis que el *regnum* de los godos es también vuestro, que esta ilustre ciudad seguirá siendo importante en esta nueva época que iniciamos. Y digo nueva época con todo el conocimiento…, ¡porque voy a extender el reino! —Más aplausos, ahora exclusivamente de los godos—. Quiero anunciar dos grandes nuevas, que mis heraldos ya están difundiendo por las plazas de la Tarraconense e incluso en la Galia Narbonense.

»La primera es que nuestras queridísimas hijas —hizo un gesto y, escoltadas por cuatro fornidos guardias, subieron a la tribuna dos jóvenes de unos trece años—, aquí presentes… Venid, hijas, venid. —Con una expresión tímida, las dos muchachas, muy parecidas entre sí, más rubias que sus padres, hicieron un mínimo ademán de saludo a la multitud—. Estas maravillas que Dios nos concedió —

miró a Gosvinta—, Galsvinta y Brunequilda, viajarán al norte, amigos, nada menos que a la Galia… ¡para desposarse con Chilperico de Neustria y con Sigiberto de Austrasia! ¡Nuestro reino emparentará con el de los francos! ¡Un futuro de paz! —Los aplausos, gritos y pataleos se apoderaron de nuevo de todos los rincones de la plaza, pero enseguida el rey aplacó la euforia con un mismo gesto de su mano y una amplia sonrisa en su rostro—. Este viaje al norte lo emprenderán solas, es verdad, aunque, en espíritu, las acompañamos nosotros, mi reina y yo.

»Lo que me lleva a la segunda nueva. —Se recreó en otro silencio—. Desde Híspalis, nos dirigimos al norte, y, en deferencia a la sobresaliente historia de esta ciudad, a la potencia de sus recursos —miró a los magnates godos y a los *nobiles* romanos— y a las riquezas patrimoniales y espirituales de su iglesia, hemos venido a parar aquí —sonrió—. Y, por supuesto, nos inclinamos ante la memoria de la mártir Eulalia, cuyo santuario espero visitar antes de nuestra marcha, mañana mismo. —Se escucharon murmullos de decepción—. La segunda nueva, digo, es que este viaje al norte se detendrá, para la reina y para mí mismo, en el centro de Hispania. —Los magnates godos se removieron, inquietos—. Gosvinta y yo nos quedaremos en Toletum.

El desasosiego se transformó en incredulidad.

—¿Toletum, señor? —se escuchó desde el fondo.

La voz anónima, a buen seguro, unificaba las dudas de muchos de los presentes. Pues daba cuenta en alto de que Toletum era una ciudad menor en comparación con cualquier otra del reino.

Atanagildo mostró un gesto severo. Como si esperase la interpelación tras la gracia dada por el *rex* de conocer semejante nueva de sus propios labios. Se tomó su tiempo para recorrer con su mirada clara pero aguda la expresión sombría de sus magnates y la inquieta de los aristócratas romanos y de cuantos estábamos en el porche episcopal.

—Será nuestra sede regia.

Segunda parte

Colisión

16

El rey había entregado unos cuantos *solidi* con las efigies de los emperadores orientales para que se distribuyeran por las cantinas de la ciudad. El *populus* se podría así emborrachar, siempre bajo la vigilancia de sus soldados, que lo tenían totalmente prohibido, bajo pena de amputación de la mano diestra.

Teodulfo, en su calidad de comandante de la guarnición de Emérita, instaló a la familia real en una de las *domus* adyacentes al complejo del *episcopium* y de la iglesia catedral. Era una de las poquísimas mansiones que, como la del difunto Modesto, pertenecía aún a un único *dominus*, y además estaba en el centro de la ciudad, donde residía la mayoría de los magnates godos y lo que quedaba de la flor y nata de la aristocracia romana.

Porque Teodulfo llevaba tiempo preparándolo todo. En el mismo instante en el que circularon los primeros rumores sobre la visita de Atanagildo a la ciudad, envió un emisario a Híspalis. El comandante deseaba que su posición quedara bien cimentada ante su rey y, toda vez que la estancia iba a ser efímera, de unas pocas horas, al monarca le podría interesar obtener una vívida imagen de cuál era la situación real fuera de la Bética. Y una ciudad de la importancia de Emérita era un buen punto de observación.

No quiso imponerse por la fuerza. Bastante lo hizo cuando se presentó en la mansión del viejo Gaudencio con media docena de soldados, una vez que tuvo conocimiento fiable de la llegada del rey. El anciano, un viudo que vivía solo con dos sirvientes, se quedó estupefacto y no puso impedimento alguno. Teodulfo no comentó,

por supuesto, quiénes eran los invitados.

No me fue difícil comprender los pensamientos de Teodulfo, gracias a lo que Gaudila me contaba. Era a este a quien tenía en mente: quería que todo aquello fuera una enseñanza de vida y de política para Gaudila. Y esos amigos de su hijo, el presbítero godo a quien había protegido en su infancia y el monje romano de extracción humilde, le serían de ayuda: conocían los entresijos de la iglesia episcopal y del monasterio de Santa Eulalia, a la sazón los dos emblemas de poder de la ciudad, aparte de él mismo como comandante de la guarnición. Y esos dos amigos de su hijo, además, habían informado sobre las posibles revueltas, y bien vigilado tenía a Elio. Para el rey, sería un muestreo de cuál era la verdadera realidad de Hispania.

Teodulfo estaba seguro de que el rey se lo agradecería. A él y a su hijo. Y ambos podrían ocupar después un lugar cimero en el nuevo reino que él, Teodulfo, atisbaba a la sombra de Atanagildo. Así que organizó la velada y, cuando Atanagildo acabó su discurso, hizo correr la invitación o, más bien la orden, a través de su hijo:

—Sergio, Masona, mi padre os quiere esta noche a su lado. Vamos a cenar… —Gaudila estaba especialmente nervioso.

Aún estábamos en el mismo porche, observando cómo Teodulfo y algunos soldados conducían al rey y a su familia hacia la casa de Gaudencio. Repentinamente, en una esquina del atrio, se alzó una fuerte algarabía; voces confusas y gritos. Sucedía justo a unos pocos pasos de la casa de Gaudencio. En un abrir y cerrar de ojos, decenas de soldados se abrieron paso entre la multitud y se unieron a la mismísima guardia de Atanagildo.

Fue entonces cuando lo reconocí. Elio y otros tres o cuatro jóvenes fueron detenidos inmediatamente. No hizo falta preguntar lo que ocurría. Masona y yo cruzamos una mirada, justo antes de ver cómo Atanagildo y su familia desaparecían dentro de la casa, seguidos por Teodulfo y un buen número de guardias.

—Ese imbécil lo ha intentado —dijo Masona con enojo.

—Nunca pensé que fuera en serio —confesé con pesar, pensando en Elia y en las consecuencias que podría conllevar

semejante acción.

—Yo sí. —Era la voz de Gaudila.

Nuestro amigo volvía hacia nosotros procedente del embrollo con paso tranquilo y rostro relajado. El obispo Fidel y los presbíteros se habían refugiado a toda prisa dentro del complejo. Solamente quedábamos allí Masona y yo, además de algunas gentes asustadas que, aprovechando que el porche se había vaciado, lo cruzaban con celeridad para dirigirse al otro extremo de la plaza.

—¿Qué? —pregunté alarmado.

Percibí, en el aplomo y serenidad de Gaudila, que había avisado a su padre. Y que, de ese modo, ellos se llevarían el reconocimiento de Atanagildo. Lo comprendí al instante, y me di cuenta de nuevo de que ya no era el muchacho que no entendía el mundo a su alrededor. Aun así, me alarmaba el eventual destino de Elio.

Y el de Elia.

* * *

Lo de Elio fue una triste intentona. Simplemente, se acercaron más de la cuenta al rey. No llevaban espadas, ni siquiera una daga o cualquier otra cosa con la que atentar contra el godo. Solo pretendían intimidar, causar alboroto. Pero los detuvieron sin miramientos y los trasladaron a los calabozos del cuartel general de la guarnición goda, situado en un conglomerado de antiguas *domus* junto a la muralla, en el lado interior de la misma.

Nosotros, para cuando quisimos darnos cuenta, estábamos ya en el peristilo de la *domus* de Gaudencio. Uno de los sirvientes se ocupaba del anciano, que se mostraba inerte, con la mirada perdida. El jardín central estaba, como yo imaginaba a juzgar por el desconchado y sucio muro exterior, muy descuidado; aunque Teodulfo había ordenado colocar guirnaldas entre las columnas y se habían dispuesto antorchas por doquier.

Cuando otro sirviente nos condujo a una sala rectangular, con

paredes raídas, me encontré, de súbito, frente al *rex Gothorum*, a su esposa y a sus hijas.

Vestían el mismo atuendo que en la plaza del *atrium* episcopal; no les había dado tiempo a cambiarse por una: indumentaria más cómoda. Pero me impresionó el porte de Atanagildo y la claridad de sus ojos, aún más acentuada que la de Gosvinta y sus hijas.

Los ojos de Gosvinta parecían querer retener a quien los observaba. De rasgos finos pero realzados por una mandíbula recia, nariz firme, era imposible no quedarse observando su rostro. Esto, aunado con su cuerpo esbelto, turgente en los senos y sinuoso en su cintura, hacía de Gosvinta una mujer atractiva que no dejaba indiferente a nadie. Sus hijas habían heredado los tonos de su cabellos aunque ciertamente eran algo más rubias, así como los ojos, si bien carecían de la expresión felina de su madre.

Nos hallábamos en el antiguo *triclinium* de la *domus*. El vetusto salón ya había pasado sus mejores días. De su etapa de esplendor quedaba solamente algún resto de decoración de pintura rojiza en las paredes desgastadas y los huecos que, en época imperial romana, ocupaban los podios para las literas en las que se tumbaban los comensales. Pensé por un instante que esos restos eran un buen trasunto de lo que Emérita en particular y el mundo romano en general habían sido y ya no iban a ser. Tenía razón en eso, como en tantas cosas, Faustino: «Los días de Tácito, incluso los de Amiano Marcelino, están muy lejos, Sergio. No volverán. Nos queda su lengua, los nombres, como el tuyo y el mío», bromeaba, «y algunas cosas más. Pero, desengáñate, son los godos los que van a mandar durante las próximas generaciones».

El plan de Teodulfo se había cumplido. En la mesa, además del rey y su familia, nos encontrábamos el propio Teodulfo, Gaudila, Masona y yo.

—Hemos, si me permites, señor —se justificó Teodulfo—, hemos, digo, de mirar hacia delante. De nada hubiera servido charlar con Fidel, más allá de una eventual reunión mañana antes de tu partida hacia Toletum. Mi hijo Gaudila y sus amigos, Masona y Sergio, son el hoy y el mañana.

Todo era poco para el rey y su familia, y Teodulfo también se había preocupado por los manjares que se iban a servir. Dado el estado de las calzadas, por donde merodeaban los salteadores de caminos y con las continuas ofensivas de las tropas imperiales, el abastecimiento de productos exóticos era casi nulo. Así que las viandas, siendo magníficas, no eran muy coloristas.

—Ha de saber nuestro gloriosísimo rey que ese malnacido de Justiniano ha dado a sus generales la orden de sabotear los puertos.

—No es de extrañar, querido Teodulfo: el emperador lo ve todo muy bien desde su palacio en Constantinopla, a miles de millas de aquí —contestó el rey con una mueca de desaprobación. Observaba complacido las fuentes con cerdo y cordero asados, acompañadas de setas guisadas con coles, que iban desplegando los sirvientes en la mesa—. Después de todo, y pese a su apoyo inicial para quitarnos de encima a ese inútil de Agila, hoy estamos en guerra, como bien sabes. —Se llevó un trozo de carne a la boca, instando a sus hijas a que hicieran lo mismo, mientras Gosvinta permanecía silente y atenta a sus palabras—. ¡Ah, por cierto! Gracias, Teodulfo, por cumplir mis deseos con aquel canalla.

—Vuestra maniobra para… —Teodulfo se dio cuenta tarde de que Galsvinta y Brunequilda estaban escuchando—, quiero decir, para avanzar en las negociaciones con los francos, es excelente —concluyó a duras penas.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó Atanagildo—. No tengas miedo, mi buen *comes*, en hablar abiertamente de eso. ¡Ya lo he dicho antes delante de tu ciudad! —Miró con dulzura a sus hijas—. Galsvinta va a casarse con Chilperico de Neustria, y Brunequilda hará lo propio con Sigiberto de Austrasia. Es la base de una alianza estable en la Galia o, como a ellos les gusta que se llame, con Francia, las tierras de los reinos francos. Ciertamente, significa la paz con esos dos reinos, especialmente en nuestras ciudades de la Galia Narbonense. Allí, la gente de Liuva y otros están representando muy bien los intereses de nuestro *regnum* —observó Atanagildo con orgullo—. Pero también conseguimos que Burgundia no sea una amenaza, si es consciente de nuestro pacto con los otros dos.

—Bien sabéis, señores —Teodulfo se dirigió a la regia pareja, llevándose la mano al pecho de un modo ostentoso—, que la cimentación de nuestro *regnum* se construye evitando las amenazas externas, pero también las internas. Habréis percibido hoy la capacidad de estos jóvenes, y nome refiero solo a mi hijo Gaudila, sino a los hombres de Dios, Masona y Sergio, a pesar de su catolicismo recalcitrante. Ya habéis visto el asunto de ese rebelde…

—¿Qué crees que debemos hacer, Teodulfo? Lo lógico sería ejecutarlo públicamente al alba. Pero no soy yo quien tiene las claves locales… —sugirió Atanagildo.

El rey de los godos deslizó las últimas palabras con una mirada felina para escrutar nuestra reacción. Sin duda, Teodulfo lo había informado de los detalles y debía saber que era hermano de alguien muy próximo a nosotros. Saltaba a la vista la confianza que depositaba en Teodulfo, pero el rey necesitaba conocer la razón de aquella velada. Y la cuestión de la condena a Elio era una buena prueba.

—¡Agradezco en lo más profundo de mi corazón, *domine noster*, tu confianza! Nadie mejor que tú ha de decidir qué hacer con ese rebelde y sus secuaces. —Teodulfo clavó su mirada en nosotros tres —. Afortunadamente, ni siquiera te han rozado. Y eso ha sido así porque estos tres me avisaron a tiempo.

—Entiendo bien, Teodulfo, tu posición. Soy afortunado por tener *comites*, delegados de mi poder regio y comandantes de guarniciones, como tú. ¡Sí, afortunado soy! Sabes analizar lo que ocurre a tu alrededor.

—¿Qué creéis vosotros que se ha de hacer con ese tal Elio y sus compañeros? —nos preguntó la reina mirándonos fijamente.

Fui consciente de que estábamos allí por algún azar del destino o, en realidad, por todos los hilos que sostenían nuestra posición entre Santa Eulalia, el *episcopium*, y la guarnición goda. Nos hallábamos ante el rey de los godos y su familia, sometidos a una prueba de la que dependía el futuro inmediato del hermano de Elia, quizás el de ella misma y, a buen seguro, el nuestro.

Me decidí.

—Señora —me dirigí en primera instancia a Gosvinta, puesto que había sido ella quien había formulado la pregunta—, señor… —sopesé muy bien las palabras que iba a decir, aun cuando no pude dejar de fijarme en la expresión de incredulidad de Masona y Gaudila al oírme hablar—. Es algo verdaderamente atroz que Elio se haya acercado siquiera con el mero ánimo de intimidar. Nuestra repulsa a semejante acto es absoluta, y hablo, estoy seguro de ello, por mí y por mis amigos. —Estos asintieron—. Sin embargo, señora, sin embargo… —me costaba apartar la vista de la mirada felina de Gosvinta; la retiré un instante hacia Masona, que permanecía en una estupefacción absoluta—, permitidme decir algo.

»Si Teodulfo está en lo cierto, señora, es posible que deba apelar por dos cosas a vuestra magnanimidad. La primera no es otra que perdonéis a Elio. Probablemente, en su ignorancia supina, ha confundido su enojo por la situación del mundo que sus antepasados crearon con vuestra presencia en la ciudad. Daríais ambos, señores, una gran muestra de clemencia. Sería un modo de hacer ver a los romanos de Emérita, y a los del resto de Hispania, que en modo alguno estáis contra ellos.

—Muy inteligente observación, muchacho —contestó el rey, sonriendo levemente.

—Y dinos, Sergio…, ¿cuál es la segunda? —se limitó a preguntar la reina, que parecía escudriñar cada rincón de mi alma con su mirada.

—La segunda, señora, es, en el fondo, la misma cosa que la primera: haced ver a las *civitates* de Hispania que no habéis venido a ejecutar a un *nobilis* que os ha intentado intimidar —tragué saliva—. Que el caso de Elio sea contado por vuestros correos en las plazas más importantes del reino. Y estaréis empezando a abrir las puertas del resto de Hispania.

Gosvinta, en silencio, no apartó la mirada. Nunca hasta entonces había tenido la sensación de que alguien pudiera penetrar hasta mi interior de tal manera.

—Mi rey —dijo al fin, mientras acariciaba la mano de una de sus hijas. Ambas habían permanecido silentes, pero muy atentas a la

conversación—. Creo que el joven clérigo tiene razón. Sé clemente con esos idiotas.

—Estoy de acuerdo —sentenció Atanagildo—. Ordenaré a los heraldos que hagan correr la voz de inmediato en las calles de Emérita, y partirán luego a los *suburbia* y a las *civitates* más cercanas. Es bueno que mi clemencia sea conocida en Lusitania y más al norte, en la Cartaginense.

—Dices bien, dices bien —sonrió Gosvinta, clavando de nuevo sus ojos en mí y, acto seguido, en Masona. ¿Acaso aquella mujer habría adivinado el surco gigantesco que se había abierto entre nosotros dos?—. Vamos a la Cartaginense, a Toletum, y Sergio vendrá con nosotros.

—Iba a proponer eso mismo, mi reina —confirmó Atanagildo con semblante relajado—. Creo que este muchacho puede sernos de utilidad.

17

Aún me pregunto si Gosvinta era consciente de la grieta que se había abierto entre Masona y yo. Pero entonces no tuve tiempo de pensar en ello, porque lo que sucedió aquella noche y el ulterior amanecer aconteció de forma vertiginosa y, para mí, dramática.

Mientras, al marcharnos, Masona y Gaudila charlaban con Teodulfo junto al portón de entrada, yo me excusé y me encaminé a toda velocidad a la *domus* de Elia. La noche estaba ya muy avanzada, pero aún se escuchaban las canciones y las bravatas de los que, aprovechando el beneplácito del rey de los godos, habían empinado el codo como si no hubiera un mañana.

La encontré sentada en la misma sala donde su padre solía recibir a las visitas. Había varios estantes con rollos y con algún *codex*, y ella sostenía un pergamino entre sus manos. Elia temblaba ligeramente.

—Es el comienzo de una historia familiar que mi padre había comenzado a escribir antes de caer enfermo —dijo, volviendo la cabeza hacia la puerta.

Entonces vi que estaba llorando. Algunas lágrimas habían caído sobre el pergamino, y ella las limpió con cuidado, ayudándose de un pedazo de tela que su padre solía utilizar para esos menesteres. A pesar de todo, estaba verdaderamente preciosa, y me hallé pensando en el sorprendente efecto de que unas lágrimas tan transparentes pudieran brotar de la oscuridad inmensa de sus ojos.

—No debes llorar —hablé con toda la melosidad posible—. Elio ha sido perdonado. Imagino que lo tendrás aquí con la primera luz

del amanecer.

Soltó el pergamino, Por un instante pensé que se iba a levantar y que iba a venir a abrazarme. Pero permaneció inmóvil, en la silla.

Yo tampoco di un solo paso. Tenía otra cosa que decirle, y dudaba de si realmente le iba a importar o cómo iba a reaccionar.

—Elia… —tragué saliva y apreté los puños—. Me voy.

—¿Te vas? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí. Atanagildo y Gosvinta quieren que vaya con ellos a Toletum. —Percibí un fuerte ofuscamiento en su expresión—. Ya —cabeceé como queriendo mostrar que me sumaba a su desconcierto—. Yo soy el primer sorprendido. Todo ha sucedido ahora mismo, en la velada que acabamos de tener… —buscaba las palabras sin mucho éxito—. También me sorprendió que nos convocasen a Masona y a mí… Supongo que será un viaje efímero y que en pocas semanas estaré de regreso.

—Entiendo —dijo ella, impasible—. Supongo que querrán que les sirvas como correo o algo así. Te enviarán pronto de regreso.

—Supongo… —dudé, no sobre mis impresiones, sino sobre si debía confesárselas o no. Opté por lo primero—. No lo sé, Elia, pero mi sensación es que me quieren en la corte, con ellos. Algo han debido de ver en mí, soy incapaz de decirte qué… —mentí, pues lo habían dicho con claridad. Teodulfo les había servido en bandeja lo que necesitaban: alguien no muy maleado por la política, pero conocedor de los conflictos locales en una ciudad importante de Hispania. Alguien a quien ellos pudieran manipular, pero también de quien servirse.

Elia mudó el gesto. La melancolía y la tristeza desaparecieron, y su expresión compungida tornó en agria y tensa.

—Ni siquiera tienes la valentía de decírmelo —sentenció.

—¿Qué? ¿Qué he de decirte?

—La verdad: que el viaje a Toletum no es efímero. Que te vas a la corte. Que te marchas de Emérita.

No me dio oportunidad de contestarle, de argumentar, ni siquiera de suplicar. Porque, por un solo y muy fugaz momento, estuve al borde de la súplica. Anhelaba rogarle que me esperase, que

no se casase con Pomponio. No sabía qué iba a ser de mí, pero Dios solamente nos ha concedido una vida y mi deseo era pasarla con ella. Me veía comprometido por una orden del rey de los godos y, si osaba desobedecerla, probablemente la única ejecución no sería la de Elio, sino la mía también. Quise decirle que todo se aclararía, que, en cuanto lograse recomponer mi situación al llegar a Toletum, estudiaría la manera de volver, que… Pero, en realidad, sabía que la orden del rey podría ser desactivada si yo se lo pedía a Teodulfo. La verdad era que ya resultaba más poderosa en mi interior la llama del poder, que para mí no era otra cosa que no necesitar jamás a ningún Masona.

Elia me hizo un gesto inequívoco con su mano derecha, volvió a tomar el pergamino y lo acercó a la débil luminosidad de la lucerna. Entonces, levantó la mirada y, fría y cruel, hizo un nuevo gesto con la mano para que saliera de su casa.

* * *

No quedaba mucho tiempo. La noche iba a terminar, y no quería irme sin ver a Masona.

Fui directo al *episcopium*. Sabía dónde estaba su celda, aunque, sin embargo, no había estado en ella nunca. Pensé en ello mientras subía los peldaños hacia el piso superior. Pero no era el momento de activar demasiadas explicaciones en mi mente, sino de despedirme de él.

Llamé a la puerta con sigilo, barruntando que pudiera estar dormido. No era así. En cuanto sintió mis nudillos en la madera, dio una voz para que pasase. Estaba tumbado encima de su camastro. Una vela ancha, baja y algo magullada le aportaba la mínima luz que precisaba para la lectura de un diminuto *codex*.

—Pasa. —Con una sonrisa forzada, señaló un pequeño taburete para que me sentara—. Es una copia fragmentaria de las últimas partes del *Breviario* de Festo —parecía divertido con el texto—.

¿Qué dirían los emperadores romanos si supieran que los godos dominan, o dominamos, según se mire, en *su* Hispania?

—Bueno, ignoro lo que dirían, pero exageras: no creo que los godos dominen, o dominéis —le seguí la broma, un tanto confuso— en Hispania. Algunas ciudades sí, como esta.

—Como Híspalis, como amplias zonas del centro en la Cartaginense, como casi toda la Tarraconense, por no mencionar la franja de la Galia Narbonense… No es poco.

—No, no lo es.

—¿Qué vienes a decirme, Sergio?

—Pensaba que me dirías otra cosa… Ya sabes a qué vengo —contesté secamente.

—Sí, por supuesto. Vienes a decirme adiós. —Seguía tumbado, con la espalda ligeramente apoyada en el almohadón y en la pared y las piernas flexionadas—. Y te lo agradezco.

—Así es. Salimos ya para Toletum. Pasaré por el monasterio para intentar ver a Tesquio, pero ni siquiera podré ir a la cripta. Antes de que amanezca debo estar en los cuarteles de Teodulfo. Y quería verte antes.

—Ya me has visto.

—Bien. Te escribiré desde Toletum, me gustaría contarte cómo va todo por allí. Aquello va a ser nuevo para mí, y no sé muy bien… Tengo temores, ha sido todo tan repentino…

—Tú sabrás.

«Tú sabrás». Otra vez la escueta contestación de mi amigo. Como cuando le hablé de las confabulaciones de Basilio.

* * *

—¡Masona! ¡Sergio! ¡Venid, vamos! —sonó la voz aguda de un diácono.

Mi amigo y yo nos miramos y salimos corriendo hacia la planta principal del *episcopium*.

En el centro, un monje enviado por el abad Tesquio parecía la mismísima encarnación de la muerte. Lo escuchaban Fidel y todos los presbíteros y diáconos; también Basilio, Antestio, Aprilio. Todos mezclados en lo que, por un instante, parecía una comunidad dé verdad.

Aquella faz quebrada, devorada por una sombra siniestra, era la de un monje más joven que nosotros. Lo primero que pensé fue que había sido elegido para venir corriendo por ser capaz de cubrir el trayecto en el menor tiempo posible. Porque era extremadamente delgado, pero, al tiempo, disponía de músculos fornidos. Tras beber agua con desesperación, miró fijamente a Fidel con ojos inyectados, como si hubiera visto al mismísimo diablo. El obispo asintió lentamente, dándole permiso para hablar.

—Dilecto… —el joven tragó saliva e intentó recuperar el aliento —, dilecto obispo Fidel, vengo… vengo de parte de nuestro amado abad Tesquio.

—Habla, hijo mío, habla. —El semblante de Fidel no escondía su preocupación.

—Un… un muerto —se quedó de nuevo sin resuello—. Hay un muerto en la cripta. ¡En la cripta de Santa Eulalia!

—¿Qué? —Fidel reprodujo la expresión de incredulidad y de pavor de todos los presentes—. ¿Quién?

—Amando, el bendito Amando —dijo el joven.

* * *

Los instantes siguientes fueron frenéticos. Fidel nos ordenó a unos cuantos de los presentes que corriéramos al monasterio. Antestio, Masona y yo estábamos entre los elegidos.

En el patio, Tesquio era consolado por los monjes más viejos, mientras que los más jóvenes se habían situado formando un cordón en torno a la basílica. Las órdenes de Fidel habían sido claras: teníamos que acudir a la cripta, comprender lo que había ocurrido y,

después, dar parte a Teodulfo. Que el rey estuviera presente en la ciudad no podía ser algo ajeno.

Lo que encontramos había sido la obra del mismísimo diablo.

Sobre una de las tumbas cercanas al mausoleo de la santa, yacía Amando. Le habían clavado un puñal en el cuello. La sangre se extendía por lápida de la difunta. Recuerdo perfectamente que aquella muchacha se llamaba Aniciola, muerta a los doce años, y que la lápida la habían costeado sus desconsolados padres, cuyos nombres quedaban ocultos por la sangre.

Aquella noche fue un ir y venir de monjes, clérigos y, finalmente, tropas de la guarnición de Teodulfo. Las órdenes de Atanagildo al conocer la noticia fueron contundentes: el asunto tenía que quedar en el ámbito monástico.

Nunca se supo quién fue la mano asesina. Sin embargo, desde el mismo momento en el que vi la sangre de Amando sobre la lápida sepulcral de la joven Aniciola, tuve un presentimiento. Mejor dicho, una certeza: Antestio o alguno de sus infames debían de ser los responsables. Porque Amando era el principal aval de Masona, y ellos estaban en la batalla por cercenar la influencia que Amando pudiera tener o bien para ser el candidato de suceder a Fidel o para promover a quien pudiera serlo.

Aun así, no compartí mis sospechas con nadie. Ni siquiera con Masona. Debía partir de inmediato con la comitiva regia hacia Toletum. Y, como otras tantas veces en mi vida, decidí elegir el camino de mi propia ambición.

* * *

La ausencia de tiempo libre en Toletum me alivió de posibles añoranzas o tribulaciones sobre Masona e, incluso, sobre el asesinato de Amando. También sobre Elia.

Para cuando quise darme cuenta, me encontré inmerso en una nueva rutina, analizando los documentos que llegaban a la corte de

Atanagildo. Eran muchos y variados: informes sobre la situación en las ciudades costeras de la Tarraconense; sobre los difíciles equilibrios de las plazas en la Galia Narbonense, con los reinos francos encima de ellas; sobre las escaramuzas con los suevos, cuyo reino estaba firmemente asentado en la Gallaecia, al noroeste; sobre las rapiñas de los *domini* de Corduba en varios puntos del valle del Baetis, que en ocasiones se acercaban peligrosamente a Híspalis; sobre las campañas contra las tropas imperiales, en realidad pequeñas expediciones que a veces conducía el mismísimo Atanagildo, sin mucho éxito, o sobre los primeros pasos de Galsvinta en Neustria y de Brunequilda en Austrasia.

Aquel primer otoño confirmé que mi estancia no iba a ser efímera. Y las palabras de Masona volvían a resonar en mi cabeza una y otra vez; incluso cuando, para airearme, paseaba por el entorno de las murallas, fuertemente custodiadas por guardias. Pronto se familiarizaron estos con mis paseos, mi ensimismamiento, y mi turbación, y yo empezaba a acostumbrarme a sus chanzas sobre mí, que escuchaba a lo lejos. Porque, mientras miraba el Tagus, y me recreaba en los colores del otoño en los árboles ribereños, una y otra vez acudían a mi mente las mismas palabras.

«Tú sabrás».

18

Toletum, 567-568

Toletum es una ciudad muy fría en invierno y tremendamente calurosa en verano, hasta el punto de que los contrastes de temperatura han ido minando mi cuerpo estos años, por más que haya viajado por otros sitios de Hispania con frecuencia. Ahora, en esta vejez extrema, los embates de los vientos y los cambios drásticos de tiempo hacen mella insoportable en mi estado físico y en mi ánimo.

Por aquel entonces, a diferencia de Emérita, Toletum no disponía aún de espacios suficientes para acoger al *rex* y a sus *primates*, y tampoco a los *officia* regios, los puestos esenciales de la administración central.

Porque, y no quiero ser injusto tantos años después, por entonces Toletum no tenía la entidad de mi Emérita. Perteneciente a la Cartaginense, cuya capital, Cartago Spartaria, estaba controlada por las tropas imperiales, no había sido capital de provincia, y no tenía, por tanto, la larga trayectoria de poderosas aristocracias. Y, además, el *regnum Gothorum* no contenía todavía una administración tan sofisticada como ahora. Fue Leovigildo quien, pocos años después de que yo llegara a Toletum, extendió los territorios del reino a casi toda Hispania y amplió la fiscalidad y los resortes del reino, emulando ciertos aspectos de la corte imperial. Y entonces sí se vio la necesidad de construir un *palatium* en el cerro de Toletum, sobre las obras que ya había iniciado Atanagildo. ¡Quién nos hubiera

dicho entonces que esto se iba a quedar pequeño! Porque hoy proyectan ampliar los edificios áulicos en la parte baja de la ciudad. Pero no sé si mis ojos lo verán.

Nos acomodamos en algunas de las pocas mansiones situadas en la cima del cerro sobre el río Tagus.

—Los romanos nunca fijaron una capital en el centro de Hispania, ignoro el motivo —explicó Atanagildo en una ocasión, a los pocos días de nuestra llegada—. A nosotros nos vendrá bien estar aquí. Ya el rey Teudis residió en Toletum algún tiempo, pero nuestra idea es quedamos aquí… definitivamente.

A mí me asignaron una habitación en una de las *domus* en el extremo oriental del cerro. Allí había decidido Atanagildo asentar su morada, y allí concentraría a la mayor parte de sus jefes de *scrinia, officia* y demás departamentos y a sus escasos consejeros personales, entre los que me encontraba yo, que era, con diferencia, el más joven de todos ellos.

—Señor, ¿cómo pretendes administrar tu reino desde una capital fija? —me atreví a preguntar. Era algo que yo no comprendía bien.

—Es una buena pregunta, Sergio de Emérita. —Atanagildo sonreía, pero parecía forzado. Era muy consciente, estoy hoy seguro, de las dificultades de su idea—. Barcinona en los lejanos días del gran Ataúlfo, Híspalis conmigo mismo, tu querida Emérita con Agila, la propia Toletum en algún momento brevísimo con Teudis…, todas han albergado a reyes godos en alguna ocasión, pero ninguna lo ha hecho de manera estable. Y eso es lo que necesitamos, Sergio: estabilidad.

—Pero… ¿y qué ocurrirá con la Galia Narbonense, o con las plazas de la Bética o las de la Tarraconense? —pregunté yo, alarmado, para mi propia sorpresa, pues empezaba a pensar en el reino como algo que me atañía, que me importaba.

—Esa es la clave. Necesitaremos buenos correos, buenos gobernadores o *comités* locales, mayor movilidad de nuestro *exercitus* y… mejores cabezas pensantes —me dedicó una mirada serena.

Yo me sentía muy perdido. Hubo muchos días que deseaba con denuedo tomar una cabalgadura y ponerme en camino a Emérita.

Una noche incluso me acerqué a los establos. En el entorno de las *domus*, muchos sirvientes y operarios ya me conocían. «El monje», me llamaban. «El católico», a veces. Pero también los soldados de la guardia. En el último instante, tomada ya una cabalgadura con la excusa de un paseo nocturno por las vegas del Tagus, y habiendo cargado un zurrón con algunas provisiones, me di la vuelta ante la proximidad de los soldados. Imaginé que me alcanzarían en breve en cuanto el rey ordenara recuperar y, sin duda, castigar al emeritense en el que habían confiado.

Ya a primera hora de la mañana debía despachar con alguno de los *comites* del rey. O con varios. Y durante horas. Porque, desde la noche en que los conocí, los reyes, fiados de mi intuición, querían que yo pensara sobre todo lo que contaban.

—Mi esposo y yo queremos que escuches a todo aquel que tenga algo importante que decir. Cualquier información puede valer. —Gosvinta era muy clara conmigo tanto en los banquetes oficiales como en las recepciones privadas—. A pesar de tu juventud, tienes la suficiente calle y conoces la cultura romana, que aprendiste en Santa Eulalia, como para darte cuenta de algún detalle peligroso para nuestros intereses.

* * *

Así, pasado un tiempo, conocí los resortes del reino.

Desde la costa de la Galia Narbonense, los godos, agrupados en torno a un tal Liuva, enviaban informes muy detallados de la situación. Las relaciones entre los reinos francos eran muy tensas, a pesar de que sus reyes pertenecían a la estirpe de Clodoveo, que había convertido a su pueblo al catolicismo. De ahí que la jugada de Atanagildo y de Gosvinta de casar a sus hijas con dos de esos monarcas me pareciera inteligente; incluso a pesar de la trágica noticia de la muerte de Galsvinta, asesinada por orden del mismo rey Chilperico. Brunequilda, por el contrario, se asentó en el reino

de Austrasia.

Por lo demás, las cosas tampoco marchaban muy brillantemente. Las escaramuzas con las tropas imperiales estaban a la orden del día. Los suevos persistían en su reino del noroeste, y los focos de resistencia al reino de los godos proliferaban por doquier, tanto en el sur como en el norte. Y aun así, sorprendentemente, el *regnum Gothorum* aguantó.

En la corte, todo me resultaba distante. A ojos de casi todos los principales, yo era un joven clérigo que, por algún motivo que se les escapaba, había caído en gracia a los reyes. Escuchaba, sin quererlo y sin buscarlo, habladurías de todo tipo: que si Gosvinta se había encaprichado de mí, que si me veía con ella en mi estancia, donde acudía embutida en una capa a altas horas de la madrugada, y que si aprovechaba que dormían en cubículos separados para organizar sus visitas. O que todo era por un sortilegio acontecido en Emérita. Hablaban de alguna reliquia de nuestra mártir que yo habría llevado conmigo, que obraba el poder de inclinar la voluntad de los reyes ante mí y que yo dominaba las artes del maleficio…

Porque, al ser yo católico, les parecía muy extraño el ascendiente sobre los reyes. Esta no era tal, desde luego. Yo me limitaba a dar mi opinión, en la mayor parte de los casos sin fundamento, aunque ellos la escuchaban con atención. En cualquier caso, tenía las necesidades mucho más que cubiertas; incluso disponía de dos siervos que se ocupaban de la limpieza de mi estancia y de que mis peticiones estuvieran solventadas. Solamente cuando era requerido ante los reyes quedaba en manos de otros servidores, los encargados de filtrar cualquier visita en sus aposentos. Se habían iniciado unas obras para fortificar las dos *domus* donde Atanagildo y Gosvinta deseaban aposentarse. Y, en el caos de las idas y venidas de operarios, se extremaron las precauciones.

—Los sicarios de Constantinopla son imposibles de detectar, emeritense —me dijo el rey en una ocasión—. Incluso tú mismo, llegado el caso, podrías serlo un día.

Lo decía en broma, pero era muy significativo de lo que sucedía en aquel recodo del cerro sobre el Tagus.

Y, entretanto, yo añoraba no tanto el monasterio como la mera posibilidad de encontrarme con Elia y, por qué no decirlo, con Masona. El desdén que en los últimos tiempos había mostrado hacia mí no había aparcado mis ganas de verlo. Por más que le envié varias misivas, no recibí de él ninguna contestación. Hasta varios meses después.

Atanagildo acababa de morir, y Gosvinta recibía todos los días emisarios de distintas partes del *regnum*, especialmente de la Galia Narbonense, para negociar los términos de la subida al trono de aquel Liuva que los regentaba.

Fue por aquel entonces cuando unos soldados, procedentes de Emérita, se habían concentrado en la vega de Toletum. Marchaban hacia Caesaraugusta, para unirse allí a tropas del norte y reforzar el flanco contra los francos. Ya circulaba el rumor de que Liuva se había proclamado rey, y de que incluso Gosvinta parecía de acuerdo. Aunque ella, como aprendí con el tiempo, tenía siempre sus propios planes, y era capaz de guardarlos en un arcón, en secreto, hasta que llegara el momento adecuado.

Fueron esos soldados quienes me entregaron la misiva de Masona.

19

La carta era brevísima. Solo expresaba sus buenos deseos de que mi estancia en Toletum fuera fructífera.

«Fructífera».

Me pareció que aquello encubría un reproche, algo así como: «Te has ido, has apartado de tu vida a esta ciudad, a Elia, a Santa Eulalia y a mí mismo». Eso quería decir realmente, y me lo repetía a mí mismo una y otra vez cuando llegué a otra frase, aún más breve: «Se ha casado».

Todo mi ser se sacudió. Instintivamente, acerqué el pergamino a una lucerna y, sosteniéndolo por una esquina, dejé que prendiera por la otra. Luego lo lancé al suelo y pisé con fuerza los restos, que se convirtieron en cenizas. Cenizas malditas. No me quedaba duda de que Elia debía de estar muy enamorada de ese Pomponio; actuaba por convencimiento, no por intereses y, ni mucho menos, por despecho, seguro.

Aquello enturbió mis días posteriores en Toletum. Pero los acontecimientos se precipitaron. La muerte del rey Atanagildo, el asesinato de Galsvinta en Neustria por orden de su esposo, el rey Chilperico, y la amante de este, y la ausencia de un sucesor inmediato eran asuntos de máxima importancia que mantenían mi mente ocupada.

El interregno duró casi medio año, hasta que, finalmente cuajó la proclamación de Liuva de la que ya se venía hablando. Fue reconocido como rey por los magnates godos de las principales ciudades controladas por el reino:

Tarraco, Barcinona, Híspalis, Emérita, y la propia Toletum. Sin embargo, Liuva decidió permanecer en la Galia Narbonense. Fue a su hermano a quien envió a Hispania.

Leovigildo se presentó en Toletum con ínfulas, como si llevase gobernando en la ciudad muchos años. Aquello me sorprendió. Tal vez por su porte, porque se presentaba como nuevo rey, que a tal *dignitas* para los territorios que controlaban en Hispania lo había elevado su hermano. O por su aspecto, que no le ayudaba; más bien, al contrario. Era enclenque y de baja estatura, cabello castaño claro y no excesivamente largo, barba escueta, nariz ancha y prominente, frente despejada, cuello casi invisible que daba paso a hombros escandalosamente caídos.

Cuando, tras el anuncio previo de los heraldos, se presentó en la *domus* real, más parecía un sirviente que el nuevo rey. La primera vez que lo vi le calculé unas pocas semanas más de vida. Pronto caería eliminado por los magnates de la corte.

Pero eso no sucedió.

Al contrario, su matrimonio con Gosvinta, la viuda de Atanagildo, le granjeó los mismos apoyos que habían mantenido al anterior rey.

Para cuando fui conducido ante Leovigildo, a instancias de Gosvinta, este llevaba ya unos meses en Toletum. Se había celebrado la boda en la mayor de las intimidades, oficiada por Sunildo. La viuda de un rey dejaba de serlo para volver a convertirse en esposa de otro rey.

Era Sunildo un presbítero amano a quien el mismísimo Leovigildo había decidido promover inmediatamente al rango episcopal, en contra de nuestra tradición canónica, pero no de la de ellos. Yo lo conocía desde mis primeros días en la ciudad, y se trataba de un hombre afable, descendiente de la aristocracia goda. Nos gustaba bajar hacia la vega y charlar, mientras admirábamos los restos del grandioso circo, que ya llevaba tiempo abandonado y que, de modo similar a lo sucedido en Emérita, servía de cantera para materiales reutilizados en otras construcciones.

—Sergio, nuestras diferencias no son tan grandes como vosotros

creéis.

—¿A qué te refieres?

—A que nosotros negamos la divinidad de Jesucristo, mientras que vosotros la seguís sosteniendo. Pero eso fue decisión de los romanos. —Sunildo solía recurrir con frecuencia a ese argumento y casi siempre sonreía al mencionarlo—. Casi te diría que son menudencias: todos creemos en Dios.

—¿Tan seguro estás?

—Sí. Mis antepasados fueron parte de aquellos godos que se convirtieron, que apartaron a sus ídolos tradicionales y pasaron a creer en Dios Padre y en Jesucristo como su Hijo, aunque no reconozcamos la divinidad de este. Y lo hicieron por un acuerdo con el emperador que les dejó cruzar el Danubio.

—Conozco esa historia. —Evoqué mis charlas con Faustino. Un eco de tristeza y añoranza venía a mi mente cada vez que recordaba al anciano bibliotecario—. Valente, el emperador en las provincias orientales, era arriano. Muchos obispos de las principales ciudades orientales, también, y quería estar en gracia con ellos. En Occidente, sin embargo, la mayoría eran nicenos, partidarios de la divinidad de Jesucristo y de que esta es de la misma naturaleza que el Padre, *homoousios*, en griego, «de la misma naturaleza» —repetí, poniendo énfasis en el concepto—, tal y como se aprobó en el concilio de Nicea, en los días de Constantino. Es también lo que, más tarde, impuso el emperador Teodosio, nacido precisamente en Hispania. Lo llamó «catolicismo», es decir, «universal», para todos. Es en lo que creemos los católicos.

—Eso es, Sergio. Estás hablando de cosas que decidieron emperadores.

—Dime, Sunildo, ¿qué quieres sugerir? —pregunté un tanto inquieto, puesto que intuía el punto final de su argumento.

—Que igual que se decidió eso se podría haber decidido otra cosa.

—Entiendo.

—O, lo que es lo mismo… —Sunildo se escondió un momento detrás de uno de los vanos por donde salían los caballos y los carros

en el viejo circo, y luego salió de repente y abrió los brazos—, ¡qué se puede volver a cambiar!

20

Toletum, en torno al 574

Para sorpresa de todos, aquel hombre enclenque y frágil se convirtió en un rey tenaz y muy ambicioso. El apoyo de Gosvinta fue decisivo para que Leovigildo se afianzase en Toletum, y pronto todos los magnates acataron su liderazgo absoluto.

Lo respetaron, incluso, cuando decidió hacer algo sorprendente: a la muerte de Liuva, asoció al poder real a los dos hijos que tenía de un matrimonio anterior. Al mayor, Hermenegildo, lo envió a Híspalis; el menor, Recaredo, permaneció con él en Toletum.

Sunildo no salía de su asombro y, por primera vez, creyó ver el inmediato final del reino godo. Yo, por el contrario, comencé a intuir que la energía del rey iba mucho más allá de su aspecto físico.

Y los hechos me lo confirmaron.

Porque, durante los primeros años de su reinado, Leovigildo atacó algunas plazas romanas en las costas de la Bética y consiguió conquistar la rebelde Corduba, donde la aristocracia local sucumbió ante las espadas de su *exercitus*. Y, más tarde, llegaron buenas nuevas a Toletum sobre el éxito de las campañas en el norte: el reino suevo comenzaba a estar sitiado, una vez tomados los montes Aregenses y la Sabaria, y el resto del territorio también parecía bajo control.

—Me parece que estás muy equivocado con el rey, Sumido —bromeé. A pesar de su arrianismo, nuestra amistad se había terminado forjando con fuerza—. Hubieras perdido cualquier apuesta. Menos mal que no osaste competir conmigo —le enseñé

los pergaminos con mapas y con textos que daban cuenta de los logros militares.

Sunildo sonrió. Sus tareas al frente del episcopado arriano de Toletum lo colocaban en una suerte de jefatura eclesiástica arriana. Nos habían arrebatado algunas *ecclesiae* en las *civitates* más importantes, y el rey le había dado poderes para organizar a su escaso clero y sus nuevas posesiones. En ese punto, nuestra distancia era abismal.

—Tenías razón, sí. Estábamos muy equivocados pensando que sería depuesto en cuestión de semanas. Las campañas han sido un éxito, y eso que nadie lo diría, viendo al rey… —Sunildo miraba a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie le podía escuchar.

* * *

—Dilecto Sergio, el gloriosísimo Leovigildo ordena que acudas a la sala de audiencias —me anunció un sirviente.

Era una mañana de frío invierno, y la nieve había cubierto Toletum. Las obras de construcción del *palatium* estaban ya muy avanzadas, tanto que uno ya no tenía la impresión de vivir en una *domus*, sino que, poco a poco, aquello iba teniendo el aspecto de una fortaleza. Unos muros que multiplicaban por cinco o por seis la altura de una persona encerraban el conjunto, donde también se había construido una pequeña capilla cristiana, que era administrada por el clero arriano dirigido por Sunildo.

Las dependencias de Leovigildo, Gosvinta y Recaredo quedaban en la parte central del *palatium*, rodeadas por un amplio corredor siempre patrullado por los guardias reales. Los miembros de los *officia*, y también los consejeros y algunos magnates, nos alojábamos en lo que antes eran esas *domus* que ahora habían sido engullidas dentro del complejo en forma de decenas de estancias, varias de ellas individuales, como era mi caso.

Me ajusté bien la túnica y salí a paso ligero hacia el corredor que

comunicaba las dependencias con un patio a cielo abierto con laterales porticados, que, a su vez, conducía a la parte principal: las estancias regias y la sala de audiencias. Era esta rectangular, de unos cincuenta pasos de largo por unos veinte de ancho, cubierta por un entramado de vigas de madera sobre el que se alzaba una techumbre de tejas de tradición romana. Los ventanales eran muy estrechos, y la luminosidad quedaba confiada a las antorchas colocadas en los laterales, siempre vigiladas por la guardia real, ataviada con túnicas cortas y pieles en invierno que apenas escondían espada y daga.

Toda vez que ponía pie en aquella sala, andaba yo pendiente de cada gesto y palabra de los monarcas, y aun así no podía evitar reparar en la exquisita decoración de los muros, pues a media altura destacaban unos medallones o discos gallonados, como surcados por rayos, que yo no había visto nunca antes.

En varias de las audiencias anteriores había coincidido con Gosvinta. Ahora, al verla de nuevo, me fijé en que, tal vez por las pérdidas de su hija Galsvinta y de Atanagildo, o quizá por la incertidumbre por su destino personal, estaba avejentada. Como si una parte de su ánimo se hubiera evaporado. Aun así, la luminosidad de sus ojos claros y su atractivo seguía turbando a quien estuviera en su presencia.

El rey estaba a su lado. Había tomado una serie de medidas en los últimos tiempos, todas ellas con la intención de emular la autoridad de los emperadores romanos.

Había acuñado moneda con su efigie, por ejemplo; los trientes de oro llevaban una imagen muy abstracta de su rostro y la mención al lugar.

Y de guisa similar a como lo representaban en las monedas me recibió Leovigildo, con una cinta perlada en su cabeza y una especie de *paludamentum*, el manto militar que portaban los emperadores. Estaba sentado en el *solium*, que daba una altura y solemnidad a su presencia de la que carecía su aspecto enfermizo.

A un lado de los reyes, y acompañado por un guardia que no quitaba la mano de la empuñadura de su espada, se hallaba Recaredo.

El muchacho había heredado de su padre el aspecto enclenque, aparentemente débil, la nariz ancha y prominente y una frente huidiza. Aún joven, comenzaba a exhibir una barba muy incipiente.

Pero, como su progenitor, su mirada desprendía agudeza, y no había dejado de escrutarme desde que yo puse pie en la sala.

—Sergio, mi clérigo católico —anotó Leovigildo con un tono afectuoso—. Sabia decisión fue la de mi antecesor y la de mi actual esposa y reina el captarte para nuestra causa, la del *regnum Gothorum*. —Miró a Gosvinta de tal manera que me pareció que era sincero en su comentario.

—Señor, me limito a hacer el trabajo que ellos me encomendaron y que tú has decidido prolongar. Hasta que lo decidas, así será.

—Has recopilado los informes de mis generales, tanto de las campañas que yo mismo he comandado, como de aquellas pocas en las que no he estado presente. Tienes, pues, una panorámica general, romano —deslizó esta última palabra con cierto desdén—. Y no solo de las guerras… —carraspeó—. Es por eso mismo por lo que te he hecho llamar.

Gosvinta parecía ausente, como si su cabeza estuviese en otro lugar. Leovigildo, sin embargo, se retorcía en el solio, nervioso. Me sorprendí de nuevo al ver la aparente fragilidad de aquel hombre, que contrastaba con su fuerza militar y política.

—Señor, tú dirás.

—Me ves ataviado con los ropajes que solamente empleo en ceremonias, rituales y grandes recepciones. Hoy es uno de esos días, porque he de recibir a un embajador del rey de los suevos. No ignoran esos desdichados que, en cuanto me sea posible, me lanzaré a la conquista de su reino. Pero, de momento, emplearemos la diplomacia… Y es de honor que reciba a la legación con las galas propias a mi condición de *rex Gothorum*. O con las que yo creo que debe presentarse el rey de los godos. Mis antecesores no le han dado la importancia que merece a este detalle. —No hice gesto alguno, pero ignoraba por completo adonde quería ir a parar el monarca, aunque recuerdo perfectamente su sonrisa maliciosa—. Insisto,

monje, o clérigo, o lo que seas, pero católico en todo caso…, por eso te he llamado.

—¿Qué… qué quieres decir, mi rey?

Leovigildo no contestó. Levantó la barbilla y, sonriendo, exhortó a Gosvinta a que continuara ella.

—Sergio, no te preocupes. —Ella había advertido mi inquietud—. Mi esposo ha ideado una excelente misión para ti. Te gustará saber que desea que regreses a Emérita.

Todavía hoy me estremezco. No porque pronunciara aquellas palabras en la nueva sala de audiencias del reciente *palatium* de Toletum, ni porque el mismísimo Leovigildo me fuera a dar semejante orden. Simplemente fue el eco de aquella palabra: «Emérita».

Comenzaba ya a acostumbrarme a la rutina de mis despachos con los emisarios, los correos y los informantes y al estudio de los datos que me aportaban, que luego compartía con las cancillerías y, llegado el caso, con los reyes.

En verdad, apreciaba la comodidad del *palatium*, donde las necesidades estaban más que cubiertas.

Los rigores del frío de Toletum menguaban gracias a los braseros o las mantas confeccionadas especialmente para los reyes y su corte en los monasterios de monjas que comenzaban a proliferar en las cercanías de la capital, por no mencionar las pieles trabajadas con primor por artesanos que eran pagados con generosidad con las monedas que el rey robaba a sus enemigos.

También el calor veraniego, igualmente intenso y no muy diferente al que yo conocía desde niño en el Anas, se combatía fácilmente con el hielo de neveros de tradición romana, pues la red de abastecimiento real lo aseguraba incluso aquellos días que semejaban el mismísimo infierno.

Se habían arreglado algunas termas, aunque con dificultades, para que el rey y algunos otros principales, entre los que me encontraba yo, pudiésemos refrescarnos en verano y atemperarnos en invierno. Las comodidades incluían el uso de la red de evacuación de aguas, las cloacas, una vez arregladas las antiguas

cañerías de plomo.

Ciertamente, mi vida en Toletum comenzaba a ser cómoda. No había olvidado, empero, mis días en Emérita, ni la amargura por el extraño comportamiento de Masona. Ni, por supuesto, a Elia.

«Emérita». Cuando de los labios sensuales de Gosvinta brotó la palabra, todo en mí se rompió.

Leovigildo, gracias a su enorme perspicacia, se dio cuenta de mi turbación.

«Emérita», murmuré para mí.

—Sí, mi señora. Siempre será agradable regresar a mi tierra —dije con voz temblorosa, tratando de no descomponerme del todo.

—Insistía yo en la importancia de la diplomacia, Sergio. —Era la primera ocasión, en todas las audiencias que habíamos mantenido, en la cual el rey me interpelaba por mi nombre y no por el de «clérigo», «monje» o «romano»—. Aunque resulte difícil creerlo, dadas mis campañas militares, soy firme partidario de ella. Y por eso te he hecho llamar. Poco a poco, he conseguido extender mi *regnum* y he asociado a mis dos hijos al poder. Hermenegildo está bien instalado en Híspalis y desde allí se encargará de nuestras tropas en los frentes del sur contra esos malditos imperiales. Recaredo, aquí presente, aprende junto a nosotros. Quiero un futuro seguro para ellos y, cuando surja, para mis nietos. —El rey bebió de una taza humeante, a buen seguro una infusión de los bosques carpetanos, uno de sus brebajes preferidos. Se mesó la fina y contenida barba y apretó con fuerza los párpados, tanto que temí que pudiera lastimarse—. Sergio, ha llegado el momento de explorar otras… otras calzadas. ¿Me sigues?

—Señor, por descontado, y es un enfoque muy hábil —afirmé, pero me decidí a expresar mis dudas—, aunque ignoro qué queréis de mí en Emérita. Quiero decir que no sé en qué puedo ser útil allí a mi rey.

—Todos creemos en Jesucristo, por más que nosotros no tengamos tan claro como vosotros la cuestión de la divinidad del Hijo. Y, sobre todo, en Dios Padre. —Volvió a beber de la infusión de hierbas y, como reconfortado por el calor, se mostró más

explícito—. No digo yo que todo eso sean menudencias, Sergio, pero… políticamente… se acercan a serlo.

Al momento, intuí su estrategia y, ufano, comprendí por qué los reyes me habían querido mantener en Toletum.

—Comprendo —me limité a confirmar.

—Sé por nuestro admirado obispo, Sunildo, de tu pericia en las discusiones religiosas. Y también conozco la importancia de esa ciudad, en su día capital de la Hispania romana. Si he de consolidar el *regnum*, no ha de ser de otro modo que contando con Emérita, —monje—. Hemos dispuesto allí a un viejo colega de Sunildo, medio familia de él, un tal Suna. ¿Te ha hablado de él?

—Alguna vez, mi señor. —Lo había mencionado de pasada en alguna de nuestras discusiones. Como él, pertenecía a la nobleza goda, aunque me dio a entender que no tenía muy buen concepto de él.

—Bien. —Leovigildo se puso en pie y se recolocó el *paludamentum*, que, a todos los efectos, le molestaba. Se ajustó el broche que sujetaba el manto, y juntó las palmas de sus manos. Me seguía resultando curioso que un adalid militar tan enérgico y agresivo fuera, en el plano político, tan sosegado y calculador—. Suna es el obispo, como vosotros decís, arriano, allí, en Emérita. Ya sabes que, en los últimos meses, he confinado a algunos «católicos», y que he ordenado que se transfieran propiedades y rentas, además de algunas *ecclesiae*, a los obispos arríanos. —Leovigildo dio varios pasos hacia mí, y pude sentir su aliento y la fuerza de su mirada—. Quiero saber, Sergio, tu opinión al respecto.

—Señor, rey gloriosísimo —era uno de los tratamientos preferidos por Leovigildo—, me pides el informe más difícil de cuantos me has reclamado desde que te sirvo.

—Demuestra tu valía, pues. —Se volvió hacia su hijo—. Recaredo, acércate, y escucha lo que este clérigo va a decirme. Aprende: no solo las espadas forjan reinos; también las mentes. Habla, romano.

—Creo, señor, que ganáis poco hostigando a los católicos —afirmé; había decidido ser leal al rey y explicarle lo que

verdaderamente pensaba—. Bien sabéis que los obispos católicos son, desde los últimos tiempos imperiales, el mayor poder de las ciudades. —Volví la vista hacia la reina—. Han sustituido la munificencia y las inversiones que llevaban a cabo los decuriones por la liturgia, las ceremonias en las calles, y edilicia, las construcciones que ellos mismos dirigen, alimentadas con las donaciones de poderosos *domini*. —Tragué saliva, apreté los puños y me concentré un momento—. Señor, son el principal poder en Hispania. Dista de estar unificado, es verdad, pero su malla de *ecclesiae* urbanas y rurales es inconmensurable.

—Hum… Sabias palabras, Sergio. —El rey parecía satisfecho con mi análisis.

—Díselo, mi rey, díselo —sugirió la reina, esgrimiendo una sonrisa maléfica.

—Por supuesto, por supuesto. —Leovigildo dibujó con otra sonrisa igualmente cargada de intención, como comprobé de inmediato—. Quiero que viajes a Emérita, que te entrevistes con Suna y que instruyas a mi obispo, como vosotros decís, «arriano».

—Lo haré, señor, pero te ruego me indiques sobre qué. —No alcanzaba a comprender en qué podría yo instruir a un obispo arriano, salvo en que dejase de serlo.

—Sobre los puentes que, necesariamente, han de tenderse entre todos, entre los «arríanos» y «católicos». —El rey volvió a sentarse en el solio—. Habrá un debate en Emérita, y quiero que instruyas a Suna para que lo gane.

—¿Un debate?

—Sí, un debate.

—¿En qué sentido, señor? ¿Y cómo y en qué he de instruir a Suna? —Me vi obligado a recalcar mi desorientación.

—Discutirán públicamente ante todo el *populus* emeritense, en el atrio. Mi deseo es que quede claro que no empleo solamente las armas. Un obispo mío defenderá que Jesucristo no es divino, y el prelado católico —acentuó la ironía— hará lo contrario. Por eso quiero que lo instruyas. Enséñale a ganar ese debate.

—Señor, Suna participa de vuestra fe, y en mi caso… —me

encontraba perdido.

—Que tú no participes de nuestra fe me resulta ahora mismo indiferente. Sunildo me ha dicho que Suna rebosa ambición y apoyos entre los magnates godos de Lusitania, pero carece de intelecto. Me es útil por los primeros motivos, pero necesito que rellenes esa laguna. Habrá una comisión que decidirá, y de la que tú formarás parte… Ya te darán los detalles.

—Lo intentaré, mi señor. —No acertaba a comprender que el rey de los godos confiase semejante misión a un católico. Pero estaba dispuesto a hacer lo que me ordenase.

—Partirás mañana mismo, al alba.

Incliné la cabeza en señal de aceptación, y me retiré, no sin comprobar que la sonrisa maliciosa persistía en el rostro de la reina.

El rey, sin embargo, había adoptado un gesto grave y apoyaba la mano sobre el hombro de Recaredo, que no perdía detalle de la conversación.

La reina tosió de modo intencionado, para provocar a su esposo.

—¡Ah! Romano —omitió mi nombre, clara señal de que de nuevo deseaba marcar las distancias conmigo—, se me olvidaba decirte el nombre del obispo al que se va a enfrentar Suna. —Hizo una larga pausa.

Los tres escrutaban mi rostro, buscando cualquier mínima reacción.

—Seguramente no lo conoceré, señor. Llevo ya mucho tiempo aquí… —contesté sin mucha convicción, sintiendo una sensación desagradable.

—Creo que sí, romano. Su nombre es Masona.

21

Masona…, ¡obispo católico de Emérita! La impresión por escuchar su nombre en labios del rey no fue menor que la propia noticia y el hecho de que mi amigo no me hubiera avisado de ningún modo.

Preparé mi hatillo y traté de dormir un poco, pero no dejaba de cavilar sobre el asunto: mi amigo había dejado de serlo; de otro modo, me hubiera hecho llegar su alegría por alcanzar la silla episcopal. Eran palabras mayores.

En las primeras horas de la noche, pensé que podría tratarse de un enfado efímero. Quizá me castigaba por lo que él interpretaba como una fuga por mi parte y, además, probablemente yo me enteraría de todas formas, puesto que vivía en la corte.

Al rato, empecé a sopesar que no fuera un enfado efímero, sino que mi amigo, al ver que permanecía en Toletum y al servicio del arriano Leovigildo, se habría disgustado.

Cerca ya del alba, me dirigí hacia las caballerizas, donde ya esperaba el carruaje, además de una escolta de cuatro soldados. Uno de los guardias me entregó la cédula regia en la que constaba mi misión: la tutela de una ceremonia pública entre los obispos Masona y Suna.

Sin embargo, Leovigildo había hablado de aquel debate no solamente en presencia de su esposa. Algo había sucedido después de la audiencia.

Cuando yo ya me marchaba de la sala, para mi sorpresa, el rey me siguió e hizo un gesto a su hijo para que nos secundara. Al llegar al corredor que comunicaba la sala de audiencias con los *officia*

palatinos, se detuvo y me miró fijamente antes de empezar a hablar.

Estaba claro que no deseaba que la reina estuviera presente en aquella conversación, aun cuando me di cuenta en la audiencia de que ella era consciente de que Leovigildo deseaba contarme algo en privado. Su ademán traslucía cierto enojo, pero, también, serenidad. En el fondo, pensé, ella, con agenda política propia, lo conocía todo…

—Escúchame, monje —intercambió de nuevo el tratamiento—: Vas a tutelar ese debate público, pongo sobre ti una gran responsabilidad, y no me refiero a dicha tutela, sino al verdadero propósito de la misma. —Leovigildo clavó sus ojos de águila sobre mí, y mi desconcierto se acrecentó al comprobar que Recaredo también lo hacía—. Tienes plenos poderes, Sergio. No solamente lo hago constar en una cédula que te entregarán mañana, sino que he enviado heraldos a Emérita para dar la orden al propio Suna, así como a los principales magnates godos y al *comes* de mi guarnición. Esos días te obedecerán. Tu voz —me puso la mano derecha, escuálida y aparentemente enfermiza, sobre el hombro— será la mía allí.

—Señor, me haces un gran honor. —Miré al rey pero también a su hijo, que apenas pestañeaba y se acariciaba la incipiente barba adolescente—. Pero sería para mí de gran ayuda que me ofrecieras indicaciones más precisas.

—Mi padre, Sergio —Recaredo pronunció mi nombre con un tono suave, casi dulce—, desea que fuerces una entente, un acuerdo. Bastante hemos hostigado ya al poder mayoritario, a esas iglesias que se hacen llamar «católicas».

Las palabras de Recaredo me dejaron estupefacto. Para empezar, hablaba con una solvencia impropia de su juventud, y, además, me resultaba contradictorio: ¿qué me estaba ordenando?, ¿qué deseaban de mí?

—Comprendo tu zozobra —dijo Leovigildo con un tono pretendidamente tranquilizador—. Seré más explícito: Suna no debe ganar ese debate. La discusión pública la he convocado yo, y mi guarnición en Emérita estará al frente de todo, no quiero sorpresas

ni desórdenes. Habrá una comisión presidida por ti, que contará también con el jefe de la guarnición, es decir, mi *comes civitatis* Gaudila, y por otro magnate…, godo, por supuesto. Suna lo propondrá, o lo habrá propuesto ya al *comes*, y te informará a ti en cuanto llegues. Me da igual, porque será minoría: el voto de Gaudila y el tuyo determinarán el veredicto.

Al escuchar el nombre de Gaudila, sentí un estremecimiento, aunque enseguida dio paso a una cierta serenidad.

—Señor —no pudo evitar preguntar—, ese Gaudila… ¿es el hijo del anterior *comes* en la ciudad, Teodulfo?

—Así es, Sergio —me tranquilizó aún más que mencionase mi nombre—, así es. Bien sé, porque es mi obligación conocer la historia de mis consejeros, que conoces al *comes*, y también a su padre, ya fallecido. —Leovigildo apretó la mandíbula, en señal de lamento—. Gaudila está informado de mis intenciones. El debate lo ha de ganar Masona. Es un primer acercamiento a lo que queda del viejo poder romano de Hispania: los *domini* y, sobre todo, los obispos católicos. Mi pensamiento es a largo plazo.

—Comprendo, señor. Pero ¿cuál es el motivo de la convocatoria del debate?

—Quiero mostrar que la religión no va a ser impedimento para construir un *regnum* en toda Hispania. —Hinchó el pecho—. Ya lo ha sido bastante hasta ahora, yo mismo he purgado a prelados católicos…, pero estaría bien comenzar a cambiar algo las cosas, y Emérita es el mejor escenario para eso.

Miré a Recaredo; parecía seguro de sí mismo y muy confiado a la sombra de su padre. Él me miró a su vez, e instantáneamente pensé que podría entenderme con él de un modo directo y sin excesivos preámbulos.

—Sergio, mi hermano no sabe nada de esto. Hermenegildo está intentando aglutinar voluntades desde Híspalis para que la Bética no escape a nuestro dominio, sobre todo después del éxito de mi padre en la campaña contra Corduba. Bastante tiene con evitar que esa ciudad no vuelva a rebelarse y con estar al tanto de las incursiones de los imperiales.

—Señor —incliné la cabeza hacia Recaredo—, a buen seguro que nadie mejor que tú y que tu gloriosísimo padre —este asentía satisfecho— para acertar con la decisión que habéis tomado. Y, si me lo permitís, creo que es una decisión inteligente la que tomáis: que el *regnum Gothorum* se acerque a… —dudé por un momento, consciente de que, a ojos de los godos, los únicos católicos eran ellos, pero decidí seguir a los poderes católicos. No son solamente los obispos, como bien sabéis, sino la aristocracia de tradición romana.

Leovigildo se despidió con prisas por regresar junto a Gosvinta. Sin embargo, Recaredo permaneció unos instantes sosteniéndome la mirada con cierta altivez que, sin embargo, me dio la sensación de que enmascaraba una profunda reflexión interior.

* * *

El viaje transcurrió sin contratiempos, gracias a las numerosas guarniciones estables que Leovigildo había desplegado por las vías que accedían al centro de Hispania. No se fiaba de los suevos, al noroeste, ni de los imperiales, en el este y en el sur, y nuestra pequeña comitiva alcanzó Emérita sin mayor novedad.

Quise entrar por la puerta más cercana a Santa Eulalia, aprovechando que veníamos del noreste. Atravesamos el *suburbium*, salpicado de aglomeraciones de viviendas, algunas antiguas *domus*, tugurios y necrópolis: campos repletos de tumbas, lápidas, osarios y columbarios.

Luego dejamos a un lado el monasterio y la basílica de nuestra santa mártir, cuyas torres descollaban no solamente sobre el territorio circundante fuera de las murallas, sino también sobre la ciudad amurallada.

La obra de Fidel había sido algo más que una reparación de la vieja iglesia: había elevado hacia los cielos el lugar que atraía más visitantes devotos de toda Lusitania y, me atrevería a decir, de toda

Hispania. Decenas de fieles, a todas luces procedentes de otras ciudades, se iban apelotonando en la entrada del complejo para recibir la preceptiva autorización.

No quise detenerme. Pensé que, si se daba la ocasión, en la partida haríamos un alto muy breve para bajar a orar a la cripta. No tenía ninguna intención de entrar en el patio, en los barracones ni en el edificio del abad y los principales; nada quería saber de allí ni qué habría sido de Antestio y sus infames.

Nunca hasta entonces había tenido la sensación de que, realmente, Toletum era el sitio en el que quería estar.

Tal y como era preceptivo en las legaciones del rey, un soldado adelantado había anunciado nuestra llegada, y Gaudila, acompañado de una escolta de unos veinte soldados, nos esperaba ya en la misma puerta, al pie de las murallas.

Estaba muy cambiado. El muchacho jovial y saltarín que adoraba a su padre había dado paso a un hombre fuerte, de hombros anchos, barba y cabellos muy largos con tonos entreverados.

Vestía una cota de malla muy fina, *braccae* en las piernas y, aparentemente descuidada, una espada larga de dos filos. Descruzó los brazos en cuanto me vio y me saludó con movimientos agitados.

—¡Estás igual! —dijo, abrazándome, justo antes de que una carcajada atronadora prorrumpiera en el mínimo espacio que nos separaba.

—¡No mientas!

—Bienvenido a tu ciudad, Sergio. —Señaló las murallas y la puerta—. He de felicitarte por tu responsabilidad. Estás al lado nada menos que de nuestro mismísimo rey, el más grande que hemos tenido, el que nos está llevando hacia la gloria. He combatido con él en Corduba y en las ciudades de la costa de la Bética… Es un general formidable, un estratega que nos supera a todos, a pesar… —no terminó la frase, pero lo entendí y mostré una sonrisa: sin duda se refería a su aspecto físico—. Así que enhorabuena, amigo, has llegado a lo más alto. Cuando supe por los correos sobre tu situación en Toletum, no me sorprendió del todo. Siempre has sido un tipo listo… —Repentinamente, el gesto de Gaudila se tornó sombrío.

Por un momento, pensé que iba a referirse a mi relación con Masona, así que decidí hablar en tono exultante.

—Y a ti, que eres *comes civitatis*, como tu padre… Lo siento de veras, Gaudila. Me he enterado de su fallecimiento. Si lo hubiera sabido antes, te hubiera hecho llegar una nota con cualquiera de los correos…

—Gracias… —Bajó la vista hacia el suelo y, de repente, me dio otro abrazo—. ¡Pero no hablemos ahora de penas!

Estoy informado de tu misión. El rey me ha hecho llegar instrucciones claras. ¡Cuenta conmigo! Nuestro viejo amigo ganará ese debate. Lo de arrianismo o catolicismo son menudencias que a nadie interesan. Si el rey ha tomado esa decisión, aunque sorprendente, por algo será.

—Bueno, menudencias no son, Gaudila… —Iba a instruirlo en la importancia de las diferencias, pero era evidente que no le interesaba escucharme y tampoco era el momento ni el lugar, así que, mientras nos dirigíamos a la *domus episcopalis* de Suna, centré el asunto en la parte práctica, que era la que a él le ocupaba.

—Entra tú a las dependencias de Suna —dijo, señalándome la entrada de la *domus* del prelado arriano—, es mejor que hables con él a solas, pernoctarás en su complejo. En lo demás…, lo que tú digas. No voy a discutir sobre eso, porque no tengo ni idea —volvió a carcajearse—. Por otro lado… —bajó la voz—, tú decides, pero bien podrías ver a Masona antes del debate. —Me miró fijamente y bajó aún más el tono, deslizando las silabas y esperando mi reacción —. Y, sobre todo, a Elia. Imagino que querrás saber de ella.

Me recorrió un escalofrío. Una fuerza dentro de mí deseaba verla y saber de su vida; estrecharla entre mis brazos, besar sus labios, su cuello…

Pero, instantáneamente, fui consciente de su nueva vida, y sentí de nuevo el peso de la responsabilidad. Esa que me había llevado allí.

En cuanto a Masona, resolví al instante que esperaría al día siguiente. Iría al *episcopium* con las primeras luces del alba y lo vería antes del debate.

* * *

Suna me recibió en su vieja *domus* adecentada con el dinero que, por orden del rey, había expropiado a las rentas católicas. Era un hombre de tez blanquecina, nariz pequeña, ojeras pronunciadas y calva dominante. La casa, de una sola planta, me recordó muchísimo a la del difunto Modesto…

Volví a pensar en si debía ver a Elia y a Masona, pero reaccioné. Debía concentrarme en la conversación con Suna.

El prelado me agasajó con una cena abundante: guisos de conejo y de cordero cortado en piezas menudas y sofrito, todo acompañado por abundantes dulces, que incluían pastas repletas de higos y dátiles secos.

—Nadie como los *graeculi*, los cocineros del Imperio romano de Oriente, para preparar estos dulces. Come, Sergio, come, seguro que el rey no os sirve semejantes exquisiteces en Toletum. —Suna reía a mandíbula batiente, emitiendo unos sonidos indescifrables—. El día de tu marcha, que espero sea muy lejano —se notaba en exceso que mentía—, te daré una cajita repleta de estos dulces para que se la entregues a nuestro rey.

—Seguro que te lo agradecerá, Suna —contesté algo distraído.

—El documento es muy claro. —Me resultaba palmario que le desagradaba mi presencia, como a mí la suya, y no solo por nuestras diferencias religiosas—: Mañana serás la voz del rey y presidirás la comisión —dudó, como si no estuviese seguro de atreverse a decir lo que finalmente sí dijo—: Has de saber que lamento mucho que el gloriosísimo *rex Gothorum* haya dejado este asunto en manos de un romano, de un seguidor de la religión del obispo de Roma, de las atrocidades de aquel emperador Teodosio… y que no haya designado a uno de los nuestros —pareció darse cuenta de que lindaba con la traición—. Pero el rey es sabio, y su decisión es orden para mí y para todos los nuestros —concluyó entonces.

—Suna, mi misión es muy concreta, y estoy seguro de que sabremos llevarla a buen puerto. El rey me ha pedido que te oriente

en el debate. —Por supuesto, escamoteé su orden final y secreta—. Estoy a tu disposición. Pregunta lo que desees.

—No tengo muchas preguntas para ti, romano —volvió al tono de desprecio—. Ni siquiera tienes rango episcopal, creo.

—Estás en lo cierto. No lo tengo.

—Ignoro qué habrá visto en ti Leovigildo, el rey más grande que hemos tenido los godos desde los días del gran Alarico. Entonces…, quizá mi consulta pueda ser, ¿cómo decirlo? —Suna bebió un largo trago de vino, que yo apenas había probado para mantenerme bien atento en la conversación—. Mi consulta es más personal.

Me di cuenta de inmediato del destino de aquella observación. Era algo que podía suponerse, que el propio rey habría valorado, desde luego, y que tal vez fuese incluso un argumento para mi presencia allí.

—Cuando se supo que eras tú el enviado regio, rápidamente llegaron a mí informaciones sobre ti. —Apuró la copa y exigió de inmediato que se la rellenasen—. Sé de tu amistad con Masona. Es mi rival y, a pesar de ser godo, no desea que el reino de los suyos se imponga a su vieja Iglesia romana.

Por descontado, esperaba que Suna mencionase a Masona.

No era su oponente solo en el debate del día siguiente, sino también su antagonista cotidiano.

Desde que Leovigildo lo colocara en la nueva sede episcopal arriana creada para él, con el apoyo además de la guarnición militar goda comandada por Gaudila, Suna había ido expropiando lotes de tierra, esclavos, sirvientes, rentas e iglesias enteras a los católicos; a los que ellos, los arríanos, llamaban «romanos».

Pero, además, yo barruntaba que Suna podía mencionar mi relación personal con Masona. Aunque ignoraba si estaba al tanto de que nuestra amistad había quedado hundida en el pozo de la distancia.

Tuvimos una conversación muy densa sobre temas trinitarios, sobre la relación entre el Padre y el Hijo, sobre cómo podía exponerlo a la comisión y al público, y sobre los posibles puntos flojos que Masona atacaría.

Finalmente, salió a relucir el asunto de la comisión.

—La orden del rey es que seas tú quien presida la reunión. Y, entre el *comes civitatis*, que es el delegado del rey aquí y jefe de la guarnición, Gaudila, y yo mismo, hemos designado al magnate que os acompañará a ambos en tan trascendental tarea.

—Te escucho.

—Se trata de un noble godo, de una familia que, como la mía, se remonta a los tiempos de Fritigerno, del paso del Danubio, de Alarico y el saqueo de Roma, de…

—Entiendo —corté, tajante.

—Sega. Posee gran ascendencia sobre los godos de Emérita y de toda la Lusitania. Es un caso curioso. Nunca había visto que nadie tan joven fuera tan escuchado por otros nobles que le doblan en edad. Tiene unos veinte años.

—Lo que Gaudila y tú hayáis decidido al respecto me parece bien. Doy, por lo tanto, mi visto bueno. —Tenía en mente las palabras de Leovigildo: entre Gaudila y yo determinaríamos que Masona ganara el debate; daba igual lo de ese Sega.

—Veo que nos entendemos bien, Sergio. —Por primera vez, me llamó por mi nombre, mientras volvía a apurar una copa de vino hasta su última gota—. Estoy convencido de que el debate de mañana será un éxito y de que podrás llevar a Toletum la buena nueva de mi victoria aplastante.

22

La noche se echó encima. El agotador viaje, junto con la conversación con Suna y el esfuerzo por no descubrir la estrategia secreta de Leovigildo, así como mis dudas sobre las visitas a Elia y a Masona, habían consumido mis energías, y mis párpados no dieron tregua alguna.

Al cerrar los ojos en el jergón de una de las estancias de la *domus* donde vivían Suna y sus clérigos arríanos, mi última visión antes de caer profundamente dormido fue la expresión enigmática de Elia. Pude volver a percibir, siquiera en ese mundo de transición hacia el sueño, la mezcla de ira y desapego, pero también de tristeza y desolación de su rostro la última vez que la había visto.

Cuando tenemos que tomar decisiones, y cuando esas decisiones tienen que ver con alguien a quien hemos respetado y hemos querido, pero que ha quedado aparcado de nuestras vidas por la distancia, corremos el riesgo de bloquearnos. No me refiero al riesgo de tomar una decisión acertada o equivocada, sino al de no tomar ninguna. Y eso, exactamente eso, es lo que me ocurrió a mí con Masona aquella mañana.

Cuando desperté, con las primeras luces del día, tomé un desayuno frugal: algo de leche agria y un poco de pan que unté en unos cuencos de miel y de aceite. Por el contrario, los clérigos arríanos degustaban unas longanizas de varios tonos distintos y grandes pedazos de queso de oveja cuyo olor penetraba profundamente por mi nariz a tan temprana hora del día. Me di cuenta entonces de que no tenía ninguna decisión tomada, salvo

una: me dejaría llevar.

Gaudila envió a varios soldados de la guarnición a buscarme a primera hora. Tan temprano era que andaba yo limpiándome aún la barbilla porque la miel no quería desprenderse de ella.

Me condujeron, después de un saludo respetuoso, hacia el *atrium* episcopal católico, allí desde donde, en mi último día en Emérita, habíamos asistido a la llegada de Atanagildo y Gosvinta y observamos el tumulto protagonizado por Elio. En aquella jornada, entrada la noche, me había despedido de Elia. Al volver a pisarlo, la frialdad, lo que entonces me pareció la crueldad, el desapego que mostró, revivió en mí de un modo aterrador.

Intenté concentrarme en la misión. Todo estaba preparado para el debate. Gaudila se había ocupado de que no escapara a su control ni siquiera el detalle más ínfimo. Allí estaba, con su energía vivaracha, su prestancia jovial y su capacidad de mando, dando órdenes a diestro y siniestro. Se hallaba de pie sobre un estrado conformado por un podio de madera sobre el que, además de tres sillas, había una pequeña mesa de madera que revestía con una gruesa tela de tonos rojizos.

—¡Traed aquellos cojines! ¡Los cuencos! ¡Las tablillas de madera con cera y los punzones! ¡Vamos!

Al verme, me lanzó esa cautivadora sonrisa con la que captaba la voluntad de cualquiera.

Los primeros curiosos ya se acercaban. Habrían escuchado que algo iba a suceder aquella mañana, que los obispos católico y arriano se iban a enfrentar en un debate y, quizá, incluso, se habían enterado de que un delegado del rey iba a estar presente, pero hubiera apostado aque el contenido de todo aquello escapaba a sus entendederas. A veces sucede que los poderes exhiben retóricas que nadie entiende. Ellos sí, porque las crean precisamente para delimitar sus propios fundos, sus territorios. Y por eso resultan útiles, por más que el común del *populus* no lo comprenda. Más aún: la ignorancia del resto les permite utilizar la retórica para justificarse.

—¡Ah! ¡Sergio! Buenos días, amigo. Ya ves que vamos un poco retrasados, pero todo estará a tiempo. La orden del rey era que, a

media mañana, y a tu indicación, pudiéramos comenzar. Suna y Masona llegarán en breve, al igual que Sega. Y la gente, ya ves, comienza a asomarse.

Los soldados habían previsto un espacio de protección alrededor del podio central, la mesa y las tres sillas, en el cual había dispuestas dos pequeñas tarimas algo más bajas, si bien elevadas sobre el suelo. Desde allí hablarían los dos contendientes. Todo estaba circundado por cuerdas colgadas de postes. Junto a cada uno de ellos, dos o tres soldados; y otros muchos más iban a patrullar por la plaza del *atrium* episcopal y por las calles aledañas.

—Sí, ya veo —dije, sonriendo—. Ayer todo fue razonablemente bien… —iba a explicar que la misión secreta iba por buen camino, con palabras crípticas que nadie más que Gaudila pudiera comprender, pero no pude continuar.

Repentinamente, percibí su presencia, y mis sentidos se pusieron alerta.

Detrás de mí, desde la puerta central de la residencia episcopal, escuché su voz.

—Sergio —pronunció mi nombre sin énfasis alguno.

Me di la vuelta para mirarlo. Mantenía, pese a los años transcurridos, el color rubio de sus cabellos, su fortaleza innata, su porte turbador, aunque las arrugas habían hecho mella incipiente y prematura en su rostro.

—Masona… —noté cómo se me quebraba la voz. Me rehíce y articulé—: No he sabido nada de ti en todo este tiempo. Hubiera preferido encontrarnos de otro modo. Y antes.

—Eso ahora da igual —contestó secamente—. El caso es que has vuelto en calidad de enviado de ese pestífero rey arriano. Lo que hayas hecho desde el día que te fuiste no es cosa mía. Supongo que recuerdas lo que te dije cuando nos despedimos.

Claro que sí. «Tú sabrás».

Aquellas palabras frías, distantes, me habían resultado, con el tiempo, oprobiosas. Mis sentimientos hacia él habían quedado poco a poco engullidos por su gélida indiferencia y su desafecto. Creo incluso que el eco recurrente de las mismas me llevó, con el tiempo,

a aceptar mi nuevo papel con agradecimiento y predisposición.

Permanecí inmóvil, con la mirada fija en él. Y, para mi sorpresa, se acercó y me abrazó. Pero fue un abrazo frío, tenso. Y le correspondí de la misma manera.

—El rey pretende llegar a algún tipo de entendimiento —hablé en un susurro, para que solo él pudiese escucharme. Miré a mi alrededor. Gaudila continuaba dando órdenes a sus soldados y a los operarios, mientras que el público se agolpaba ya en las desembocaduras de los callejones en la plaza—. Sus conquistas le están abriendo las puertas para controlar toda Hispania, pero necesita pactar con vosotros, con los obispos católicos.

—Pues no lo está demostrando —dijo Masona alzando la voz y con cierto aire displicente, como no tomándome en serio—. Ha perseguido a muchos *de los míos* —hizo hincapié en ese «de los míos», como distanciándolos de mí mismo, a pesar de que compartíamos credo, pues yo era consejero de un rey arriano hostigador «de los suyos»—; nos ha expropiado rentas, propiedades, tierras, incluso iglesias completas.

—Es cierto —contesté en su mismo tono.

—¿Y qué quieres de mí?

—Yo, nada —me sorprendí a mí mismo por la parquedad y la frialdad de mi respuesta, pero estaba decidido a cumplir mi misión —. Solo me atrevo a suplicarte —apreté los labios un momento para desplegar toda la calma a mis siguientes palabras— que seas receptivo a la estrategia pactista que nuestro rey está dispuesto a emprender.

Masona no contestó. Me puso una mano sobre el hombro, y pensé por un momento que iba a darme un abrazo quizá más sentido que el anterior. ¡Cuánto lo deseaba!

Pero no hubo abrazo. Ni reencuentro, ni emoción alguna.

Se dio la vuelta y entró en el *episcopium*. Me percaté entonces de que se hallaba en obras. Unos andamios y unas cimbras de madera asomaban por el otro extremo y, al acercarme, pude ver cómo unos diez o doce operarios se afanaban en ampliar la cimbra hacia la calle. Ampliar el *episcopium*, reflexioné, exigía recursos: *donationes* de

particulares y rentas de los *fundí* no solo de Emérita, sino de toda la Lusitania.

Enfrascado en tales pensamientos, volví mis pasos hasta el pórtico del *atrium*, donde la plebe ya abarrotaba la plaza.

De repente, se escucharon unas voces, seguidas de un creciente runrún y el revuelo de gente. Dos tipos, rodeados de hombres armados con lanzas y espadas y protegidos por cotas finas de anillas, aparecieron por un lateral. Uno era Suna, que portaba para la ocasión una larga y ancha túnica de suntuoso tejido con decoraciones doradas. Supuse que el otro, mucho más joven, con aire prepotente y altivo, debía de ser Sega; iba ataviado con cueros lustrosos y una gran hebilla de cinturón similar a las que yo había visto a Teodulfo y a Gaudila.

Cuando ambos alcanzaron el espacio central y subieron al podio, saludaron cortésmente a Gaudila. Me congratulé por haber decidido permanecer bajo la techumbre del pórtico del *episcopium*, pues, desde allí, podía observar las primeras reacciones de los recién llegados.

Por sus ademanes, tuve la impresión de que se sentían grandes triunfadores. Decenas de seguidores los vitoreaban, y, además, una milicia privada acompañaba a Sega, compuesta por una selección de sus mejores dependientes, de los hombres que estaban encomendados a su poderío como *dominus* y *patronus*.

Sega y Suna se fundieron en un abrazo con Gaudila, máxima autoridad en la ciudad por delegación del *rex Gothorum*. Como *comes*, debía asegurar en Emérita la paz con la espada y los ingresos de la recaudación tributaria para el *fiscus* regio.

En cuanto me decidí a caminar hacia el podio, dos soldados se acercaron para escoltarme. Volví a fijarme en los dos recién llegados y en Gaudila. Este se los ganaba con su habitual desparpajo y alegría, y me maravillé de su habilidad, por cuanto yo sabía muy bien que se trataba de una pose para que aquellos desdichados no supieran lo que les esperaba.

Entre Gaudila y yo dispusimos los puestos de la comisión. Yo me senté en el centro; él, a mi derecha, y Sega quedó a la izquierda. Masona y Suna ocuparon sus respectivos estrados. Nos rodeaban

clérigos de ambos bandos, muy mayoritario el de los católicos y reducido el de los arrianos. Se les había permitido acceder al espacio central, de tal modo que, a ojos del público, pareciera como si formasen parte de la comisión.

Tomé la palabra y pedí silencio.

—¡Pueblo de Emérita! —Me puse en pie y extendí las manos hacia el *populus*, como abrazándolo—. ¡Soy Sergio, enviado por el gloriosísimo Leovigildo *rex*! —me presenté casi a voz en grito, y decidí ir bajando el tono escalonadamente—. El rey, conquistador de nuevos territorios para el reino, ha decidido que asistamos hoy a un debate público. Los dos obispos, el católico Masona y el arriano Suna —utilicé nuestra terminología con toda la intención, puesto que era la que la mayoría del *populus* entendía— discutirán sobre sus creencias en Cristo. La comisión que presido por orden directa del rey nuestro señor, *dominus noster rex*, emitirá un dictamen para señalar al ganador. Dicho veredicto no tendrá efectos jurídicos ni religiosos. —Hice una larga pausa, que aproveché para recorrer los rostros entre sorprendidos y ansiosos—. Dilectos y amados obispos, tenéis la palabra.

Sin dar posibilidad alguna de iniciativa a su contrincante, Suna comenzó su oratoria, insistiendo en argumentos bíblicos y echando mano de un sinfín de textos que había aprendido de memoria, para recalcar el punto central de su argumento: el Padre y el Hijo no eran de la misma naturaleza.

—¡Aquello se lo inventó el emperador Constantino! ¡Esa infame fórmula de *homoousios*, metida sin venir a cuenta en el credo que todavía hoy seguís! —Se escucharon abucheos, seguidos de algunos aplausos de los godos—. ¡Sí, sí, vosotros! —aulló Suna mientras se volvía a un lado y a otro. Dirigió una sonrisa burlesca hacia el público y, finalmente, la exhibió con suficiencia hacia los clérigos católicos que abarrotaban el espacio central de la plaza—. Sí, los que os denomináis a vosotros mismos como *ca-tó-li-cos* —pronunció con retintín—. Es cierto —pareció serenarse— que fue luego Teodosio quien la impuso por decreto como *religio* oficial del Imperio. Con algún matiz, pero dio por bueno el nauseabundo credo del concilio

de Nicea, aquella infamia de Constantino: un imbécil que se dejó llevar por el obispo Osio de Corduba, a la sazón, ciudad que tantos quebraderos de cabeza ha dado, ya en nuestros días, al gran Atanagildo, que Dios tenga en su gloria, y a nuestro señor Leovigildo.

La intervención de Masona fue, para mi sorpresa, aún más extensa. Echando mano de la tablilla de cera que le había sido suministrada, había ido anotando los pasajes de las Sagradas Escrituras que Suna citaba, y rebatió punto por punto todas sus interpretaciones. El resultado fue una intervención erudita, pero prolija. Y, al acabar, quiso concluir hablando de sí mismo. Y eso me removió por dentro. Porque mencionó nuestro monasterio. Y a mí.

—Sabed, pueblo de Emérita, que yo me he formado en Santa Eulalia, al igual que el ilustre *iudex* que preside esta comisión, que remite, en última instancia, al rey de los godos. Y, si bien soy godo, también soy un siervo de Santa Eulalia. Allí me crie, como nuestro *iudex*, pero yo he permanecido aquí, con vosotros. ¡Para vosotros! —Se escucharon aclamaciones y gritos invocando el santo nombre de la mártir y el del obispo católico y godo, Masona. Yo recibí sus palabras como una puñalada en el alma; más que un mensaje para el pueblo era una recriminación pública directa—. Muchos, la mayoría de vosotros, sabéis que estuve varios días encerrado en la cripta de nuestra santa patraña, de nuestra mártir, para que me diera fuerzas hoy a fin de enfrentarme a la perfidia arriana, representada por este infame con el que el rey me ha obligado a disputar, colocando además a un antiguo amigo —me miró y, por primera vez, me pareció intuir un atisbo de tristeza en su rostro— como *iudex* supremo de semejante patraña.

Masona se había ganado a la concurrencia. Había sabido conectar con la devoción apasionada que la multitud sentía hacia la mártir. El griterío desbordó cualquier previsión que yo hubiera barruntado.

—¡Esta comisión ha de deliberar unos instantes! —exclamó Gaudila, adelantándose a mi toma de la palabra, y estimé oportuno que fuera la suya la única voz que exigiese respeto por la decisión

final, puesto que todos los presentes sabían que era él quien estaba al mando de las espadas de la ciudad. Gaudila significaba la presencia y la autoridad de Leovigildo.

Dos decenas de soldados se acercaron al podio para asegurar que nadie perturbase el mínimo diálogo. Porque mi idea era reducir al máximo aquel lapso antes de emitir el veredicto, que, por orden regia, yo tenía ya claro.

—Hablemos quedo —pedí, y opté por un mensaje claro, conciso y escueto—: Una sola intervención cada uno. Primero, Sega; después, el *comes* Gaudila; finalmente, yo. Adelante.

—El resultado es claro —espetó Sega con suficiencia, en la confianza de quien se sabe ganador—. Suna ha apabullado a Masona con argumentos y referencias a las Sagradas Escrituras. El rey es amano, y la mayoría de los godos lo somos, salvo deshonrosas excepciones, como las de ese pestífero. —Miró con expresión soberbia y petulante a mi antiguo amigo, que permanecía, como su contrincante, de pie y silente—. Hora es ya de imponer nuestra correcta interpretación del mensaje de Jesucristo.

Miré a Gaudila. La alegría y el entusiasmo habían dado paso a un semblante sombrío y lúgubre. Era su turno.

—Soy godo, como tú. —Tomó por el brazo a Sega, en una muestra de cercanía que, por un momento, me alarmó—. Suna conoce los textos o, al menos, ha preparado sus argumentos, pero acaso haya llegado el momento de superar nuestras diferencias.

—¿Qué? ¿Qué dices, *comes*? —Sega no disimuló su estupefacción.

—Que mi voto es para Masona —sentenció Gaudila.

El público, ajeno a nuestra deliberación, continuaba gritando en favor de Masona. Solo los magnates godos pronunciaban en alto el nombre de Suna. Los soldados, sin embargo, guardaban silencio.

—Bien, ha llegado mi turno. En este caso, será mi voto el que resuelva este debate —comencé—. Cierto es, Sega, que Suna ha manejado bien la defensa de sus ideas, pero Masona las ha refutado con intensidad y convencimiento y, a mi juicio, se ha mostrado superior a su rival.

Y, sin dar lugar a réplica alguna por parte del aristócrata godo, me levanté y pedí con un gesto que ellos hicieran lo mismo. Miré de reojo a Sega, quien daba la impresión de haber entrado, repentinamente, en una vejez prematura; los músculos de la cara, tensos, le marcaban una mandíbula prominente y poderosa.

Entre los magnates godos las cabezas se juntaban para cuchichear. Sin duda, se habían percatado del estado de ánimo de Sega. Este, además, había comenzado a mascullar y a hacer aspavientos. Suna, según vi, también se había dado cuenta. La expresión de Sega había alertado del veredicto y, al momento, los clérigos católicos, dependientes de Masona, prorrumpieron en gritos de alborozo sin que yo hubiese aún abierto la boca.

Moví los brazos reiteradamente con las palmas hacia abajo para pedir silencio. Poco a poco, la algarabía y los bisbíseos fueron cesando y la gente se acomodó de nuevo, aquietándose.

Cuando de nuevo el silencio se apoderó de la plaza, del *atrium* y de las calles que allí confluían, decidí pronunciarme. Concentré mi mirada en Masona. Él también me miraba a mí: tenía el ceño fruncido, los brazos inquietos y los labios apretados.

—Esta comisión, constituida por orden del *dominus noster*, el gloriosísimo Leovigildo *rex*, habiendo escuchado los argumentos de los dos dilectos prelados, ha decidido nombrar ganador del certamen y de la discusión al obispo Masona.

Lo solté con cierta celeridad. Estaba deseando bajar de aquel podio, aunque sentía ya en mí el abismo de la duda. No sabía qué hacer. Debía acercarme a Masona, expresarle mi felicitación. Mientras bajaba del podio, ensordecido por el atronador griterío de los católicos y las maledicencias de los arríanos, me di cuenta de que me miraba con una sonrisa enigmática.

23

Pero otra duda me corroía aún más: debía decidir si me acercaba o no a la *domus* de Elia.

Masona parecía relajado, aunque exhausto, mientras recibía las felicitaciones de sus clérigos y de los escasos *domini* a los que habían permitido entrar en el *atrium*. Gaudila, cerca, seguía dando órdenes a sus soldados.

Estaba yo a punto de alcanzar al grupo que rodeaba a mi amigo cuando, súbitamente, una mano me agarró con fuerza por el brazo. Los guardias que me escoltaban de regreso al pórtico se abalanzaron de inmediato sobre Sega. A una señal mía, se apartaron y no intervinieron.

—Comprendo tu enfado —le dije, en el tono más tranquilizador que fui capaz de emplear.

—Estoy seguro de ello —afirmó—. Pero, antes de que regreses a Toletum para informar al rey, quiero decirte algo. —Tenía los ojos fuera de sí y las aletas de la nariz le vibraban con intensidad—. No soy estúpido. Esto estaba decidido antes de tiempo, lo teníais todo hablado, e incluso el *comes civitatis* estaba implicado, y eso no puede significar nada más que una cosa.

—Ignoro por completo a qué te refieres —mentí.

—Que es el rey quien ha tomado esta decisión. Ha decidido frenar la expansión de nuestra Iglesia en toda Hispania o, lo que es lo mismo, las expropiaciones de las rentas eclesiásticas. —Torció el gesto y, acto seguido, lanzó un escupitajo a mis pies. Al instante, los guardias se abalanzaron sobre él y lo apuntaron con los extremos de

sus espadas. Les pedí que volvieran a su posición—, ¡No sé qué negocios os traéis, puto romano, pero sigo siendo leal a mi rey! Si ha ordenado mi rey, Leovigildo, que ese Masona se mantenga, yo no haré nada por impedirlo.

—Agradezco tu lealtad, en nombre del *dominus noster* Leo…

—¡Calla! ¡No digas más su nombre! ¡No eres de nuestra *gens*! ¡No eres godo!

Hice un gesto con la mano para que los soldados me siguieran y me alejé. Aquel tipo podía llevar una daga y sacarla para degollarme. Masona, que no debía de haberme perdido de vista, se despedía ya del séquito de aduladores que lo rodeaba. Entonces, escuché una voz detrás de mí. De primeras no reconocí el tono pausado, pero era Sega de nuevo.

—Romano… —me miraba con los ojos igualmente encendidos, como queriendo asesinarme desde la distancia y, sin embargo, su voz albergaba la serenidad de quien adivina el futuro—, escúchame bien: he dicho «si lo ha ordenado mi rey, Leovigildo»; si ordenase otra cosa, o si dicha orden quedase en suspenso, quedaré liberado de respetar a ese godo traidor a los míos —deslizó las últimas palabras en tono intimidante.

Masona ya estaba muy cerca y me hizo una seña para que me dirigiera hacia el extremo del *episcopium*, justo donde antes me había fijado en las cimbras de las obras. Como si no hubiera habido debate alguno, los operarios continuaban con sus trabajos, dedicados en ese momento a ordenar las traviesas para aumentar la altura de las cimbras.

—Ya era hora de tener un palacio digno de esta sede —escuché a mi espalda la voz de Masona—. Desde los tiempos de Paulo, es la más rica de Hispania, y ha llegado el momento de que se note. Anda, vamos. —Me tomó por el brazo y comenzamos a caminar por la calle transversal.

—Va a ser un gran *episcopium* —expresé con sinceridad, mientras evaluaba la profundidad de la cimbra a nuestra izquierda, que se perdía hacia el final de la calle.

—Y no solo eso —afirmó con orgullo—. Estoy construyendo un

xenodochium, un gran edificio que servirá para albergar a los peregrinos que vienen a visitar Santa Eulalia y que, al mismo tiempo, funcionará como hospital para enfermos. Tanto el *episcopium* como el *xenodochium* tendrán los mejores pavimentos con losas de mármol y mosaicos, y he mandado revestir las paredes con pinturas que desplieguen escenas de la vida de Jesucristo y, en las puertas, se alzarán unas pilastras también decoradas. Va a ser maravilloso.

—Y tu nombre adquirirá fama. —No pude reprimir el comentario malicioso.

—Seguramente. —Se agachó y señaló el zócalo del muro lateral, justo detrás de la cimbra de madera—. Mira, ¿lo ves? Es un zócalo de piedra vulgar, e irá decorado solamente con unas cintas vegetales también en piedra, aunque muy sencillas; nada que ver con los roleos que están ya tallando para los capiteles del interior. En el exterior —miró hacia arriba, hacia tres operarios que, subidos al primer piso de la cimbra, preparaban el segundo— habrá más ornamentación en las cornisas, a las cuales es más difícil llegar desde la calle. Los expolios están a la orden del día.

—Mmm, sí, lo veo. Estoy seguro de que quedará muy bien. —Parecía como si Masona quisiera llevar la conversación por terrenos triviales, y yo no tenía mucho tiempo—. ¿Ha llegado hasta aquí el acoso de Leovigildo? ¿Os ha quitado muchas cosas? —quise saber.

—Bueno, menos que en otros lugares, pero me temo que está empezando. —Me miró a los ojos por primera vez—. Creo que ha purgado a varios prelados católicos en ciudades de menor importancia. Conmigo aún no se ha atrevido…, aunque me ha colocado a ese —dijo en un tono despectivo, en clara alusión a Suna—. Han comenzado a expropiar algunas iglesias y rentas, pero no de un modo generalizado. Además —sonrió forzadamente—, el hecho de que hayas venido tú con un mandato para apoyar mi victoria sobre Suna es bastante indicativo. Quizá se esté planteando su política, quizá…

—Quizá… —lo animé a seguir.

—… quizá se esté planteando un acercamiento a los católicos.

Tú eres un buen ejemplo de eso. —Me volvió a tomar por el brazo y continuamos hacia el fondo de la calle, que conducía hacia los barrios del sudeste de la ciudad, pero, tras unos veinte o treinta pasos, Masona se volvió, como para iniciar el retorno al *episcopium* —. Su hijo mayor, Hermenegildo, se encuentra en Híspalis, y me han llegado informes de que, al parecer, ha hecho muy buenas migas con Leandro, el obispo católico. Su esposa, Ingunda, como sabes, nieta de Gosvinta y de Atanagildo, es hija, a su vez, de Brunequilda, reina de uno de los reinos francos. Creo que por ahí puede venir que Leovigildo te haya encargado esta misión…

—Sí, algo había oído —musité, como si no estuviera ciertamente enterado.

Al ver que él comenzaba a acelerar el paso para entrar en el edificio, fui yo quien lo agarró del brazo. Pude ver su expresión extraviada, a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad, pero había esperado mucho ese momento y no estaba dispuesto a dejarlo escapar.

—Masona, ¿qué nos ha pasado? —me sinceré.

—Dímelo tú —regresó a esa maldita parquedad que tan ofensiva me resultaba.

—Para empezar, que me respondieses con monosílabos a todo lo que te preguntaba —me abrí, y sentí una cierta liberación interior—. Para mí eras muy importante… Fuiste mi salvador y, de repente, fue como si salieses de un nevero: tus sentimientos estaban completamente congelados.

—¡Y lo dices tú! Antepusiste la posibilidad de irte a Toletum. Nos dejaste tirados, ya no digo a mí, sino también a Elia.

—No tuve otra opción —mentí.

Y al momento me di cuenta de que, al mentir, asumía que Masona tenía razón. Podía haberme quedado allí. Cualquier excusa hubiera funcionado, porque, a ojos de los reyes, yo no era más que un insignificante y jovencísimo eclesiástico, por más que hubieran detectado en mí alguna cualidad. Al mentir, comprendí, con toda claridad, que había optado por otro mundo. Con un nudo en la garganta, y a medio camino entre la obligación y el deseo, pregunté

atolondradamente:

—¿Han tenido hijos? ¿Dónde viven? ¿Crees que debería ir a visitarla antes de regresar a Toletum?

—Vive en su *domus* familiar. Pomponio se trasladó allí en cuanto se casaron, porque era mucho más grande que la suya. Y, a todo lo demás, la respuesta es sí. —Su gesto se había endurecido, como si fuera él ahora el *iudex* que emitía el veredicto—. Sí tienen hijos, dos. Y, sí, creo que deberías visitarla.

La conversación no dio para mucho más, porque él se perdió en el interior del *episcopium*. Yo había dado orden a los soldados que me habían acompañado desde Toletum para que tuviesen todo preparado para esa tarde; quería iniciar la marcha cuanto antes, aunque hubiera de pasar la noche en alguna *mansio* próxima a la ciudad. Para cuando quise darme cuenta, estaba ante uno de los sirvientes de la antigua *domus* de Modesto, ahora la casa familiar de Elia y de Pomponio. En cuanto me permitió pasar a la entrada del peristilo, llegó hasta mí el olor de algún guiso. Era momento para la comida, pero yo tenía el estómago completamente cerrado.

Apareció de repente, sinuosa, al fondo del corredor. El cabello recogido dejaba caer unos bucles que se deslizaban hacia sus mejillas níveas, que contrastaban, tal como yo recordaba, con sus ojos negros. Lentamente, dirigió sus pasos hacia los bancos que, en el centro del atrio, quedaban rodeados del pequeño bosque de columnas del peristilo. No hizo falta que me hiciese ningún gesto ni que pronunciara palabra alguna. Me senté a su lado, separados por la distancia de un abrazo y, a la vez, de un mundo.

Me miraba con una expresión inocente, como si no hubiera pasado el tiempo, como si jamás hubiera sucedido nada entre nosotros.

—No sé muy bien por qué, pero esperaba que vinieses.

—¿Y eso te halaga? ¿O prefieres que me vaya?

Se quedó pensando un instante que a mí se me hizo eterno.

—Estás invitado a comer con nosotros, si tú quieres. —La mirada candorosa se trocó en una expresión madura, confiada—. Me refiero a mí y a mis hijos. Tengo dos, Sergio, de cuatro y seis

años. La mayor… —su gesto se tornó inquieto un momento, pero, de inmediato, recuperó el sosiego— nació en el primer año de mi matrimonio con Pomponio. Nos casamos poco después de irte tú.

Se hizo un silencio.

—Mi esposo se encuentra en los *fundi* heredados de su padre, a unas diez millas de aquí, en la vía que conduce hacia el norte. Volverá esta misma tarde.

Otro silencio.

—Uno de mis siervos ha asistido a la ceremonia de esta mañana y me ha contado que nuestro *episcopus* ha salido victorioso. —Bajó la mirada hacia el suelo—. También me ha dicho que tú eres un hombre de autoridad, el enviado de ese rey arriano.

—Bueno… —No sabía qué contestar.

—¿Cómo te ha ido todo este tiempo en Toletum?

Yo solo era capaz de pensar en que Elia estaba preciosa. Los años habían aumentado, si era posible, su belleza. Me sentía turbado, tanto, que un impulso para abrazarla se apoderó de mí.

Debió de intuirlo porque, de repente, se puso en pie.

—Bien, me ha ido muy bien. El rey Leovigildo confía en mí. De ahí esta misión —decidí explayarme para evitar mi azoramiento—. Creo que vienen tiempos de cambios muy importantes, Elia. Quizás el rey se haya dado cuenta, por fin, de que los católicos somos mayoría, de que nuestros obispos son más poderosos que los arríanos y de que debe asumirlo, si realmente desea consolidar la expansión de su reino.

—Todo eso está muy bien. Pero ¿cómo estás tú?

El giro estuvo a punto de descomponerme por completo. Me puse en pie yo también. Daba toda la impresión de que Elia deseaba concluir la conversación y retirarse junto a sus hijos, seguramente ya hambrientos a esa hora. Así que decidí ser breve y poner fin a aquella sandez. Había sido una necedad por mi parte acercarme a verla, pues claramente ella no quería saber nada de mí.

—Bien, Elia, estoy bien. Como te contaba, el rey confía en mí, y me parece que su hijo Recaredo también. Él está en Toletum, a diferencia del otro hijo, que fue enviado a Híspalis. De hecho, está

empezando a construir una nueva ciudad al nordeste de Toletum. Algunos rumores dicen que la va a dedicar a Recaredo.

Sabía que Elia no me había preguntado por eso, sino por cómo estaba yo, pero no quise o no supe contestar y desvié mis palabras hacia lo que, en verdad, suponía ya el centro de mi existencia.

—Seguro que te irá bien, Sergio —sonrió—. Te deseo lo mejor… Lo digo de veras, y por si no nos viéramos. —Y, sin decir nada más, se dio media vuelta y caminó resuelta hacia el interior del peristilo.

No me esperaba aquella despedida abrupta, aunque afectuosa, y no supe responder. Como tantas otras veces, permanecí en silencio sin optar por unas u otras palabras.

Al poco rato, ya estaba montado en el carruaje que me conducía de vuelta a Toletum.

24

En cuanto entré en Toletum, trasladé dos informes a Leovigildo. Uno de ellos, en presencia de Gosvinta. El otro, sin ella. En ambos casos, Recaredo estuvo presente.

En el primero, me lamenté de que Suna hubiera estado particularmente inepto en aquella jornada, al tiempo que yo mismo cargaba con la responsabilidad de no haber llevado a buen puerto la tarea que me había sido encomendada, así como por no haber sido capaz de controlar a la comisión.

—Es extraño —reaccionó Gosvinta—, porque teníamos muy buenos informes de Gaudila. Y Teodulfo, su padre, participó en la eliminación de Agila… En cuanto a Sega, conozco muy bien su linaje: a pesar de estar bajo el yugo de Agila, su padre era de una gran lealtad a Atanagildo, y sus ancestros siempre estuvieron al lado de quien debían estar. Son muchos los magnates allí cuyos antepasados han servido con lealtad a los *reges Gothorum* desde los días de Eurico, incluso a pesar de que, entonces, la realeza residía en el sur de las Galias.

—Cierto, mi reina —dijo Leovigildo con un gesto pesaroso, que yo sabía que era totalmente impostado.

También el semblante de Recaredo manifestaba un estado de ánimo afligido. Me maravilló la facilidad con la que ambos mentían delante de Gosvinta. Aprendí entonces, y sé bien hoy, que fingir o, al menos, escamotear a los demás lo que realmente pensamos, forma parte de la tarea de gobierno. Y, delante de mí, Leovigildo y su joven hijo mostraron que dominaban dicho arte con creces.

Imaginé charlas entre padre e hijo, en las que le habría enseñado los rudimentos del cálculo político, las sutilezas de la mentira. Y hoy pienso que me hubiera gustado haber participado de semejantes lecciones: porque yo tuve que practicar todos esos lugares oscuros del comportamiento humano sin maestro alguno.

Desde aquel día, me sentí más próximo a Recaredo y me vi a mí mismo como un alumno del padre. Asistía a sus lecciones de intriga, a sus maniobras de despiste, a su funambulismo con el alma humana.

Al concluir la vista con los reyes y Recaredo, sentí el impulso de abstraerme, concentrarme en algo que no fuera la política. Aislarme. La primera idea fue, como era costumbre en mí desde que estaba en Toletum, dar un paseo por las vegas. Pero no deseaba salir del complejo del *palatium*. En el fondo, a pesar de las obras, la comodidad de la servidumbre y la confortabilidad de las estancias eran también una buena alternativa.

Pedí a los encargados de los archivos algún libro. Esas dependencias estaban en unos subterráneos, antiguas bodegas de las *domus* expropiadas en su día. Había estado varias veces allí, y al frente de los archivos estaba un secretario experto en lenguas, de origen griego, llamado Porfirio.

Su abuelo había trabajado en Italia a las órdenes del rey ostrogodo Teodorico, una de las cortes más esplendorosas tras la desaparición del Imperio occidental. Aunque, para cuando Porfirio entró a las órdenes de Leovigildo, hacía ya bastante tiempo que el reino ostrogodo no existía: las tropas imperiales que había enviado el emperador Justiniano lo habían terminado aniquilando. Su ofensiva para conquistar territorios en Occidente, bajo la propaganda de la recuperación total del antiguo Imperio romano, había llegado, además de a Italia, hasta algunas islas del Mediterráneo y el norte de África, imponiéndose al reino de los vándalos. Y por eso mismo había ocupado las costas del sur y del sudeste de Hispania en los días de su apoyo a Atanagildo en la guerra contra Agila.

Lo cierto es que, antes de todo eso, al abuelo de Porfirio le había ido bien. Lo enviaron al sur de las Galias, en la época del desastre

ante los francos de Clodoveo. Porque los ostrogodos habían salvado a los godos del sur de la Galia de una absorción definitiva por los francos. Poco a poco, el viejo reino godo de Galia se fue trasladando a Hispania y, con él, el abuelo de Porfirio, su esposa y su hijo. El control ostrogodo había continuado de tal manera que el rey Teudis, quien había residido por un tiempo en Toletum, había sido un general del propio Teodorico. La posición del abuelo de Porfirio era ya lo suficientemente estable, y en tan gran medida dependían de su conocimiento y experiencia en documentos todos los jefes de los *officia* de la corte, que nadie puso pegas a que, siendo ya muy viejo, su puesto lo heredara su hijo.

El padre de Porfirio, siempre como jefe de secretarías y cancillerías, jugando entre cartas de otros mandatarios de reinos y del mismísimo emperador romano de Oriente, estuvo en Toletum, en Híspalis, y en otros sitios del sur, siempre acompañando al rey Teudis. Y su hijo siguió la tradición: estaba al mando de los archivos y de los departamentos epistolares de la corte de Leovigildo, que ya comenzaba a ser conocida en algunas cancillerías como «visigoda».

Porfirio era un hombre alto, de cabellos lacios y grises, de una extraña corpulencia, fina, delgadísima, casi transparente. Vivía en los archivos, rodeado de colaboradores muy eficientes, en la penumbra, pues solo disponían de la iluminación de algunas antorchas en una sala de bóveda semicircular alta y unas pocas lucernas en las estancias más pequeñas.

Yo había tenido que bajar a sus dominios en multitud de ocasiones, habitualmente para depositar los informes de los *comites* de otras ciudades y de las guarniciones militares; otras veces sencillamente deseaba consultar algún registro para comparar referentes del pasado. No es que fuera un archivo muy solvente, si tenía que hacer caso al criterio de Porfirio, que siempre echaba mano de lo que le había asegurado su padre, que a su vez lo había oído al abuelo: «Si hubieras visto, hijo, el archivo y las oficinas de Teodorico en el norte de Italia… Eso sí que era una gran cancillería».

Hallé a Porfirio en una de las estancias diminutas. La humedad

no es buena compañera de los documentos, de ahí que se hubieran colocado estantes cerrados a modo de armarios, y, en los pequeños nichos del suelo, algunas cajas de madera revestidas de cueros para aprovechar el espacio.

—Vaya, vaya, aquí tenemos al gran Sergio de Emérita —dijo en tono divertido, sin dejar de mirar a dos de sus colaboradores, que seguían concentrados en la colocación de una carta—. ¿Qué necesitas? ¿Algún documento del rey Teudis, algo de Atanagildo? Pide, pide lo que quieras.

—Te veo muy dicharachero esta mañana, Porfirio —contesté, sentándome en uno de los taburetes y apoyando la mano en una pequeña mesa en la que había varios pergaminos revueltos y dos pequeñas lucernas—. No, esta vez no es nada de trabajo. Me gustaría leer algo. Sé que no hay muchos libros… Me conformo con lo que sea, pero que me tenga distraído esta noche.

—Poco encontrarás aquí, amigo mío, bien lo sabes —repuso Lino, el encargado del *fiscus*.

Me di la vuelta en el taburete, y allí estaba, con ese bigote ancho y caído que le colgaba por encima de la barba y esos largos cabellos oscuros por debajo de los hombros. Yo me llevaba muy bien con Lino. A pesar de su cargo, era un tipo afable, culto y gran conversador, con el que me gustaba charlar sobre temas muy variopintos.

—Si no lo hallo, que no creo —guiñé un ojo a Porfirio, aunque este ni se enteró; ante la intervención de Lino, parecía haber perdido el interés y se había enfrascado en el estudio del siguiente documento que debían almacenar—, te pediré que desvíes algunas monedas de ese *fiscus* tuyo y viajaré hasta Tarraco para conseguir un buen libro.

—Eso ni en broma, amigo, eso ni en broma. Ven, sube conmigo. Te dejaré yo algo.

El *fiscus* era la caja fiscal del reino, que rendía cuentas directamente ante Leovigildo. En los últimos tiempos su influencia en la corte era muy grande, puesto que las conquistas del rey, la liquidación de enemigos y las expropiaciones por toda Hispania

habían elevado como nunca antes los recursos fiscales del reino.

Ya en su aposento, notablemente más amplio que el mío, Lino se acercó a una pequeña estantería en la que había unos pocos rollos y un único *codex*, algo más grande que los que solía dejarme Faustino en la biblioteca de Santa Eulalia.

—Estos libros proceden de una última confiscación. Me llegaron ayer. Debo ver la manera de repartirlos entre los nobles más poderosos del reino. Pero, amigo mío, de momento, los custodio yo. —Me pasó el *codex*—. Confío totalmente en ti, te lo dejo por esta noche. —Me señaló con el dedo y frunció el ceño—. Solo por esta noche. —Más relajado, se sentó en el borde de su camastro.

—Sí, descuida. —Me senté a su lado y, con mucho cuidado, apoyé el libro sobre mis piernas.

—No hay muchas copias por aquí. Y, cuando digo por aquí, quiero decir en Hispania. Acaso en Tarraco, en Híspalis, haya alguna. Quizás en tu monasterio hubiera alguna. Me has hablado mucho de aquel maestro tuyo…

—Faustino.

—Sí, eso es. Quizás ese Faustino dispusiese de alguna. Santa Eulalia tiene muchos ingresos por las visitas a la famosa cripta, de modo que no me extrañaría.

No me gustó esa observación cínica del jefe del *fiscus*. En ocasiones, no podía evitar comentarios despectivos hacia los romanos de Hispania. Él, hijo de una goda y un romano, había nacido al poco de acceder Teudis al poder, algo común en la época a pesar de que las leyes lo prohibían. De hecho, el mismísimo rey se casó con una rica dama romana que le aportó, según se contaba, un patrimonio inmenso. Y la madre de Lino, hermana de uno de esos nobles godos, se casó con un *dominus* del sur. Leovigildo estaba dispuesto a derogar esas antiguas leyes precisamente para fomentar las bodas entre godos y romanos.

Abrí el *codex* y solté un suspiro, un tanto conmocionado. Era una copia de la *Eneida*. Recordé de inmediato la que teníamos en Santa Eulalia y cómo Faustino me había explicado que la copia de nuestro monasterio era un encargo de algún *dominus*. Esta era, sin

embargo, más suntuaria: el cuero que la recubría estaba delicadamente trabajado, con escenas repujadas, y en una de ellas se reconocía perfectamente a Eneas portando sobre sus hombros a su anciano padre, Anquises. Se veían, además, diminutos restos de algo dorado, muy fino, cobijado bajo la rebaba de los bordes de dicha escena.

—Son restos de oro —me explicó Lino, leyendo mis pensamientos—. Estaba en Italia, en la corte de Teodorico, quien, a su vez, la había confiscado a un senador de Roma cuando sus tropas se impusieron sobre las de Odoacro, que, como sabes, fue el aliado bárbaro de las propias tropas imperiales que depuso al último emperador occidental, aquel muchacho…

—Rómulo, al que llamaban Augústulo —confirmé, demostrando a Lino que «ese Faustino», como él lo había llamado, había sido para mí un pozo de sabiduría. Aunque no estaba muy seguro sobre si todo lo que Lino había dicho correspondía exactamente a la verdad. Porque también había aprendido de Faustino que, en la Historia, es casi imposible que podamos captar tal verdad, si es que acaso existe.

—Eso es. Así que cuídala muy bien. Anda, ve y aprende de Virgilio.

25

Estaba yo ensimismado en la lectura de la copia de la *Eneida*, cuando alguien dio unos golpes en la puerta.

Al abrir, me encontré con el hijo de Leovigildo. En la oscuridad del pasillo, atenuada por las antorchas que bien custodiaban los guardias del turno de noche, la figura de Recaredo emergía aún más escuálida y frágil de lo que habitualmente me parecía. Era el vivo retrato de su padre. Aunque, para entonces, ya tenía yo claro que también lo era en su fortaleza y voluntad.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, mi señor.

—Anda, acércame ese taburete.

Desde que intuí su presencia en el dintel de la puerta, me percaté de que se trataba, en realidad, de una visita también de su padre, solo que este no podía comparecer en persona, toda vez que se encontraba en sus aposentos con la reina.

—¿Qué estás leyendo? —me preguntó, al ver que yo colocaba el *codex* con sumo cuidado en la mesita baja que tenía en una de las esquinas.

—Virgilio, señor, aunque imagino que has venido a tratar sobre la cuestión de Emérita y que nuestro señor, el gloriosísimo rey, querrá saber…

—Sí, por supuesto —me cortó—. Pero, antes, dime qué opinas. —Arqueó las cejas y señaló el libro adelantando el mentón y levantando las cejas—. ¿Crees que es útil leer a Virgilio? Queda muy lejos de nuestros días.

—Tienes razón, señor: queda muy lejos.

—Cuando estemos a solas, o reunidos con mi padre, no insistas en el tratamiento, o tendré que comenzar a bostezar —protestó, al tiempo que cruzaba las piernas, embutidas en perneras pardas, y apoyaba los brazos, igualmente entrelazados, sobre la pierna derecha —. Bien, queda muy lejos, más de quinientos años, pero tú lo estás leyendo.

—Así es, señor. —Me quedé paralizado un instante, advirtiendo el muy temprano incumplimiento en el que acababa de incurrir. Hice propósito de enmienda y continué—: Así es, quiero decir. Hace tiempo, en Emérita, tuve la suerte de poder leer a Virgilio. Y tuve un buen maestro, Faustino.

—Sí, me has hablado de él alguna vez. Sigue. —Sus ojos brillaban a la escasa luz de la lucerna; Recaredo parecía francamente interesado.

—Virgilio escribía en un mundo en cambio. La *Eneida*, en cierto modo, es la expresión de una nueva Roma, un nuevo tiempo que anclaba sus bases en lo antiguo, pero para cambiarlo.

—El tiempo… —sus ojos refulgieron aún más— de un nuevo gobernante.

—Así es.

—El primer emperador.

—Sí.

Recaredo sonrió, deshizo el lazo que formaban sus piernas y lo volvió a formar, esta vez con la izquierda sobre la derecha. Se colocó las manos sobre los cabellos, que eran lacios pero abundantes. Parecía reflexionar.

—A veces —dijo—, un tiempo nuevo exige sacrificios del nuevo gobernante, porque va a conducir a su pueblo a algún sitio mejor, pero debe desprenderse de lo que lo pudiera llegar a impedir —calló durante un instante y, lentamente, comenzó a cerrar los párpados, como buscando inspiración—. Después de todo, también lo hizo así Augusto.

—Así es —iba a evocar su condición de *meus dominus*, pero conseguí omitirla: su observación era fría, dura, pero cierta—. El

joven Octavio, antes de ser Augusto, navegó en aguas turbulentas y se desprendió de numerosos enemigos.

—Incluso entre su familia y amigos —afirmó, abriendo de nuevo los ojos, que volvieron a brillar.

—Exacto —contesté un tanto alegremente.

—Volvamos al presente, porque el tiempo apremia —expuso, poniéndose en pie—. Sergio, has demostrado gran habilidad, teniendo en cuenta que mi madrastra, la reina Gosvinta, estaba delante. El rey —hizo un gesto ceremonioso, poniendo su mano derecha sobre su pecho— desea transmitirte su agradecimiento, que es, desde luego, el mío.

—El único agradecimiento posible es el de este humilde siervo vuestro, que…

—¡Bobadas! —En los siguientes meses caería en la cuenta de que Recaredo utilizaba semejante expresión como muletilla constante—. No andes con semejante retórica, hay que ir a lo mollar. No debiera volver a repetírtelo, ¿no crees? —sonrió—. Escúchame, y escúchame bien: han llegado informes extraños.

—¿Extraños?

—Sí, extraños. —Apoyó una mano sobre la puerta, como intentando que ninguna visita inesperada alterase lo que iba a decir o fuera capaz de escuchar. De hecho, bajó acusadamente el tono de voz—: Mi hermano ha decidido una serie de pactos por su cuenta y riesgo.

—¿Qué pactos, señor? —Ante la gravedad del hecho, me pareció que no estaba fuera de lugar el incumplimiento retórico.

—Con el obispo católico Leandro, en Híspalis. Y con la influencia de los reinos francos, también católicos, a través de su suegra, Brunequilda, cuya hija, Ingunda, acaba de casarse con él.

—Lo sé. —Quise confirmar que, por supuesto, estaba al tanto de la conexión con los francos—. Hermenegildo se ha desposado con Ingunda, hija del rey Sigiberto de Austrasia y de Brunequilda, a su vez, hija de Gosvinta y Atanagildo.

—Exacto. E Ingunda es una baza de los francos para, por un lado, extender el catolicismo en nuestro reino y, por otro,

debilitarnos. A los francos les vendría muy bien una guerra entre mi padre y mi hermano.

—¿Tan grave es la situación? —pregunté, mientras mi cabeza daba vueltas intentando sopesar todo aquello.

—Lo es. Por eso mismo, sería bueno que intentases, y esa es la voluntad de mi padre y la mía propia, acercarte a ese viejo amigo tuyo al que ahora acabas de afianzar en tu ciudad.

—¿A Masona? —pregunté, angustiado, intuyendo al fin lo que pretendían de mí.

—Sí, a Masona. Le has dado el triunfo en el certamen. Ahora, cóbrale la deuda. Háblale de la necesidad de acercarse a nuestra fe, de buscar puentes entre nosotros.

—¿Estás hablando de que se convierta al arrianismo? —Mi estupefacción debía de ser evidente.

—No, eso no es necesario —sonrió con malicia, y abrió la puerta repentinamente para cerciorarse de que nadie escuchaba. Bajó aún más el tono de voz, y tuve que acercarme para poder escuchar sus palabras, hasta sentir su aliento—. Eres inteligente, Sergio, y sabrás calcular la necesidad de que un obispo en alza, que va a contar mucho sin duda en los próximos años, esté de nuestro lado. De mi lado —recalcó en un tono que me pareció agresivo—. Piensa en algo que pueda ser común, que tienda esos puentes que digo.

—Señor, porque he de expresarme así, te ruego lo entiendas —susurré, mientras salíamos al corredor. Los guardias, a distancia suficiente, no nos escuchaban, pero cualquier precaución era poca—. Obedeceré, pero te adelanto que será muy difícil. Mi relación con Masona hace tiempo que no es la mejor…

—Pero, a estas alturas, eso para ti no va a ser un impedimento, ¿no es así? —volvió a sonreír maliciosamente.

Aquella pregunta capciosa de Recaredo me impactó enormemente. Fui consciente al momento de lo que iba a significar para mí, en mis prioridades, en lo que me había convertido.

—No. No lo es.

Estaba ya a punto de cerrar la puerta, cuando me percaté de que Recaredo regresaba.

—¡Ah, por cierto! —exclamó—. Hablando de viejos amigos… —debió de darse cuenta de mi zozobra, puesto que puso una mano sobre mi hombro—. Mañana, en el comedor del *palatium*, en cuanto la primera luz aparezca, vas a encontrarte con uno de ellos. Ha llegado hace un instante de un largo viaje. También él tiene una misión que cumplir para mi padre. Recuerda, Sergio: hay que saber qué hacer con los campos fértiles, pero también con los que no lo son.

Asentí, desbordado por tanta novedad.

La misión con respecto a Masona suponía otro viaje a Emérita. Y tal cosa me hacía pensar si volvería a ver a Elia, aun cuando ella no quería saber nada de mí. Ella no me amaba. Y ni siquiera estaba seguro de amarla yo. Lo mejor era dejar que la vida transcurriera, que fuera feliz con Pomponio y con sus hijos. Más me valía centrarme en cumplir con lo que me acababan de encargar. A pesar de los acercamientos hacia el catolicismo, Leovigildo había purgado a algunos clérigos y monjes católicos, y yo no quería ser el siguiente.

Y luego estaba lo de ese misterioso viajero. ¿De quién se trataría? Y ¿tan seguros estaban Leovigildo y Recaredo de que yo lo conocía?

También había oído hablar de ese Leandro de Híspalis. En Toletum se contaba que su familia había salido de la Cartaginense huyendo de los imperiales. Decían que era un tipo radicalizado. Y lo de los francos…

No me gustaba nada lo que había dejado caer Recaredo.

Y no me gustaba porque sonaba a guerra.

26

Nada más entrar en la sala donde se servían las comidas del día, sentí un escalofrío. Era primerísima hora; apenas comenzaba a intuirse el tímido pero inexorable inicio de la mañana. Y allí estaba, departiendo amistosamente con varios jefes de los *officia* de la corte, entre ellos, Lino. La peor de mis pesadillas en Santa Eulalia.

En los escasos pasos que me quedaban hasta la mesa que ocupaba aquel tipo, debía tomar una decisión. Podía darme media vuelta y regresar a mis aposentos, o salir a tomar aire a los patios, simplemente para ganar tiempo. Tampoco descarté la opción de huir; a cualquier sitio, lejos de la influencia de Leovigildo y de Recaredo. A veces, ante un dilema, pensamos que huir nos va a salvar, pero no siempre sucede así, y bien que lo había comprobado yo con Elia. Asumir responsabilidades en la corte fue para mí escapar de ella, un desafío que suponía abandonarlo todo y enfrentarme al mundo.

Huir era algo bien conocido, pues, para mí.

Pero no iba a hacerlo ahora. No ante Antemio.

Caminé con parsimonia mientras saludaba a algunos conocidos que ya desayunaban. Al fondo, a la derecha, examinando un pequeño documento, vi a Porfirio. Era habitual que desayunara solo, estudiando tal o cual texto, y, para cuando le sonreí, ya sabía cómo iniciar la conversación con Antestio.

Opté por una sonrisa abierta, falsa, desde luego, que desarbolara cualquier expectativa de hostilidad. Me dije a mí mismo que qué lejos había quedado aquel muchacho a quien ese infame había

intentado vejar en reiteradas ocasiones. Me sentí pleno de confianza porque contaba con la seguridad de que era en mí en quien confiaba Recaredo, eso sí, a la sombra de su padre.

Antestio charlaba animadamente con Lino, y junto a ellos otros comensales estaban concentrados en engullir sus trozos de pan con miel y aceite, frutos rojos cogidos el día anterior en las matas de las afueras, y en apurar sus cuencos de leche.

—¡Sergio! —me llamó Lino, con las migas gruesas mezcladas con la leche asomando por su boca—. ¡Mira quién está aquí! Al parecer es un viejo amigo tuyo de Emérita, te está esperando —dijo, para después concentrarse en un mendrugo de pan que mojó en un cuenco de aceite.

—Sí —sonreí con toda la energía que da la falsedad y la impostura—. Bienvenido a Toletum, Antestio.

Me acerqué a él sin reducir un ápice la sonrisa. Al verme, él se levantó y, sin decir una sola palabra, nos fundimos en un abrazo. Al recordar aquel momento, siento un cierto temblor: el que genera la certeza de haber obrado de manera contraria a lo que la voluntad me demandaba. La prontitud de la hipocresía.

—Gracias, viejo amigo —dijo Antestio. Tomamos asiento, y uno de los sirvientes del comedor me sirvió mis viandas matinales—. ¡Qué alegría! Cuando la cancillería del rey me comunicó que nos encontraríamos hoy aquí, los recuerdos de nuestros años en Santa Eulalia invadieron mi mente y mi corazón.

Me sobrecogió la capacidad de Antestio para mentir, pero, a esas alturas, ya casi era un maestro en esas lides.

—También a mí, Antestio, también a mí —contesté, ampliando aún más la sonrisa—. Lino es buen amigo, además del jefe del *fiscus* regio, así que cuidado con él, no sea que regreses empobrecido a Emérita —continué bromeando.

—¡Ja, ja, ja! —se rio Antestio, al tiempo que su mirada impenetrable se detenía en Lino.

—Puedes hablar con franqueza delante de él —evité una mueca de sarcasmo que parecía querer salir de mis entrañas—. Es uno de los hombres de máxima confianza de Leovigildo.

Lino, que devoraba un trozo de queso, asintió.

Como dándose cuenta de que no debían permanecer allí, nuestros compañeros de mesa se levantaron y se marcharon. Aquello siempre me admiraba: en el comedor del *palatium*, todo el mundo sabía cuándo una conversación no era de su incumbencia. Yo lo achacaba al instinto de supervivencia; la vida que allí disfrutábamos, las prebendas, los privilegios sobre el resto de los habitantes del *regnum* estaban, como nuestra vida, en el filo de una navaja.

—Tu misión, Antestio —dijo Lino con una repentina severidad, dejando aparte por un instante su habitual voracidad matinal—, está relacionada con la cuestión religiosa. El rey desea que atraigas católicos a nuestro lado. Y pretendo que te des cuenta de que no traicionas ninguna confianza al charlar con Sergio delante de mí.

—Estás bien informado, noble Lino, muy bien informado —confirmó Antestio en voz baja, mirando a ambos lados.

—Tú dirás —animé a mi antiguo enemigo a hablar.

—El jefe del *fiscus* está en lo cierto. Me ha sido asignada la misión de viajar por las principales *civitates* del *regnum* para convencer a los prelados católicos, o al menos a algunos presbíteros, para que se pasen al lado arriano. De hecho, fue Suna, el prelado arriano en Emérita, quien informó al rey.

—Ya veo que el rey ha sabido maniobrar para que la derrota de Suna no suponga, precisamente, su final. Muy inteligente. —Lino parecía pensar en voz alta—. Pero tú eres católico —recalcó las sílabas de la frase sin ocultar su extrañeza.

—Así es —sonrió Antestio, clavando su mirada en mí—. Como Sergio.

—Lo que no lo ha excluido de gozar del favor de Leovigildo y, sobre todo, del de Recaredo —concluyó Lino.

Antestio asintió. Y tuve la certeza de que, en realidad, aspiraba a emular mi propia trayectoria. Entretanto, mi mente iba a toda velocidad: estaban intentando aumentar la fuerza de la débil iglesia arriana, y atraer a obispos y presbíteros católicos suponía fomentar grietas en las sedes importantes del reino. En muchas de ellas, como en la propia Emérita, había obispos de las dos religiones y supuse

que la estrategia pasaba por buscar esos puentes de los que se venía hablando. De un lado y de otro, idas y vueltas. Por tanto, la misión de Antestio era lógica.

—Todos servimos al *dominus noster*, con independencia de que seamos católicos o arrianos. Así, al menos, debe ser —hablé con autoridad.

—Desde luego —contestó Antestio—. Mi fe en Jesucristo como Hijo de Dios y de la misma naturaleza que el Padre es inquebrantable. Pero también lo es el deseo de ayudar al *dominus noster*, como bien dices —me miró con cierta displicencia—, a extender la paz por toda Hispania.

—De momento, nuestras órdenes siguen siendo las de expropiar las *ecclesiae* católicas que nos sean indicadas, junto con todos sus patrimonios, tanto inmuebles como humanos, incluyendo sus esclavos y dependientes —aseveró Lino.

—Sí. Los esclavos de las iglesias, los sirvientes, y todos sus colonos y dependientes, son buena parte del juego… —repuso Antestio.

En eso tenía toda la razón. Pero yo deseaba zanjar aquella conversación. Por más que mis nuevas habilidades incluyeran la falsedad y la retórica aviesa, me sentía angustiado, tenso, y el sudor comenzaba a mojar mi frente. Me levanté.

—Antestio, reitero mi gozo por tenerte entre nosotros.

—El gozo es mío, Sergio. No obstante, parto enseguida para Caesaraugusta, y después a Tarraco y a Barcinona. Ya sabéis a la búsqueda de qué.

—De nuevos partidarios del arrianismo que aumenten las bases de las sedes episcopales en las ciudades —confirmó Lino, levantándose a su vez. Me miró: su expresión transmitía cierta preocupación.

—Que tengas buen viaje. Yo también he de partir en breve —dije, comenzando a tomar distancia en el tono.

—¿Qué lugar tendrá la buena fortuna de acogerte? —preguntó Antestio, que permanecía sentado.

—El nuestro —contesté con sequedad, mientras me daba media

vuelta y, acompañado por Lino, buscaba la salida. Necesitaba aire libre.

Cuando ya nos encontrábamos con un pie fuera de la sala, Antestio elevó el tono para cerciorarse de que golpeaba mi conciencia.

—¡Feliz sea Emérita por recibirte! ¡A uno de sus hijos más queridos! —Hizo una pausa hasta que me volví a mirarlo y, entonces, concluyó—: Saluda a Elia de mi parte.

27

Lino se había dado cuenta de que yo no estaba bien. Se me veía sudoroso, tenía frío, y los dedos de las manos eran verdaderos témpanos. Era el gélido malestar de las peores impresiones, de los disgustos que nos corroen.

—Vamos, anda. —Me apretó el brazo con fuerza.

—¿Adónde?

—Vamos a la muralla. Hoy no estás para bajar hacia las vegas.

Nos dirigimos hacia el extremo del *palatium* que comunicaba, a través de dos estrechas calles, con las viejas murallas romanas. Ya en los días de Atanagildo se habían adecentado un poco y, después algo más, con la reforma integral de las *domus* que conformaban el complejo palatino de Leovigildo, pero aún necesitaban una buena mano. Pensé que la idea del rey era hacerlo conforme fuera concluyendo sus campañas.

Lino y yo saludamos a los cinco guardias que vigilaban aquella esquina. Casi podía oírse el rumor del Tagus a nuestra derecha, hacia el sur. Nos encaminamos hacia el norte, donde las murallas eran más fuertes, y subimos por las escaleras, convenientemente custodiadas por más soldados, hasta alcanzar una posición en la que podíamos divisar a nuestra izquierda el río en todo su esplendor y, enfrente, los restos del antiguo circo romano. A diferencia de otras ocasiones, no estábamos para charlas sobre el pasado o sobre cuestiones muy trascendentales. Aquella mañana pude sentir su apoyo y comprobé, de una vez por todas, que la amistad de Lino era verdadera.

—¿Me vas a decir qué ha ocurrido ahí? —preguntó.

No era la primera vez que subíamos allí a charlar, y los guardias sabían bien cuándo debían dejar espacio suficiente para que los cortesanos cuchichearan a su antojo.

—¿En el comedor?

—No, en los jardines del emperador de Constantinopla… —replicó, contrariado—. Por cierto, se dice que ese Leandro de Híspalis ha escrito cartas para recabar el apoyo de las tropas imperiales. Parece que la cosa va en serio… Pero las noticias circulan rápido. Leovigildo tiene oídos y ojos en casi todas partes. —Lino parecía francamente afectado y, teniendo en cuenta su buen juicio político y su puesto al frente del fisco, tan asociado a la guerra, su opinión era palabra sagrada—. Bueno, ¿me lo vas a contar o no?

—Antestio estaba en el monasterio de Santa Eulalia, como Masona y como yo. Eramos *pueri* y, con el tiempo, terminamos…

—En el *episcopium* —soltó Lino, con acierto.

—Así es.

—¿Y vas a querer que me crea eso del «gozo» por veros y todas esas patochadas?

—No. Sé bien que no las crees —no pude evitar una sonrisa.

—Tengo todo el día. Tú no, porque debes prepararte para partir hacia Emérita. Y yo no estaré allí para comprobar qué sucede con Masona, ni a qué se refería ese tipo con lo de Elia.

Dudé un instante. No estaba convencido de dar a Lino lo que sin duda merecía: una respuesta sincera.

—Ese tipo es un asesino —confesé al fin.

—¿Qué? —Lino abrió tanto la boca que hubiera cabido en ella el circo romano cuyos escasos vestigios teníamos a nuestros pies.

—Eso es al menos lo que creo. Hace mucho tiempo, digamos… —no sabía muy bien qué palabras elegir para no incurrir en una confesión demasiado detallada—, que se halló en la cripta de Santa Eulalia el cadáver de un monje muy querido por muchos de nosotros. Se llamaba Amando.

—¿Y qué tiene que ver Antestio con aquel crimen?

—Amando era su principal obstáculo para obtener la silla

episcopal. Había clérigos mayores a nosotros y al propio Amando, pero él era un candidato claro. Y Masona había prosperado mucho a la sombra de Amando y del entonces obispo Fidel. Digamos que Amando era, probablemente, la continuidad de Fidel y el eventual antecesor de Masona en el control de la cátedra emeritense.

—Pero Masona se ha impuesto.

—Sí.

—Luego no le sirvió de nada. En el caso hipotético, claro, de que tengas razón y Antestio fuera el asesino.

—Sí. No le sirvió de nada, pero no por eso es menos criminal. De todos modos, el *comes* de por aquel entonces ordenó que aquello se tapara. Coincidió con una visita de Atanagildo a la ciudad, y fue él quien decidió que no era sino un lío eclesiástico y monástico. Deseaba irse, y aquel cadáver no podía ser motivo para demorar su partida. Además…

—Además… ¿qué? —La impaciencia de Lino crecía a cada instante.

—Antestio era algo así como el jefe de una *factio*, no solo de intrigas, sino también de bestias. Intimidaban a los nuevos *pueri*. Pero mi pálpito es que, tiempo después, fueron algo así como una fuerza de choque para atenazar a rivales entre las distintas facciones en pugna. No es algo que te pueda sorprender.

—No, eso no —concedió.

—Lo cierto es que verlo por aquí me trae muy malos recuerdos —pensé muy bien lo siguiente que iba a decir—. Y, lo que es peor, nefastos augurios.

—¿Y esa Elia?

Como si no lo hubiera escuchado, comencé a descender por las escaleras de madera que comunicaban dos niveles diferentes de la muralla. Lino me siguió. Estábamos ya de regreso hacia el *palatium* cuando decidió no darse por vencido.

—Sergio, ¿me has escuchado?

Había decidido ser sincero, así que lo sería hasta el final.

—Sí, claro —dije, acelerando el paso. Lino me tomó del brazo y me paró en seco—. Elia, Lino, fue un amor, o eso creo. Mi único

amor.

—¿Cómo? —preguntó con gesto divertido. De inmediato, al fijarse en mi expresión oscura, lo enterró para cambiarlo por un rictus serio.

—No conozco el amor, me temo. Pero, si lo he conocido, es… era Elia. Fue hace tiempo. Ella se casó con un noble de Emérita y tuvo hijos. No quiso saber…, no quiere saber nada de mí.

Lino me miró con una expresión que yo entendí como compasiva. Iba a pronunciar alguna frase, seguramente conmiserativa, pero fue interrumpido por la voz sedosa y engatusadora de Recaredo. Para nuestra completa sorpresa, se encontraba apoyado sobre una jamba que daba paso a las losas de mármol grisáceo que forraban los muros laterales de la pequeña puerta que comunicaba aquel sector de las murallas con el *palatium*.

—Habéis logrado escabulliros de nuestros guardias —sonrió—, pero no de mí. Y lamento decir —abrió las manos y nos enseñó las palmas en señal de divertida y falsa petición de perdón— que lo he escuchado todo.

—Señor… —dije con voz temblorosa y desde luego ignorando el mandato sobre el tratamiento que Recaredo me había dejado ya bien claro.

—No te preocupes, Sergio —dijo, haciendo un gesto para que Lino y yo regresáramos por nuestros pasos hacia la cima de la muralla. Se colocó entre nosotros y nos tomó a cada uno por un brazo—. Lino es de mi confianza, y tú bien sabes que también lo eres de todo punto. Soy muy joven, pero algún escarceo he tenido, y el amor nos sorprende cuando menos lo esperamos. Más me preocupa lo otro…

—No tengo pruebas de lo que he dicho, señor —reconocí.

Habíamos vuelto al mismo lugar de la muralla en el que, hasta hacía un momento, habíamos charlado Lino y yo. Los soldados se cuadraron ante la presencia de Recaredo, pero, a una mínima seña, se retiraron.

—Tu criterio es suficiente prueba para mí, Sergio.

Incliné ligeramente la cabeza en señal de respeto ante el elogio

de Recaredo.

—Señor, somos todo oídos —dijo Lino, que hizo un gesto muy similar al mío.

—Os buscaba. Sabía que estaríais juntos, cosa que no me sorprende. Sé hace tiempo de vuestra amistad, y eso me enorgullece. Sois, acaso, mis dos mejores colaboradores de entre los hombres de confianza de mi padre. —Se giró para otear el horizonte, más allá de las murallas. Detuvo su mirada en las zonas bajas, en el *suburbium* del viejo circo, para después perderla en las escasas nubes que comenzaban a aparecer—. Mañana a primera hora partimos hacia el noreste, no muy lejos. Vamos a proceder a la inauguración del gran don que mi padre ha preparado para mí, aunque en realidad es para el conjunto del *regnum*: la ciudad que lleva mi nombre, Recópolis.

—Lo sabíamos, señor —dijo Lino, hablando por los dos—. Según bien conozco, puesto que una parte importante de los fondos han salido precisamente del *fiscus*, tu padre ha ideado un lugar con amplios espacios, en el que los departamentos y las cancillerías de la corte tendrán más margen de maniobra que en estos estrechos muros. —Señaló la puerta de la que Recaredo había emergido un instante antes.

—Nada es casual, Lino, tú mismo me lo has explicado en alguna ocasión. Y tú, Sergio, recuerda lo que hablábamos anoche sobre la *Eneida*: un tiempo nuevo. —Hizo una larga pausa, tragó saliva y adoptó un ademán que mostraba una preocupación profunda—. Mi hermano y ese radical de Leandro de Híspalis han dado pasos muy peligrosos al buscar alianzas con las cortes francas y con el emperador de Constantinopla. Creo que van contra nosotros. Y la hija de puta de Gosvinta, no es muy difícil imaginarlo, está con ellos. Después de todo, la esposa de mi hermano, Ingunda, es su nieta. Supongo que aspira a restaurar el linaje de Atanagildo. Nunca ha amado a mi padre, y sí a su difunto primer marido. No podemos confiar en ella.

—¿Sugieres, señor, que —me sorprendí a mí mismo en un nuevo paso al abismo de la frialdad y la crueldad— deberías, deberíamos… eliminarla?

Se hizo un silencio. Lino me miró con cara de susto. Recaredo, por el contrario, esbozó una sonrisa siniestra; su mirada continuaba como perdida, detenida en los detalles mutantes de las nubes sobre la campiña.

—Sería una gran alegría —dijo de repente, volviéndose hacia nosotros—. Pero ni por asomo daré esa orden, y tampoco lo hará mi padre. Lo he hablado con él. Supondría, de inmediato, despertar la hostilidad de los linajes que la apoyan, que son los mismos sobre los que se sustentó Atanagildo. Hermenegildo ya ha logrado apoyos en el sur. De asesinar nosotros a Gosvinta, se le sumarían cientos de *primates*, y no solamente en la Bética.

—Cierto —confirmó Lino—. Es lo más inteligente. Si al final la cosa termina en guerra, como parece, que Hermenegildo y ese loco de Leandro se apañen con los ejércitos que puedan reclutar entre los *domini* y los *primates* de la Bética y lo poco que consigan rascar en el resto del reino.

—Exactamente —reforzó Recaredo—. Pero ahora, cuéntame, Sergio. Ese Antestio que Suna ha recomendado a mi padre, por lo que dices, no es trigo limpio.

—No lo es. Ciertamente, no puedo demostrarlo, pero estoy convencido de que es el muñidor del asesinato de un hombre bueno. Y no me extrañaría que hubiera sido él mismo quien hundió el cuchillo en el cuello de Amando.

—¿Amando? —preguntó Recaredo, visiblemente inquieto.

—Amando, sí. Era monje en Santa Eulalia, como Masona y como yo. Nos llevaba unos cuantos años, y ya había entrado en el *episcopium*. Era un hombre indispensable, y parecía claro que era un serio candidato a la sucesión de Fidel —contesté con pesar.

—Entiendo —dijo Recaredo, mientras se pasaba su mano derecha por la barba, que llevaba más recortada que su padre—. Sergio, ¿recuerdas lo que te dije de los campos fértiles y de los que no lo son?

—Sí. Lo mencionaste cuando dejaste caer la desagradable sorpresa que me iba a llevar…

—Si dije lo de los campos que no son fértiles, por algo lo diría,

¿no crees? Hay que saber darles uso. —Se acercó aún más a mí.

—¿Qué… qué debemos hacer con Antestio? —pregunté, acongojado por la zozobra que me provocaba, paradójicamente, la serenidad de Recaredo, que parecía tener respuestas para todo.

Mi capacidad de sorpresa se renovaba cada día en el *palatium*, y más aún cuanto más tiempo pasaba con él. Se solía contar que Cicerón pensaba que a «aquel joven» que había acudido a él poco después del asesinato de César lo iba a manejar sin problemas. Pero aquel joven era Octavio, el futuro Augusto, que supo triunfar sobre todo y todos y fundar un nuevo sistema político en Roma: el Imperio. Aquella mañana, ante los campos y los *suburbia* de Toletum, diminutos desde lo alto de la muralla, tuve la impresión de que aquel joven que tenía a dos pasos de mí iba a saber flotar como un corcho entre tempestades.

—Nada. Nada en absoluto —dijo al fin—. Dejémosle que cumpla con lo que Suna propuso y el rey y yo le hemos encargado: que hable, charle, seduzca a los prelados católicos para que cambien de bando. Lo importante es agitar ese árbol, moverlo.

—¿Qué árbol? —preguntó Lino, desconcertado.

—El de la religión, Lino, el de la religión. Mi padre ya lo ha hecho, y os anuncio que desea que se convoque un concilio de prelados arrianos. Se trata de buscar algún resultado, algo que podamos ofrecer para intentar que los puentes, esos puentes que tanto menciona mi padre, sean una realidad. Debemos acercarnos a algún tipo de compromiso para que las diferencias entre arrianos y católicos sean menores.

—Pero ¿y Antestio? —volví a preguntar.

—Dejadlo que intente cumplir su misión. Ya pondremos nosotros algunos ojos en él —volvió a sonreír y, dando una palmada, cambió radicalmente de asunto—. Y Sergio, eso sí, habla con Sunildo, ponlo al corriente de todo. Que tenga cuidado con ese tipo. Mi padre y yo nos vamos a Recópolis. Merece una buena inauguración, ¿no creéis?

—Desde luego, señor, desde luego —confirmó Lino.

—Sergio, por orden del rey, te encargo poner en marcha ese

sínodo de prelados arrianos. Entre tú y Sunildo debéis conseguir algún tipo de logro en semejante jaula de grillos. Contad con Antestio, o que él crea que lo hacéis. En los próximos meses tendrá buena información de lo que se cuece… y eso os será útil. Vuelvo a repetírtelo: hay que dar alguna utilidad a los campos que no resultan fértiles.

Recaredo desapareció a una velocidad pasmosa por la escueta puerta que daba al *palatium*. Apoyé mi mano derecha en los mármoles. De nuevo, no me encontraba bien del todo.

—¿Qué te ocurre ahora, Sergio? —me preguntó Lino, preocupado.

—No, nada. No es nada —mentí.

Sentía sudores fríos, pero no tenía la sensación de fiebre. Todo aquello había sido demasiado impactante para mí.

—Me parece, Sergio de Emérita, que te voy a llevar a otro reino, pero sin salir del de los godos —dijo Lino con una carcajada.

Para cuando quise darme cuenta, estábamos fuera del *palatium* y nos adentrábamos en los contrastes de luminosidad y penumbra de las calles de Toletum.

28

Lino me había sacado a paso ligero del *palatium* para dirigirme a las entrañas de Toletum. Como en Emérita, no pocas calles se habían estrechado desde la época romana, y se notaba porque las córralas invadían antiguos espacios de las diferentes *domus* y los pórticos laterales.

—¿Qué es eso de «otro reino»? ¿Adónde me llevas? —pregunté, mientras descendíamos una cuesta y remontábamos otra muy ligera hacia los barrios aledaños al antiguo foro de la ciudad.

—Pues eso, a otro reino. —Lino sonrió y casi rozó el inicio de la carcajada, hasta que, de repente, se paró en seco y torció el gesto—. Sergio, te veo mal en los últimos tiempos. Me he dado cuenta de que el joven Recaredo confía mucho en ti y que percibes, como yo, que las misiones que te está encargando son el principio de otras. Si la situación se complica, la tensión irá a más.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver con ese otro reino? ¿Dónde está? ¿Qué es? —me estaba impacientando, y además tenía que preparar mi viaje a Emérita.

—Lo tienes delante de ti.

Miré hacia donde apuntaba la mirada de Lino. En una de las calles que desembocaban en la antigua plaza del foro, se alzaba un bloque de dos plantas. Más ancho que los que lo flanqueaban, en la planta de arriba había dos ventanas, ambas cerradas, y en la baja, un puesto daba tanto a la calle como al bajo del pequeño edificio. Un individuo de cabeza absolutamente despejada de cabello alguno, alto y fuerte, despachaba a dos clientes con buenos atuendos y porte,

ambos de edad avanzada, que preguntaban por legumbres y por unos ungüentos. Estábamos muy cerca y se escuchaba todo. Me pareció que, al vernos, trataba de desprenderse de ellos.

—Vengan, vengan por la tarde, ya verán qué género tan excelente…

No comprendía nada, nada en absoluto. Mientras los clientes se marchaban, puse mi boca muy cerca de la oreja de Lino, para que tuviera claro que no estaba muy dispuesto a bromas o a simulacros absurdos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté con desdén, perplejo.

—Estás delante del reino de Jana, y ahora vas a entrar en él.

—Vámonos, tengo prisa, he de organizar el viaje a Emérita —solté, dándome la vuelta para regresar.

—¡Quieto! —Lino me tomó del brazo—. Vas a entrar ahí conmigo. ¿Te fías de mí?

—De ti, por supuesto, absolutamente —contesté sin titubear, y seguí a Lino hacia el puesto.

—¡Apolodoro!

—Lino, es un placer verte por aquí. Siempre lo es.

—El mío, el mío, y el que tendré, quiero decir, tendremos, dentro de un momento —contestó mi amigo, que ladeó dos veces la cabeza hacia mí, señalándome—. Te presento a Sergio de Emérita. También pertenece a… a lo que tú sabes.

—¿A «lo que él sabe»? —pregunté estupefacto a Lino, marcando las sílabas, puesto que empezaba a enojarme.

—Sergio, este es Apolodoro. Su familia procede de la mismísima Constantinopla. Debió de ser una oveja negra, muy muy negra, porque ha terminado con sus huesos en este rincón del centro de Hispania. —Lino, haciendo como que no me había escuchado, me puso la mano sobre el hombro y sonrió.

—Encantado, Sergio. —El vendedor calló durante unos instantes—. Nunca te había visto por aquí.

Asentí en señal de saludo escuetísimo. Mientras esperaba una explicación por parte de mi amigo, decidí detenerme en los detalles que tenía a mi alrededor.

El puesto de Apolodoro tenía dos partes. La exterior, la que daba a la calle y en la que hasta hacía un momento despachaba a los dos clientes, estaba compuesta por un mostrador de madera desvencijada, con varias baldas alargadas repletas de espuertas de esparto de distintos tamaños. De ellas asomaban montones puntiagudos de lentejas, garbanzos, trozos secos de carne y pescado en salazón. Las más pequeñas presentaban acumulaciones de colores y de formas que yo desconocía, pero que, por sus olores fuertes e intensos, resultaban ser, o eso imaginé, especias muy variadas y probablemente nada baratas.

—Fíjate, fíjate, los ungüentos y especias, los colorantes y los picantes, todo lo más exquisito de Oriente, traído directamente por Apolodoro —Lino confirmó mis impresiones.

—Bueno, más bien por los comerciantes que desembarcan en Tarraco, ji, ji, ji. —Apolodoro emitía una risita extraña, como contenida y sibilante, que me resultó curiosa—. Luego, sus contactos van distribuyendo las mercancías por las viejas vías romanas hacia el interior. Y Toletum es uno de los más especiales hoy en día, ji, ji, ji. Por eso vine aquí. —Nos guiñó un ojo.

—Ni siquiera la ocupación por los imperiales de las costas del sur ha impedido que productos del Imperio arriben a las costas de la Tarraconense. En el fondo, con una mano golpean y con la otra pactan.

—Así es, ji, ji, ji, así es.

La sonrisita de Apolodoro era llamativa, porque el hombre imponía por una cabeza pétrea coronada por su calvicie y la portentosa fuerza que exhibían sus brazos. Movió sin esfuerzo dos espuertas que a mí me hubiera llevado media mañana cambiar de sitio.

—Sergio ha acumulado mucha tensión estos días, Apolodoro, porque los grandes jefes le están mandando muchas misiones importantes. Así que he decidido traerlo al otro reino.

Otra vez aquella maldita expresión. Pero no quise insistir en que me explicase de qué se trataba, porque sabía que no lo iba a hacer. Simplemente, me lo iba a enseñar.

Apolodoro cerró la puerta de la calle y, de improviso, bajó una lona que tomó por un asa de cuero oscuro.

—¿Los grandes jefes? Pero ¿Apolodoro no es un comerciante? ¿Qué tiene que saber él de…?

Lino no me dejó acabar. Puso su dedo índice sobre mis labios y arqueó las cejas, indicándome que siguiese al comerciante.

—Ji, ji, ji.

Otra vez aquella sonrisita aguda, como el asqueroso sonido de una rata, que aumentaba mi desasosiego. Tras asegurarse de que la lona quedaba bien atada a la base del mostrador exterior, Apolodoro se dio media vuelta y nos miró con una enorme sonrisa que dejó entrever dos dientes de oro. Se dio cuenta de que me habían llamado la atención.

—Me los pusieron en la mismísima Constantinopla dos matasanos que atendían nada menos que en la corte imperial. Por aquella época, yo era un mercader importante. Abastecía a palacio. Pero las cosas se torcieron, y tuve que abrir otros mercados.

—Y, por suerte para él, alguien se dio cuenta de sus habilidades —explicó Lino, que miraba hacia, el interior del establecimiento.

Era este un espacio amplio, mucho más amplio de lo que podría uno imaginar desde la calle. Porque el edificio era, en realidad, muy profundo, y debía de penetrar una o dos manzanas hacia atrás. La estancia estaba compuesta por dos mesas largas, con varias sillas perfectamente colocadas, y un rincón en el que se acumulaban varias espuertas vacías y dos arcones enormes, abiertos, por donde asomaban algunas mercancías. Al fondo, una portezuela abierta permitía entrever la parte baja. Y por allí nos condujo Apolodoro hacia una sala enorme, completamente forrada con armarios, todos ellos con puertas que impedían ver el contenido. En el centro, más mesas, de factura similar a las de la estancia que acabábamos de dejar atrás.

Tuve claro, al primer vistazo, que aquello no tenía nada que ver con lo que aparentaba desde la calle. Podía ser que Apolodoro vendiera las legumbres, verduras y especias que llenaban sus canastos. Pero ese lugar era, además, otra cosa. Aquello era una sala

de reuniones.

—Pe… pero… —intenté articular una pregunta.

—Sí —me cortó Lino—. Este es. Aquí está «el otro reino». Aquí, y ahí arriba.

Seguí su mirada, que se dirigía hacia otra portezuela que, como la anterior, también estaba abierta. Pese a la penumbra, se distinguía el inicio de una escalera.

—Vamos —dijo Apolodoro, sin amago alguno de sonrisa.

Lo que me había parecido una escalera era, en realidad, una sencilla manera de salvar un pequeño desnivel, porque, tras subir tres escalones de madera, accedimos a una estancia considerablemente más pequeña. Estaba completamente revestida de telas con motivos eróticos, entre los que vi, en una primera ojeada, escenas con coitos en diferentes posturas, algunas inimaginables para mí, y otras representando felaciones. Varias cabezas de gorgonas separaban unas de otras. Sin embargo, eran telas ricamente trabajadas, con una labor artesana que sin duda habría merecido un altísimo pago.

Varias mesitas pequeñas albergaban lucernas de materiales diversos: madera, alabastro, marfil, colocadas con prudencia, suficientemente apartadas de las telas. Y, en el centro, había una cama gigantesca, la más grande que yo hubiera visto nunca. Al fondo, la pared, decorada como las demás, custodiaba, cubierta con telas transparentes, otra portezuela. A diferencia de las anteriores, se hallaba completamente cerrada.

—Bienvenido al otro reino —dijo Apolodoro, que sin duda se había percatado de mi estupor.

—¿Al… otro reino? —pregunté entre la sorpresa y el enojo.

—Al reino de Jana.

En el preciso instante en el que el griego mencionó ese nombre, una mujer de unos cuarenta años apartó con delicadeza las telas por delante de la portezuela. Sonreía abiertamente, lo que le resaltaba los pómulos, coloreados de tal forma que su faz adquiría un tono extrañamente claro.

Las lucernas iluminaban lo suficiente como para que me diera

cuenta de que llevaba los labios, carnosos y pequeños, pintados de un tono rojizo muy fuerte. El cabello, corto pero muy denso, formaba amplios bucles amarillentos. Llevaba una camisola amplia, suelta, que dejaba al aire sus hombros desnudos y blanquecinos y se abría descaradamente en su busto, dejando casi a la vista, con frescura, unos pechos amplios y protuberantes. Era, sin duda, una mujer perturbadora.

—Hola, Lino —dijo en tono meloso. Acto seguido, clavó sobre mí sus ojos castaños, grandes, pintados en unas sombras azuladas—. Este hombre tan hermoso debe de ser Sergio de Emérita. Me han hablado mucho de ti. Sabía que tu visita era inminente. Bienvenido, como dice Apolodoro, a mi reino. Soy Jana.

Se acercó a mí y, sin mediar palabra, me plantó sus labios sobre los míos. No tuve tiempo de reaccionar, y tampoco cuando noté su mano derecha en mi retaguardia. Presionó fuertemente por encima de la túnica y la deslizó hacia abajo, de tal modo que me apretó el culo. Al mismo tiempo, introdujo su lengua en mi boca, primero de un modo suave y pausado; después, con pasión.

En el arranque del beso, yo permanecí impasible. Notaba una rigidez extrema en los brazos, en la lengua, en todo mi ser. Seguía sin comprender nada de lo que ocurría allí, más allá de que nos encontrábamos en un lupanar de lujo o algo parecido, pero no podía pensar mucho más. Aun así, después de los primeros escarceos de Jana, mi cuerpo se activó.

Jana fue capaz de encontrar huecos inimaginables entre mi túnica para llevar hacia mi entrepierna la misma mano que había presionado mi trasero. Acarició mi miembro, que para entonces se hallaba completamente erecto, y comenzó a agitarlo con determinación durante unos instantes. Entonces, de repente, paró y se distanció de mí dos o tres pasos.

Yo me quedé embobado, como maldiciendo que no continuase. Ella me miró con picardía e hizo lo mismo con Lino y Apolodoro, que asistían a la escena con curiosidad. Al momento, ambos, en silencio, salieron de la estancia por la puerta por la que habíamos entrado y nos quedamos solos aquella mujer y yo.

—¿No me deseas? —preguntó, abriéndose aún más la camisola para dejar su pecho al aire.

Ahora comprendía por qué había dado esos pasos hacia atrás. Por un lado, marcaba el momento en el que los otros dos debían irse. Por otro, me permitía ganar algo de perspectiva para admirar sus tetas: formidables, pero no desmesuradas. Se encontraban muy próximas la una a la otra, aunque permitían un cierto canal entre ambas, al que de inmediato se me ocurrió qué uso quería darle. Me lo habían enseñado aquellas mujeres de Emérita, eso y las otras pocas cosas que yo había experimentado en el sexo. Lo cierto era que entonces solo deseaba acercarme a Jana y perderme entre sus pechos.

Y eso fue lo que hice.

Ella se desnudó por completo. Sus caderas eran anchas y poderosas; su pubis, recortado en sus laterales y en su parte superior, formaba una escueta lengüeta de vello castaño claro. Me lancé hacia él, aún con la túnica puesta, y, tal como me habían enseñado las muchachas emeritenses, me detuve en su clítoris durante un buen rato.

Jana se agitó con virulencia, hasta que de repente me apartó y se tumbó sobre la cama, para enseguida hacerme claras señas para que continuase mi labor.

Me desprendí de la túnica y de mi calzón, así como de los borceguíes, que lancé lejos. Uno de ellos dio en la puerta y, al otro lado, se escuchó la aguda risita de Apolodoro.

Recordé por un instante muy fugaz aquel cartel con el rótulo *cunnus*, coño, destinado a que los clientes nos dedicáramos a las vaginas antes de penetrarlas. Aquello tuvieron que explicármelo las emeritenses, pero ahora ya lo sabía, así que me agaché y puse la boca a la altura del pubis de Jana. Mientras estaba yo aplicado al asunto, ella se incorporó y, con fuerza, me atrajo hacia sí, de tal modo que mis labios fueron a parar de golpe a sus pechos. Los lamí, los comí, los mordí con delicadeza.

Follamos con deleite, con pasión, en algunos momentos me pareció que incluso con violencia. Jana mandaba en cada postura,

incluso cuando yo me encontraba en situación de poderío sobre ella. Pero conseguí mantener el ritmo de aquella mujer desbordante, rebosante, plena.

Me quedé, además de casi sin aire, sin palabras. Mientras intentaba recuperar el resuello, Jana dio dos palmadas y, casi de inmediato, aparecieron una muchacha y un chico jóvenes, ambos de una belleza extrema, como extraídos de un relato mitológico. Vestían ropas ligeras, muy ligeras, que permitían admirar sus cuerpos perfectos, marmóreos, y portaban sendas bandejas. Sobre una de ellas distinguí dos tazas humeantes de vajilla negruzca. Sobre la otra, unas bolas de tono amarillento se apelotonaban ordenadamente, formando una pequeña pirámide que culminaba en unas semillas distribuidas como si de una nevada diminuta se tratase.

—Bebe. Es una infusión de hierbas procedentes de los montes cercanos a Toletum. Te resultará reconfortante. Y toma una de esas pastas: contienen algunas especias que te inducirán a volver pronto por aquí.

Jana me sonrió. Después, ordenó a los sirvientes que se le acercasen. Tras un beso profundo a cada uno, otra única palmada fue la señal para que nos volvieran a dejar solos.

Yo guardaba silencio. No era capaz de hablar, ya no por el esfuerzo físico, sino por el asombro.

Hice caso a Jana y sorbí varias veces con precaución, teniendo que soplar en reiteradas ocasiones, puesto que la infusión resultaba casi abrasadora. Ciertamente, aquella bebida era altamente reconfortante. Tomé una de las pastas y, al morderla, me sorprendió el extraño contraste entre la cobertura crujiente, tersa, y el interior meloso, con un sabor que fui incapaz de adivinar.

—Es lógico que no digas nada —volvió a sonreír—. No por lo que acabamos de hacer, que, he de decir, ha estado muy bien, sino por todo esto. —Abarcó con sus manos la estancia y luego señaló la puerta, como queriendo apuntar hacia la gran sala de las mesas y al puesto callejero de Apolodoro.

—Yo… —intenté decir, después de tragar una segunda pasta y

varios sorbos de la infusión—, yo quisiera saber, sí. No creo que se trate únicamente de un…

—¿De un lupanar? ¡Ja, ja, ja! —Jana rio abiertamente—. No, claro que no. O, mejor dicho, sí… y no. Ya hablaremos otro día. Y, si vas a marcharte, no tomes más pastas porque en tal caso volverías dentro de un momento —deslizó mientras me acariciaba el cuello.

Dio cuatro palmadas, y en esa ocasión la puerta que se abrió era la que comunicaba con la gran sala. Al momento, entraron Lino y Apolodoro.

—Ji, ji, ji. —De nuevo, la sonrisita punzante del griego, ahora acompañada de un gesto con su mano derecha indicándome que lo siguiera.

Me vestí. Di un beso a Jana en el cuello. Olí un perfume extraño, penetrante, pero agradable. Ella me devolvió el saludo con un beso en la boca, al que yo correspondí con fruición. Comenzaba a soltarme ligeramente de nuevo el cinturón cuando escuché una voz desde la puerta.

—Vamos, Sergio —me llamó Lino, que asomó su cabeza y de inmediato volvió a desaparecer, aunque su voz se escuchó con claridad—. Te lo explicaré todo.

29

Me estaban esperando en la calle. La lona seguía echada, y ningún cliente se paraba. Los viandantes debían de estar acostumbrados a que el mostrador de Apolodoro se cerrara de vez en cuando a plena luz del día.

A pesar de estar en el exterior, aún retenía el aroma del perfume de Jana, y eso me conducía, inexorablemente, al último beso y a las ganas de quedarme con ella. Quizá, pensé, también había hecho efecto la pasta que había ingerido. Me alegré de haber tomado solamente una.

—Soy todo oídos —dije en un tono amenazante, o eso pretendía, mientras terminaba de colocarme el cincho.

—Caminemos, caminemos —respondió Lino, oteando hacia todos los rincones de la calle, como buscando escuchantes no deseados. Pero las pocas gentes que pasaban a nuestro lado estaban interesadas en su mundo, no en el nuestro.

—Jana es… —no pude reprimir la mención.

—Maravillosa —acabó Lino.

—Arrebatadora —añadió Apolodoro.

—Desbordante —remató Lino.

Varios de esos términos los había pensado yo.

—Tremenda —continuó Lino—. Irrechazable.

—Voluptuosa. Ji, ji, ji —deslizó Apolodoro matizando las sílabas con pretendida sensualidad.

—¿Se puede saber quién de vosotros me va a contar qué está pasando? —comenzaba a estar harto del listado.

—Ya te dije que se trataba de un reino.

—De un reino del lupanar, ¿no? ¿Te crees que soy imbécil? De un lupanar gratuito… ¡Explicadme esto de una vez! —solté con enfado.

Para mi sorpresa, no experimenté ningún problema de conciencia. No supe por qué, si por el azoramiento o porque no era capaz de pensar con claridad, pero sí tenía, al menos en aquel momento, la sensación de que no había hecho nada malo. Quienquiera que fuera Jana sabía muy bien lo que hacía. Yo era clérigo, desde luego, pero había hecho en mi vida cosas peores que follar con Jana o que ir a los prostíbulos de Emérita con Gaudila. Mucho peor me parecía haber dejado atrás cualquier convicción y haber lanzado al baúl perdido de mi alma los cadáveres de Masona y de Elia. Así que no, no me sentía mal. Pero necesitaba entender qué había detrás de todo aquello.

—No, bien sabemos que no lo eres —dijo Lino—. Anda, vamos hacia la zona baja, caminemos por allá.

Era uno de mis lugares preferidos. Acaso el *suburbium* de Toletum que más población tenía, pero también más dispersa. No lejos del antiguo circo romano y de las viejas necrópolis, aglutinaba varios *vid* con muy pocas viviendas cada uno, todas ellas con pequeños corrales. Puede parecer un tanto tétrico, pero a Sunildo y a mí nos gustaba caminar por allí y discutir de teología entre las tumbas.

Una de ellas recibía especial veneración desde tiempos antiguos. Se trataba de un suave túmulo elevado sobre la cota del suelo, afianzado con un zócalo y varias lajas de arenisca, y sin epígrafe o identificación alguna. Lo rodeaban numerosos enterramientos, la mayor parte de ellos con inscripciones, como si todas aquellas personas hubieran querido yacer cerca.

Según la tradición, allí estaba enterrada Leocadia, una mártir local de Toletum, por lo demás muy desconocida. Se contaba que había muerto en los tiempos de las persecuciones imperiales tras ser encarcelada durante un largo tiempo, sometida a todo tipo de vejaciones y de torturas. Terminó falleciendo en prisión.

Aquel lugar funerario me fascinaba, fuera o no verdad que Leocadia estaba enterrada allí. De ser cierta la historia, se trataba de una mártir, como nuestra Eulalia, que se había enfrentado a la autoridad, negándose a suscribir cualquier abjuración y rechazo de la fe en Jesucristo. Y me gustaba pensar que Leocadia era otra Eulalia, y que sus reliquias se hallaban bajo aquel modesto túmulo. Pasear por allí me traía recuerdos, dulces y amargos a la vez.

Apolodoro se sentó en un murete de sillares muy escuadrados, perfectos, que daba acceso a un mausoleo de época romana. Allí se podían leer varios epígrafes. Uno de ellos hablaba de una tal Dentata, que había vivido sesenta y seis años, esposa amada de Curcio, que le había dedicado el texto. Otro era de un niño, Lucio, que había fallecido a los seis años, y a él sus padres le habían construido y dedicado la tumba y el epígrafe. Había estado varias veces allí, y también me había apoyado en el murete.

—Os lo he dicho antes: soy todo oídos —les espeté, dejando de lado mis pensamientos.

—Lino, es tu turno —dijo Apolodoro.

—Sergio, Jana ha sido durante mucho tiempo una *lena*, jefa de lupanar en varias ciudades de Hispania. Lo fue en Tarraco y en Híspalis, y ahora lo es aquí, en Toletum. Sus encantos y sus habilidades están fuera de toda duda, como acabas de comprobar.

—No me has llevado a Jana solamente por eso… ¿Qué es el «reino de Jana»?

Lino negó con la cabeza, lo que suponía, paradójicamente, refrendar lo que yo acababa de afirmar.

—Al reino de Jana, querido Sergio, solo acceden los elegidos —afirmó Apolodoro, levantándose del murete y acercándose a nosotros dos, que permanecíamos de pie. Dirigí mi mirada de un modo fugaz hacia el túmulo atribuido a la sepultura de Leocadia—. Y tú eres uno de ellos.

—¿Los elegidos? ¿Por quién? ¿Para qué?

—Nadie da la orden de un modo explícito. Todo se sobreentiende —contestó Lino—. Pero al reino de Jana acudimos nosotros, algunos de los que estamos en el *palatium* y contamos con

la anuencia de…

No hizo falta decir mucho más.

—Ahora entiendo la sala con las mesas y las sillas.

—Exactamente. Allí tienen lugar reuniones a las que no queremos que asistan ciertos personajes. Como ese Antestio, por ejemplo. Por más que sea un recién llegado, no es ese el motivo. No está ni estará nunca entre los elegidos.

—Pero tampoco Sunildo —dije con cierto temor de que me confirmasen su asistencia.

—No, Sunildo no sabe ni que esto existe. Como casi todo el mundo en esta ciudad, solo ve lo que Apolodoro quiere que se vea: sus ungüentos. —Lino sonrió a su colega, que le replicó con un guiño.

—Puede que nunca más regreses al reino de Jana. Pero, si alguna vez deseas ir sin ser convocado, ven a verme. Además, no está sola, como habrás podido ver. Supongo que alguno de sus efebos y de sus diosas te habrá servido algo —susurró Apolodoro con tono almibarado.

—Así es.

—Son tiempos muy difíciles, Sergio. —Lino adoptó un tono grave que me resultó novedoso—. El rey y Recaredo van a la nueva ciudad en su honor, pero, en el sur, Hermenegildo está liando una buena. Ya lo hemos comentado: esto nos conduce a la guerra. Y es momento de tomar partido. Si todo sale bien, perfecto, y…

—Y si sale mal, ya sabéis… ¡Raj! —Apolodoro simuló un degollamiento con su dedo índice.

—Supongo que tú no eres solamente un comerciante, claro —le lancé.

—No —contestó escuetamente, y asintió a Lino, como para darle el visto bueno para que me lo explicase.

—Apolodoro es hombre de confianza de Leovigildo y de Recaredo. No te hemos mentido en que tuvo negocios en Constantinopla, pero no te hemos contado que allí estaba, digamos, al servicio del mejor postor. Aprendió de su padre, que estuvo en Hispania negociando el acuerdo entre Atanagildo y Justiniano.

—El tratado que asustó a los partidarios de Agila. Por eso, sobre todo, lo liquidaron —dije, acordándome de Teodulfo y de Gaudila.

—Exactamente —confirmó Lino, moviendo la mano derecha como pidiéndome que le permitiese continuar—. Lo cierto es que el padre de Apolodoro tenía buenos contactos, así que cuando las cosas se pusieron feas, tras la muerte de Justiniano, y las purgas que se llevaron por delante al padre, el hijo ya estaba en un barco en dirección a Italia y, luego, a Narbona. Allí entró directamente al servicio de Liuva y de su hermano.

—¡Leovigildo! —exclamé. Empezaba a comprender—. Y así se garantiza un hombre con contactos en la capital imperial.

—En eso estamos, amigo —afirmó Apolodoro, abriendo los brazos ostensiblemente.

—Pero ¿qué pinta Jana en todo esto? ¿Y su reino? —pregunté con impaciencia.

—Es un lugar de disfrute, como acabas de comprobar, pero también de reuniones, ya te lo hemos dicho. Necesitamos vernos, de vez en cuando y no todos a la vez, en algún sitio fuera del *palatium*. Fuera de los ojos y de los oídos de Gosvinta. Todo lo que esa bruja oiga se sabrá en pocos días en Híspalis.

—Ya —contesté secamente—. Y lo de hoy ha sido algo así como un recibimiento en ese reino, ¿no?

No me replicaron. Se limitaron a sonreír.

—En esas reuniones, ¿cuántos venís habitualmente? —pregunté. Me interesaba saber hasta qué punto el reino de Jana estaba inserto en el otro, y al revés.

—Pocos. Con los jefes de los *officia* y otros departamentos centrales, seremos unos veinte, pero jamás acudimos todos a la vez. Y el rey o su hijo, nunca. Jamás —contestó Lino. Ante mi cara de sorpresa, decidió ampliar su explicación—: No pueden exponerse a ser descubiertos en un conciliábulo así. Tampoco con Jana. Cuando necesitan algo al respecto, ya se encargan de que Jana o alguna de sus diosas acudan de incógnito al *palatium*. Aunque algunos dicen que ellos mismos vienen a veces acompañados solamente de dos armarios de sus guardias personales, ataviados de modo que nadie

pueda reconocerlos… Pero eso yo no lo sé, solamente lo he oído por ahí.

»Lo que sí puedo aseverar —Lino adoptó un tono solemne que me sobresaltó— es que yo he estado varias veces, y nunca con más de seis o siete colegas, y que jamás he visto en el reino de Jana ni a Leovigildo ni a Recaredo. En todo caso, son ellos quienes hacen correr sus órdenes entre los asistentes sobre los temas que se deben tratar. Y lo sé porque yo mismo he sido su principal transmisor.

Ahora lo había entendido. Pero mi cabeza estaba ya en otro lugar.

Debíamos regresar al *palatium* y preparar mi viaje a Emérita.

30

Leovigildo y Recaredo ya habían partido cuando volvimos al *palatium*. Repentinamente, habían decidido adelantar el viaje a Recópolis y no esperar al alba.

—Hum…, mal asunto —dijo Lino, con una inflexión en la voz que mostraba una preocupación repentina—. Eso es que el tema del sur va en serio y quieren celebrar la inauguración de la nueva ciudad deprisa y corriendo para regresar cuanto antes. —Miró al suelo, como con rabia—. Para partir a la guerra, claro.

Uno de los jefes de los *scrinia*, los gabinetes reales, en concreto del que se encargaba de la plasmación escrita de la correspondencia y de los documentos oficiales, me estaba buscando. Me dio el aviso un centinela de la entrada, visiblemente nervioso. El adelanto de la partida del rey y de su hijo había provocado un aceleramiento de los cambios de guardia, y una intensificación de las labores de vigilancia: lo que hasta hacía unas horas sacaban adelante entre tres, lo debían hacer entre dos.

—Ve, ya hablaremos —dijo Lino, y se perdió por los corredores palaciegos en dirección a su gabinete.

El tipo que me buscaba se llamaba Venancio. Se había formado en Narbona, donde, tras ejercer como *scriba*, había llegado a Toletum con Leovigildo. Uno más de los miembros de la corte que el rey se había traído consigo para sentirse más seguro mientras negociaba su matrimonio con Gosvinta. Y, luego, el rey lo había promocionado.

Era un hombre muy corpulento, con una barriga desmesurada, a

tono con unos brazos que bien hubieran podido albergar tres míos, pero, aun así, solía ser sumamente agradable, como había comprobado las veces en las que había coincidido con él en el comedor.

—Tengo una orden para ti —dijo, mientras intentaba sin éxito atarse los borceguíes. La barriga gigantesca se lo impedía. Me agaché y lo ayudé, cosa que agradeció palmeándome en los hombros —. Es de Recaredo. A pesar de dármela a mí, puesto que no te localizaba —me miró de tal modo que me dio la impresión de que sabía perfectamente que había estado en el reino de Jana—, no ha querido que constase escrita.

Era lógico el matiz. Como jefe del *scrinium* central del reino, estaba más que acostumbrado a que su vida cotidiana fuera un escrito permanente, y eso me hizo darme cuenta de la importancia que debía de tener el mandato de Recaredo.

—Tú dirás.

—Recaredo ordena que no acudas a Emérita.

Aquello fue como un terremoto. Alteró por completo el escaso sosiego que me quedaba después de la experiencia con Jana y todo lo que Lino y Apolodoro me habían contado.

—Pe… pero ¿qué ha sucedido? —pregunté en un absurdo balbuceo, pensando de repente que eso significaba no ver de nuevo ni a Masona ni a Elia, aunque no estaba seguro de si eso era bueno o malo.

—Nada. Además, hay una segunda parte de la orden.

Venancio me pidió que lo ayudara a ponerse en pie. Estaba sentado en el borde de su camastro, reposando su inacabable trasero de algún modo que yo no podía calcular, puesto que la mayor parte de su orondo cuerpo se proyectaba hacia delante.

—¿Una segunda parte? —Me devoraba el desasosiego.

—Sí. Ha dicho que es muy probable que sí tengas que ir a Emérita en un futuro no muy lejano, en un viaje que no será nada agradable. Dice también que has de comenzar a preparar el sínodo de prelados arríanos, y has de hacerlo de la mano de Sunildo, pero tú serás el jefe absoluto. Ese sínodo debe ser convocado de

inmediato. —Se detuvo para tomar aire; parecía que fuera a ahogarse en cualquier momento—. Y, por último, señala que tú sabrás bien cómo hacerlo, que conoces en profundidad lo que el rey y él desean. Me ha dicho que te recordara lo de la *Eneida*. Ignoro a qué se refería. —Hizo otra pausa y miró al techo de la estancia, como buscando algún atisbo de resuello—. Estas han sido las palabras de Recaredo.

Di las gracias a Venancio y salí de su cubículo con una sonrisa estúpida, porque por un momento me pregunté si el orondo cortesano era asiduo al reino de Jana y, en caso de serlo, cómo sería capaz de disfrutar de los placeres de semejante paraíso.

Sin embargo, rápidamente borré esto de mi pensamiento y me centré en lo importante. No cabía duda de que Venancio era de la máxima confianza de Recaredo, pues de otro modo no le hubiera confiado semejante información. Por otro lado, la mención a la *Eneida* era otra señal inequívoca: querían «una nueva época» y ya estaban luchando por ella en los campos de batalla. Leovigildo llevaba tiempo venciendo a enemigos muy diversos en el sur, en el noroeste, en el norte…, y estaban dispuestos a que la religión no fuera un problema. Leovigildo había intentado de primeras someter a los obispos católicos, pero se había dado cuenta de que eso era imposible. Así que ese sínodo de prelados arríanos debía tender los primeros puentes para algún tipo de entendimiento. Y era yo el encargado de prepararlos.

Tenía que pensar, y debía hacerlo rápido. Lo primero sería hablar con Sunildo, y luego, tratar de localizar a Antestio. Al enemigo es mejor tenerlo cerca.

* * *

Hallé a Sunildo en posición orante en el pequeño oratorio del *palatium*. Como en otras antiguas habitaciones de aquellas *domus* expropiadas, se habían tirado paredes y hecho reformas, y aquello se

parecía razonablemente a una iglesia en miniatura. Estaba estructurada en torno a lo que simulaba una única nave central, en la que cabrían unas quince personas. Un cancel de piedra y unos velos tendidos desde el techo la separaban de la cabecera cuadrangular.

Me acerqué a Sunildo sigilosamente y puse la mano derecha sobre su hombro con suavidad. Se volvió, sin romper la postura orante, y asintió. Decidí esperarlo en el atrio, un espacio amplio con un porche de madera situado frente a la puerta.

—Te he fastidiado en tus oraciones —me excusé cuando apareció.

—No te preocupes, estaba acabando. La partida de Leovigildo y de Recaredo hacia Recópolis lo ha alterado todo. Necesitaba algo de oración. —Me miró, como queriendo leer mis pensamientos: era algo que me sucedía con frecuencia con Sunildo—. No te he visto.

—Tengo que hablar contigo. Es muy urgente.

—Tengo tiempo.

Cerca caminaban solo algunos guardias y varios escribas de los diferentes *scrinia*, con grandes cartapacios en los que, a buen seguro, portarían pergaminos con importantes datos de las rentas de cebada, o de cerdos o de aceite. Nadie nos podría escuchar.

—Tengo una misión —fui al grano. Todo urgía: la necesidad del rey y de su hijo, y la más que probable escalada militar—. El rey quiere un concilio de obispos arríanos.

—Bueno, alguna: vez lo ha comentado conmigo, sí —pareció alegrarse—. Recuerda, amigo mío, que ya lo hemos hablado tú y yo otras veces. Te lo he dicho: las cosas pueden volver a cambiar, y nuestras diferencias no son tan grandes.

—Eso está claro. No tienes que convencerme. La cuestión, Sunildo, no es tanto la teoría o la teología, sino la práctica —quise centrar directamente el asunto sobre el concilio—. Tú y yo lo organizaremos todo, pero debemos tener en cuenta tres aspectos.

Sunildo miró alrededor, para cerciorarse de que nadie nos escuchaba, y decidió por prudencia que estaríamos más tranquilos en la pequeña iglesia. Nos quedamos en mitad del espacio central.

—La primera es quiénes, supongo.

—Exactamente. Habría que cursar invitación a los obispos arríanos de las principales ciudades del *regnum*: Tarraco, Barcinona, Caesaraugusta, tú, por supuesto —sonreí, aunque permanecía muy concentrado en el asunto—, Emérita y algunos más; también de la Bética. Más o menos, calculo unos diez o quince en total.

—La segunda… Déjame pensar. —Se puso los dedos índice y corazón de la mano derecha sobre los labios. Pretendía desdramatizar la situación, como si fuera un pequeño juego de acertijos, aunque yo estaba convencido de que era consciente de la gravedad del asunto—. ¡Ya lo tengo! —Dio una palmada, como felicitándose a sí mismo—. La segunda es el dónde.

—Premio para Sunildo —le seguí el juego, aunque mi expresión seguía siendo de profunda preocupación—. He pensado que la iglesia de Santa María, la antigua sede episcopal católica, que ahora ocupas tú, es un buen lugar.

—Sí, creo que es lo más adecuado. Aunque solamente sea por cortesía, deberíamos hablar con Eufemio. Después de todo, y aunque esté recluido por orden de Leovigildo, no deja de ser el obispo católico y, hasta hace nada, titular de la sede de Santa María.

—Sí, desde luego —pensé un instante sobre las consecuencias de tener en cuenta a Eufemio—. Sí, sí, no está de más. Y a Leovigildo no le parecerá mal. Eufemio no va a presidir el concilio, ni siquiera va a asistir: bastante puede hacer con alegrarse de que no lo hayan exiliado o… —Con pesar, pensé en las purgas de clérigos católicos. El rey también había expropiado la principal sede de la iglesia católica en Toletum—. Quizás esto sirva para algo —dije, con cierta esperanza que creía fundada.

—Ya te lo dije —aseveró Sunildo, mientras me hacía un gesto de despedida y se iba hacia el altar—. Todo puede cambiar.

31

Unas semanas después, Antestio llegó desde el noreste, desde las ciudades de la Tarraconense, tales como Caesaraugusta, Tarraco o Barcinona, entre otras. Al parecer, había tensión entre la escasísima comunidad arriana y la mayoría católica. Esta última, contaba, estaba descontenta por las expropiaciones. Y, entretanto, se daban casos urgentes: en Barcinona, el anterior prelado arriano había fallecido.

—Colocaremos a un nuevo obispo arriano allí. Es el deseo de Leovigildo —me dijo.

—¿Cómo puedes actuar como brazo ejecutor del arrianismo, si eres católico? —le pregunté.

Me veía incapaz de controlar mi animadversión hacia él.

—¿Y cómo, siéndolo tú, eres brazo ejecutor de la política de Leovigildo y de su hijo?

No pude responder. Antestio tenía razón. Hacía mucho tiempo que había dejado atrás mis convicciones para sustituirlas por el mero hecho de sobrevivir, de nadar entre aguas, de flotar como un corcho. Como las personas, como las decisiones.

—Se está preparando una guerra, imbécil. Y, por los pasos que empiezan a dar en Híspalis, parece que la cosa irá sobre religión —me susurró sin alterar la expresión lo más mínimo—. Tú verás de qué lado estás. Por el momento, te veo muy bien alineado —sonrió abiertamente, y tuve la impresión de que algo de lo que me había dicho suponía algún tipo de trampa.

Cuando quise contestar, seguramente alguna vaguedad, Antestio

ya se había perdido por los corredores del peristilo principal del *palatium*.

* * *

Para cuando regresaron Leovigildo y Recaredo, yo no había perdido el tiempo y ya me había reunido con todos los resortes de Toletum que tenían algo que ver en la celebración del sínodo arriano, y todo estaba en marcha.

Había comenzado con Sunildo, desde luego. Para algo era, además de mi amigo, el prelado arriano del lugar. Él se encargaría de las cuestiones de intendencia, alojamiento de los obispos venidos de fuera y la preparación del aula de reuniones en la nave central de la iglesia de Santa María.

También mantuve largas conversaciones con Venancio: había que preparar las cartas de invitación a los prelados que a Sunildo y a mí nos parecieran más importantes. Y él se encargaría además de supervisar la redacción de todos los documentos que se iban a manejar en las sesiones.

Lino iba a ser el encargado de captar los fondos necesarios para los transportes y manutenciones, costeados en su totalidad por el *regnum*, y las dádivas que se iban a propinar a los prelados y a sus acompañantes.

El mismo día del regreso a Toletum, Recaredo reclamó mi presencia. La inauguración de la nueva ciudad había sido un éxito y en Recópolis se comenzaban a reunir, paulatinamente, numerosos burócratas del reino y decenas de propietarios, con sus dependientes y esclavos, que trabajarían los campos de la comarca. La ciudad se estaba convirtiendo en un núcleo de distribución de diferentes productos, y Recaredo estaba exultante.

Acudí con presteza. Me estaba esperando en sus aposentos; a pesar de su austeridad, debían de caber allí seis o siete de mis estancias. Tras haber derruido todas las paredes intermedias del

bloque, varios ventanales daban al exterior; por un lado, a una de las calles que ahora formaban parte del complejo del *palatium* y, por otro, al peristilo exterior.

—Sergio, el esfuerzo de mi padre y del *regnum* en la ciudad que lleva mi nombre ha resultado extremo. Debo gratitud eterna, y me ocuparé de que alguien, en algún momento, deje constancia de ella para la eternidad. —Se le iluminó la mirada—. Deberías haber visto aquello: las murallas, la gran calle que distribuye los espacios centrales, los edificios para los miembros de los departamentos, la iglesia…

—Tal y como lo cuentas, señor, daría la impresión de que la corte se va a trasladar definitivamente allí.

—¡Bobadas! —se agarró a la muletilla—. Toletum seguirá siendo la *sedes regia*. Al menos, mi padre no ha hecho ninguna indicación al contrario. —Se mesó la barba—. Pero ahora tenemos otras cosas en las que pensar, Sergio.

—El sínodo arriano.

—Sí. Ponme al día. Informaré a mi padre, que ahora está reunido con sus jefes militares —dijo en un tono entristecido y grave—. Vamos a partir hacia el sur, pues las primeras escaramuzas ya han tenido lugar. Pero antes celebraremos el concilio. Te llegaron nuestras sugerencias, ¿no es así?

Durante las semanas en las que habían permanecido en Recópolis, había recibido tres misivas con tres ideas muy claras. El primer punto no era otro que la insistencia de Leovigildo en la necesidad de que hubiera algún tipo de compromiso concreto; la segunda consistía en la brevedad: el rey no deseaba que el sínodo se extendiera durante demasiados días; de hecho, cuantos menos, mejor. Y la tercera era la inmediatez: ordenaba que tuviera lugar más pronto que tarde.

—Sí, mi señor —carraspeé al ver su rictus de incomodidad. Me había olvidado de que no deseaba tratamiento alguno cuando estábamos a solas—. El sínodo será la semana que viene. Tengo previsto que dure dos días, ni uno más. Yo mismo coordinaré las sesiones. Y me he ocupado de antemano de la agenda de la

discusión.

—Sabía que mi padre acertaba contigo —sonrió—. En los días siguientes al sínodo, una vez que todos hayan iniciado el regreso a sus ciudades, iniciaremos la campaña hacia el sur.

—Siento muchísimo que tu padre y tú tengáis que emprender una guerra tan triste contra vuestro hijo y hermano, respectivamente. Lo lamento en lo más profundo de mi ser —no mentía.

—Hay muchas cosas que ignoras, como las maniobras de mi madrastra Gosvinta con su nieta Ingunda, la mujer de mi hermano —dijo Recaredo con una expresión fiera.

—Desde luego —reconocí.

—No obstante, llegados a este punto, hay que ser prácticos. —Se recostó en la cama, con los brazos cruzados por detrás de su cabeza, y habló hacia el techo—: ¿Crees que algún prelado pondrá pegas a la idea que te pedimos?

—Es posible, Recaredo, es posible —me esforcé por no utilizar tratamiento alguno—. En discusiones teológicas, la unanimidad solamente se alcanza después de largas y, a menudo, tediosas…

¡Bobadas! —me cortó—. Ve al grano. ¿Tendremos una resolución firme? Mi padre la necesita. Sin algún tipo de dulcificación de nuestra fe y un acercamiento al catolicismo, no puede enfrentarse a Hermenegildo y a ese loco de Leandro de Híspalis. La clave es que tomen la bandera del catolicismo para pactar con los obispos y los *domini*. Además, ten presente, Sergio, que los informes de nuestra gente allí han dejado caer que… —Recaredo se incorporó, pálido. Parecía realmente preocupado—, Leandro se va, o se ha ido ya, nada menos que a Constantinopla. Quiere arrancar del emperador romano de Oriente el compromiso de apoyar a los suyos. A mi hermano.

Se hizo un silencio.

—Comprendo la gravedad, y la urgencia —dije, sosteniéndole la mirada; en ese momento sus ojos centelleaban, como era característico en él—. Haré lo que pueda. Cuento con la ayuda de Sunildo.

—Sunildo es un buen hombre —comentó. Se pasó las manos por las sienes. Tenía, como su padre, el cabello lacio, pero aún no le habían aparecido las canas—. ¿Qué sabes de Antestio?

La pregunta de Recaredo tenía todo el sentido. Antestio había tenido mucho margen de maniobra en las últimas semanas, mientras viajaba, con cargo a los fondos del tesoro, por los rincones de Hispania bajo el control de Leovigildo. Las excepciones habían sido, naturalmente, las dos grandes zonas hostiles al reino: las costas del sureste y sur, controladas por las tropas imperiales, y el noroeste, porque en Gallaecia persistía el reino de los suevos. Sí había visitado las principales ciudades del reino, excepto Híspalis y Corduba, donde se ubicaban las fuerzas de Hermenegildo, y solo había parado en Toletum en estancias cortas, de uno o dos días, entre viaje y viaje. El grueso de sus viajes había estado dedicado a la Tarraconense. Desde luego, había que atarlo en corto.

—En verdad, no creo que debamos fiarnos de él —opté por ser sincero. Con Recaredo, lo fui casi siempre.

—Si lo que cuentas de lo que sucedió en Emérita es cierto, hacemos bien en no fiarnos, eso está claro. Pero mi padre quería congraciarse con Suna y aceptó su recepción en la corte, aunque se trate de un católico. Es curioso cómo a veces los extremos se tocan… —dijo en un tono pretendidamente enigmático—. Fíjate: Suna, furibundo arriano, recomienda a mi padre a otro furibundo, en este caso católico, Antestio.

—Así es —me limité a confirmar.

—Lo que verdaderamente me preocupa es que ese Antestio sabotee el sínodo. Suna, y otros como él, se oponen a cualquier pacto entre arríanos y católicos. Sabe que los *patrimonio*, que ahora gestiona, las *ecclesiae* expropiadas, las rentas, los dependientes, los esclavos, podrían volver a manos católicas. Y hará lo que pueda para que eso no ocurra. —Recaredo frunció el ceño—. No me preocupa que Antestio fuera un mal bicho en su adolescencia o que, incluso, matase a aquel clérigo, pero sí que sea capaz de exacerbar los ánimos para que no se genere la solución de compromiso que mi padre quiere ofrecer. Y ahí también entras tú, Sergio. —Sus ojos volvían a

centellear; tanto, que parecía que fueran a abrasarse en cualquier momento—. No solamente debes lograr que aprueben ese puente que necesitamos, sino que Antestio no lo destruya.

32

Toletum, 580

Las novedades que llegaban de Híspalis confirmaban que Leandro, el obispo católico, había partido para Constantinopla. Los emisarios transmitían los certeros rumores que corrían por los mentideros: Leandro buscaba recabar el apoyo del emperador para la guerra que se avecinaba. La conversión de Hermenegildo al catolicismo era un hecho, y eso le abría las puertas para las negociaciones no solo con los obispos católicos de las ciudades del sur, sino de otras partes del reino, amén de que numerosos *domini* podían confiar así en algún tipo de gobierno menos agresivo que el de Leovigildo los últimos años.

Lo que Hermenegildo y Leandro habían planeado era mucho más que una rebeldía pasajera: era un desafío a cómo el reino godo estaba funcionando hasta ahora. O así lo analizaba yo.

Para entonces me había pasado por el reino de Jana varias veces.

Lino y yo acudíamos a las reuniones que convocaba Apolodoro con precaución, pero convencidos. La mayor parte de las veces, los asistentes se marchaban por donde habían venido después de las deliberaciones, que siempre, absolutamente siempre, versaban sobre cómo mantener a Gosvinta apartada de cualquier decisión importante, y también sobre los siguientes pasos con los prelados católicos en un futuro ya inmediato. Nunca vi por allí ni al rey ni a su hijo, pero todos sabíamos que estaban perfectamente informados de todo.

Jana procedía del sur de Cantabria, de las tierras cercanas al curso alto del río Híber. Eran esos unos territorios que Leovigildo había incorporado al reino en los últimos años, durante una campaña militar con la que había conseguido someter a los poderosos *domini* de la zona y sus enclaves más importantes, como Amaia. Tras criarse con su familia en los límites entre Cantabria y Vasconia, Jana había emigrado hacia Tarraco por la vieja calzada romana que discurría cercana al gran río.

—Allí fue donde mi vida tomó esta deriva —me contó después de una tarde intensa de sexo. No sentía remordimiento alguno; si acaso, me entristecía no haberla conocido antes. O a alguien como ella. Quizá, de haber sido así, las cosas hubieran sido muy diferentes.

Me explicó que Tarraco, pese a no ser lo que había sido en los tiempos del Imperio, seguía siendo una ciudad portuaria importante. Barcinona le había comido mucho terreno, pero Tarraco, capital de la Tarraconense, era considerada por Leovigildo como un pilar esencial para su reino. Al parecer, los francos hacían alguna pequeña incursión sin importancia, pero se iba preparando un nuevo conflicto en el norte.

—Algunos de mis… de mis clientes —me decía, mientras yo apoyaba la cabeza en su vientre y le acariciaba los muslos— eran francos. Comerciaban con los mercaderes de la propia Tarraco, pero pasaban también información a sus reinos, que les pagaban por ello. Algunas de esas monedas fueron a parar a mí.

—¿Y qué te decían?

—Que no estaba lejos el día en el que francos y visigodos se volverían a enfrentar, de una vez por todas.

Jana resultó ser extremadamente inteligente. Que me contase esas cosas, en su reino, era una especie de advertencia. Todo podía trastocarse en cualquier momento. Estábamos centrados en el concilio que se iba a celebrar esos días y en la inminente campaña en el sur, donde Recaredo y su padre se iban a enfrentar a muerte con Hermenegildo. Pero todo podía quedar en nada ante una ofensiva de los francos.

—Ji, ji, ji. Te veo mucho por aquí últimamente —me decía Apolodoro cada vez que visitaba a Jana.

Y tenía razón. Aún resuena en mis oídos aquella risita de roedor que enmascaraba su agudeza e inteligencia y, al menos hacia mí, su bondad y comprensión.

Le conté lo de los francos. Me preocupaba.

—Bueno, es posible. Pero esas cosas Jana las escuchó hace ya varios años. Después de lo de Tarraco, estuvo en Híspalis antes de venir aquí. Hace mucho de eso.

—No tanto —contesté con desasosiego, haciendo mis propios cálculos.

—De todos modos, ahora hay otras prioridades. Conozco bien a Leovigildo —dijo Apolodoro con tono severo; ni rastro de su sonrisita—. A diferencia de su hermano Liuva, que en gloria esté, no olvida ni rehúye los problemas. Afrontará lo de los francos cuando suceda. Y me da la impresión de que, en eso, Recaredo ha salido a su padre.

* * *

El día del sínodo, Toletum era un hervidero.

En las dos jornadas anteriores, una docena de prelados arríanos había ido llegando desde Caesaraugusta, Tarraco, Barcinona, Gerunda, Ilerda y otros lugares. Habían sido alojados en diferentes *domus* de la parte alta de la ciudad, para no demorar su acceso a la iglesia en la que nos íbamos a reunir, mientras que sus carruajes y dependientes permanecieron en los *suburbia*.

Sunildo y yo fuimos los encargados de ejercer de anfitriones, pues Eufemio, el obispo católico de Toletum, seguía encerrado. Aun así, como titular de la sede, había dado el permiso correspondiente para que el sínodo se celebrase en el aula de la iglesia de Santa María, expropiada por Leovigildo para el uso litúrgico arriano.

Uno de los asistentes era Suna de Emérita. Muy consciente de

que yo estaba al mando, combinó su gesto altivo con una fingida adhesión y exagerada obediencia. Aunque, en el banquete que Leovigildo ofreció en el *palatium* para los recién llegados, Suna no perdió ocasión de exhibir, con precaución, eso sí, su inquina hacia mí.

—Sergio, es un honor estar a tus órdenes, tal y como señalaba la misiva de nuestro gloriosísimo rey. —Miraba de reojo a Leovigildo y a Recaredo, que departían en el otro extremo del gran comedor—. Esperemos que, en esta ocasión, las cosas sean más razonables que entonces…

—Siempre lo son, Suna, siempre lo son —contesté sin mucho interés, para no darle el protagonismo que buscaba.

—Tu buen amigo de la infancia, mi rival Masona, no te ha mandado recuerdos. No tengo nada que decirte de su parte.

—No los esperaba. Tampoco creo que tengáis mucho trato entre vosotros —repuse seco, convencido de que Suna únicamente buscaba obtener información de las verdaderas intenciones de Leovigildo.

Pero la referencia a Masona hizo que pensase un momento en mi amigo, o en quien un día lo fue. Sin duda, estaría al tanto de mi posición en la corte, de mi cercanía a Recaredo y de mi labor en el sínodo arriano, y todo ello lo tendría muy alarmado, por no decir que asqueado. Lo que no sabía era si se debía a su afán por tenerme a su lado, o a que yo lo hubiera traicionado por algo que se me escapaba. En todo caso, estaba seguro de que no tardaríamos en vernos. Y entonces hablaría con él sobre todas mis inquietudes. De una vez y para siempre.

* * *

Antestio, sentado a la diestra de Suna, no perdía detalle de la conversación. Había llegado justo para el banquete. Su misión nada tenía que ver con el concilio, sino con los prelados católicos, a los

que seguía tratando de convencer ante la preocupante situación que se avecinaba. De hecho, debía partir de nuevo en breve para continuar con su labor.

Tener delante de mí a aquellos dos tipos me alteraba. Pero era parte de mi responsabilidad hacia el rey y hacia Recaredo. De hecho, había sido este en persona quien había decidido que me sentase con ellos. Yo era el único en la corte que realmente los conocía; y, el enemigo, como ya he anotado en estas confidencias, siempre mejor cerca. En eso, Recaredo tenía razón.

—Las cosas van bien —comentó Antestio, mientras daba cuenta de un muslo de capón asado. Comía con bastante más delicadeza que el resto de comensales. El rey había dado orden de juntar las mesas para dar, desde el primer momento, una imagen clara de unidad—. Serán numerosos los católicos que asuman lo que diga este sínodo. La fórmula que se apruebe aquí se trasladará por escrito a las principales ciudades, y se supone que, en los próximos meses, se pasarán al arrianismo. Mi misión está siendo un éxito. Por ejemplo, Vicente de Caesaraugusta ya se ha convertido. Y no será el único. —Bebió un sorbo de vino mirándome fijamente.

—Nos alegramos, Antestio —mentí—. Es el deseo del rey.

—No sé por qué te alegras. Después de todo, eres católico —sentenció Suna, masticando groseramente. Hablaba con la boca llena, y teníamos que esforzarnos para entender las palabras que medio vomitaba—. Solamente nosotros deberíamos estar contentos.

—Soy un mero *servus* de mi señor, *dominus noster*, Leovigildo, y de su hijo, Recaredo —dije con solemnidad, mientras me servía una gran costilla de cerdo asada con hierbas y miel y un poco de verdura cocida.

—Sobre todo del último… —matizó Suna, mostrándonos los trozos de carne guisada con salsa de ajos que se acababa de introducir en la boca.

—Recaredo es un gran dignatario y ejerce con sabiduría su poder, siendo como es partícipe del mandato regio, conforme lo concedido por el mismísimo *rex*. No así su hermano, que ha traicionado la decisión de Leovigildo. El rey se arriesgó mucho al

decidir, como ya hicieran algunos emperadores, asociar a sus hijos a su trono, por más que él permaneciese como cabeza del mismo. El resultado ha sido que uno de ellos ha sido leal y el otro, no. Que Hermenegildo sea ahora católico, no lo acerca a mí, sino que lo aleja, puesto que ha sido un traidor a su padre y a su hermano. Ellos son mis señores. Y los tuyos —repliqué con contundencia.

* * *

Aquella mañana, los clérigos arríanos, bajo las órdenes de Sunildo, se encargaban de disponer los escaños de madera en los que se iban a sentar los prelados, mientras los operarios palaciegos trabajaban en colocar una pequeña tribuna desde donde el rey pronunciaría el discurso inaugural.

—Ese Hermenegildo no tiene un pelo de tonto —había dicho Lino por aquellos días en reiteradas ocasiones.

—Cierto. Y, militarmente, todo cambiaría mucho si lograra el apoyo de Constantinopla —afirmó Recaredo, sin muestras de sentirse ofendido por el comentario de Lino sobre quien, después de todo, era su hermano—. Mi padre ahora tiene un objetivo más inmediato. Pero el siguiente será el sur.

—El inmediato… Vasconia —apuntó Lino con convencimiento —. Lo sé porque me ha encargado la financiación de la campaña —me aclaró, mientras Recaredo asentía con gravedad.

—Pero eso será la primavera que viene. Ahora hay que resolver lo del concilio —determinó Recaredo—. Sergio, es tu momento. Que nadie abandone esta iglesia sin que se haya tomado una decisión concreta. Recuerda… Los puentes.

33

El sínodo comenzó una hora antes de que el sol alcanzara su punto más alto.

Los prelados arríanos eran, en teoría, los jefes de la Iglesia goda en Hispania, aunque, en sus textos oficiales, se referían a ella como «católica» y a la nuestra como «romana». Sin embargo, en la práctica, Leovigildo era el verdadero mandamás. A él debían la silla episcopal, las prebendas y las fincas y las iglesias que habían sido expropiadas a los nuestros.

Pero, aun así, yo temía que pudieran negarse a lo que se iba a plantear. Y no era el único que sentía semejante turbación. El rey y su hijo también dudaban; de otro modo, no se entendería la insistencia en que la cosa tenía que salir bien.

No hubo grandes ceremonias ni rituales grandilocuentes. Los reyes aparecieron vestidos con esmero, pero con prendas sencillas. Cuando atendían a algún legado de los francos, de los suevos o del emperador de Constantinopla, Leovigildo portaba el cetro, una diadema con piedras preciosas y un manto ricamente decorado con hilos de oro; asimismo, Gosvinta se presentaba con las mejores joyas y los más exagerados peinados. Sin embargo, ese día ninguno llevaba joya alguna, y sí largas túnicas bajo el manto, para evitar el frío que, incluso en los meses más calurosos, había que soportar en aquella iglesia.

—Queridísimos y dilectísimos obispos —Leovigildo permaneció en el pequeño estrado. Su fragilidad física quedaba algo camuflada entre los pliegues del manto, que tomaba diferentes tonos

encarnados en función del ir y venir caprichoso de las nubes, que trastocaban la escasa luz que entraba a través de los angostos vanos. Algunas lucernas completaban la iluminación: unas se apoyaban en pies de hierro sobre el suelo pétreo; otras emergían de los gruesos muros de sillares de granito y piedras calizas estucadas con decoraciones vegetales—, gracias por acudir a Toletum —abrió los brazos como bienvenida— para que, juntos, podamos tomar una decisión crucial para nosotros y todos los demás.

Se escuchó un murmullo entre los prelados. Me fijé en que Gosvinta sonreía, como si aquello no fuera con ella, y, sin embargo, su gesto daba a entender que disfrutaba con aquel bisbiseo entre los fríos muros de la basílica.

De repente, el murmullo se transformó en voces. No gritos, ni siquiera tonos altos, simplemente una pregunta que destacaba sobre el barullo: «¿Los demás?».

Leovigildo deslizó su mirada por las filas de asientos, y al momento se congeló el aliento de los presentes.

—Sí, sí, también sobre los demás —afirmó, deseando acallar a los dubitativos cuanto antes—. No olvidéis ni por un instante, obispos míos, que dependéis de mí, y que yo soy rey de un reino de los godos, cierto es, pero un reino que se asienta en Spania y el sur de Galia. Un reino que tiene enemigos y que debe buscar aliados. De eso trata esta reunión, y no solamente sobre Jesucristo y el Padre. Más bien, porque la relación entre Padre e Hijo no debe ser, desde hoy, un problema en este reino. Y para eso os he convocado hoy aquí.

«Spania», había dicho. En los últimos tiempos el término circulaba con frecuencia en nuestra cancillería y en algunas otras, como había visto varias veces en los documentos de Porfirio y de Venancio.

Leovigildo tomó asiento. El silencio de la estancia se rompía solamente por el aleteo de alguna paloma despistada en la comodidad de los saledizos bajo la techumbre de madera y tejas.

Era mi turno. Recaredo había insistido ante su padre para que fuera yo, después de su admonición inicial, quien hablase a los

prelados. Noté los ojos de Leovigildo y Gosvinta clavados en mí, aunque ahora ella dibujaba una amplia sonrisa. Ya no era la misma de antes, alimentada por los murmullos, por las discrepancias intuidas entre el deseo del rey y la voluntad de los prelados. Era ahora una sonrisa abierta, como la de quien lleva un tiempo esperando su momento ante un rival poderoso. Porque Leovigildo, que no se fiaba de ella tras haber apoyado al esposo de su nieta, la había sometido a una suerte de confinamiento, como a Eufemio. Resultaba, en sí mismo, paradójico: una arriana radical avalando un matrimonio católico para ganarse apoyos entre el poderoso episcopado y los *dontini* de la Bética.

Tal y como me miró, intuí que Gosvinta estaba al tanto de mis andanzas en el reino de Jana. Alguien le debía de haber ido con el cuento. De todos modos, a esas alturas ya me daba igual, y únicamente deseaba cumplir mi misión. Lo había dejado todo, absolutamente todo, por la seguridad que me daba el apoyo de Leovigildo y de quien, estaba seguro, iba a ser el próximo rey.

Aun así, traté, por un instante, de meterme en la cabeza de Gosvinta. Quizás aquella sonrisa tuviera que ver con un atisbo de tiempos mejores, con la victoria de su nieta gracias a la rebeldía de Hermenegildo. En suma, la del linaje que esperaba que triunfara, que no era otro que el de su esposo amado y finado, Atanagildo: el de su nieta Ingunda.

—Tiene la palabra nuestro fiel consejero, sabio y dilecto amigo, Sergio de Emérita. —Leovigildo pronunció mi nombre con denodada solemnidad, como para causar cierta impresión entre los asistentes.

Me puse en pie y busqué en los ojos de Recaredo un cierto refrendo. Este debió de darse cuenta de mi inquietud, porque me dirigió una mirada de sosiego, impropia de su edad, pero adecuada para quien estaba a la sombra de Leovigildo.

—Gloriosísimo señor nuestro Leovigildo —comencé, algo reconfortado—, amadísima reina Gosvinta, mi señor Recaredo, dilectísimos prelados —hice una larga pausa—. Quiero agradecer a mi rey que haya puesto en mí la responsabilidad de iniciar este

sínodo. Hemos de ser necesariamente breves, pues el *dominus noster* tiene previsto salir, una vez más, a los caminos polvorientos y a los campos hostiles para poner fin a la resistencia de nuestros enemigos. Todos sabéis —ya todos los prelados habían deseado suerte al rey la noche anterior— que las armas de nuestro reino marcharán en próximas fechas hacia el norte y someterán Vasconia, haciendo aún más grande nuestro *regnum Gothorum*. —Me quedé ahí con toda la intención, a sabiendas de cuál era el deseo del rey y de su hijo—. Sí, el reino de los godos.

»Pero, amigos, vivimos ya una nueva época. Hace pocos días, alguien a quien respeto muchísimo se acercó a mis aposentos. Me encontraba yo leyendo al gran Virgilio. Como todos sabéis, la *Eneida* es algo así como el espejo de una nueva época, la que inauguraba Augusto después de las guerras civiles que habían asolado Roma. Una nueva época… —callé por un instante; quería que la idea calase en los asistentes— basada en la *pax* y en su poder omnímodo. No es extraño, así, que leamos en sus versos frases como esta: "*Tantae molis erat Romanam condere gentem*". ¡Eso es, amigos! ¡Tan gran tarea, semejante envergadura, era fundar la *gens romana*, el pueblo romano! ¡Y también lo es, igualmente, fundar la *gens Gothorum*.! Ya existía, es verdad…, pero Leovigildo le está dando un nuevo cuño, un nuevo sello, un nuevo destino. Nuestro *rex* Leovigildo está ampliando el reino godo en casi toda Hispania, cosa nunca vista.

»*Tu regere imperio populos, Romane, memento*. Tú, romano, recuerda regir a los pueblos con tu Imperio. También eso se lee en la *Eneida*. Vosotros, sabios prelados, bien lo conocéis. —Observaba las caras. La mayor parte de los obispos arríanos ya había captado el mensaje. Solo tenía que concluir—. Esa obra era propia de un cambio, de una nueva época. Hoy, amigos, estamos en otro gran cambio, en el inicio de otra gran época. Demos al *dominus noster*, a nuestro señor Leovigildo, lo que necesita: puentes. —Recaredo sonrió y me dirigió una mirada cómplice—. Ayudemos a que todos vivamos en un único reino con una única religión. Pongamos fácil, a quien quiera abandonar el credo de Nicea, que lo haga. Tengamos

una sola Iglesia, la que comanda nuestro señor Leovigildo. Dadle, dilectos obispos, lo que necesita.

Regresé a mi asiento, y al momento surgieron voces; algunas, más sonoras que otras. Me pareció reconocer la de Suna, en un tono agresivo. No parecía muy convencido; más bien, todo lo contrario. Me llegaron, pese a los murmullos, algunas de las consignas que circulaban desde su escaño: «Traición» y «Jesús no es Dios, es solamente Hijo».

Era el turno de Sunildo. Lo teníamos hablado él y yo. Mi discurso apelaría al momento que vivíamos, a la necesidad de dar al rey lo que este necesitaba. Sunildo, por el contrario, se centraría en lo teológico. Creo recordar bien su discurso. Mi amigo supo articular la necesidad de dulcificar el arrianismo, de tender esos puentes que Leovigildo tanto anhelaba.

Para mi sorpresa, apenas hubo debate. Más allá de que Suna y otros dos o tres colegas suyos mascullaran maldiciones ininteligibles, los puentes salieron adelante. Y fueron dos: el primero consistió en una doctrina arriana que suavizara al menos en parte la condición humana de Jesús; el segundo, y más importante en términos prácticos, eliminó la necesidad de bautismo para pasar de una confesión a otra.

Se había conseguido. El rey de los godos tenía lo que quería: el arrianismo tendía puentes a los católicos.

El sínodo se alargó unos pocos días más, en los que se discutieron cuestiones litúrgicas y se concretaron algunas dificultades con las expropiaciones de las iglesias y fincas católicas. Lino tuvo mucho trabajo, porque no fueron pocas las escrituras que los arrianos habían traído consigo para que el *fiscus* regio avalase por escrito las confiscaciones.

Cuando marchó el último de los prelados arrianos, Recaredo vino a buscarme. Sunildo y yo estábamos valorando lo sucedido.

—Mi padre está feliz —me dijo, poniéndome su mano huesuda sobre el hombro—. Cierto es que no tenían demasiadas opciones, pues la autoridad de mi padre sobre ellos es demasiado fuerte, pero había que tender esos puentes. Cuanto menores sean las diferencias

entre unos y otros, mejor para el *regnum* —sonrió abiertamente—. Muy bien, Sergio. No esperábamos menos de ti. Sunildo —volvió la mirada hacia mi amigo—, has estado muy atinado con los formulismos teológicos. Haremos que consten por escrito y que se envíen a las principales iglesias del reino.

—Gracias, mi señor —contestó este.

—Sergio…, quería decirte algo. —Se atusó los cabellos mustios —. Me ha gustado mucho la idea de comparar a un emperador como Augusto con mi padre, y también la evocación sobre la *Eneida*, tal y como comentamos en esa noche.

—Gracias, mi señor —imité a Sunildo en el tratamiento protocolario al hijo del rey.

—Quién sabe, Sergio —continuó Recaredo—, quizás otro día, con el tiempo, pueda sernos útil de nuevo esa comparación. —Se apartó unos pasos y, repentinamente, tornó su gesto de risueño a preocupado—. Ya podemos marchar a Vasconia —concluyó, y se marchó sin despedirse.

Sunildo y yo nos quedamos mirándolo. Su espalda, cubierta con un manto en tonos azulados, parecía soportar un peso espantoso a pesar de su escualidez. Aunque no era el peso del manto lo que le doblegaba los hombros.

34

Toletum, 581

El ocaso de una tarde triste trajo de vuelta desde el norte a los guerreros del *exercitus* godo.

Porfirio y yo, en los sótanos, revisábamos las últimas correspondencias de varios *comites* del rey. Teníamos entre manos la del *comes* de Tarraco, que daba cuenta del temor ante una incursión de los francos, cuando un siervo bajó las escaleras de piedra cargado con una caja de madera; contenía unas lucernas para iluminar mejor los dominios de Porfirio. Pero su voz se propagó por el hueco de la escalera antes de que pudiéramos verlo:

—¡Los soldados, vienen los soldados! ¡Regresa el rey!

Al momento, Porfirio y yo corrimos escaleras arriba.

Desde la parte alta de la muralla de Toletum ya se percibía la polvareda que levantaban los caballos, los pasos de varios miles de hombres y los carruajes, y el sonido de las trombas que anunciaba la llegada del *rex Gothorum*.

Por los correos en los días previos, las noticias parecían buenas, aunque bien sabíamos que, en ocasiones, las campañas pueden torcerse en los últimos movimientos. Porfirio y yo nos miramos. Aún estaban lejos; no podíamos distinguir los semblantes de los guerreros, ni siquiera el del rey ni el de su hijo.

Luego, todo sucedió muy deprisa.

Leovigildo, Recaredo, sus principales *duces* y demás mandos militares, los miembros más destacados del *exercitus* del reino,

llegaron a los pies de Toletum. Iban vestidos con sus mallas de guerra, pero sin casco, rodeados por la guardia regia y parte de la caballería, lanza en mano. Por detrás, los estandartes de la masa de la infantería, unos dos mil hombres aproximadamente, flanqueados por la caballería que no escoltaba a los *primates*. Una parte de la soldadesca se había ido quedando por el camino en sus lugares de residencia. Desde Vasconia, a través de la vía paralela al río Híber, alcanzarían sus añorados hogares en Caesaraugusta, Ilerda, Osea, Tarraco, Barcinona…

Recaredo miró hacia arriba y me sonrió. A mi izquierda, se encontraban otros dignatarios de la corte, incluida la reina Gosvinta. Leovigildo la saludó con un gesto escueto y frío.

Para cuando quisimos darnos cuenta, nos encontrábamos en la sala de recepciones. El rey y su hijo, visiblemente agotados, pidieron agua y vino.

—Casi todos los efectivos de mi ejército ya han ido quedándose en sus sedes propias. Los que regresamos aquí, os anunciamos una victoria —dijo Leovigildo, mirando con desdén a Gosvinta, que, como era habitual, permanecía en silencio con una expresión enigmática—. Una victoria completa, de hecho. ¡Vasconia es nuestra!

Se escuchó un grito atronador. La sala estaba abarrotada. Allí se habían reunido los cortesanos más relevantes, pero también los generales del *rex* y de su hijo. Y todos vociferaron con alegría, porque todos habían salido ganando. Apuntalando el extremo septentrional del reino, Leovigildo y Recaredo impedían el expansionismo franco y, además, conseguían la tranquilidad necesaria en su retaguardia más alejada a fin de lanzar una ofensiva contra Hermenegildo. Y, por ello, todos se relamían, pues cabía la posibilidad de ampliar cargos y rentas.

Mientras pensaba en eso, escuché la voz sedosa y seductora de Recaredo. Su aspecto famélico aparecía acentuado por las fatigas de la campaña. No obstante, achispado por el vino, fomentaba el brillo de sus ojos.

—Iremos al sur —dijo, mientras apuraba una copa. Me ofreció

otra a mí, que tomé y bebí en dos largos tragos.

—Sí, lo sé —contesté. Todo el mundo en el *palatium* conocía el próximo paso.

—Ya —sonrió y miró a un sirviente, que, atendiendo de inmediato a la orden silenciada, nos rellenó las copas—. Lo que desconoces es que… —se bebió el vino de un único trago—, cuando digo «vamos», me refiero también a ti.

—¿Qué? —me sorprendí a mí mismo por mi tono alto y brusco. Varios cortesanos miraron hacia nosotros con extrañeza.

—Sshhh —susurró con gesto divertido—. Baja la voz.

—Pero… yo no soy un militar. Desconozco los asuntos de la guerra —protesté.

—¡Bobadas! Eso no hace falta que lo jures. —Recaredo tomó un dulce de almendra de una bandeja cercana y me ofreció otro a mí—. Pero no vendrás con nosotros en calidad de guerrero —comenzó a carcajearse. Me sentí incómodo, aunque el vino comenzaba ya a dulcificar mis sensaciones.

—¿Entonces? ¿De qué ayuda os seré en Híspalis? Ese Leandro se ha ido a Constantinopla, todos los informes lo confirman. Y, llegados a este punto, a Hermenegildo…, a tu hermano…, yo no voy a poder convencerlo de nada.

—Eso es cierto: no lo convencerás de nada. Además, esperemos que…

Recaredo comenzó a balbucear y a sollozar. Por un momento, lo atribuí a la ebriedad, pero, al poco, me di cuenta de que sentía un verdadero pesar. En el fondo, pensé, desconocía por completo la relación entre los hermanos. ¿Se llevaban bien o tal vez se odiaban?

En Toletum, se contaban historias. Ambos habían nacido en Narbona, y su madre había fallecido poco después de nacer Recaredo. Cuando llegaron con Leovigildo a Hispania, tuvieron que asumir el matrimonio de su padre con Gosvinta. Algunos decían que los muchachos eran como uña y carne, que la muerte de la madre los había unido muchísimo. Otros, por el contrario, dejaban caer que el mayor recelaba del pequeño, y esas mismas lenguas contaban que Recaredo era el ojito derecho del padre y que, por ello,

Hermenegildo fue acumulando rencor. Que la influencia de Ingunda y de Leandro de Híspalis no era sino el punto cimero de una montaña cuya primera pendiente se forjó en la más tierna infancia.

Yo deseaba saber la verdad. Pero estaba claro que no era el momento de plantearle mis dudas. Completamente ebrio, rodeó con su brazo a una sirvienta y la besó con fuerza. Otros cortesanos ya hacían lo mismo con las muchachas que, de improviso, habían ido apareciendo. Iban ceñidas con túnicas cortas que dejaban al aire sus piernas, y los escotes pronunciados atraían las miradas lascivas de los presentes.

No había visto nunca nada igual, ni siquiera en aquellos lugares sombríos de Emérita que había visitado con Gaudila. El reino de Jana, desde luego, quedaba al margen de cualquier comparación posible. O, al menos, la cántabra que regía aquel lugar que yo tanto frecuentaba.

Incluso el rey tenía sentada sobre sí a una de aquellas chicas. Imaginé a Gosvinta en sus aposentos, recreándose en la amargura y, quizá, planeando su venganza, que a buen seguro deseaba encarnada en un triunfo de su nieta.

—Esperemos que… —lo animé a seguir.

—¡Bobadas! ¡Partimos mañana mismo! ¡Ve a ver a Jana! —Se marchó agarrado o, más bien, sostenido por la sirvienta. Pensé que en cualquier momento se derrumbaría, pero logró rehacerse y se volvió hacia mí, mientras la muchacha no dejaba de besarle el cuello con fruición. Él correspondió con un beso largo y apasionado, que interrumpió para decir algo que yo ya me temía—. Por cierto, no vamos a Híspalis, amigo mío. O, al menos, no directamente. Vamos primero a tu Emérita.

Recaredo se perdió con la chica por la salida de la gran sala. Y, mientras tanto, las sombras se apoderaron de mí. A mi alrededor, todo era jolgorio y lujuria, pero la mera mención a mi ciudad, a todo lo que allí había abandonado, terminó por decidirme a salir a tomar el aire.

La noche ya era dueña de Toletum. Los tenues puntos de luz de

las antorchas se atisbaban en el recinto amurallado, moteados por el brillo de las espadas y de las puntas de las lanzas de los centinelas.

Miré al cielo repleto de estrellas, aun cuando ninguna de ellas podía consolar mi desasosiego.

En lo más profundo de mis pensamientos, en mis miedos, sabía que algún día sucedería, que debería regresar a Emérita. Y, ahora que había llegado el momento, no sabía cómo enfrentarme a ello.

La tensión entre Masona y Suna debía de haber aumentado, sin duda. Y, seguramente, el rey querría asegurar la plaza, aún una de las más relevantes de Hispania, antes de entrar de lleno en las campañas militares contra su hijo.

«¡Vete a ver a Jana!», casi me había ordenado Recaredo. Esperaba que me lo explicara todo durante el viaje, pero, a fin de cuentas, quizá tenía razón. Quizá las caderas de la cántabra pudieran redimirme de mis sombras.

* * *

Jana no había participado de los festejos. Nunca la había visto dentro del *palatium*, pero sabía por Lino que a veces lo visitaba. Cuando se encontraba completamente borracho, me contaba que dejaba su estancia a Recaredo o a Leovigildo para que disfrutasen de la sabiduría de la cántabra. Ellos jamás acudían a su reino, pero el de Jana a veces sí lo hacía al de ellos.

Sin embargo, ese día ella no había estado allí, aunque algunas de las muchachas en el banquete por la conquista de Vasconia sí eran de su propiedad, «de mi reino», como le gustaba decir; otras pertenecían al *palatium*, obligadas a llamamientos semejantes.

—No debes asustarte. Es normal que quieran desfogarse. El viaje ha sido muy largo. Seguro que allá, en Vasconia, habrán hecho cosas semejantes. Peores, más bien. —Por un momento, la mirada de Jana se perdió, como si en cuerpo estuviera allí, conmigo, pero su espíritu deambulase por su tierra cántabra meridional—. Un heraldo

del rey me informó de su llegada, y de las necesidades al respecto.

Acabábamos de fornicar durante un buen rato, y seguíamos desnudos. Mis gemidos habían sido producto no solamente del placer, sino también de la angustia que sentía tras la conversación con Recaredo.

Pese a ser clérigo y monje, no sentía ningún remordimiento por entregarme al placer con Jana. Ninguno en absoluto. Al contrario, me sentaba bien. No solamente por el placer inmenso que experimentaba con ella, sino por su honestidad, su franqueza, su capacidad para escuchar.

—No me asusta eso, sino regresar —le confesé.

Uno de sus apolos trajo unas manzanas y jarras con vino y agua, y salió con la misma presteza con la que había aparecido. Me serví agua. Ya había tomado bastante vino en la fiesta. Jana me señaló que le pusiera vino para ella en una de las jarras y tomó una manzana, que mordió con una sensualidad turbadora.

—Lo sé. ¿Es por ella o por él? —preguntó, concentrada en la manzana. De repente, alzó la mirada hacia mí—, ¿O por los dos?

Acababa de verbalizar lo que mi conciencia, mi pasado, mis remordimientos, no hacían sino recordarme todos los días. Conocía la respuesta desde que me marché de Emérita, pero dudé si seguir confesándome ante ella. Como respuesta, la besé en la cintura, lamiéndola allí donde su cuerpo se estrechaba ligeramente, justo encima de la cadera. Noté una nueva erección, y Jana la recibió poniendo en mi boca, directamente desde la suya, un pequeño trozo de aquella manzana fresca.

Después de volver a fornicar, mientras me vestía para regresar al *palatium*, decidí compartir con ella la respuesta que, intuí, ya sabía.

—Por los dos —me volví hacia Jana e intenté sonreír—. Por ella, y también por él.

35

Emérita, 582

Divisamos las murallas de Emérita cuando aún faltaban las últimas millas para alcanzar nuestro destino. Leovigildo había movilizado a una parte reducida del *exercitus* de Toletum y de algunos cuarteles del centro de Hispania. El grueso de las tropas se mantenía en retaguardia, a la espera de la ya inevitable campaña contra los ejércitos de Hermenegildo en la Bética.

Emérita, como siempre, emergía orgullosa. Su más de medio milenio de historia parecía tomar cuerpo en sus murallas, en los lienzos de sillares de piedra que tantas veces había cruzado en el pasado. Y, como siempre, me parecieron imponentes, inexpugnables, y recordé que Faustino me había contado varias veces que la muralla había sido reparada, al igual que el puente sobre el Anas, en los días del rey godo Eurico.

En cuanto quedaron a la vista, Recaredo se volvió hacia mí, como para escrutar mi reacción.

El día anterior me había explicado mi cometido. No era aquello una campaña, pues no había ejércitos rebeldes a los que someter, sino más bien una toma efectista de la ciudad, algo sencillo y rápido. La víspera habíamos acampado en una destartalada y vieja *mansio* romana que aún cumplía su función de parada de postas. Las aldeas del entorno llevaban generaciones viviendo de los mercaderes que aún hacían parada allí y se turnaban en el cuidado del antiguo edificio de hospedería y de sus establos. Además, ofrecían comida y

cama a quienes no cabían en la *mansio*, como era el caso de nuestras tropas.

Leovigildo, Recaredo y los demás cortesanos sí nos alojamos en la *mansio*, bajo la custodia de la guardia. Y allí, en la planta baja, al calor de un buen fuego y mientras degustábamos una sopa de verduras, Recaredo me lo explicó todo.

—Tranquilo, no va a haber batalla. Emérita es nuestra —dijo, sorbiendo la sopa con aparente deleite.

—Lo sé. Según los últimos informes, Gaudila tiene la situación controlada —dije, un poco para tranquilizarme a mí mismo. Me horrorizaba pensar que hubiera escenas de sangre y muerte.

—Bueno, no del todo. —Esas palabras de Recaredo me preocuparon—. Gaudila tiene controlada la situación, sí, y la guarnición es leal a mi padre. Pero tu amiguito Masona se ha rebelado. Apoya a mi hermano por el hecho de haberse pasado al catolicismo. No dispone de soldados, pero sí de almas. Y eso, amigo mío, me perturba. Sin embargo, mi padre está más preocupado por asegurar que nuestros hombres allí no se levanten contra nosotros. Hace bien, y esta, llamémosla así, «visita», los apaciguará. Llevamos *solidi* para repartir.

A Recaredo se le iluminaron aquellos ojos de zorro idénticos a los de su progenitor. La sopa caía por las comisuras de su boca. Por un instante, me pareció que Recaredo era una mezcla de joven dinasta y animal depredador.

Yo sabía que Lino se había estado ocupando del asunto de los *solidi* en los últimos días. Él se había quedado en Toletum, pero su labor en la expedición era clara: una carreta cargada con varias cajas de madera con *tremisses*, que fraccionaban en tercios al *solidus* romano en oro, acuñados en la propia Toletum, pero también en otras ciudades, para repartir entre la soldadesca de Emérita. Y las pequeñas monedas llevaban la efigie y el nombre del mismísimo Leovigildo, el primer rey visigodo en Hispania en tomar semejante decisión.

—Gaudila sabrá distribuir nuestros *tremisses* —dije convencido, mirando el fuego para calmar mi zozobra.

Una vez descartada una campaña sangrienta contra la ciudad, los rostros de Elia y de Masona se dibujaron en mi mente, y por un instante creí que iban a aparecer por entre las llamas. Recaredo pareció leerme los pensamientos. No era la primera vez que sucedía, ni sería la última.

—Estás preocupado por tu viejo amigo Masona y, ¿cómo decirlo?, también por tu vieja amiga, Elia… Ya ves que no olvido su nombre. De hecho, me he preocupado de que Gaudila recabe cierta información sobre ella. —Lo miré sorprendido, sin dar crédito a sus palabras. Debió de darse cuenta, porque asintió reiteradamente—. Hablemos un poco de eso, Sergio. Porque, después, quiero explicarte por qué estás aquí. Y no anda una cosa muy lejana de la otra.

Recaredo apartó el cuenco de barro con cuidado, como si de un tesoro se tratase, y colocó las palmas de sus manos sobre la panza de la escudilla que estaba sobre la mesa, aguantando el calor que sin duda desprendía.

—Tú dirás, señor.

Me di cuenta al instante. En esa ocasión, él no sonrió ante mi pequeño desliz. Estábamos solos, conforme a la condición que él me había puesto para omitir cualquier tratamiento. Los demás cortesanos, el rey y sus generales, se distribuían en otras mesas, correctamente atendidas por los aldeanos que ejercían de mesoneros.

—Elia tiene dos hijos, cosa que creo que ya sabes. Espero que sobrelleves bien tu antiguo amor hacia ella. —Abrió aquellos ojos estrechos, felinos, como buscando la respuesta en el fondo de mi alma.

Me di cuenta de que debía ser sincero.

—Creo que sí. Aunque no sé cómo reaccionaré cuando la vuelva a ver. Pero creo que sí. No debiera ser un problema, gloriosísimo señor.

Remarqué el tratamiento, el mismo que su padre hacía consignar en algunos de sus *tremisses*, con la intención de que Recaredo se convenciera de que, a esas alturas, había decidido hacía tiempo que el amor era algo desterrado de mi vida.

—Bien. Eso es muy importante. Paso entonces a explicarte la primera parte de la misión, porque, en cierto modo, tiene que ver con ella. O, más bien, con su esposo. Los informes de Gaudila indican que este, el tal Pomponio, tiene ascendiente sobre la aristocracia romana de la ciudad y de otros enclaves de Lusitania, al igual que cierto joven, un tal Claudio, un íntimo amigo suyo. Y me interesaría que conocieras a ambos, que exploraras su amistad. Necesitamos apoyos romanos en las ciudades, Sergio. Máxime si la guerra se enquista. Y no digo nada en caso de que se extienda más allá de la Bética…

—Gloriosísimo señor —insistí en el tratamiento para que Recaredo notara mi angustia por lo que me encomendaba—, me estás pidiendo que use mi trato con Elia para acercarme a Pomponio y a ese Claudio, a quienes puedan cimentar aún más nuestra posición allí. ¿Es eso?

—Eso. Exactamente eso. Especialmente ante las tempestades que puedan ocurrir una vez que mi padre lance a nuestros ejércitos contra nuestro hermano y todos sus apoyos en el sur. Sí. Eso es.

Volví a mirar hacia el fuego. Luego, a las otras mesas. Leovigildo seguía departiendo con sus generales. Por un momento, miró hacia donde nos encontrábamos nosotros, y me resultó evidente que estaba al tanto de lo que su hijo me estaba pidiendo.

No tuve que sopesar mucho la respuesta. Hacía tiempo que Elia era un cadáver en mi alma, un amor enterrado y no correspondido.

—Así será.

—¡Bien! Te pondrás manos a la obra en cuanto lleguemos. Gaudila concertará algún tipo de encuentro.

—Decías, señor —fue la última vez durante aquella conversación en la que quise resaltar que me doblegaba a las órdenes regias—, que había una misión doble. Esta era la primera parte. ¿Cuál es la segunda?

—Tu viejo amigo —repuso con cierta ironía—. Debes convencerlo para que explore los puentes de los que hablamos en su día, para que se acoja a lo que se acordó en el sínodo. Y para que, dado su prestigio, otros más lo sigan.

—Masona nunca se convertirá al arrianismo —contesté con firmeza.

—No, puede que no. —Recaredo apretó por un momento con fuerza la escudilla y luego se llevó las manos a la cara para frotarse con intensidad. Era un gesto muy habitual en él—. Pero no necesitamos tanto. Solamente que se ponga en mitad del puente. Solo eso.

36

En cuanto nuestros hombres se presentaron ante las murallas, la guarnición se puso a sus órdenes. El mensaje que portaba el comandante al frente de esa primera avanzadilla era claro: el *rex Gothorum* y unos destacamentos de su *exercitus* iban a pernoctar una o dos noches en Emérita.

Los centinelas llamaron al momento a sus mandos, y a su vez estos avisaron al *comes* Gaudila. Al poco, salvo unos doscientos hombres que permanecieron a unas diez millas como retaguardia, nos introdujimos en el estómago de Emérita. Leovigildo se adentró en la ciudad con una pequeña parte de su *exercitus* y un cuarto de su guardia personal. Dejaba claro así que no se fiaba. No se trataba de una campaña militar, pero sí de una muestra de poder. Se quería intimidar a Masona, a los *domini* romanos y, de paso, a la nobleza goda. Leovigildo no deseaba ser un nuevo Agila.

Yo había sentido un escalofrío cuando, a lo lejos, había divisado las torres de Santa Eulalia. Una vez más, acudieron a mí los recuerdos de aquella mañana en la que fui abandonado por mi tío. Por entonces, pensé, aún no se elevaban tan esbeltas y orgullosas como entonces, pero a mí ya me habían parecido colosales.

Gaudila nos recibió en su residencia. Pronto comprobé que la había ampliado, expropiando más viejas *domus* del entorno y cerrando tres calles adyacentes, que ahora formaban parte del lugar.

Rápidamente, los esclavos del palacio comenzaron a atendernos y a hacer circular bandejas con viandas y jarras de vino.

—¡Amigo mío! —exclamó Gaudila al verme—. ¡Sergio!

—¡Gaudila! —saludé, alegre, y nos abrazamos con afecto sincero.

—Bueno, bueno, cada vez que vienes te veo en una posición más privilegiada —me susurró mirando de reojo a Leovigildo, Recaredo y a los principales comandantes, que comenzaban a tomar asiento.

Casi todos nuestros hombres habían sido instalados en diferentes *domus* de la ciudad y de los *suburbia* más cercanos a las murallas. Solamente aquel pequeño grupo escogido del que yo formaba parte pernoctaría en la residencia del *comes*. Gaudila no había querido dejar nada a un azar veleidoso que permitiera un nuevo episodio trágico como el acontecido décadas atrás.

—Tenemos mucho que hablar, Gaudila —le dije en tono serio.

El despliegue de viandas y servicios del *comes* dejó más que satisfechos al rey, a su hijo y a sus acompañantes. Yo, sin embargo, no fui capaz de probar nada. Tenía el estómago completamente cerrado. Aguardé el momento de poder verme a solas con mi amigo, y este llegó poco después de la cena.

—Voy a necesitar tu ayuda —le solté sin más miramientos—. Tengo una misión doble: debo convencer a Masona para que abandone su postura rígida con el arrianismo.

Mi amigo me miró con gesto extraño. Para un hombre como él, las sutilezas religiosas, la división entre arríanos y católicos, eran cuestiones que le superaban por completo.

—Masona tiene mucho carácter. Está ejerciendo su poder episcopal como ningún otro hasta ahora, Sergio.

Ha sido capaz de establecer dádivas generalizadas y tiene a la gente de su lado. Cada ceremonia, cada liturgia, tanto en las iglesias como en las calles, es un espectáculo. Y la gente lo adora.

—Hay más… Aunque de eso sabes más tú que yo.

—Supongo que te refieres a Pomponio.

—Sí. Sé que en tus informes hablabas…, ya sabes… —me turbé por un instante.

—De Elia.

—Sí.

—Pero a Toletum no le interesaba Elia en sí misma, amigo.

Antes de que sigamos, dime cómo estás.

—Para mí es ya solamente un recuerdo.

—Mejor. Has de saber que ella, en las ocasiones en las que yo te he mencionado, ha reaccionado siempre con aparente indiferencia.

—Es Pomponio quien me interesa —afirmé, serio, sorprendiéndome a mí mismo. Pero me sentí reconfortado, porque refrendaba mis decisiones hasta aquel mismo momento.

—Así es. Está bien vigilado. En principio, creo que podremos contar con él y con su gente. Si las cosas se ponen feas, podrán controlar a la mayor parte de los *domini* y a sus milicias. No creo que en Emérita suceda nada. Masona apoya a Hermenegildo y puede mover fuerzas en la sociedad local, pero ahora que el rey ha decidido venir y asumir, con su mera presencia, su dominio militar, nadie moverá, desde hoy, un solo dedo. La ciudad será leal a Leovigildo y a Recaredo.

—Me han hablado de un tal Claudio y de su amistad con Pomponio.

—Sí. También lo anoté en mis informes a Toletum. Ahora mismo es el *dominus* con más predicamento junto al propio Pomponio. Puedo conseguirte una entrevista con ellos. ¿Te daría igual que fuera en la *domus* de Pomponio? Estará Elia.

—Me es completamente indiferente.

* * *

Gaudila tenía que reunirse con Leovigildo, de forma que me ofreció compañía esa noche. Insistió. Podía recibir a una, a dos, o a las que quisiera. Y, si prefería entregarme al placer fuera de su residencia, podía hacer que me acompañasen a los lupanares que en su día visitábamos juntos.

Aquello, la mera mención a nuestros tiempos juveniles, me hizo pensar. No en la posibilidad de ir; bastante había tenido con Jana en las últimas semanas. Por el contrario, imaginé lo que hubiera podido

ser con Elia. Y me di cuenta de que no había caído en ello antes o, si lo había hecho, ya no me acordaba. Su eco en mi espíritu siempre había sido más difuso, menos concreto.

Afligido por semejantes cuitas, terminé cediendo al sueño.

37

Gaudila y yo habíamos salido de su residencia a primera hora de la mañana. La orden era clara: debíamos hablar con Masona en cuanto el día comenzase a despuntar.

No se veía a nadie por el complejo, salvo el cansino y protocolario deambular de la guardia regia, que había tomado poco menos que al asalto el complejo del *comes* de Emérita.

La juerga se había extendido durante la noche. Eso me contó Gaudila, bastante fresco en apariencia, mientras marchábamos sobre dos espléndidas cabalgaduras más allá de las murallas, hacia los *suburbio* del norte. Siempre vigilante, había ordenado que nos acompañara una pequeña escolta de cuatro efectivos armados con espadas largas y cortas y puñales.

Ni siquiera pensé en aquel corto trayecto, pero sí lo hago ahora, en lo lejos que quedaban los juegos de la mocedad, nuestras escapadas clandestinas, los cruces de miradas cuando estábamos con Elia y Masona.

Hoy lo recuerdo todo, a Elia y a Masona, y me cuesta contener el llanto. Pero aquella mañana mi única preocupación era cumplir mi misión. Y para hacerlo debía encontrarme con ellos.

Masona se encontraba en Santa Eulalia.

Era como si todo se hubiera alineado para poner desestabilizarme, para alterar mis sentimientos y mi actitud decidida. Había supuesto que nos encontraríamos con mi viejo amigo en la *domus episcopalis*, no en nuestro lugar. Porque, después de todo, era nuestro lugar: allí donde, de niños, él me había

rescatado de los infames y me había enseñado a defenderme, no con los puños, sino con la indiferencia, con la frialdad.

Sentí el escalofrío del tiempo pasado cuando nos recibieron los principales del monasterio, que dieron orden de que algunos monjes se encargasen de nuestras cabalgaduras. Al parecer, el abad se encontraba de viaje, en otro monasterio de Lusitania, cercano a Olisipo, donde había llevado algunos libros para que fueran copiados. No me creí ni una sola palabra.

Desde que puse pie en el patio del monasterio, mientras los monjes se encargaban de nuestras cabalgaduras, tuve la impresión de que el miedo se había apoderado del lugar. La fama de Leovigildo, los rumores, muchos de ellos fundados, sobre sus purgas a católicos, habían llegado hasta allí. Y algo me decía que el abad había puesto distancia.

—Nuestro amadísimo obispo, Masona, se encuentra orando en la cripta de Santa Eulalia. Ha pedido que no se le molestase, a no ser que fuera el enviado del rey —dijo un monje joven, mientras nos acompañaba hacia la entrada de la basílica, un poco asustado por la compañía de nuestra escolta.

La puerta estaba completamente cerrada, pero él sacó al instante una enorme llave del bolsillo de su túnica. A todas luces, no era una casualidad que Masona nos esperase en la cripta. Las noticias corrían como el viento en aquella ciudad y habrían alertado los oídos de mi antiguo amigo. Había decidido prepararnos un encuentro teatral, dramático, escénico. Como el de las ceremonias que, al parecer, había estado protagonizando en los últimos tiempos.

Gaudila y yo, en completo silencio, atravesamos el pequeño atrio de entrada y, por el pasillo central, nos acercamos a las escaleras que descendían hacia el lugar sagrado. El túmulo seguía tal como yo lo había conocido: una pequeña estructura de piedra o templete acogía la tumba de la santa niña, iluminado por varias lucernas en la entrada, y rodeado por un pavimento ya muy desgastado por los pasos de los continuos visitantes. A nuestro alrededor, solo había tumbas, tumbas y más tumbas.

Allí, de rodillas, hincando sus huesos directamente sobre el

enlosado, rezaba mi viejo amigo. A pesar de que nuestras pisadas debían de haber resonado en el silencio funerario de aquel lugar oscuro y frío, Masona no se volvió. Seguía en posición orante, con el rostro encarado hacia la oquedad que se abría en el túmulo martirial. Pero su voz se escuchó clara, diáfana, poderosa:

—Os esperaba, amigos.

Masona deslizó la palabra «amigos» con un tono irónico que no nos pasó inadvertido. Gaudila y yo nos miramos. Sabíamos para qué estábamos allí, y nos habían elegido, precisamente, porque habíamos sido sus amigos. Teníamos una misión que cumplir; o, mejor dicho, dos.

Y yo estaba decidido a no perder mucho tiempo.

Deseaba regresar cuanto antes a Toletum, y me había dado cuenta de ello en el penúltimo escalón de la cripta, cuando ya atisbaba el titileo de las luminarias. Porque, a veces, algo que jamás hubiéramos pensado que nos fuera a resultar fácil decidir, aparece ante nosotros diáfano, claro, evidente. Y así sucedió, porque supe en ese mismo instante que no deseaba estar allí por más tiempo; que, en cuanto cumpliese con mi cometido, intentaría no regresar a Emérita jamás.

—Lo imaginaba. Es difícil sorprenderte, al menos aquí, en tu ciudad.

—¿Qué quieres decir, Sergio?

Gaudila, claramente descolocado por mi reacción y desafío, abrió los ojos de tal manera que parecía que se le fueran a caer al suelo.

—Que aquí en Emérita es difícil que se mueva una mosca sin que tú te enteres —tragué saliva y engolé la voz—. Recuerda, mi viejo amigo, que Leovigildo tiene el poder de exiliarte. De arrancarte de esta cripta, de tu silla episcopal, de tu *episcopium*.

Gaudila contuvo la respiración. Solamente se escuchaban las gotas de cera que, después de acariciar las rebabas superiores de las velas, caían sobre las losas y las lápidas.

Masona se levantó con la ayuda de Gaudila. A pesar de su corpulencia, que mantenía intacta, los años y las preocupaciones

habían avejentado a aquel muchacho resuelto que me salvara tanto tiempo atrás.

—Vaya, vaya —comentó, como si me leyera el pensamiento—, veo que no queda nada de aquel chicuelo amedrentado por Antestio. Sergio, ¿me estás amenazando?

—No. Y no lo haría nunca. Solamente he de avisarte de algo que el rey, que como bien sabes está presente en la ciudad, puede decidir en cualquier momento.

—Masona, creo que debes escuchar a Sergio… —intervino Gaudila en un tono conciliador.

—Eso hago —contestó el obispo, haciéndonos gestos para que lo acompañásemos a una zona libre de sepulturas.

—Si quieres salvar todo esto —abrí los brazos, como abarcando toda la cripta, y luego los extendí hacia la techumbre, que era, a su vez, el suelo de la basílica—, debes hacer un esfuerzo. Leovigildo desea un acercamiento. Lo que se aprobó hace dos años en el sínodo de Toletum representa, por primera vez, la posibilidad de una unión, de una eliminación progresiva de las barreras entre católicos y arríanos. Una única Iglesia cristiana en el reino. Las reliquias de Eulalia brillarían como nunca antes, y además tendrían todo el apoyo del rey. Y de su hijo, llegado el caso.

—¿Unión? ¿En la herejía arriana? ¿Me estás pidiendo que renuncie a nuestras creencias? Perdona, me corrijo: a las mías, quiero decir, puesto que ignoro cuáles son ya las tuyas. —Masona, indignado, dirigió la mirada hacia la angosta entrada del túmulo de la santa—. ¡Nunca! ¡Escúchame bien, Sergio! ¡Escúchame, te digo! ¡Nunca jamás permitiré que la mártir pase a manos herejes!

Miró entonces al suelo, como arrepentido por haber levantado la voz en lugar sagrado.

—Sergio tiene razón, Masona. Debes reflexionar —susurró Gaudila.

—Seguidme.

—¿Adónde vamos? —preguntó el *comes*, ya completamente desorientado.

—A la calle. Fuera de aquí. No pretenderéis que discutamos en

suelo sagrado.

Gaudila y yo asentimos y lo seguimos hasta el exterior del complejo monástico. Los escoltas, que nos aguardaban pacientemente junto al monje joven que nos había abierto, parecieron bastante extrañados al vernos salir y observar que no íbamos a tomar las cabalgaduras, sino que habíamos decidido salir del monasterio caminando. Nos emularon, aunque a unos veinte pasos de distancia.

De repente, Masona se detuvo y alzó la vista hacia las murallas de la ciudad. Desde nuestra posición, se percibía perfectamente el aumento de la vigilancia en las puertas. El *rex Gothorum* y su hijo se encontraban dentro.

—Podemos hablar aquí o, si lo deseas, vamos a mi residencia. Allí está Leovigildo. Acaso no estaría de más un encuentro con él —propuso Gaudila a Masona sin muchas esperanzas.

En el mismo instante en el que Gaudila habló, entendí por qué me habían encomendado aquella misión. Masona no cedería un ápice ante el rey. De hacerlo, sería conmigo; por más que precisamente fuera yo el primer convencido de que ni siquiera de ese modo se avendría.

—Habéis tomado la ciudad —habló en plural, pero se dirigía a mí—. No, no iré al encuentro del pérfido hereje. En eso, tiene razón el bienaventurado Leandro de Híspalis. En sus cartas mencionaba que Hermenegildo, a diferencia de vuestro Leovigildo y vuestro Recaredo, ha sido un valiente. Él ha abrazado nuestra fe y la va a defender con la espada. Las tropas imperiales que Constantinopla tiene en las costas lo van a ayudar. No lo tendréis tan fácil como pensáis.

—Bueno, pareces muy seguro —contesté, moderando el tono—. Te propongo, una vez más, que lideres una nueva época, unos puentes de unidad —recordé las imágenes simbólicas de Recaredo—. Leandro está en Constantinopla, intentando sin duda que el nuevo emperador Mauricio apoye a Hermenegildo, como hasta ahora había estado negociando con su antecesor, Tiberio. Estamos a tiempo de evitar una guerra.

—Emérita no tiene capacidad militar para levantarse contra Leovigildo, eso lo sé. —Masona miró a Gaudila, que permanecía en silencio—. Pero que el mismísimo rey haya venido hasta aquí simboliza que ha, digamos, tomado la ciudad. Y así pasará a la Historia, estoy seguro de ello. En realidad, Sergio, la guerra ya ha empezado. Y lo ha hecho aquí, en Emérita.

—No será igual más al sur. —Gaudila se decidió a intervenir. Habíamos vuelto a caminar y, al acercarnos a las puertas de la ciudad, podíamos ver con claridad a los soldados que habían reforzado la vigilancia habitual—. Leovigildo y Recaredo tendrán que conquistar los dos enclaves principales, Híspalis y Corduba, que ya se han declarado en rebeldía. Y se logrará.

Con la certeza de la negativa de Masona, me despedí de él y, acto seguido, pedí al *comes* que diera orden a los escoltas para que nos trajeran las cabalgaduras: nos dirigíamos a la *domus* de Pomponio y de Elia.

Esperaba, con todas mis fuerzas, que fuera el último encuentro.

38

La misma escolta que nos había acompañado a Santa Eulalia nos acompañó a la *domus* de Pomponio sin perder detalle.

A nuestro paso, los viandantes, en su mayoría artesanos del vidrio, de la cerámica, de las telas más diversas, campesinos de todo tipo que pretendían colocar sus productos en la capital de Lusitania, se apartaban como si fuéramos un cortejo infernal, una embajada del diablo.

El rey de los godos estaba en la ciudad, y a quien escoltaba el *comes* del rey en Emérita debía de ser alguien muy importante. Y mejor estar lejos de él.

Aún mantengo en la retina la mirada de una joven que, con su hijita, que no tendría más de cinco o seis años, acudía con unos estrechos fardos repletos de pequeños vasos acristalados, protegidos por madejas de pajas sumamente amarillentas. Supuse que el padre se encontraría en el taller, apurando su trabajo. La niña me miró con unos ojos casi tan vidriosos como todo aquello que transportaba con dificultad.

Y fue entonces cuando escuché la dulce voz de su madre, que aún siento como un punzón en mi conciencia.

—¡Sshhh! Vamos, hija, cuidado. Son gentes importantes, del rey, vamos.

* * *

Todo estaba previsto. Hasta el más mínimo detalle. Gaudila había hecho bien su trabajo. Al llegar a la *domus* de Pomponio y de Elia, los sirvientes nos dieron paso de inmediato.

Gaudila dio orden expresa a nuestra escolta para que nos acompañase hasta el interior. Toda precaución era poca. La rebelión de Hermenegildo, unida al apoyo de Masona, podía incentivar los resentimientos entre algunos *domini* romanos e, incluso, entre ciertos *nobiles* godos. Y Gaudila, a la vista estaba, se había convertido en un *comes* especialmente cauteloso, además de cortés. Fue él quien se encargó de las presentaciones y de armonizar el inicio de la conversación, regado con buen vino de la Tarraconense.

Pomponio había cambiado bastante. Seguía manteniendo, eso sí, su aire refinado y la complexión musculada. Pero lo encontré prematuramente avejentado, ligeramente encorvado, y su rostro, inexpresivo, tenía las ojeras marcadas y los pómulos hundidos. El cabello, como antaño, lo llevaba recortado al máximo, formando una suerte de fina pátina de polvo grisáceo.

—¡Eres muy bienvenido a mi casa, Sergio, orgullo de Emérita, sabio y noble consejero del gloriosísimo rey Leovigildo y de su hijo Recaredo! —se deshizo en elogios—. Es una lástima que no hayamos coincidido en esta nuestra ciudad, porque tu sabiduría hubiera iluminado mi juventud y la de mis familiares. Sí sé que has coincidido algunas veces con mi esposa, Elia.

Apenas había tenido tiempo de preparar con Gaudila aquella entrevista, pero daba toda la impresión de que Pomponio desconocía la auténtica «amistad» que nos había unido a su esposa y a mí. Y tampoco sabía que yo sí lo había visto a él. En una ocasión: en el luto que invadió la *domus* en la muerte del padre de Elia. Miré alrededor, estudiando todos los rincones de la gran sala comedor de la antigua *domus* de Modesto. Elia no había aparecido.

—Sergio, aquí nuestro amigo Claudio. Es uno de los *domini* más pujantes de Emérita, con patrimonios dispersos por toda Lusitania y algunos incluso en la Bética —Pomponio, sin duda bien aleccionado previamente por Gaudila, hizo la presentación.

Claudio era más joven que Pomponio. De cuerpo bien

proporcionado y cabellos ondulados, su rostro, pálido pero agradable, apenas presentaba arruga alguna. No era la suya una palidez lívida, fría o casi inhumana, sino que producía ternura e, incluso, atracción.

—Es un honor conocerte —comenzó Claudio, tomando una bola salada de carne de cerdo triturada y fría de una bandeja—. Hasta mis oídos han llegado tus gestas nada menos que en la mismísima Toletum como consejero del rey y, especialmente, de su hijo Recaredo.

—Bueno, Claudio, soy un hombre de Emérita, como tú. Como Pomponio, como Gaudila… —Miré a mi amigo godo—. Yo creo que esta misma representación, por muy pequeña que sea, avala la idea de unidad y de concordia que pretendemos.

—No soy de la misma Emérita, sino que nací y me crie en una de las propiedades que mis padres, ya fallecidos, poseían hacia el oeste, en el camino a la Lusitania más occidental y próxima a la costa. Pero mi familia tenía bienes aquí, y durante generaciones pertenecieron a la curia local, al *senatus* de Emérita —aclaró Claudio.

Asentí para agradecer la explicación. Sin duda alguna, Claudio pertenecía a una de las familias más ricas de toda Lusitania, y eso justificaba su estatus en la capital a pesar de su juventud.

—No ha sido concordia lo que Leovigildo ha practicado con nosotros, los católicos —repuso Pomponio de un modo reticente.

—Lo reconozco. Tienes razón, Pomponio —empleé un tono dulce después de beber un sorbo de vino que, cumple decirlo, estaba extraordinario—. Ha habido demasiadas purgas entre los nuestros. Y digo «entre los nuestros», porque, aunque sea miembro de la corte, soy católico y romano. No soy godo —respiré profundamente antes de deslizar la idea que deseaba que calase entre los presentes —: Gaudila sí lo es. Es godo, y sin embargo está aquí con nosotros. Las diferencias entre romanos y godos, entre católicos y arríanos, deben concluir.

»Hemos de empezar un tiempo nuevo, una época novedosa, de unidad, de entendimiento. Una nueva Hispania. ¡Una Spania del

reino godo! Sí, Pomponio —lo miré con actitud de entendimiento, y me pareció que me correspondía—, de concordia. Vosotros, los grandes *domini* de Lusitania, debéis ser de los primeros en apoyar al rey, en no movilizar a vuestros *serví* ni a vuestros mercenarios; a nadie. Que lo hagan, si quieren, los de Híspalis y los de Corduba. Vosotros, no. Debéis ser más inteligentes. Estad al margen. Y llegará vuestro premio —me detuve en los ojos de Claudio, atento.

—Sergio tiene razón —intervino Gaudila—. Hemos de tener cuidado, además. Sé perfectamente que algunos *nobiles* godos estarían dispuestos, llegado el caso, a proponer una alternativa.

—Hablas de otro *rex* —sentenció Claudio con una seguridad pasmosa que me sorprendió sobremanera—. ¿Has pensado en alguien en concreto? ¿Sabes algo?

—No —contestó Gaudila con gesto sombrío—. Pero siempre puede ocurrir. Entre los nuestros, no es extraño. Acordaos de lo que ocurrió con Agila aquí mismo, en Emérita. —Su gesto preocupado me hizo pensar que se acordaba de su padre, Teodulfo—. Y, antes, en otros lugares, con otros reyes. Ha hecho bien Leovigildo en traer una parte de sus hombres.

—Todo esto que estáis diciendo abona lo que propone Sergio —dijo Pomponio, haciendo gestos ostensibles para que sus sirvientes nos dejaran a solas—. ¡Ah, por cierto, amigo! —Pomponio engoló el tono para dirigirse a mí—. Mi esposa, Elia, me ha rogado que tanto Gaudila *como* tú la disculpaseis. Al parecer, no se encuentra bien. Le ocurre a veces, sufre dolores de cabeza muy intensos. Uno de mis sirvientes tiene conocimientos y está cuidándola. Por supuesto, Claudio, también te presenta sus disculpas, aunque a ti te ve con más frecuencia.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Elia no había querido verme.

—Los magnates godos —Gaudila me sacó de mis pensamientos—, aquí en Lusitania y en el resto del reino, no moverán un solo dedo. Al menos, mientras no sientan atacados sus intereses —aclaró.

—Mmm —murmuró Claudio, pensando en voz alta—, o mientras no tengan un candidato que crean que puede ganar en

estas tormentas internas.

—Si te refieres a la guerra contra Hermenegildo, no creo que dure mucho —comentó Pomponio con aparente seguridad.

* * *

Me di cuenta de que Gaudila no había exagerado con Claudio: era sumamente hábil, intuitivo y resuelto. Un buen punto de referencia, además del mismo Pomponio, entre los *domini* romanos de Lusitania. Y enseguida creí que podríamos contar con él.

Más me preocupaba el comentario sobre los magnates godos. Sí, era consciente de que algunos de ellos permanecían silentes, agazapados, a la espera de los acontecimientos en el sur. Que Leovigildo hubiera «tomado» la ciudad era una prueba de fuerza, pero eso no quería decir que algún poderoso noble no estuviera dispuesto, ante un momento de dificultad, a postularse como candidato a la realeza.

Así había sido hasta entonces la historia de los godos. Y yo no veía el motivo para olvidarla.

—Creo que haríamos bien en vigilar a la aristocracia, Gaudila —hice partícipe de mi preocupación a mi amigo mientras cruzábamos el portón principal de la antigua *domus* de Modesto. La charla se había alargado en exceso: las primeras sombras de la noche acechaban la ciudad—. Tú los conoces bien. Habla tu amigo Sergio, pero, en este asunto en concreto, lo hace también el consejero real —dije en tono solemne.

—Por supuesto. Así será —contestó Gaudila—. Habla tu amigo, pero también el *comes* de Emérita.

Comenzaba yo a sonreír, agradecido por la disponibilidad de mi viejo amigo, cuando la vi. En realidad, solamente la intuí. Era una sombra más, pero nos aguardaba en la abertura de un callejón junto a la entrada de la casa, a nuestra izquierda. Pese a ir cubierta por un manto fino y una larga capucha que le ocultaba el rostro, sin duda

era ella. Elia.

Gaudila se percató al momento y, tras agarrarme del brazo con fuerza, como para transmitirme su comprensión, desapareció por las callejuelas, haciendo gestos a los escoltas para que lo siguieran a él y me dejasen a solas.

—Mi sirviente ocupa mi puesto en el cubículo. A veces, una tiene que confiar en los demás. Sobre todo, si están a su servicio —susurró. El tono de su voz no había cambiado mucho, a pesar de los años—. Ven.

Ignoraba cómo hubiera reaccionado yo, tiempo atrás, ante semejante proposición. Aunque, en cierto modo, hoy tengo la impresión de que, a su manera, ya me había propuesto algo similar en otros momentos. Y de que no fui capaz de seguirla.

«Ven».

Miré a mi alrededor, como temeroso, yo, el consejero áulico del reino godo. Hoy, al recordarlo, me siento ridículo, pero examiné todos los lados antes de acercarme a la boca oscura, negra, tenebrosa, de aquel callejón. Sentía miedo, porque Elia había salido a hurtadillas de su propia casa para verme.

—Elia… —fue lo único que fui capaz de decir.

Con los ojos clavados en mí, se llevó sus manos blancas, que contrastaban con unas uñas coloreadas en tonos azulados, hacia los plisados de la capucha y la plegó hacia atrás. A pesar de la oscuridad, pude comprobar que en su pelo, el registro enmarañado de sus bucles oscuros que tanto me fascinaba, brillaban ya algunas canas. Aun así, seguía radiante, preciosa.

—Veo que te va todo muy bien —susurró.

Se llevó de nuevo las manos a la capucha. Esta vez, para volver a proyectarla hacia su rostro. Como si desease ocultarlo de todo y de todos. Pero no de mí, porque se acercó más.

Por un instante, tuve la impresión de que me iba a besar.

—Hasta siempre, Sergio.

Y, antes de que me diera cuenta, se perdió en el fondo del callejón.

Desorientado, perdido en mis dudas, en mis miedos, en el

desconcierto, alcancé la residencia de Gaudila.

39

Regresamos a Toletum con premura. Leovigildo quería estudiar con sus comandantes las futuras operaciones en el sur, pero con la certeza de que lograba congregar a la mayor parte de su *exercitus*. Y este debía contar con los apoyos de los magnates godos de otras partes del reino, en especial de la Tarraconense. Preveía lanzar una ofensiva inmediata contra los cuarteles generales de Hermenegildo en el valle del Baetis, para, así, no dar que hablar sobre su viaje a Emérita.

Una vez en la corte, olvidadas ya las incomodidades del viaje, se me exigieron los resultados de mis gestiones con Masona y con Pomponio. En esencia, eran dos. Primero: debíamos contar con Claudio, pues podía ser relevante para sostener el apoyo de los *domini* ante la veleidad de cualquier noble godo. Semejante contradicción, el apoyo de la aristocracia romana frente a la goda, o a una parte de esta, era algo en lo que el rey y su hijo parecían particularmente interesados; sin duda, eran los puentes de los que hablaba Recaredo. Segundo: Masona no cedería. Jamás.

Ante mi contundente explicación, Leovigildo decidió tomar cartas directamente en el asunto. Ordenó que un correo saliese de inmediato hacia Emérita. Gaudila debía permanecer en la ciudad para mantener la situación bajo control, mientras que algunos de sus soldados capturarían a Masona y lo traerían a la corte.

* * *

Varias semanas después, Masona compareció en Toletum. Le dieron un cubículo apropiado, sin lujos pero digno, y un sirviente a su disposición. En cuanto entró en la ciudad regia, Leovigildo me pidió que le hiciera yo una visita para intentar atemperarlo. La recepción oficial, puesto que se deseaba escenificar que no venía como preso, estaba prevista para la mañana del día siguiente.

Encontré a Masona especialmente cansado. A todas luces, el viaje no le había sentado bien, aunque no parecía que fuera únicamente por eso.

—¿Qué vais a hacer? ¿Ejecutarme al amanecer?

Me lo soltó así, de sopetón. Y, a juzgar por su expresión tensa, verdaderamente pensaba tal cosa. Masona tenía las ojeras más pronunciadas que la última vez que lo había visto. La rigidez de los músculos de su cara, así como la ira y el miedo, a la par, que proyectaban sus ojos, no engañaban. No exageraba. En absoluto.

—Eso no va a ocurrir.

—¿Estás en disposición de asegurármelo?

—Sí —mentí.

—No lo creo —se incorporó del camastro e hizo un gesto al sirviente que le preparaba un recipiente con agua tibia para sus pies. Este marchó a sorprendente velocidad—. Te conozco bien, Sergio. Para los demás, podrás pasar por un consejero regio implacable. Para mí, sigues siendo aquel chaval al que tuve que salvar varias veces. Y no me fío. No creo que seas capaz de controlar esta situación. El rey me va a ejecutar, o, si no, me ofrecerá muchos *solidi*, me bañará en oro, para que condene mi alma al arrianismo. El resultado será el mismo. Soy demasiado importante como para dejarme ir. No permitirá que regrese a Emérita. Y tú no podrás hacer nada por impedirlo.

Acusé el golpe. Masona sabía dónde atacaba. Conocía los puntos débiles de mi alma, y yo ignoraba si estaba dispuesto a transitar por todos ellos. Quise desbaratar cualquier estrategia premeditada y decidí, contra mi natural, golpear.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo voy a interceder por ti?

Salí del cubículo sin despedirme.

Esa noche no pude pegar ojo.

* * *

La sala de recepciones había sido preparada con antelación. Las órdenes de Leovigildo eran que solamente él, su hijo, Masona y yo mismo estuviéramos presentes. Formalmente, se pretendía que fuera eso, la recepción a un prelado; en ese caso, además, godo, por más que fuera católico. En la práctica, yo sabía que se trataba de un interrogatorio o, como mínimo, la intentona por parte del rey de convencer a un líder eclesiástico católico.

Lenguas de luz tenues y estrechas se proyectaban por los ventanales, que iluminaban directamente el estrado. Allí habían colocado un *solium* para Leovigildo. No hubo protocolo de entrada a la sala, sino que llegamos cuando el rey y su hijo ya estaban dentro, contra la costumbre. Uno de los guardias había venido a buscarme.

En el corredor que daba a la puerta de la sala, me encontré con Masona, custodiado nada menos que por cuatro soldados. Mi antiguo amigo me miró con desdén.

Recuerdo hoy con amargura cómo Masona quiso que nuestro primer cruce de argumentos —puesto que ya era eso lo que había comenzado— estuviera envuelto en la más pura, directa y contundente displicencia.

Leovigildo había dispuesto que entrásemos los dos juntos. Eso mismo ya era un mensaje inicial antes de que comenzase la recepción o la contienda, que de ambas cosas se trataba. Pretendía hacer ver al obispo más importante de toda Hispania que su antiguo amigo no era, dentro de aquellos muros, más que él. Que entrar a la par podía, de hecho, suponer una suerte de eco de la vieja amistad, y con tal cosa el rey deseaba doblegar a Masona.

No hubo ningún tipo de cortesía o protocolo. Ninguno. Leovigildo levantó la mandíbula para expulsar a los guardias. Y, desde el principio, no se anduvo por las ramas.

—Masona, dilectísimo obispo de Emérita —la voz del rey resonó extraña, como metálica. Me fijé en que, aquella mañana, parecía particularmente frágil, bastante más de lo habitual—, eres muy bienvenido en esta casa, y no deseo perturbarte ni ocupar tu tiempo más de lo debido. De hecho —carraspeó— he de anunciarte que mi intención es que, en cuanto acabe esta audiencia, regreses a Emérita.

Masona trató de no mudar el semblante, pero no lo consiguió del todo: una luminosidad repentina mostró su sorpresa y alegría.

—Es grato escuchar semejantes palabras, señor —habló bajo, controlando su gozo—, puesto que he sido conducido aquí contra mi voluntad. Hacéis esto a un siervo de Dios, y de Dios debéis temer el castigo a semejante afrenta —pronunció con gravedad.

—No es eso, precisamente, lo que quisiera escuchar —replicó Leovigildo. Recaredo permanecía sentado un poco más atrás, silente, con la mirada clavada en mí—. Deseamos que entres en razón. Hace dos años hemos dispuesto, hemos dispuesto… —Pareció como si Leovigildo fuera a quedarse sin voz, y se volvió bruscamente, buscando a Recaredo—. Hijo, hemos dispuesto…

—Puentes, padre —contestó este secamente, con una expresión severa.

—Eso es, puentes. Hemos dispuesto puentes entre vosotros y nosotros. Y tú, como godo que eres, de estirpe noble, además, deberías colaborar con semejante causa.

El rey estaba visiblemente fatigado. Intuí que la noche debía de haber sido difícil para él. Si Masona aceptaba el reto, muchas piezas de las iglesias católicas de toda Hispania se desplazarían en un sentido similar. Además, a esas alturas, las *ecclesiae* católicas disponían de extensísimos patrimonios, que incluían tierras, rentas, ganados, campesinos dependientes, siervos y esclavos. Había mucho en juego.

—Señor, tienes razón —contestó Masona, adoptando una actitud sumisa que me sorprendió por completo—. Soy godo de origen y, como bien dices, de familia aristocrática… Y, después de todo, tú eres el *rex Gothorum*, eres mi rey…

—¡Se trata, obispo, de que no lo sea solamente de los godos! Llevo en torno a una década conquistando territorios en todas las regiones de Hispania. —Leovigildo endureció su semblante y pareció recobrar fuerzas—. Me queda solamente ese infame reino de los suevos y expulsar a lo que queda de las tropas imperiales. Y, claro está, vencer a mi hijo —una sombra se apoderó de su rostro.

Recaredo apretó los labios y frunció el ceño. Entendí, pues su mirada continuaba puesta sobre mí, que demandaba mi intervención.

—Masona, viejo amigo —comencé—, permíteme que apele a nuestra amistad prístina —me di cuenta, en cuanto pronuncié las primeras palabras, que mi voz sonaba engolada, ahuecada, falsa—. Lo que es primordial que comprendas, si nuestro amado *rex* me lo permite —Leovigildo asintió con un claro gesto de aquiescencia—, es que estamos en una nueva época —recordé de nuevo aquella conversación con Recaredo, que asintió complacido a mis palabras —. En cuanto el *rex Gothorum* y su *exercitus* cumplan sus objetivos, se abrirá un nuevo horizonte. Me refiero, Masona, al de un reino amplísimo que comprenderá Hispania y el sur de Galia. Pronto, los suevos serán un recuerdo, como lo es ya la hostilidad de numerosas ciudades y territorios al poder del reino.

—Vaya, vaya, veo que tienes la lección bien aprendida, Sergio. Sigue, sigue —deslizó Masona con indisimulada amargura.

—En esa nueva época, amigo, ya no habrá lugar para las diferencias religiosas. El rey ha comprendido, cosa que el futuro le agradecerá eternamente, que ya no merece la pena purgar a más prelados de nuestra fe, que él mismo es cristiano. Y que lo que hemos llamado siempre arrianismo no es sino una versión un tanto diferente de lo que los que nos llamamos católicos creemos. Esos puentes, Masona, han de ser transitados. Te pido, apelando a tu inteligencia, a tu capacidad para comprender lo que nos rodea y, sobre todo, a nuestra antigua amistad, que seas tú el primero que lo haga —Por un momento, deseé avergonzarme de mi doblez y de mi servilismo, pero hacía tiempo que eso había dejado de importarme.

—Señor —dijo Masona sin tan siquiera mirarme—, ignoro

cuánto habrás pagado a este lacayo tuyo o si solamente alimenta su felonía la promesa de seguir viviendo, oferta que sin duda le habrás hecho, pero has de saber que en modo alguno abandonaré la fe que Teodosio impuso hace dos siglos. —Levantó la mirada hacia los ventanales, como buscando inspiración en la luz exterior—. ¡No! ¡No seré nunca un pérfido arriano, como todos los que están presentes en esta sala!

Hubo un silencio. Plomizo, extraño. El que provoca la reacción a lo inesperado.

—Puede que no fuera necesario semejante paso, prelado —tomó la palabra el rey, que, de nuevo, físicamente parecía a punto de desvanecerse, aun cuando mantenía su mente fresca—. Me conformaría con que, simplemente, accedieses a entregar a este rey y a este reino el control de los santos lugares de Emérita. Sin violencia. —Hizo una pausa—. Hace tiempo que he comprendido, al escuchar voces más jóvenes que la mía —miró a Recaredo, que, a su vez, hizo lo mismo conmigo—, que las reliquias de los mártires tienen, a veces, más poder que la espada. Entrégame, sabio obispo —Leovigildo dulcificó de tal modo la voz que me trajo a la mente nada menos que los seductores bisbíseos de Jana—, entrégame, digo, la basílica de Santa Eulalia. Ofréceme en señal de buena voluntad la túnica de la mártir y el control de su santuario.

Observé con atención la reacción de Masona. Su expresión se trocó, su cuerpo entero se convulsionó como si fuera a entrar en erupción como un volcán. Los ojos le centelleaban y de ellos emanaban furia, resquemor e ira. Abrió los brazos, y sus manos, antaño poderosas, daban la impresión de querer volatilizarse ante nosotros.

—¡Has de saber, rey pérfido, que jamás te entregaré el santuario de nuestra santa! Y tampoco la túnica que reclamas. Imaginaba algo así, y me alegra contarte que la quemé. Mezclé sus cenizas con agua e ingerí tan sagrada pócima, que ahora se halla en mi estómago. —Se señaló su escuetísima barriga.

—No me dejas otra opción, pues, que no sea el exilio, prelado. Te confinaré en un monasterio y perderás tu dignidad episcopal —

contestó Leovigildo con un calculado aplomo, no exento de enojo.

De inmediato, a una nueva palabra del rey, unos soldados entraron en la sala y se llevaron a Masona. Leovigildo me hizo un gesto para que lo acompañase, seguramente con la idea de buscar un último arrepentimiento.

Cuando Masona se vio rodeado de los esbirros, ya en el corredor, tras caminar diez o quince pasos, se volvió hacia mí.

—Sshhh, acércate —susurró, levantando las cejas.

Entendí su mensaje: deseaba que les ordenase que se apartasen un momento, lo necesario para que pudiera hablarme al oído.

Así lo hice, con la esperanza y el deseo de que Leovigildo estuviera en lo cierto con la posibilidad de un cambio repentino en Masona.

—Escucha, lacayo de ese pérfido rey arriano —su susurro cayó sobre mí como una losa de realidad—. No puedo mentir sobre la reliquia de nuestra mártir. Es cierto que la tengo en el estómago.

—¿Qué… qué quieres decir?

Me percaté de que, repentinamente, Masona había cambiado de rictus. Una sonrisa siniestra, como venida de otro mundo, se había apoderado de su expresión.

—Que la escondí debajo de la mía propia: los pocos retales que quedan de la túnica de la mártir están escondidos bajo mi túnica. Los llevo conmigo porque estaba convencido de que ese hijo del diablo intentaría o que yo se los diese o que sus soldados los buscasen en la cripta. Nunca estarán en manos arrianas.

Fue entonces, solamente entonces, cuando una duda pasó por mi mente. Con una sola palabra, estaba completamente seguro, podría cambiar la situación. Si yo hubiera intervenido en favor de mi amigo, recurriendo a cualquier argumento político, a la conveniencia de mantener una postura flexible hacia él, Masona no hubiera sido exiliado.

Pero no lo hice.

Y aquella sonrisa fue determinante para que yo no cambiara de actitud en aquel corredor.

Guardé silencio. Y, mientras Masona desaparecía por el fondo

del corredor, custodiado por los guardias, sentí un escalofrío.

No era el escalofrío por el miedo o la pena, tampoco por pesar. Era el escalofrío del placer. Sentí placer; el que proporciona la victoria. Había triunfado sobre mi viejo amigo.

Así que guardé silencio y saboreé mi triunfo.

Tercera parte

¿Triunfo?

40

Primavera del 586

Tras el exilio de Masona, un tal Nepopis ocupó su lugar como obispo católico de Emérita. Leovigildo ya había recibido algunos informes sobre él, que se me habían escamoteado con la excusa de que bastante me había implicado ya en el asunto de Masona.

Naturalmente, intuí la mano de Antestio en la cuestión de los informes. Pero, a esas alturas, no deseaba apurar, y mucho menos enmendar, lo que ya se había hecho con mi antiguo amigo. Por más que intentase convencerme de que aquello me era ajeno y de que Masona no había sido exiliado por mi culpa, no pude conseguirlo. Porque, realmente, yo sí había tenido mucho que ver.

Pero, pasado el tiempo, Masona, como sucediera con otros clérigos purgados en el reino, regresó a su sede. Su exilio se dio por concluido. Y se rumoreaba que el mismísimo Leandro había vuelto de Constantinopla a Híspalis. De ser así, los dos obispos más influyentes de la Iglesia católica de Hispania estarían de nuevo al frente de sus cátedras episcopales, dispuestos a retomar sus liderazgos.

Entretanto, Leovigildo se centró en vencer a su hijo mayor, y finalmente Hermenegildo fue derrotado en las plazas más importantes del sur: Híspalis y Corduba. Esto supuso el control completo del valle del Baetis y, salvo las posiciones de los imperiales en la costa, el afianzamiento definitivo del reino en la Bética. Además, llegó la anexión del reino suevo del noroeste, lo que

permitió que Toletum tomara el control de la Gallaecia. Y Recaredo, por su parte, comandó con éxito una campaña por el sur de Galia, en la Septimania, para enfrentarse con el rey de Burgundia, que supuso a su vez afianzar nuestras posiciones en el sur galo.

Después de su captura en la Bética, Hermenegildo había sido desterrado al este, a Valentía. Más tarde, Recaredo se lo llevó en su campaña gala. Según conocí con el regreso victorioso de la expedición, Hermenegildo fue ejecutado en Tarraco.

En busca de alianzas con los reinos francos merovingios, se pactó la boda de Recaredo con la princesa franca Rigunta, pero finalmente no se celebró. No sería la última vez que ocurriera algo semejante. Recaredo estaba muy unido a una dama, Bado, de quien se sospechaba que tenía orígenes ajenos a la tradición nobiliar. No podría haber desposorio, pero aun así se impuso el deseo de Recaredo, y la pareja tuvo un hijo, a quien pusieron de nombre Liuva, como el hermano de Leovigildo.

* * *

El rey se encontraba moribundo. En los últimos tiempos, su habitual aspecto frágil se había transformado en mórbido. Las campañas en el sur, contra su hijo, y en el noroeste, para vencer a los suevos, habían terminado por doblegar sus fuerzas.

Recaredo mandó que me llamasen, y me aguardó en una estancia previa al cubículo del monarca, en la que un trasiego de sirvientes y gentes de conocimiento intentaban no tanto ya curar a Leovigildo como aliviar su sufrimiento con bebedizos y emplastos.

Recaredo, sentado hasta entonces en un pequeño taburete, con la mirada perdida y los ojos llorosos, se incorporó nada más verme.

—Sergio, mi padre se muere.

—¿Dónde están Bado y Liuva? —Repentinamente, sentí inquietud por la muchacha y por el bebé.

—Adivino… —superó con dificultad el sollozo—, adivino lo que estás pensando. Están a buen recaudo. He seleccionado a veinte guardias de mi confianza que los custodian en los *suburbia*. Ni siquiera tú vas a saber dónde se encuentran.

—Haces bien. Es una sabia decisión —intenté tranquilizarlo.

—Yo tampoco me fío de la arpía de Gosvinta y de esos clérigos que están ahora mismo con ella. Desea influir en mi boda, mover sus fichas en Austrasia y volver a colocar a su linaje. Pero eso, Sergio, no sucederá jamás.

—¿Cómo está el rey? —pregunté sintiéndome un tanto idiota.

—Creo que no pasará de esta misma tarde. No puedo quitarme de la cabeza, Sergio, que… la muerte… de… —volvió a sollozar.

—De Hermenegildo. Sí, puede que lo haya afectado. Pero tu padre ya estaba muy débil desde tiempo atrás, amigo mío —fue la primera vez que me dirigí así a Recaredo—. Y la campaña del noroeste ha terminado por restarle las fuerzas que le quedaban.

—La muerte de Hermenegildo —pareció como, si al haber mencionado yo el nombre de su hermano muerto, Recaredo hubiera recuperado su serenidad— ha supuesto un mazazo tremendo. Para él y para mí.

—No lo pongo en duda, no lo pongo en duda… —Le tomé las manos, y él agradeció mi gesto atrevido con una débil sonrisa—. ¿Es cierto, por tanto, lo que se cuenta? —Miré sus ojos vidriosos y su gesto apesadumbrado y me armé de valor para continuar—. ¿Ordenaste su ejecución a manos de ese Sisberto? Ese nombre corre de boca en boca.

Recaredo se tensó al momento y se soltó de mis manos. Parecía tratar de contener la ira. Y, si fue así, la controló, porque al poco respiró y volvió la calma.

—No tuve otra opción. Era un mal necesario —confesó, pronunciando unas palabras tan graves con una parsimonia sorprendente—. No creas que no me cuesta noches de insomnio. Y dolores de pecho, y de alma.

Asentí. El rumor era cierto. Mientras buscaba en mi interior una respuesta, no pude evitar pensar en mi antiguo maestro Faustino y

en los volúmenes que con tanto esmero custodiaba. ¿Qué lugar ocuparía en esa y en otras bibliotecas del futuro semejante asesinato? ¿Se harían eco de tal atrocidad las crónicas? Si así fuera, Recaredo quedaría como un personaje siniestro y la posteridad lo juzgaría con dureza. O, acaso, quedaría en el olvido. Seguramente todo dependía de lo que ocurriera a la muerte de Leovigildo.

Moví la cabeza y, dejando a un lado cualquier consideración moral, lo tomé de las manos de nuevo.

—Has de encontrar consuelo en que estás convencido de que obraste conforme a justicia. Hermenegildo se había levantado en armas contra su propio padre.

La guerra había sido un desgaste para el reino, pero también para la familia. Para el primero, no solo por las batallas y las pérdidas de hombres, sino también por la financiación. Lino había tenido que movilizar hasta al último agente de su *fiscus* para recaudar las treinta mil monedas de oro que Leovigildo había entregado a los imperiales para que no apoyasen a Hermenegildo. Y, luego, la derrota del hijo y del hermano, la ausencia de perdón alguno, fue un golpe duro para Leovigildo y Recaredo.

Hoy, tantos años después, me pregunto cómo no intercedí por aquel desdichado, conducido a la muerte por el ansia de poder de unos y de otros. Hubiera sido mi tarea, como hombre de Dios, tratar de evitar su ejecución.

Pero no lo hice. E incluso justifiqué ante su hermano, su asesino, aquella atroz decisión.

Recaredo llevó sus manos a mi pecho y me colocó con delicadeza las palmas sobre la túnica. Y fue entonces cuando, por primera vez, vi en él una mirada inescrutable, fría, blanquecina.

—Te agradezco tus palabras de ánimo, Sergio de Emérita —afirmó calmo, con un aplomo extraño—. Después de todo, también en eso eres un excelente consejero.

—¿A… a qué te refieres, señor? —Opté por el tratamiento correcto.

—A que tú sabes mucho de los cadáveres que fabrica el alma.

Me sorprendió que mencionara una frase que yo me decía a mí

mismo una y otra vez.

41

La mirada de Recaredo se había tornado triste, melancólica, casi al mismo tiempo que me acababa de demostrar su agudeza para comprender el espíritu, las vanidades, las debilidades, las ambiciones.

Me hizo un gesto inequívoco para que lo acompañase a la habitación donde yacía el rey. Dos sirvientes le trataban con delicadeza las calenturas.

—Salid, os lo ruego. —Las palabras de Recaredo sonaron más a ruego que a orden. Los sirvientes agacharon la cabeza y salieron con celeridad.

Leovigildo era casi un cadáver, tan demacrado aparecía. Habían colocado unos almohadones para que permaneciese medianamente erguido sobre la cama, pero el cuerpo parecía no querer sino hundirse en ellos. A los lados caían dos brazos inermes que más bien se asimilaban a dos cañas alargadas y pálidas.

Impresionado por ver así al conquistador de tantas ciudades y regiones de Hispania, al nuevo arquitecto del reino de los godos, volví la mirada hacia su hijo. Lloraba. Y, pese a que nunca me habían permitido entrar en la intimidad de su relación como padre e hijo, entendí que el amor entre ellos era sincero.

—¿Con… con quién… estás? —acertó a decir el rey, con voz temblorosa.

—Con Sergio de Emérita —contestó Recaredo, enjugándose las lágrimas—. Le he pedido que viniera.

—Ha… has hecho bien, hijo.

—Lo sé, padre.

Leovigildo, para mi sorpresa absoluta, se incorporó ligeramente. Todos los huesos se le marcaban en la fina túnica de lino blanco que le habían colocado a modo de una suerte de mortaja adelantada. Con dificultad, logró clavar la mirada en mí, y yo temblé al ver que sus pupilas se diluían en el ojo: eran dos esferas blancas clavadas en mí.

—Ser… Sergio —Leovigildo levantó con dificultad la mano derecha y movió muy lentamente, hacia sí mismo, los huesudos dedos. Me acerqué hasta agacharme para poder escuchar nítidamente sus susurros. Una vez más, volvió a sorprenderme, puesto que habló como milagrosamente recuperado—. He de pedirte algo, Sergio de Emérita.

Le tomé la mano derecha. El tacto era, más que rugoso, duro, anguloso, casi metálico.

—Desde luego, eres *dominus noster*, ordéname lo que desees.

—Guía sus pasos —dijo, señalando con la izquierda a Recaredo, cuyas mejillas volvían a bañarse en lágrimas—. Terminad lo que empecé. Haz lo que sea. Pacta, si es necesario, con ese Leandro de Híspalis. Ya cursé órdenes secretas para que le hicieran saber que podía regresar de Constantinopla y es probable, incluso, que ya esté en Hispania. Supongo que a estas alturas es consciente de que el Imperio no hará nada por él. Pacta con Masona también si es necesario; también a él le he permitido regresar a vuestra ciudad. Que ese Leandro haga con mi hijo, el único que me queda —una sombra se apoderó de sus ojos vacuos, que quedaron engullidos por la niebla de la pesadumbre—, lo que hizo con el que ya no tengo. Unid mireino definitivamente y superad la división de credos arrianos y católicos.

Al pronunciar esta última frase, la fuerza de su voz, la capacidad para reincorporarse sobre los almohadones, la energía de su última orden, todas esas cosas desaparecieron.

Y también la vida.

Leovigildo murió con mi mano sobre sus falanges apuntadas, blancas, afiladas.

* * *

Recaredo lo había escuchado todo. Me incorporé de mi postura forzada junto a la cama del difunto y me volví hacia él. Sin darme cuenta, me entregué al atrevimiento y le di un sentido abrazo, que pareció agradecer, porque apretó los brazos contra mi cuerpo.

Cuando nos separamos, me coloqué a los pies de la cama y comencé a orar por el difunto. Recaredo me imitó. Después de unos instantes de silencio, cerré la puerta del cubículo, que permanecía abierta. Se escuchaba en el corredor el murmullo de sirvientes, cortesanos y, por supuesto, guardias. Aún nadie sabía que Leovigildo acababa de fallecer. Y quería estar un instante a solas con el nuevo rey antes de que corriese la nueva.

—Recaredo —agaché la cerviz—, tú eres ahora nuestro único *dominus noster* y *rex Gothorum*, en Hispania, o Spania, y en Galia. Tu padre me ha confiado una misión, y tú has sido testigo de su orden.

—Así es, Sergio. —Recaredo no dudó al responder—. Mi padre te ha pedido que me ayudes. Y el próximo paso, a estas alturas, no ha de ser otro que mi conversión, primero, y del conjunto del *regnum*, después. Abandonaremos el arrianismo, y será para siempre. Cimentaremos esos puentes de los que tanto hemos hablado tú y yo. Y los cimentaremos bien.

—Señor… —era consciente de la gravedad, de la importancia, de lo que Recaredo acababa de decir—. Mi rey, tu conversión al catolicismo, la del reino entero, sería la manera perfecta de pactar con los obispos católicos y con las aristocracias irredentas. No habría excusa religiosa alguna para oponerse a tu reinado.

—Debes ayudarme, Sergio.

—Iré a Híspalis —osé proponer, creyendo leer sus pensamientos —. En cuanto ese Leandro haya regresado de Constantinopla, si es que no lo ha hecho ya, me veré con él para…

—No —me cortó, tajante. Por un momento temí no haber captado bien sus intenciones, pero no era así—. Irás de inmediato.

Partirás en cuanto los magnates principales me reconozcan como *rex* y se haya celebrado el *funus* de mi padre. He guardado silencio delante de él. Como de costumbre, estaba en lo cierto. Leandro ya ha recibido su perdón y, en cuanto le llegó el correo, el tipo se movió muy rápido… He sabido que ya está en Híspalis. Sí, Sergio, irás para allá. De inmediato.

42

El *funus* de Leovigildo y el reconocimiento de Recaredo como nuevo *rex Gothorum* se desarrollaron sin problemas. Cierto que bastantes *primates* residían ya en Toletum, pero los más relevantes de ciudades como Tarraco, Caesaraugusta, Emérita, incluso de las hacía poco controladas Híspalis y Corduba, entre otras, llegaron con prontitud a la sede regia.

Pocas semanas después, yo ya estaba en Híspalis. Tenía muy claro lo que me había llevado hasta allí. Las palabras del moribundo Leovigildo habían sido clarividentes y diáfanas. Y, después de todo, no quedaban lejos de lo que aquella noche tiempo atrás hablamos Recaredo y yo: los puentes, la nueva época, Virgilio.

Leandro había sido convenientemente avisado de mi llegada por los heraldos reales, y me recibió al instante en su *domus episcopalis*. Me pareció ostentosa, más que la de Emérita, a pesar incluso de las inversiones de Masona en los últimos tiempos. Achaqué el despliegue de cortinajes, telas revestidas de hilos de oro, pinturas exóticas en los corredores del patio interior y la gran cantidad de sirvientes a la riqueza de la *ecclesia* hispalense y a la condición portuaria de la ciudad. El río Baetis seguía siendo, casi como en tiempos romanos, vía de penetración directa de toda clase de mercancías y, junto a Tarraco, uno de los enclaves con más denso tráfico comercial.

Fui alojado en una estancia de ambiente exquisito y prolija decoración. La habitación, más grande incluso que la que disfrutaba en el *palatium* de Toletum, estaba amueblada con maderas nobles y

disponía de cuidada iluminación, alimentada tanto con lucernas cerámicas de finísima ornamentación, sobre platillos de oro, como con candelabros de plata. El oro, o al menos ciertos hilos, destacaba en los cortinajes.

Enseguida, un sirviente vino a avisarme: Leandro de Híspalis me esperaba en el patio.

Me sorprendió que el prelado no me convocase en su despacho o en sus estancias personales, sino en el espacio central al aire libre.

—Noble Sergio de Emérita, es un honor recibirte en esta humilde morada.

Ante mí abría los brazos el *episcopus* de Híspalis, como queriendo abarcar el conjunto de sus dominios. Era un hombre algo mayor que yo, con densos cabellos grises que, formando nudos concéntricos, rodeaban la tonsura.

—Dilecto y amado Leandro, obispo de Híspalis, el honor es mío, y mi agradecimiento es profundo. A modo de prueba, te ruego que aceptes los presentes que he entregado a tus sirvientes a mi llegada. Proceden, directamente, del *palatium* real y contienen, a su vez, los deseos de paz, entendimiento y buena fe del gloriosísimo Recaredo, *rex Gothorum*, cabeza del *regnum* en Spania y en el sur de Galia —opté, tal y como había hablado con mi rey, por un saludo extremadamente protocolario. Debía quedar claro, desde el primer momento, que mi posición era cimera en el reino y que mi palabra era palabra regia.

—Acepto gustoso, aun sin verlos aún, los presentes que tan generosamente me has traído, Sergio de Emérita. Y el primer mensaje que imploro que traslades a nuestro rey —hizo hincapié al pronunciar «nuestro»— es que le agradezco su disposición para que ejerza, de nuevo y tras estos años en Constantinopla, mi sagrado ministerio en esta ciudad.

Incliné la cabeza en señal de reconocimiento. Con habilidad, matizando y seleccionando el lenguaje para reconocer como suyo a Recaredo, Leandro demostraba inteligencia. Asumía también su derrota, la catástrofe que había supuesto su apoyo a Hermenegildo, la conversión de este al catolicismo al margen del deseo de su padre,

la movilización militar, la misión en Constantinopla para lograr el apoyo imperial… Todo había sido un rotundo fracaso.

A su lado, había un joven de unos veinte o veintipocos años con asombroso parecido a Leandro. También tenía los nudos concéntricos curiosamente dispuestos, aunque de color castaño claro y brillantes, con la intensidad que solamente proporciona la juventud.

—Me es muy grato presentarte… —inició Leandro.

—A tu hermano Isidoro —me adelanté enseguida, para que, desde el principio, además de mi posición política superior, fuera consciente de que el reino había hecho sus deberes y de que nuestros agentes funcionaban. Que Recaredo estaba allí presente a través de mí y yo manejaba la información—. Sabemos todo de ti, Leandro; de vosotros. —Miré al joven Isidoro, que abría los ojos impelido por la sorpresa—. Nada escapa al conocimiento de nuestro *rex*. Vuestra familia procede de la Cartaginense. A consecuencia de la ocupación militar imperial, y luego por la revuelta de Atanagildo, hallasteis un buen lugar en esta ciudad. Sé, querido y joven Isidoro —me dirigí al muchacho— de tu capacidad de trabajo, de tu brillantez como estudiante en la escuela episcopal que este edificio alberga. Dicen algunos informes que no se ha conocido a nadie capaz de igualar tu sabiduría a tu edad. —Entonces fui yo quien abrió los brazos, imitando el gesto de Leandro—. Sí, también es un honor conocerte, joven Isidoro.

El joven asintió muy lentamente, en señal de reconocimiento y de respeto. Me pareció que daba muestras de control de sí mismo, precisamente después de escuchar el halago con el que le había interpelado. Halago basado en memorias certeras que procedían de nuestros agentes en monasterios e iglesias de Híspalis, además de las que nos habían hecho llegar algunos nobles romanos y godos de la ciudad. Al parecer, el joven apuntaba maneras no vistas hasta entonces. Aunque la mocedad aún podría hacerle perder el rumbo. Tiempo habría de comprobar si esa sombra podría llegar a ser tan alta, o no. Por el momento, supo no responder salvo con ese leve gesto de agradecimiento. Claramente, habría aprendido las entrañas

del poder y la política a la sombra de su hermano, al menos hasta que este se marchó a Constantinopla. Pero algo me decía que, quizá, era menos impetuoso.

—Hemos dispuesto espléndidas viandas para ti, noble consejero del nuevo y gloriosísimo rey. Pero, antes de degustarlas juntos, he querido que nos viéramos aquí, en este patio y rodeados de este peristilo. —Una vez más, Leandro abrió los brazos, como poseyendo el conjunto que nos rodeaba.

—Me parece buena idea, obispo —le dije, en un tono distante muy intencionado.

—Es la manera de evitar oídos indiscretos —apuntó Isidoro en un susurro acompañado de un ademán suave y amable.

Me fijé en él. La expresión corporal del muchacho era más relajada que la de su hermano, que me resultaba ufana, orgullosa, la de alguien acostumbrado a mandar.

—Bien, Sergio de Emérita —dijo Leandro, que hizo un gesto para indicarnos que nos sentáramos en los bancos de piedra, recubiertos de cojines de telas agradables al tacto, que rodeaban la pequeña fuente, cuyo sonido recurrente había acompañado nuestro saludo—, como bien dice mi hermano —había cierto retintín en su mención, y pensé que tal vez no le había sentado nada bien la intervención de Isidoro—, aquí estamos a salvo de oídos indiscretos. Pero nosotros somos, precisamente, todo eso, Sergio, oídos. Habla, pues.

Miré a nuestro alrededor. Era el peristilo mejor cuidado de los que yo había visto nunca. El jardín estaba salpicado con llamativas flores que aprovechaban, en algunos casos, o padecían, en otros, la calidez del final de la primavera hispalense. El verano llamaba a la puerta, pero aún no había entrado. Decenas de clérigos, sirvientes, repartidores de víveres y de provisiones diversas y muchachos que se educaban en la escuela dependiente de la cátedra episcopal caminaban con velocidad, como hormigas en hileras por los enlosados perfectamente escuadrados del corredor porticado.

—Dilecto Leandro —decidí dirigirme exclusivamente a él, aunque me esforcé por fijar mi mirada en Isidoro en algunos

instantes—, quiero reiterarte mi agradecimiento por tu amable recepción, que se acrecienta y se extiende a tu actitud con respecto a la situación actual. Nuestro gloriosísimo rey, Recaredo, ha decidido perdonar tus, digamos, «implicaciones» —pronuncié la palabra con parsimonia, para dejarle claro que no era más que alguien perdonado por el rey—, de tal modo que cuenta contigo. —Hice una larga pausa, que aproveché para observar de nuevo el ajetreo en el corredor del peristilo. Luego sonreí a Isidoro y adopté un gesto serio para concentrarme en el rostro hierático de Leandro—. Tanto es así que quiere que ayudes en el inicio de una nueva época. Sí, una nueva época. Te anuncio solemne y, al tiempo, secretamente, que Recaredo va a convertirse al catolicismo.

Deslicé la última frase en voz muy baja. Por un lado, para evitar a toda costa cualquier posibilidad, por muy complicada que fuera donde nos encontrábamos, de que mis palabras llegasen a oídos ajenos. Por otro, porque deseaba enfatizar la idea en los oídos que sí me interesaban: los de Leandro. El obispo, implicado previamente en la conversión de Hermenegildo al catolicismo, en la revuelta, en la búsqueda de apoyos en Constantinopla, podía lograr el apoyo de muchos otros colegas suyos. Incluido Masona.

Leandro e Isidoro se miraron entre sí en silencio.

La tensión me devoraba por dentro mientras el tiempo parecía haber quedado colgado de un balcón invisible. Del acierto o del error de su respuesta dependería el futuro de las nuevas generaciones.

Leandro, consciente a su vez de la importancia de lo que iba a decir, tragó saliva.

—Sergio de Emérita, hablas con propiedad y con sabiduría. Seré claro: muchos han sido los problemas entre mi persona y el padre del actual rey, y con él mismo. De hecho, ha habido una guerra. —Para mi sorpresa, tomó mis manos con un ademán ceremonioso que, por un instante pasajero, me resultó falso y artificioso—. Pero creo llegado el momento de cerrar las heridas. Sé, por lo que tengo entendido, que hablar contigo es como hacerlo con el mismísimo *rex Gothorum*. Y aquí tienes mi respuesta: Recaredo, apoyo tu decisión,

y también apoyaré la extensión de la misma a todo el reino. Recaredo, gloriosísimo rey, has de ser el conquistador de nuevos pueblos para la Iglesia católica. —El prelado me apretó aún más las manos—. Lleva, Sergio de Emérita, lleva cuanto antes estas palabras al rey.

43

Toletum, 587

Mi informe satisfizo a Recaredo. Leandro era la pieza que le faltaba para conseguir lo que su padre le había encomendado antes de su último suspiro.

En una ceremonia privada y sin ostentación de ningún tipo, en el baptisterio de la iglesia catedral de Santa María, Eufemio bautizó a Recaredo en el rito católico, junto a Bado y al pequeño Liuva. Y luego, también de un modo íntimo, se celebró el matrimonio entre Recaredo y Bado.

Ayudé al rey a redactar un texto brevísimo en el que hacía constar que él mismo, personalmente, había asumido la fe del concilio de Nicea convocado por Constantino, la que había impuesto después el emperador Teodosio. Ya formaba parte de lo que se había dado en llamar «catolicismo», universal, para todo el mundo, y abandonaba el arrianismo que los godos habían profesado desde sus tiempos del paso del Danubio, con la esperanza de que pronto se le uniera el reino en su totalidad. Y para ello anunciaba la celebración de un magno concilio en los próximos meses, al que debían asistir todos los obispos, católicos y arríanos, donde estos últimos, así como los nobles godos, deberían abrazar el catolicismo.

El documento fue copiado con celeridad en la cancillería del *palatium* y enviado por doquier. Todos los *comités* de las ciudades del reino lo recibieron, con la orden expresa de transmitir su contenido tanto a godos como a romanos, obispos y clérigos católicos y

arrianos.

Unas semanas después, todo aquel que era alguien en el *regnum Gothorum* sabía que su *rex* se había convertido al catolicismo. Y que pronto lo haría el conjunto del reino.

* * *

Recuerdo muy bien que fue en una de aquellas mañanas, antes de la boda católica de Recaredo y Bado, recién enviadas las primeras copias a los *comites*, cuando el rey reclamó mi presencia para que lo acompañase a visitar a Gosvinta.

La vieja reina continuaba encerrada, pero no aislada, en sus aposentos del *palatium*, que asomaban a los riscos sobre el río. Vigilada por la guardia, sí, pero con permiso para enviar y recibir correos, en su mayor parte de ancianos magnates que habían apoyado en su día a Atanagildo y, después, a Leovigildo.

Mientras caminábamos por palacio, Recaredo no podía evitar una sonrisa de triunfo, la misma que mantenía desde que regresé de Híspalis con las buenas nuevas sobre Leandro. Porque se había jugado un reino. No tanto porque Recaredo se convirtiera, sino porque Leandro, símbolo de la aristocracia romana y católica de Hispania, había asumido que fuera el rey quien liderara, con su apoyo, semejante proceso. Y ese era el motivo de la sonrisa perenne de Recaredo. Sabía que había ganado.

—Es la hora de esa bruja —susurró el rey sin levantar la mirada de las losas del corredor externo que antecedía a los aposentos privados de Gosvinta y de su numerosísimo servicio.

—No sería inteligente eliminarla —me atreví a sugerir—. Has ganado la partida. No moverá a ningún otro candidato. Es más, creo que deberíamos rehabilitar de algún modo a ese Uldila; podríamos darle la posibilidad de que, como los demás prelados arríanos, se convierta en el concilio.

—Mmm. —Recaredo se detuvo, miró a ambos lados y, con un

gesto despectivo de su mano derecha, ordenó a los guardias que se alejaran—. Tienes razón. De hecho, no pensaba matarla. Solamente quiero mostrarle mi triunfo. En cuanto a lo otro, como tú veas. Ese Uldila no es ningún peligro… Como Suna de Emérita y los demás, deberá rechazar el arrianismo en el concilio.

—Haremos de ti, señor, y permíteme que recupere el tratamiento, un nuevo Constantino —le dije, engolando mi voz—. Hablaré con Leandro y con otros obispos católicos como él y prepararemos esa magna asamblea: la Historia hablará de ella como de la de Nicea. Serás, de veras, un nuevo Constantino.

—Es una buena idea, Sergio, es una buena idea —afirmó, visiblemente satisfecho.

Los aposentos de Gosvinta estaban compuestos por media docena de habitaciones. Había diseñado sus estancias ella misma en los días en los que se asentara en la ciudad con Atanagildo. De eso hacía más de veinte años. Los pequeños cubículos del servicio, la estancia para su diminuta cancillería privada, que Leovigildo consintió, y que Recaredo no había cerrado, se comunicaban con su estancia personal.

Gosvinta había envejecido mucho, pero seguía siendo la misma que durante algo más de tres décadas había estado en la cresta de la ola del reino, primero con Atanagildo y luego con Leovigildo. A su lado, el obispo arriano Uldila le mostraba unos documentos, a los que Recaredo no prestó atención alguna. Sin embargo, yo traté de curiosear su contenido, pero desde donde estaba me resultó imposible. Por si acaso, el zorro de Uldila los guardó en una bolsa de cuero que tenía a sus pies.

La reina había perdido cualquier atisbo de su belleza anterior, aquella que me había impresionado la primera vez que la vi, en su viaje a Emérita. Las arrugas remarcaban su aspecto enfermizo, y por un instante me recordó al de Leovigildo poco antes de que este se recogiera en su cubículo, en la antesala de la muerte. Sin embargo, su voz sonó poderosa:

—El hecho de que esté poco menos que enclaustrada no excluye que sepa algunas cosas. Y vienes a restregármelas —espetó.

Recaredo esperaba una actitud semejante, yo estaba convencido de eso, pero me di cuenta de que deseaba haber sido él quien hubiera iniciado la conversación.

—Seré muy breve —atajó—. Bien sabes de mi conversión al catolicismo; eso no es ya ninguna noticia. Pero vengo a comunicarte otra cosa.

—Mi ejecución —dijo la vieja reina y, al sonreír, mostró su boca sin dientes. Uldila trataba de imitarla, con cierta dificultad, y yo percibí su miedo.

—No. Siento decepcionarte —replicó Recaredo con gesto altivo, y buscó con la mirada la puerta que acabábamos de franquear, dejando claro que deseaba abandonar aquella estancia cuanto antes —. Bien sabes que, al poco de ser nombrado rey, proclamé públicamente que te reconocía como madre. Sería muy feo matar a una madre, ¿no crees?

Me di cuenta de que los incisivos del rey asomaban de tal manera que acompañaban con una suerte de siniestra sincronía a su comentario irónico.

—Di, di de una vez lo que tengas que decirme, hijo de mala madre. ¡Ya hubieras querido haber salido de estas entrañas! —Gosvinta se señaló los pliegues de la túnica bordada en hilos de oro, que se montaban a sí mismos una y otra vez ante la ausencia de cuerpo al que acoger.

—Pasaré por alto tu comentario —asomaron aún más los incisivos entre los labios de Recaredo—. Solo quiero decirte que he cursado misivas a todos los *comites* del *regnum*.

Gosvinta mudó el gesto. De repente, fue como si todas sus fuerzas desaparecieran por completo.

—Eso quiere decir… —bisbiseó.

—Eso quiere decir que esto no es una decisión personal. Lo ha sido solo hasta que he decidido remitir este documento a mis *comités*. En breve, todas las ciudades del reino sabrán que su rey se ha convertido, y que el reino lo debe hacer igualmente con él. Voy a convocar un gran concilio aquí, en Toletum, como un nuevo Constantino —me miró con aire de suficiencia, demostrando que

había asumido mi idea—. El reino en Spania y en lo que nos queda de la Galia será católico.

Uldila clavó sus ojos en mí. Si se pudiera dibujar con perfección el odio, un retrato de aquel hombre en ese *mismo* instante hubiera sido la mejor de las ilustraciones.

Nos marchamos sin despedirnos. Mientras atravesábamos el corredor principal del *palatium* a un paso acelerado, parecía como si Recaredo estuviera preocupado por algo.

—Tengo la impresión de que algo te preocupa… —me atreví a decir, aminorando el paso—. ¿Acaso temes algún movimiento de Gosvinta o de Uldila?

Se tomó su tiempo. Recuerdo que me sonrió. Aún tengo grabada en mi mente la expresión con la que acompañó su respuesta. Era muy diferente a la que había mostrado hacía solo unos instantes en las estancias de la reina. Me dedicó una sonrisa de confianza.

—No —contestó—. Prepara ese concilio, Sergio. Prepáralo.

44

Toletum, 587-588

Durante unos meses, me enfrasqué en la preparación del concilio. Se celebraría en la iglesia de Santa María, consagrada de nuevo al catolicismo. Su obispo, Eufemio, también había sido rehabilitado por Recaredo y, aunque su papel, en la práctica, iba a ser menor, no dejaba de ser el prelado titular de la sede donde se iban a reunir no menos de seis decenas de colegas suyos, a los que acompañarían varias decenas de magnates godos, una pequeña selección de *domini* romanos y algunos abades. En total, en torno a ciento cincuenta o doscientas personas. Eufemio se encargaría directamente de las cuestiones de protocolo de los obispos.

En su calidad de jefe del *fiscus*, Lino se afanó en la búsqueda de fondos para financiar los transportes y el mantenimiento de los asistentes. La ciudad iba a ser un hervidero de idas y venidas, y sabíamos que también acudirían al panal de rica miel buhoneros, comerciantes, prostitutas, ladronzúelos…

Pero lo importante era la plasmación definitiva de la unión del reino en el catolicismo. Por fin yo habría cumplido mi misión y, si todo salía bien, deseaba solicitar a Recaredo mi retiro. Pensaba recluirme en algún lugar cálido y costero. Tal vez en la Tarraconense; acaso en alguna delas *villae* que el *fiscus* regio controlaba en los *suburbia* de Tarraco.

Pero todo se trastocó.

Cuando creemos que nuestros planes están bien encaminados,

suele suceder lo más inesperado. Y así fue.

Recaredo me avisó con urgencia.

—Me temo que habrás de ordenar a Eufemio que detenga los últimos preparativos del concilio.

No supe reaccionar. Permanecí en silencio, sosteniendo la triste mirada de Recaredo, intentando a la vez repasar mentalmente las eventualidades que podían explicar sus palabras. Pero solo conseguí soslayar una única posibilidad: el rey se echaba para atrás en su decisión.

Recaredo estaba visiblemente apesadumbrado. Bado, a su lado, lo miraba en silencio. Desde que se celebrara el matrimonio, lo acompañaba siempre; una vez asentado en el trono, Recaredo dejó claro que deseaba tener a su esposa y a su retoño junto a él. Bado era una dama de impactante estatura y cabellos claros que contrastaban con unos extraños ojos oscuros.

—¿Qué sucede? —me decidí a hablar—. ¿Acaso renuncias a tu decisión?

—No, en absoluto —me tranquilizó—. El asunto es, si cabe, más complicado. De haber sido lo que dices, tú mismo podrías haberme convencido de lo contrario. No, no es eso, Sergio. —Una sombra se apoderó de su rostro y me traspasó con la mirada.

—Díselo —intervino Bado con voz suave—. Puede que nuestro futuro, pero sobre todo el de Liuva, dependa de este hombre.

Y entonces lo intuí. El futuro de su familia. Tal vez preveía una traición, o, peor, un movimiento que había cristalizado ya en un levantamiento armado. Y, si el rey me había llamado con tanta urgencia y Bado ponía sobre mis hombros semejante responsabilidad, el destino me llevaba a Emérita.

—Emérita. Un levantamiento en Emérita —susurré con un temor difícilmente controlable.

—Sí —confirmó Recaredo con ademán abatido—. Pero Gaudila es leal. Tanto es así que ha sido él quien me ha alertado. Te he hecho llamar en cuanto he recibido su correo. Afortunadamente, no se ha levantado aún la ciudad. Pero, al parecer, sí hay una conjura o, al menos, Gaudila tiene sospechas, pero no ha querido manifestarlas

por escrito.

—Reclama mi presencia…

—No, simplemente se limita a informar. Al parecer, se han dado algunos movimientos extraños en las últimas semanas, a partir de que llegara la noticia de mi conversión. Gaudila cree que puede ser solo una confabulación eclesiástica. Ha hablado con Masona, y este está, por lo que nos cuenta, bastante desconcertado. Se imagina que pueda ser Suna, el arriano, quien esté intrigando… Y, como es de esperar, se pone a mis órdenes para lo que yo decida. ¿Qué debo hacer? Pensaba ponerme al frente del *exercitus* y…

—¡No! ¡En modo alguno! —exclamé con convencimiento—. No debes exponerte. Permanece, si me permites que te lo ruegue, aquí, en *palatium*. Aumenta la vigilancia en todas las vías que dan acceso al centro de Hispania, incluyendo las del noroeste. Mantén segura esta zona. Por lo que dices, Gaudila ha detectado a tiempo el problema. Allí, con la guarnición será suficiente… Si Gaudila tiene razón, es cosa mía. Creo que puedo neutralizar a Suna. Y, si es necesario, sabiendo como saben que soy tu emisario, tengo facultad para ordenar que se detenga a quien sea menester. Llegado el caso de un peligro cierto, puedo utilizar los excelentes correos de los que dispone Gaudila para reclamarte una expedición armada. Pero, por el momento, es mejor lo que te propongo. Créeme.

—¡Bobadas! —Recaredo recurrió a su vieja muletilla—. Pero tienes razón, como casi siempre.

* * *

Aquella noche no pegué ojo. Regresaba a Emérita.

Lo que pudiera encontrarme me provocaba un desasosiego mayúsculo. Enfrentarme otra vez a Suna, aunque en este caso con la intención de abortar su movimiento, me desorientaba. Las noticias de la conversión del rey y la próxima celebración de un concilio habían provocado la ira de los arríanos. Y dudaba de si Suna era

consciente de que se arriesgaba mucho al enfrentarse con Recaredo. Mucho.

Y eso era precisamente lo que me desorientaba.

45

Salí hacia Emérita con las primeras luces del día siguiente. Mi séquito, por petición propia y con toda la intención, era exiguo. Deseaba que, al llegar, quedase clara la confianza del rey. Si hubiera acudido acompañado por una columna del *exercitus*, se hubiera podido olfatear la debilidad del rey. Aun así, Recaredo me obligó a aceptar la compañía de cuatro guerreros, que regresarían a Toletum en cuanto yo entrara sin problemas en Emérita.

Habíamos cursado aviso de mi llegada en un correo urgente, con cambios de las mejores cabalgaduras en las postas, que llegaría a Emérita uno o dos días antes que yo. El rey me había dado órdenes precisas. La primera: debía detener la conjura, tuviera el calado que tuviera. La segunda: pretendía dar un nuevo impulso administrativo a la vieja provincia de Lusitania, como ya hacía en otras zonas de Hispania. Para ello, debía yo elegir al *dux*, que estaría al frente de la misma desde ese momento. Su candidato era Gaudila, pero dejaba a mi criterio la decisión final. Mi palabra era la suya, y la guarnición local debía obedecer al *comes* de la ciudad, por supuesto, pero este estaría bajo las órdenes directas del *dux*. Si nombraba a Gaudila, debía proponer a un sustituto suyo como nuevo *comes*.

Así debía ocurrir en cuanto yo, gracias a los poderes que el rey me había firmado, lo designase. Recaredo quería tener controlada no solo la ciudad, sino la provincia al completo. Y el nombramiento de un *dux* al frente suponía colocar allí los ojos y la voluntad del rey.

No hubo preámbulo ni protocolo. Esta vez, no se dieron manjares, vinos o exquisiteces, y mucho menos meretrices. Gaudila

había dado orden a la guardia de que me condujeran inmediatamente a su presencia, y ya me aguardaba en su sala de recepciones. Solo permitió que nos trajesen una jarra de agua y unas pastas saladas.

—Ordenaré que te sirvan como te mereces, pero eso será esta noche. Ahora tenemos que hablar. Pensaba que Recaredo iba a enviar a alguien de menos nivel. No hacía falta que vinieras tú —dijo en un tono tranquilizador.

—Eso suena bien, quiere decir que la cosa no es tan grave. El rey está asustado. Los planes son, o eran, claros.

—La celebración del concilio general del reino —afirmó Gaudila con seguridad.

—Eso es. Pero tu misiva lo ha paralizado todo. Por lo tanto, no debe de ser un episodio menor. Habla, amigo mío. Me temo que hay algo que no mencionaste en tu informe, y me gustaría que fueras sincero —intenté que no sonase a una orden ni a una amenaza.

—Vaya, vaya, veo que tu olfato sigue intacto. El mismo que te llevó lejos de aquí, ¿eh? —sonaba a reproche, pero Gaudila me sonreía abiertamente—. No digo nada que no sea verdad, Sergio.

—Cierto. —Para entonces, yo ya había asimilado que la vanidad y la ambición me habían alejado de Emérita: de Gaudila, de Masona… y de Elia.

—Bien, te haré un resumen. Lo que mencioné en la misiva, por supuesto, es lo esencial. He detectado ciertos movimientos, reuniones, conciliábulos, que no me gustan un pelo. Siendo un momento tan delicado, consideré oportuno hacérselo saber al rey.

—Suna.

—Suna, sí.

—Adelante —lo animé.

—La decisión del rey va a suponer que los obispos arríanos pierdan todo su poder. Incluso aunque se conviertan al catolicismo, nadie garantiza que vayan a seguir en sus sedes, entre otras cosas porque en la mayoría de las ciudades, por no decir en todas, hay también un obispo católico. Yo imagino que eso ya lo habríais previsto…

—Sí —contesté con confianza.

—Mi temor es que no se trate solamente de una oposición aquí, sino que todas las iglesias arrianas se opongan a la decisión del rey. Y que eso…

—Y que eso —interrumpí a mi amigo— arrastre a algunos nobles godos a que, incluso, armen a sus milicias. Semejante decisión debilitaría al reino; no a las tropas que dependen directamente del rey, pero sí a las que nutren su *exercitus* con las milicias privadas de los magnates. Sería, en la práctica, otra guerra civil.

—Excelente diagnóstico, amigo mío —dijo Gaudila, mientras me servía agua en una copa de vidrio amarillento y ricamente ornamentado con pequeños delfines.

Me fijé en que todos los delfines se dirigían en una misma dirección, salvo uno de ellos, que parecía querer tomar una línea ascendente. Tal vez el artesano había querido plasmar una personalidad fuerte, el momento en el que, a veces, alguien quiere salir del grupo. ¿Era eso lo que pretendía Suna o había algo más? ¿Estábamos Gaudila y yo en lo cierto?

—¿Has hablado con Masona? —dudé al hacer la pregunta, por si a Gaudila le parecía demasiado estúpida—: ¿Y con el propio Suna?

—Sí. Masona está convencido de que es solamente una protesta retórica, meras reuniones de clérigos arríanos y algunos magnates descontentos, pero poco más. Suna, por supuesto, lo niega todo. Dice que, llegado el caso, cooperará y que, si se convoca ese concilio, acudirá y abjurará del arrianismo.

—Bueno, quizá sea cierto… —dije sin mucho convencimiento —. En cualquier caso, hablaré con ellos, por ese orden, hoy mismo —suspiré. Deseaba con todas mis fuerzas que todo fuera una elucubración; que, en realidad, no hubiera sucedido nada y todo estuviera bien.

Pero intuía que no era así.

46

El mínimo refrigerio que me ofreció Gaudila fue más que suficiente. Con el agua y las pastas saladas, recobré la energía para dar el siguiente paso. Ya daría cuenta de la excelente cena que mi amigo me había prometido.

Además, la preocupación me atormentaba. Necesitaba hablar con Masona. Aun cuando el hecho de pensarlo me agitara sobremanera.

No necesitaba escolta alguna, ya había despedido a los soldados que me acompañaban, pero Gaudila había dado una orden tajante: el enviado del rey Recaredo no podía pasear por Emérita sin tener asegurada su integridad física.

Las cosas estaban revueltas, y no había opción para el riesgo. Así que me presenté en la puerta principal del complejo episcopal con cuatro soldados de la guarnición emeritense.

La *domus episcopalis* y su entorno seguían creciendo. Se habían adosado al menos dos o tres *domus* más de los alrededores, y numerosos clérigos, sirvientes, *pueri*, y también presbíteros y diáconos, deambulaban entre una casa y otra.

Debía de ser el mayor complejo, o uno de los mayores, de toda Hispania, pensé. Quizá las ornamentaciones áureas del hispalense fueran más ostentosas, pero la magnitud del de Emérita era el trasunto de lo que verdaderamente suponía: el centro de poder del episcopado más rico del reino.

La tarde había avanzado, aunque aún no había llegado el ocaso.

Masona me estaba esperando. Tenía la misma mirada vigorosa

de siempre, y la tensión de su cuerpo reflejaba su energía vital, pero se le habían pronunciado las ojeras aún más que la última vez y vi un cierto ademán de desánimo en su expresión corporal.

—Como puedes imaginar, sé a lo que vienes.

No hubo ningún tipo de saludo. Masona no estaba dispuesto a otra cosa que no fuera el mero y escueto tratamiento de lo que me había llevado hasta allí.

—Lo supongo. Necesito información —dije en tono frío y distante, acorde al suyo—. Quiero saber si lo que ocurre es solamente la resistencia de Suna y los suyos a la conversión del rey y a la inminente del reino.

—Vienes como la cara y ojos de Recaredo, Sergio. Deberías estar mejor informado y no depositar tus esperanzas en este humilde, viejo e indultado prelado.

—Comprendo tu ironía… Y sí, es cierto que el rey te ha perdonado. De hecho, podría haberte ejecutado por apoyar a su más acérrimo enemigo, por más que este fuera su propio hermano.

—No hiciste mucho por mí.

—No me lo pediste.

Se hizo un silencio largo, pesado, frío. Nos miramos, y comprendimos que la ruptura entre nosotros venía de lejos y que, probablemente, ninguno de los dos éramos capaces de ubicar el momento exacto en que se produjo.

—Bien. Te diré lo que sé —dijo al fin—. Suna no está solo. No es una mera protesta religiosa, una amenaza eclesiástica. Hay reuniones extrañas.

—¿Cómo lo sabes?

—De algunas me he enterado por los *pueri* y los diáconos, que tienen conocidos entre el escasísimo clero arriano, y hay rumores. De otras, por Pomponio y Claudio. Deberías hablar con ellos también.

—¿Quiénes se están reuniendo?

—No sé quiénes son, pero mi conclusión es que Suna se está viendo con romanos y godos. Y todos ellos tienen, como sabes, milicias. No me extrañaría que la violencia fuera una opción.

No contesté. Me limité a digerir con paciencia lo que Masona me estaba contando. No tenía mucho tiempo y debía entrevistarme con Suna. Casi ni nos despedimos.

Yo tenía demasiada prisa y, en todo caso, estaba seguro de que pronto, muy pronto, nos volveríamos a ver. Como tarde, en el magno concilio que se celebraría en cuanto se solventase la presunta rebelión emeritense.

Con anterioridad, había enviado a un sirviente de Gaudila a la pequeña residencia de Suna con la misión de anunciar mi visita. No deseaba que hubiera ninguna excusa para que no estuviera allí.

Suna también estaba muy avejentado. No tenía nada que ver, al menos por su aspecto, con el prelado impetuoso que había debatido con Masona unos años antes. Parecía que era lo único en lo que se habían puesto de acuerdo Masona y él.

—Lamenté mucho la muerte de nuestro rey —dijo en cuanto nos encontramos a solas—. A pesar de que me terminó dejando de la mano de Dios, nunca mejor dicho —parecía extrañamente divertido con su broma—. Al menos no entregó su alma a la herejía.

—Esto último que dices, Suna, podría ser motivo más que suficiente como para que aquí y ahora, con los poderes que tengo encomendados por el actual rey de los godos, ordene que te encadenen y que comparezcas ante el *comes* Gaudila. O, peor aún para ti, que me decante por otra opción: que te trasladen a Toletum. Doy por seguro que de allí ya no regresarías —deslicé la amenaza con lentitud, para que ejerciera el efecto deseado en la voluntad y ánimo de Suna.

Así fue. A partir de ese instante, el diálogo tomó otros derroteros.

—Sé, noble Sergio, sé que en este lugar eres el espíritu de Recaredo, gloriosísimo rey. —Suna reculó—. Tú dirás lo que te trae a esta tu ciudad.

—Han llegado hasta Toletum, Suna —intenté que, al pronunciar su nombre, fuera consciente de que lo tenía bien mordido y no pensaba soltarlo—, ciertos rumores.

—¿Rumores, señor? —El aire artificioso envolvía sus palabras.

No dejaba de llamarme la atención su capacidad para desafiar, siquiera retóricamente y con una ironía insultante, mi autoridad.

—Rumores, sí. Y esos rumores dicen que te estás reuniendo con personajes que desconozco, pero que podéis estar tramando algo contra la decisión del rey. Y, fíjate qué bobadas —repetí, divertido, la muletilla de Recaredo—, algunos de esos rumores apuntan a que, quizá, sean tramas contra el propio rey.

—¡Oh, me ofendes, señor, noble Sergio! —A todas luces mentía —. Aceptaremos, y creo que hablo no solo en mi nombre, sino en el de todo el clero arriano y los magnates godos que aún lo son, la decisión del rey. Algunos ya han empezado a convertirse.

»El resto lo haremos a su debido tiempo, cuando el rey reclame nuestra presencia en el concilio que, según se nos ha informado, tiene previsto convocar en esa ciudad, ¿cómo se llama? ¡Ah! Toletum —se regodeó en su propia retórica—. El pueblo de los godos lo seguirá. Y yo soy uno de sus representantes más cimeros, junto con otros magnates de Lusitania. Y supongo que lo mismo ocurrirá en las demás provincias. Tú y el rey podéis estar tranquilos. Una sola voz, un solo rey, un solo reino.

Suna era un hombre inteligente, de eso no tenía ninguna duda. Había sabido orientar su respuesta sin implicarse.

Había pronunciado las palabras que el rey hubiera deseado escuchar, más allá de su artificio retórico y cínico.

Aun así, sabía que mentía, y él era consciente de que yo me daba cuenta, pero al menos se aseguraba de no darme motivo alguno para ordenar su detención.

Decidí continuar su farsa, pero dejándole una pista de lo que realmente me preocupaba. Jugaba a mi favor el temor que pudieran tener a la maquinaria punitiva del reino, que, en esa estancia y ante sus ojos, encarnaba yo mismo.

—Te agradezco tu predisposición y te ruego confirmes que sea esa misma, y no otra, la que exista entre tus amigos.

* * *

Claramente, Gaudila estaba muy preocupado.

A pesar de que había ordenado una cena repleta de manjares, entre los que destacaban salazones de carne de cerdo y de pescados que apenas reconocí, así como varios guisos de verduras con las mejores porciones de la ternera, todo regado con vino de la Tarraconense, apenas probó bocado.

No fue mi caso.

Yo había decidido entregarme a los placeres del estómago, y no me hubiera importado darme a otros.

Incluso, por un instante, estuve tentado de sugerirle que recordásemos viejas hazañas. Me sentía pleno de actividad y de energía en mitad de la misión.

—Es listo, el tipo —susurró Gaudila entre dientes.

—Mucho. Pero la cuestión no es esa —dije con la boca llena de una pieza de carne ahumada.

—¿Cuál es, entonces? —Gaudila repiqueteaba con las yemas de sus dedos sobre el borde de la mesa.

—La cuestión es hasta dónde llega lo que Suna esté tramando: cuántos son, qué quieren, de cuántos hombres armados disponen y hasta dónde están dispuestos a llegar.

—No creo que sea nada tan importante como sugieres.

—Es posible…, pero no quisiera marcharme sin saberlo.

47

Aquella noche fue muy complicada. No tanto por los excesos gastronómicos, sino por la visita que debía hacer a la mañana siguiente. Una vez más iba a estar en la casa de Elia.

El amor no devoraba mi espíritu, lo tenía claro, pero sí la actitud de ella. Su indiferencia, tal vez su odio, causaba en mí una zozobra insoslayable. Hacía muchísimo tiempo que me había convencido a mí mismo de que no existía amor; ni por parte de ella, ni, a duras penas, por la mía. Sin embargo, seguía preso de mis propios presagios y temores. Solo podía confiar en el autocontrol y en lo que era mi prioridad: la misión.

Gaudila ya había remitido un aviso: el consejero del rey Recaredo, Sergio de Emérita, iba a verse con Pomponio y con Claudio en una visita de urgencia que debía ser tratada con la máxima discreción.

Y no había mucho tiempo, pues debía iniciar el regreso a Toletum ese mismo mediodía. Recaredo quería ser informado personalmente; deseaba saber lo que estaba ocurriendo en Emérita, o lo que yo sospechaba que ocurría, por mis palabras, por mi expresión, por mi preocupación, y no por un escueto texto.

Intenté no deambular por la sala de trabajo en la *domus* de Elia y de Pomponio, así como no orientar mi mirada hacia otro lugar que no fueran los semblantes de mis dos interlocutores. Decidí preguntar por ella solamente como mero y raquítico ritual de cortesía.

—¡Oh! Elia está muy bien —se enorgulleció Pomponio—.

Ahora mismo se encuentra en Santa Eulalia. Ha solicitado a los monjes el permiso para orar en la cripta de la mártir. Su padre, Modesto, era un donante habitual al monasterio y ella tiene vía libre allí…

—Lo sé —dije de un modo tajante.

—¡Claro! ¡Pero qué tonto soy! ¡Eso ya lo sabías tú! Una pena que no hayáis podido coincidir para recordar vuestra infancia. —No encontré ningún atisbo de ironía en sus palabras; en realidad, parecía sincero—. Nuestros hijos estarán a punto de llegar a Constantinopla, Es un viaje de estudio —miró a Claudio, que secundó la aseveración de su amigo con una leve inclinación de cabeza mientras cruzaba los dedos de su mano—. En mi opinión, todo chico en buena posición que vaya a ser un *dominus* importante el día de mañana debe emprender ese tipo de viaje. En fin, Elia ha ido a orar para que alcancen buen puerto allí.

—Cierto, cierto —contesté, tratando de adularlo—. La próxima generación está llamada a hacer de Spania un lugar cimero en el nuevo mundo que ya vislumbramos. Por eso Recaredo está empeñado —llevé ya el asunto al lugar que me interesaba— en no permitir que nadie estropee su plan.

—Eso es lo que te ha traído aquí, imagino —dijo Claudio, que continuaba con los dedos entrelazados—. Seré muy breve, porque estoy al tanto de que partes de inmediato para Toletum…

Como en la anterior vez, me dio la impresión de que, pese a su juventud, tenía las ideas claras. Pero me sorprendió para bien cuando empezó a desgranar su información.

—Por favor —dije, verdaderamente intrigado por lo que aquel tipo tenía que decirme.

—Hace tiempo que estábamos preocupados por los movimientos de Suna. Somos muchos los que no deseamos poner en peligro el reino, por la sencilla razón de que estamos convencidos de que, a estas alturas, es el nuestro. El reino es inevitable. El destino de godos y romanos está unido. Seguramente para siempre, aunque eso lo ignoro. Pero lo que es seguro es que, si deseamos mantener nuestras fincas, nuestras milicias y ampliar nuestros

negocios, necesitamos estabilidad. Y el reino nos la proporciona. La decisión de Recaredo no hace sino eso. Apoyarse en los obispos católicos y en la infinita red de *ecclesiae* desplegada en toda Spania es la mejor idea posible.

—Continúa, te lo ruego —pedí, seguro de que Claudio iba a darme los detalles que necesitaba.

—Pomponio —miró a su amigo—, algunos otros *domini* y yo mismo llevamos meses siguiendo a Suna. Existe, efectivamente, una conspiración.

—¿Solamente religiosa? ¿Exclusivamente para oponerse a la decisión de Recaredo de convertirse al catolicismo y de que lo haga todo el reino? —pregunté, aunque por la deriva de Claudio ya anticipaba la respuesta.

—En absoluto. Va mucho más allá.

—Explícate —exigí.

—Hay varios nobles godos implicados. Quieren asesinar a Masona.

—¿A Masona? —pregunté con énfasis y cierta incredulidad.

—A Masona. Ya lo han intentado alguna vez, pero ni él mismo se ha dado cuenta. Como te digo, llevamos meses observándolos…

—Pero eso sería sobre todo un golpe, digamos, religioso —reflexioné—, no político. Aunque, en estos momentos, asesinar al obispo católico de la sede más poderosa de Spania no es un asunto menor. —Me estremecí, pues estaba analizando aquella información sin el más mínimo atisbo de lástima por mi viejo amigo.

—Desde luego… Pero la confabulación no termina ahí. —Claudio miró de nuevo a Pomponio y, al fin, desenlazó los dedos de sus manos. Se puso en pie y se acercó a mí, hasta el punto de intimidarme con su presencia—. Sergio de Emérita, atiende bien a mis palabras: quieren la guerra. Otra más. Desean colocar a uno de ellos en el trono de Toletum.

—¿Qué? —fue lo único que dije, evocando mis peores temores.

—Sí, a un tal Sega —dijo Pomponio con serenidad—. El asesinato de Masona sería el golpe de efecto para intentar atraer a la gran mayoría de los nobles godos. Así reivindicarían el arrianismo

como bandera. Si logran volcar las piezas de su lado, podrían reclutar milicias suficientes como para poner en peligro al *exercitus* del rey. Recuerda, Sergio, que él depende en no poca medida de la participación de esas mismas milicias.

—Ya —asentí. Fue entonces cuando decidí poner sobre la mesa lo que había hablado con Recaredo, aunque cambiando el nombre del protagonista—. Quiero anunciaros algo. Con los poderes que el rey me ha transmitido, Claudio, desde este mismo momento eres *dux* de Lusitania. Todos los *comites* de todas las ciudades, incluyendo a Gaudila aquí en Emérita, están bajo tus órdenes.

—Pe… pero… Gaudila es leal al rey y antiguo amigo tuyo —dijo Claudio, que intentaba mantenerse sereno, porque era consciente de la gravedad de mi decisión.

—Así es. Pero esta nueva época necesita que romanos y godos participen de los mandos del reino, que también va a ser nuevo en el sentido de que se va a entregar al catolicismo en próximo concilio. Claudio, eres *dux* de Lusitania. Cumplimentarás al rey en cuanto te sea posible visitar Toletum, no antes de desbaratar esta conjura. Pero tienes el mando. Te entregaré un escrito al que adjuntaré los poderes que Recaredo me ha entregado para que nombre a quien yo considere oportuno.

Se hizo un silencio. Claudio, visiblemente afectado, fue tornando su semblante de sorprendido a concentrado. Valoraba, sin duda, lo que debía hacer.

—Sergio de Emérita, agradezco y asumo el nombramiento. Haré lo que esté en mi mano por sacar adelante los planes del rey, que son los tuyos, los míos y los de todos los que deseamos enterrar las espadas, al menos, entre romanos y godos, entre católicos y arrianos, entre seguidores de un rey y de un usurpador. Ya ha habido demasiadas guerras.

Me acerqué a Claudio y lo abracé. Fue un abrazo sincero, pero también ritual, político, con el que sellaba una suerte de alianza. También Pomponio se unió a nosotros, y en su semblante me pareció detectar alegría sincera por la promoción repentina de su amigo.

—Pero, decidme, ¿de dónde habéis sacado toda esa información? Imagino que… que tenéis… —Lo tenía muy claro, pero quería conocer hasta qué punto era así.

—Un topo…, sí. Tenemos un topo. En realidad, varios. Pero ahora mismo el más relevante es un joven noble godo, incluso más joven que Claudio —anunció Pomponio en tono divertido.

—¿Nos permites no revelarte el nombre? —preguntó Claudio —. Al menos, de momento. Tengo mucha confianza en él y preferiría mantener el secreto sobre su identidad.

—Sí, por supuesto. Habéis hecho un gran trabajo y, por descontado, Recaredo lo sabrá en cuanto yo llegue a Toletum. Pero, antes de irme, porque el rey desea conocer por mí las novedades, me atrevo a proponer un plan… —Los rostros de mis interlocutores: parecían francamente interesados—. Creo que deberíais confirmar a vuestro confidente que tiene al rey y a su emisario de su lado, para que continúe en la operación. Debe avisaros de las novedades y, sobre todo, intentar saber cuándo y cómo será el golpe definitivo…, el ase… —por un mínimo instante creí que se me iba a quebrar la voz, pero hacía mucho tiempo que Masona había pasado al desván de mis fantasmas espirituales— el asesinato de Masona. Ese, y no otro, sería el momento perfecto para detenerlos. Porque, sin duda, dada la magnitud de semejante crimen, los principales implicados habrán dado la cara para entonces. —Hice una larga pausa—. Y, en ese momento, en ese preciso momento, la espada del rey caerá sobre todos ellos.

48

Ya nos estábamos despidiendo cuando percibí una presencia a mi espalda. Me di la vuelta.

El tiempo había hecho mella en sus cabellos, donde el gris comenzaba a ganar terreno definitivamente, y las arrugas ampliaban los surcos afilados de su rostro. Pero seguía siendo bellísima.

—Vaya, me alegra verte, Sergio, aunque sea para constatar que los años también pasan para ti —dijo sonriendo, como si hubiese leído mis pensamientos.

—Elia, también es una alegría para mí verte —incliné levemente la cabeza—. Espero que tus oraciones en Santa Eulalia hayan sido del agrado de nuestra mártir.

—Yo también lo espero. Bien sabes que es un lugar… —Se le quebró la voz. Lo achaqué a que pensaba en sus hijos y en el último tramo de su viaje a la capital imperial.

Pomponio le dio un beso en la mejilla. Ella lo tomó del brazo y, al tiempo, hizo lo mismo con el de Claudio. Saltaba a la vista la amistad entre los tres.

—¿Con qué asuntos habéis aburrido a mi viejo amigo? —les preguntó, más alegre, sin dejar de mirarme.

—Bueno… Ya sabes lo que nos traemos entre manos. Estás al tanto de todo —contestó su esposo—. Lo único que no sabes es que estamos ante el nuevo jefe de Lusitania. Sergio, con poderes del rey Recaredo, ha nombrado a Claudio nada menos que *dux* de Lusitania.

—Enhorabuena, amigo mío —dijo Elia sin mucho

convencimiento, y torció el gesto.

—Tu opinión y tus juicios en todo esto han sido muy relevantes para nosotros. Representas la ecuanimidad y el sentido común —aseveró Claudio—. Me gustaría saber qué piensas y qué te preocupa en cuanto a mi nuevo nombramiento se refiere.

—Suna y los suyos irán a por todas —dijo Elia—. Masona, también viejo amigo mío, como Sergio —volvió a centrar la mirada en mí, traspasándome por completo—, no dará su brazo a torcer. Pero, a diferencia de los otros, no gusta de la violencia. Y, además, nuestro infiltrado nos ha alertado de que no debemos confiarnos. Disponen de más gente armada de lo que imaginamos. Tienes que asegurarte, Claudio, de que la guarnición de Emérita te sea leal. Que acepten tu mando. No eres godo…

—¿Qué… qué quieres decir? —preguntó Pomponio, temeroso, aun conociendo seguramente la respuesta.

—Sergio, con el poder concedido por Recaredo, ha nombrado *dux* de Lusitania a alguien que no es godo, sino romano. ¿Será leal la guarnición? ¿Te seguirán a ti antes que a un magnate godo como ese Sega y sus compinches? Eso es lo que me preocupa —planteó Elia.

—Es muy cierto lo que dices, Elia —contestó Claudio—. Como siempre, tu juicio es razonable y cubre todos los riesgos posibles. Pero, sí, conozco a esos hombres. Seguirán mis órdenes. No por mí, sino porque sabrán que es Recaredo quien me ha nombrado. Me seguirán. Y acabaremos con esos magnates hostiles a las decisiones del rey.

* * *

Mentiría ahora si dijera que aquella aparición de Elia no significó nada para mí. Solo que no lo he comprendido hasta ahora. Pero, aun así, el mero hecho de intuir su presencia a mi espalda me perturbó considerablemente.

Ahora lo sé.

Amaba a Elia.

La había amado siempre.

Si alguna vez lo intuí, fue en la juventud, pero en el convencimiento de que ella no me quería y que era solo un episodio, un instante, de una vida mucho más larga y enriquecedora: la que tendría a la sombra del poder.

Tal era mi convicción cuando partí de Emérita hacia Toletum. Y la que tuve después siempre.

Hasta ahora.

Incluso aquella misma mañana, absorto por la conspiración contra Masona y contra Recaredo, estaba convencido de que seguía siendo así. Porque, además, estaba plenamente convencido de que Elia jamás pensaba en mí.

49

Me aseguré, antes de marchar de Emérita, de que las órdenes fueran acatadas. Gaudila recibió con extrañeza el nombramiento de Claudio, pero obedeció como el primero de los hombres del rey en Emérita. Y, con él, toda la guarnición.

Ya en Toletum, pocas jornadas después, hallé a Recaredo muy preocupado. No en balde había recibido un adelanto de mi informe en una misiva bien sellada. No se anduvo con preámbulos.

—Sergio, confío en tu capacidad de entender lo que ocurre. Dime qué sucede en tu ciudad.

Podía haber dulcificado la realidad o haber intentado que el rey no se perturbara ante lo que yo intuía. Pero no lo hice. Volqué ante él todos mis temores, que entendía fundados.

—Creo, señor —recuperé el uso del concepto *dominus* que tanto me costaba desterrar en mis conversaciones con Recaredo—, y por ser muy claro, que la cosa está muy fea. La revuelta, como temíamos, tiene un calado profundo.

—¿Hasta qué punto? En tu informe has sido muy críptico.

—Hasta un punto abisal. Por eso me decidí a designar *dux* a Claudio. Adjunté tus poderes y todo funcionó bien. Ha sido aceptado sin resistencias.

—Pero, me da la impresión, si en algo te conozco, que albergas dudas.

—Sí, pero no sobre Claudio.

—¿Qué quieres decir? —Recaredo se alarmó.

—Me cuesta creer que Suna y ese Sega se lancen sin más ni más

contra Masona y, en última instancia, contra ti.

—La guarnición de Emérita es numerosa. Caería sobre ellos —dijo Recaredo, quien, de inmediato, se percató de mi expresión dubitativa—. O eso creo. Veo que tienes dudas.

—Las tengo.

—Creo que te entiendo…

—Es muy duro para mí —mentí, sorprendido por la ausencia de sentimientos. Estaba delatando a otro antiguo amigo, enviándolo a mi desván particular de fantasmas, sin ni siquiera estar seguro de que debiera hacerlo. Solo por intuición, y por lealtad a Recaredo—. Pero dudo de Gaudila… Me cuesta creer que se hayan puesto manos a la obra si no tuvieran la mínima esperanza de que la guarnición los pueda apoyar. Si mi intuición es correcta, nos hizo saber que ocurría algo para que pensásemos que era solo una confabulación religiosa. Ha sido una maniobra de despiste.

—Vuelve. Regresa a Emérita. Sé hábil. Coordínalo todo con Claudio. No levantes sospecha salvo cuando puedas asestar el golpe definitivo que acabe con esto de una vez. De una vez, Sergio, y para siempre.

Tal fue la única respuesta de Recaredo.

* * *

Me encontraba de nuevo en Emérita. Gaudila y Claudio me habían preparado un habitáculo espacioso en el complejo del *comes*. Y enseguida comprobé que el entendimiento entre Gaudila y Claudio era eficiente. De hecho, mi viejo amigo parecía de muy buen humor.

Pero todo cambió cuando, al amanecer de mi segundo día en Emérita, un sirviente llamó a mi puerta. El *dux* de Lusitania quería verme.

Claudio me recibió en su *domus*, donde vivía. A ella había añadido a toda prisa otras, resultado de una expropiación del *fiscus*, justo anejas a la vivienda del *comes*, de forma que el complejo

político de la ciudad había crecido casi tanto como el episcopal. Se percibía el olor de la pintura y el temprano ajetreo de los operarios trasladando estanterías, mesas, sillas… Pese al jaleo, me di cuenta de que el joven estaba pálido; más aún, parecía muerto en vida.

—Por lo que tengo entendido sobre ti —me dijo cuando nos quedamos solos— y por lo poco que te he tratado, no creo que te sorprenda mucho lo que debo decirte. De hecho, intuyo que lo sabes. Y que esa es, precisamente, la verdadera razón por la que estás aquí.

Habíamos hecho circular la noticia de que mi vuelta a la ciudad no era sino para refrendar los primeros pasos de Claudio como *dux*. Naturalmente, era una falsedad. Y Claudio se había dado cuenta.

—Habla, Claudio. Tienes todo mi apoyo. O, lo que es lo mismo, el reino de los godos y su señor, Recaredo, están de tu parte.

—Sé que tienes a Gaudila por buen amigo, a pesar de tantos años en Toletum.

—Sigue, Claudio.

Con el tono y el severo ademán intenté transmitirle la realidad: que mi vieja amistad con Gaudila no sería impedimento para nada. Quería que Claudio se sintiese libre para hablar.

Gaudila pasaba a formar parte de los cadáveres del desván de mi alma.

—Como te contamos, tenemos un infiltrado importante en la rebelión…, y parece que pretenden atentar contra Masona en la procesión de la Pascua. Ya hicieron una intentona, pero se frustró en el último momento. Era precisamente nuestro hombre quien debía asestar el golpe, pero simuló que la espada se le había quedado enganchada en la protección. El ardid funcionó, y no han dudado de él. Pero ahora preparan el ataque definitivo.

—¿En la procesión de la Pascua? La ciudad estará abarrotada ese día. Viene gente de toda Lusitania…

—Es la fecha. Y hay más…

—Ya. Ya imagino que hay más. Desembucha de una vez, Claudio.

—Gaudila está implicado.

Lo soltó con serenidad. Con la certeza de que yo lo preveía.

—Habla —dije con sequedad.

—Gaudila, por supuesto, sabe quién es nuestro hombre, pero no ha hecho nada contra él, puesto que, de haberlo matado, podría haberse destapado él mismo. Lo que ignora es que nuestro infiltrado, a pesar de su juventud, es muy inteligente, y ha logrado convencer, sobre la base de una futura recompensa en *solidi*, a otro de los implicados. Con esas monedas ha trastocado la lealtad de ese otro *comes* de una de las ciudades de la Lusitania occidental. De momento, guardaré oculto su nombre. Confía en mí.

—Lo hago, Claudio, lo hago. Di a tus informantes, sean cuantos sean, que Recaredo compensará con gusto su lealtad. Les daremos esos *solidi*. Yo mismo en persona me encargaré de hacer la gestión con Lino, canciller del *fiscus*.

—Lo comunicaré de inmediato, en cuanto me sea posible. Se juegan el cuello cada día.

Para entonces yo tenía ya una alta valoración de mi propia capacidad para comprender el alma humana y los comportamientos de los demás. Por el contrario, no me conocía a mí mismo, y apenas a mi alma, ya repleta de cadáveres. Porque no sentí ningún tipo de repulsa, ni siquiera de conmiseración, hacia Gaudila. No recordé ni sentí nada; ni sus risas cuando nos reuníamos para charlar con Masona y con Elia, ni nuestras andanzas juveniles en los prostíbulos, ni su habitual sonrisa.

Y di la orden.

—Mi decisión, en nombre del gloriosísimo rey Recaredo, en defensa de los intereses del *regnum Gothorum* en Spania y en Galia, es que ejecutes a ese hombre. Y que terminemos con esa revuelta de una vez por todas.

Claudio, más que sorprendido por mi dureza y falta de escrúpulos, guardó silencio. Por un momento, pareció querer decir algo, acaso una apelación a mi vieja amistad con el *comes*, de la que él sabía por boca del propio Gaudila y de Elia.

Pero frené sus dudas al momento; fruncí el ceño, apreté los labios y moví la mano derecha, como dando el asunto por zanjado.

—Bien —contestó, sumiso—. Así se hará. Si estás de acuerdo, sería bueno calcular antes hasta dónde pueden llegar. Pondré hombres en la procesión, muchos de ellos sin coraza ni armas visibles y, para ello, reclutaré en secreto soldados de las guarniciones de otras ciudades de Lusitania. No será difícil. Para algo soy *dux* —mostró un esbozo de sonrisa que se desvaneció de inmediato ante la consciencia de la gravedad de lo que teníamos entre manos—. La procesión es dentro de cuatro días. Enviaré a gente de confianza. Conozco a varios de los *comites* de Lusitania que nos apoyarán; hay otros que están inmersos en la conjura —dijo, mientras parecía calcular las fuerzas de unos y de otros—. Sería bueno, Sergio, que redactes un breve documento en el que quede claro el apoyo del rey a mi petición. Entonces, sin dudarlo, me enviarán a esos hombres. Todo se va a hacer en absoluto secreto. Pueden llegar, calculo, el día antes. Esperaremos hasta el último instante, el último. Y, entonces, caeremos sobre ellos.

50

El día de la procesión de Pascua la ciudad estaba a reventar. Se reunieron allí todos los emeritenses, pero también los aldeanos de los *vid*, los habitantes de los *suburbia* y muchos vecinos de otras ciudades de Lusitania.

Masona ofició las ceremonias correspondientes.

Yo no había hablado con él, por expreso deseo de Claudio, pues deseaba mantenerlo aislado del plan. Quería autocensurarme. Pomponio y el propio Claudio lo habían informado de algunas cosas, pero de modo muy superficial. Y, por supuesto, no le habían insinuado ni una sola palabra sobre Gaudila. Cualquier dato de más hubiera puesto la ejecución del plan ante el riesgo de una maniobra airada de Masona.

La procesión transcurría desde el centro de la ciudad hasta Santa Eulalia, y, según detallaban los informantes, todo sucedería justo en el periplo entre las murallas y el monasterio, a campo abierto. Los conjurados habían hecho que sus compinches esperaran allí en unos carromatos, disfrazados de labriegos, pero armados con puñales y con palos. No esperaban resistencia alguna.

Me di cuenta de que Masona había sabido aprehender la potencia de las imágenes, de las sensaciones, de los colores, de los olores: la procesión era un culto a Jesucristo, a la Pascua, y también a Eulalia. Aquí y allá proliferaban los cánticos, entre un aroma de ricas especias y túnicas con los colores más llamativos. Era un desfile de la exaltación de Masona como auténtico personaje de referencia en la ciudad. Masona era Emérita, y Emérita era Masona.

Mi antiguo amigo caminaba rodeado por decenas de *pueri*, clérigos, diáconos y presbíteros que desfilaban con cierta dificultad entre cálices, vasos y libros, todo ello transportado sobre delicados almohadones.

Entretanto, los asesinos esperaban agazapados en los carromatos que habitualmente se agolpaban en la salida norte hacia Santa Eulalia, y que habían sido agrupados para dejar paso a la procesión.

Pero Claudio también había camuflado a sus tropas y, entre esos mismos carromatos, había infiltrado a campesinos que, en realidad, no eran sino miembros irreconocibles de la guardia de Emérita y de otras ciudades amigas. Y también había reservado algunos pequeños grupos que esperaban con sus corazas y armas en los lienzos orientales y occidentales de las murallas, prestos para acudir en ayuda de los suyos en la salida norte.

Gaudila caminaba a la izquierda de Claudio; yo, a la derecha del *dux*. Había que dejar el mínimo lugar para el azar, para el infortunio que pudiera poner en peligro la operación. Pomponio iba detrás de nosotros, acompañado por uno de los magnates godos más jóvenes, Witerico. Según me habían avisado justo antes de la procesión, era nuestro topo principal.

Uno de los magnates godos que acompañaban el cortejo litúrgico era Sega. Lo recordaba más joven, claro, por su participación en el debate amañado. Imponente, acaso era el más alto de los nobles godos. Tenía un porte esbelto y unos cabellos largos, ondulados y grises, que le daban un aire aparentemente ajeno a cualquier conspiración violenta.

Todo se precipitó en cuanto cruzamos la puerta que daba al camino que conducía a Santa Eulalia.

Repentinamente, los conjurados salieron de los toldos de los carromatos armados con palos y puñales.

Pero solo tuvieron tiempo de poner los pies en el suelo, porque al instante cayeron sobre ellos, con contundencia, los hombres que Claudio había dispuesto estratégicamente entre esos mismos carruajes.

No hubo piedad.

Aprovechando la sorpresa, aparecieron también los soldados que habían estado esperando en los *suburbia*. El efecto de embolsamiento supuso que, en cuestión de unos momentos, el fragor de la pelea derivase en un silencio calmo, mancillado solo por la sangre, el polvo y la muerte.

Claudio había dado indicaciones secretas a sus hombres. La primera consistía en que, nada más cruzar la puerta, Masona quedase protegido. La segunda, y ante el asombro de una parte amplia de la guarnición, no era otra que la detención de Gaudila. Los conjurados que lograsen sobrevivir serían retenidos en los caseríos de aquellos *suburbia* septentrionales, a medio camino entre la ciudad y Santa Eulalia.

Para cuando me di cuenta, quedé impresionado por el panorama que se abría ante mí.

Al fondo, los torreones de Santa Eulalia, allí donde mi tío me había abandonado, el lugar en el que la infancia se había vuelto penumbra y la inocencia, desconfianza.

Entre Santa Eulalia y mi posición, junto a las murallas de Emérita, se desplegaban varios cientos de hombres comandados por el *dux* de Lusitania. Muchos de ellos habían surgido como vagabundos harapientos para pasar desapercibidos entre la muchedumbre, con armas cortas bien escondidas hasta el momento supremo; otros, los que habían llegado por los flancos, aparecían directamente armados hasta los dientes y embutidos en sus corazas.

Sega, Gaudila y el resto de los conjurados estaban de rodillas, con las manos sobre sus cabezas. En total, conté unos veinte o treinta.

Claudio se acercó a mí. Tenía el rostro enrojecido. Él mismo se había adelantado en el último instante para participar en la lucha, y llevaba algunas manchas de sangre en la túnica. Apretaba con fuerza un puñal en su mano.

—¡Felicidades, *dux* de Lusitania! Lo has organizado muy bien —le dije, señalándolo. Intenté sonreír, y él dibujó una amplia sonrisa—. No era fácil coordinar a un sector de los hombres de la guarnición y a soldados del *exercitus* acantonado en otras ciudades.

Enhorabuena, Claudio, tus hombres han actuado con celeridad y contundencia.

—Sergio de Emérita, consejero del gloriosísimo señor nuestro Recaredo, rey de los godos en Spania y Galia —adoptó un tono solemne y alzó la voz—, es tu hora. Tu voz es la voz de nuestro *rex*. Ordena, señor, lo que debemos hacer.

Claudio me había vuelto a sorprender. Su audacia no tenía límites. Me colocaba en el puesto de decisión que, cierto era, me correspondía; pero lo hacía de modo repentino, en caliente, ante los prisioneros recién capturados y ante sus hombres ávidos de órdenes sanguinolentas, aún con el fragor del combate en sus ojos, en sus brazos, en su espíritu. Debía responder, y rápido.

—Claudio, *dux* de Lusitania —imité su tono solemne y traté de asegurarme de que mis palabras alcanzasen a todo el mundo—, por los poderes que Recaredo, gloriosísimo señor nuestro, me ha entregado, ordeno que ejecutes, aquí y ahora, a estos infames.

»Pretendían asesinar a nuestro amado obispo Masona. —Miré a mi viejo amigo, que estaba aún rodeado de hombres de Claudio, pero no me devolvió la mirada, sino que oteaba perdidamente las torres de Santa Eulalia—. En última instancia, deseaban colocar a ese hombre —señalé a Sega, en posición humillante a la espera de mi decisión— en el trono de Toletum. Será el mismísimo Recaredo quien decida el destino de Sega, de Suna —Claudio había enviado ya hombres para detenerlo en su residencia, en la que se había refugiado durante la procesión a la espera de las noticias que tanto anhelaba— y de los magnates godos de más alta alcurnia. El resto, todos sus esbirros, serán ejecutados en este mismo instante.

—Entonces, señor… —Claudio bajó la voz; quería que rematara mi decisión, tener el refrendo del *regnum Gothorum* para la orden que iba a dar a sus hombres, que nos miraban con expresión feroz, pero también angustiosa.

—Ejecutadlos. Empezando por él —señalé a Gaudila, que se volvió hacia mí con dificultad, estando como estaba de rodillas, y me clavó una mirada que, tantos años después, me sigue inquietando en las largas noches de insomnio.

Claudio asintió.

—Buena tarea, muchacho —dijo Pomponio a Witerico al verlo acercarse a nosotros con gesto abatido. Después de todo, aquellos habían sido sus compañeros de juegos de infancia, de reuniones sociales e incluso de confabulaciones.

Witerico no contestó. Miró un momento hacia atrás, como despidiéndose de la que había sido su gente, y se tapó la cara con las manos.

—No te preocupes, has obrado con justicia. El rey te lo agradecerá —afirmé, sintiendo al instante una repentina simpatía hacia el joven aristócrata godo que había traicionado a sus amigos. Quizá porque el sentimiento de culpa que lo carcomía me era cercano, por más que hubiera aprendido a dominarlo y, finalmente, a enterrarlo.

Witerico, silente, siguió entregado a sus propios demonios. Y, mientras, al poco, todos los conjurados, salvo los que yo había señalado para que fueran juzgados por Recaredo, murieron ejecutados. Sin juicio previo. Sin pesquisas. Sin nada.

Ordené a Claudio que el nombre de Gaudila fuera borrado de los archivos de la ciudad, al tiempo que anuncié que me encargaría de que se hiciera lo mismo al llegar a Toletum.

Nunca aparecería un Gaudila como *comes* de Emérita.

Me pregunté si con eso limpiaba mi conciencia, si los crímenes que acababa de ordenar serían tenidos en cuenta en el Juicio Final, si Masona o, incluso, Elia, comprenderían en qué me había convertido.

Y, sobre todo, si los espíritus de mis padres perdonarían mi existencia y si Eulalia aceptaría ser mi valedora ante el Altísimo. Me pregunté, al fin y al cabo, si quedaba algo de aquel niño a quien habían abandonado allí.

51

Aquella noche un festejo desmesurado invadió las calles de Emérita. Claudio decidió que sus hombres debían saberse premiados: se habían enfrentado a fuerzas vivas de la ciudad, habían ejecutado a decenas de conjurados, y convenía sellar definitivamente la lealtad a su nuevo jefe. Corrió el vino y proliferaron las mujeres.

Yo, en cambio, no participé de ninguna celebración. Solo tenía en mente ver a Masona antes de que acabase el día.

Lo hallé en el comedor principal de la *domus episcopalis*, cenando con varios presbíteros y diáconos. Yo no conocía a ninguno; eran todos demasiado jóvenes para haber coincidido con ellos, salvo que fueran *pueri* cuando yo me marché, y en tal caso no recordaba ya sus caras.

Masona comía con parsimonia. Saboreaba la sopa, sereno, como deleitándose en cada uno de los movimientos y de los efluvios que inundaban su boca y bajaban hacia su garganta. Me había visto, desde luego, pero decidió seguir concentrado en su cuenco. Cuando vio que este se estaba quedando vacío, echó mano del cazo que pendía del lateral de la escudilla en el centro de la mesa y se sirvió un poco más. Al cabo, alzó la mirada y, con una expresión seria e incluso despectiva, se decidió a hablar.

—Supongo que debo darte las gracias. A Claudio ya se las he dado. Me habéis salvado la vida.

Lo dijo con esfuerzo. Como si por nada del mundo quisiera separarse de la profunda concentración con laque afrontaba cada movimiento con su cuchara. Como para humillarme delante de sus

clérigos.

—De nada. Solo he hecho lo que debía hacer.

Y entonces escuché el sonido de la cuchara de plata estrellándose en el centro de la mesa. Unas gotas de sopa fueron a parar a las mangas del clérigo que tenía justo enfrente.

—¡Asesinar a decenas de hombres a unos pasos de Santa Eulalia! ¡Eso es lo que has hecho! —gritó, y reconocí en ese instante su vigor habitual. Se volvió hacia los suyos—: ¡Salid! ¡Dejadnos solos!

Uno a uno, se fueron levantando y desfilaron hacia la salida, no sin hacer antes una leve inclinación de cabeza hacia su *episcopus* y hacia mí.

—No tengo mucho tiempo. Mañana a primera hora regreso hacia Toletum, y desearía descansar esta noche —me adelanté a su previsible perorata, aunque sin mucho convencimiento.

—Pero por algo has venido a verme. Hasta ahora poco me has necesitado.

—Algo dentro de mí me decía que debía escucharte —me sinceré.

Mientras ordenaba las ejecuciones, apenas había podido apartar la mirada de Masona, con la sensación de que regresaba a nuestra mocedad, y, por un momento, deseé que me volviera a rescatar. Que Antestio era yo, que me tenía que rescatar de mí mismo. Por eso, en las horas previas a mi marcha, que esperaba y deseaba que fuese definitiva, necesitaba una última conversación con Masona. Un último rescate.

—Sé, entonces, lo que quieres. Aunque ignoro si puedo dártelo —repuso, pesaroso, haciéndome un gesto para que me sentara.

—Estaba seguro de que lo adivinarías —intenté esbozar una mínima sonrisa, pero no lo logré.

—Quieres, de algún modo, limpiar tu conciencia. Necesitas que dé el visto bueno a lo que has hecho. Y no puedo darlo, Sergio. No puedo. ¿Intentaban asesinarme? Cierto. ¿Lo habéis impedido? Gracias. Pero de ahí a que vea bien que tú, y digo tú —me señaló con el dedo índice de su mano derecha y subió el tono de voz—,

hayas ordenado la ejecución sin juicio, sin interrogatorio, de tantos hombres, Gaudila entre ellos… —Una sombra impenetrable se interpuso entre nosotros cuando mencionó el nombre de nuestro amigo.

—Hice lo que debía, porque…

—¡No! —gritó—. ¡Hiciste lo que quisiste! Era ese Claudio, que para algo lo habéis nombrado *dux*, quien debía tomar la decisión. Es el reino, y no tú, por muy consejero del rey que seas —dijo estas últimas palabras con un desdén manifiesto—, quien debe decidir el destino de esos hombres.

—Yo era la máxima autoridad, y debía ejercerla.

Masona se levantó sin mirarme y se dirigió hacia la salida del comedor con paso firme. Por un instante, apoyó su mano derecha en el quicio de la puerta, que estaba completamente abierta. Con un gesto de profunda pesadumbre, articuló su réplica con llamativa dificultad, al borde del llanto, pero sin ápice de perdón.

—Sí. La ejerciste. —Las siguientes palabras las pronunció ya hacia el corredor—. Porque eres un asesino.

52

Salí de la *domus episcopalis* con la sensación de cargar con una pesada losa sobre mis hombros. Sobre mi conciencia.

De camino hacia el complejo de Claudio para tratar de descansar aquella noche antes de partir hacia Toletum, a mi alrededor, una multitud de soldados chillaban y cantaban embriagados por los efectos del vino y el permiso generalizado que el *dux* de Lusitania había dado para la celebración de la derrota total de los conjurados.

Fue entonces, a pocos pasos del complejo, cuando escuché su voz.

—Sshhh, Sergio…, soy yo.

En la esquina deteriorada de una vieja *domus* estaba ella.

—¡Elia! ¿Qué haces aquí?

—No ha sido difícil. Estaba segura de que irías a ver a Masona.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté, retrocediendo para acercarme a ella.

Su capa fina, larga y ancha se pronunciaba hacia delante, de modo que le envolvía su vestido, aunque no por completo. Intuía un color azulado muy oscuro y un escote no demasiado abierto, pero suficiente como para turbarme. Intenté mantener la mirada en su rostro, avejentado, pero aún lleno de vida y de energía.

—Después de lo que has hecho no tenía ninguna duda: buscarías el perdón de Masona.

—¿Su perdón, dices? ¿A pesar de haberle salvado la vida? —argumenté sin mucho esfuerzo.

—Sí. A pesar de haberle salvado la vida. Has cercenado las de

muchos más sin juicios y sin…

—Interrogatorios. Ya. Masona me ha dicho lo mismo. Da la impresión de que os habéis puesto de acuerdo.

—No… Solo quería…, solo quería verte. —Elia mudó el gesto. Parecía afectada por mis palabras.

—Elia, no os necesito. Ni a ti ni a Masona. Ni vuestro perdón —protesté.

Yo, que me creía vencedor. Yo, que era quien había triunfado, pues en mis manos estaban los destinos de todos ellos. Yo, que solo anhelaba regresar a Toletum para saborear las mieles del triunfo… Hoy, cuando repaso en mi memoria aquella conversación, palidezco al pensar en mi respuesta. Pero fue lo que me contestó ella lo que me repito constantemente, lo que me demuestra la corrupción de mi alma, lo que me ha hecho comprender lo equivocado que estaba.

—No, no nos necesitas. Creo que no has entendido nada, absolutamente nada, de lo que ha pasado. Tampoco de lo que he hecho, ni de mi matrimonio con Pomponio. No has comprendido que yo sí te he querido. Siempre.

—¿Qué estás diciendo, Elia?

Sus palabras resbalaron en mi alma, aislada del mundo por completo. No lo comprendí, y no fui capaz de luchar por ella. «¿Qué estás diciendo, Elia?», fue mi única respuesta: fría, metálica, hierática. Y sus últimas palabras resuenan hoy en mi cabeza, martillean mi alma y mi conciencia.

—Que venía para comprobar si aún quedaba algo de Sergio.

—¿Y?

—Nada. No queda nada de él.

53

Ya solo me preocupaba regresar a Toletum cuanto antes y ponerme manos a la obra con el concilio.

Serían tareas de Recaredo y Claudio las cuestiones jurídicas y punitivas con respecto a los pocos conjurados que yo había dejado con vida a modo de pequeña muestra para ser sometida ajuicio.

Durante las jornadas de viaje entre Emérita y Toletum, reflexioné sobre los pormenores.

La cuestión conciliar, la organización y la intendencia, labores ingratas pero esenciales, recaían sobre Eufemio, ya rehabilitado y salido de su ostracismo. Y sabía que Eufemio trabajaría codo con codo con Lino. El pequeño sínodo arriano de ocho años antes había salido muy bien. El jefe del *fiscus* era, además de un buen amigo, sumamente competente.

Sin embargo, Sunildo, que por entonces había sido esencial, pasaba ahora a un segundo plano, aunque contaba con él para que hiciera fuerza común con los arríanos que iban a abjurar de su fe. Procedían estos de los enclaves del reino suevo conquistados en los últimos días de Leovigildo, pero también de otras ciudades, en particular, de la Tarraconense: Barcinona, Tarraco, Dertosa, y algunas más.

A esta tarea me apliqué frenéticamente nada más llegar a Toletum.

Ni siquiera tuve ocasión de ver al rey, puesto que Recaredo se encontraba enfrascado en persuadir a los principales *primates* del reino.

Porque, ya perfectamente informado de lo sucedido en Emérita, había tomado sus decisiones: expulsó a Suna del reino, y este terminó recalando en el norte de África; Sega fue enviado a Gallaecia, con orden de que se le amputasen las manos, señal inequívoca de infamia. Solo tuvo cierta conmiseración con algunos otros magnates.

Ahora se dedicaba a cursar cartas a casi cualquier rincón de Hispania en el que hubiera nobles godos de cierta alcurnia, posición y riquezas, para que acudieran al concilio y, al igual que los prelados arríanos, abjurasen de sus creencias.

Después de dos jornadas reunido con Lino, Porfirio, y con otros jefes de los *scrinia*, de los *officia* y de todos los departamentos centrales del reino, Recaredo al fin solicitó mi presencia.

Fui convocado a última hora de una mañana.

Esperábamos poder iniciar las sesiones a primeros de mayo. Ya se habían enviado todos los documentos a los invitados, pese a que aún estábamos en el inicio del invierno. El reino era extenso, y deseábamos que se supiera que no había posibilidad de demora. Debían calcular muy bien sus itinerarios y sus plazos para estar en la corte hacia finales de abril.

Más que invitados eran convocados. Porque el texto que se les había hecho llegar, suscrito por el mismísimo *rex*, pero redactado por mí, tenía un tono imperativo; cortés, pero inequívoco. No se permitiría sorpresa alguna.

El invierno caía inclemente en el centro de Hispania. La nieve cubría por completo el desigual, caprichoso y muy abigarrado caserío de Toletum.

Abrigado con pieles caras y confortables, crucé uno de los patios. En momentos como ese me reconfortaba saber que había tomado la mejor decisión.

Había acumulado cadáveres en el alma, cierto, pero, a cambio, disfrutaba de las comodidades de una vida en *palatium* y participaba de las decisiones en la cabeza del *regnum Gothorum*.

Las pieles que me aislaban del frío me daban la razón.

Me acompañaba Eufemio, y caminábamos con celeridad. Un

poco por evitar el frío, y otro poco por encontrarnos cuanto antes con Sunildo.

A pesar de ser arriano, era un buen amigo y, conforme a mis estrategias, iba a ser una pieza en el juego de la conversión de los obispos arríanos. Él sería el primero en pronunciar su abjuración ante los demás.

—Has tratado alguna vez a Sunildo, y sabes de su bondad —dije con suma dificultad, puesto que la ventisca y la nieve apenas me permitían hablar.

Eufemio no contestó. Temblando por el frío y por la edad, se limitó a señalar con su mano derecha, cubierta con un fino guante de cuero, hacia los vanos de las arcadas, que eran nuestra salvación.

El ruido del viento inmisericorde y la acumulación de copos en caída vertiginosa propiciaban que nuestra conversación quedase reducida al corredor porticado, primero, y a las estancias interiores, después.

—¡Sí! —dijo al fin, al apoyar una mano sobre el muro interior del corredor y la otra sobre mi hombro—. Tú lo sabes mejor, de todos modos. Después de todo, Sergio de Emérita, has estado al mando todo este tiempo.

No me sonó a reproche.

—Vamos, Eufemio. —Lo tomé por el brazo con respeto, el mismo que intenté que captase en mi voz—, vamos al encuentro de Sunildo. Hemos de cerrar con él algunos pormenores.

Me sorprendió que no nos encontrásemos con ningún guardia ni en el peristilo ni en los pasillos interiores.

Al alcanzar la puerta de la estancia de Sunildo, nos sacudimos la nieve y nos descubrimos de algunas de las pieles.

Después de varios toques en la puerta sin respuesta, miré a Eufemio con preocupación.

—No me gusta esto. Eufemio, vamos a entrar.

No hizo falta ejercer mucha presión sobre el tirador de la puerta.

No estaba cerrada y, al primer contacto de mi mano, se abrió mansa, ligera, pero también sincera, pues nos mostró la cara de la muerte.

—Ha debido de pasar una noche en vela, es extraño que esté dormido aún —comentó Eufemio al ver a Sunildo en el camastro.

—No, Eufemio, no está dormido —contesté, yendo directamente hacia el cuerpo de mi amigo. Tuve la certeza desde el instante en que la hoja de la puerta se ofreció suavemente para entregar toda la información de lo que teníamos ante nosotros.

Sunildo no respiraba. Me senté en el camastro, junto a él.

—¿Qué… qué quieres decir? —El tono de Eufemio parecía retrotraerlo a sus días de exclusión de la vida exterior impuestos por Leovigildo.

—Busca a los guardias. Da el aviso.

—¿Qué… qué tengo que decir, Sergio? —preguntó, balbuceando aunque intuyendo mi respuesta.

—Que Sunildo ha muerto.

54

Toletum, 588-589

No encontramos pruebas de que Sunildo hubiera sido asesinado. Ninguna herida visible ni huella de moratones de presión de dedos para estrangularlo. Nada en absoluto. No era yo un entendido en venenos, pero, por las charlas con los que en el *palatium* se encargaban de las hierbas y de los cuidados de los miembros de la corte, sabía que en ocasiones provocaban tonos amarillentos o verdosos, inflamación en los ojos u otro síntoma; también sabía que existían los que no dejaban ningún rastro. Pero tenía la certeza de que había sido asesinado. De inmediato, la imagen del cadáver de Amando en la cripta de Eulalia se me presentó como si estuviera allí delante, junto al camastro de Sunildo.

Todo sucedió muy deprisa durante los siguientes días.

Hoy puedo dar cuenta de que mi voluntad iluminó los pasos de Recaredo con respecto a Uldila, Gosvinta y Antestio. Hasta ahora, por prudencia y por lealtad a quien fue mi rey, he guardado silencio. Pero en estos momentos, cuando me encuentro a pocos escalones de la fría estancia en la que nos espera la muerte, debo confesar mi implicación en decisiones graves, y también en ejecuciones.

Porque Uldila ocupó el puesto de Sunildo como prelado arriano en Toletum.

Recaredo fue inmediatamente informado de los pormenores de la muerte de Sunildo y dio orden de que el *medicus* supremo de la corte inspeccionara el cuerpo. Pero este no halló nada.

—¿Qué crees que debemos hacer? —me preguntó con preocupación.

—Nada.

—¿Nada? —La sorpresa incrementaba su agitación.

—Nada…, de momento.

—Explícate, Sergio.

—Creo que debes promocionar a Uldila. Que ocupe el puesto de Sunildo.

—¿A Uldila? ¡Bobadas! ¡Pero si es una marioneta! Sus hilos los maneja Gosvinta. No creas que por el hecho de vivir aislada en sus aposentos…

—Lo sé, señor —quise ser ceremonioso, porque era consciente de la situación—. Precisamente por eso.

—Me parece que comienzo a entenderte… —Recaredo sonrió, mostrando las afiladas puntas de sus incisivos, en un gesto que me recordaba a su padre. La misma fragilidad de aspecto, la misma escualidez y la misma sonrisa felina.

—Promociona a Uldila. Que se sienta seguro, como su mentora. No creo que tarden en darte la oportunidad…

—De cortarles la cabeza. De pisarlos como a una culebra.

—Eso es. El concilio está próximo. El inicio de la primavera no está muy lejos. Y los primerísimos días de mayo, tampoco.

* * *

Fue exactamente lo que ocurrió. A los pocos días del encumbramiento de Uldila como prelado de Toletum, se le incautaron unas cartas en las que, si bien en un lenguaje críptico, parecía querer exaltar la rebeldía entre los prelados arríanos y no pocos magnates del reino.

Al instante, se intuyó que Gosvinta estaba detrás de todo. Y que Antestio había sido el encargado de distribuirlas entre los correos que, en los *suburbia* de Toletum, las debían hacer llegar a los

rincones deseados. O esa fue la interpretación que yo ofrecí al rey.

Dichas cartas, naturalmente, nunca aparecieron. Construí yo mismo aquella versión, si bien la epístola inicial era auténtica. Era cierto que Gosvinta y Uldila conspiraban para revertir las decisiones de Recaredo y, sobre todo, para evitar el concilio y, si era posible, agitar el árbol de una nueva conjura de nobles godos contra el rey. Pero todo lo demás, el adorno conveniente, fue cosa mía.

Uldila fue exiliado.

Gosvinta apareció muerta en sus aposentos. El *medicus* confirmó, con voz casi fingida, que había fallecido por razones de la edad. Estaban allí Recaredo y los principales cancilleres de los *officia*, pero su mirada desafiante era para mí.

Antestio, a propuesta mía, recibió un veredicto de pena de muerte. Moriría por espadazo en los *suburbia*.

Fue una mañana, ya en los primeros días de primavera, tras varios meses en una mazmorra del *palatium*. Recaredo había tenido dudas en cuanto a su eventual ejecución. No deseaba levantar suspicacias a pocos meses del concilio. No quería que corriera la sangre.

Pero, finalmente, logré que variara su percepción.

—Al final has ganado. Has ganado por completo —me dijo Antestio con una expresión lúgubre, temerosa de Dios. Nunca hubiera imaginado que él pudiera componer semejante rictus.

—La prueba de que es la primera verdad que dices en tu vida es esta misma —contesté, señalando con la mano derecha la larga *spatha* del verdugo—. Sé que fuiste tú quien asesinó a Amando, y también que acabaste con Sunildo. Ambos eran buenos hombres, Antestio, lo que no somos ni tú ni yo.

—Es cierto —confesó. El verdugo me consultaba con la mirada si era el momento de actuar, y le mostré la palma de mi mano en señal de orden de espera. Deseaba recrearme en el instante—. A Sunildo lo maté con la almohada. No fue difícil. Me acordé de aquello que algunos libros contaban sobre cómo acabó Calígula con Tiberio. Sabrás, Sergio, que circularon varias versiones, pero a mí me gustaba la de la almohada: no deja rastro.

—También asesinaste a Amando… —requerí con ansia.

—Tuvimos que eliminar a Amando, sí. Era el único que podía evitar que nosotros, en aquel momento… El hecho de que ocurriera en la cripta estaba previsto. Pensábamos que causaría un efecto disuasorio en vuestra *factio*. A la vista está que no fue así.

—Pero no contabas, ni tú ni tus compinches, con el empuje de Masona.

—Creo, Sergio, que tú tampoco.

Esto último lo dijo con una sonrisa siniestra, como venida ya del mundo de las tinieblas al que lo envió el verdugo en cuanto agité la mano y asentí dos veces.

55

Primeros días de mayo, 589

«Creo, Sergio, que tú tampoco». Las últimas palabras de Antestio aún resonaban en mi mente cuando los prelados se presentaron en Toletum.

Lino había actuado con eficacia, y los fondos del *fiscus* permitieron pagar los viajes y cubrir las demandas de los *domini* que habían acogido a obispos y a sus mínimos séquitos. Estos, los obispos católicos, suponían la mayoría de los invitados. Algunos venían acompañados de uno o dos presbíteros o diáconos. También acudieron unos cuantos abades de monasterios; en el caso de Santa Eulalia, Tesquio envió a un monje joven. Y se había seleccionado a unos cuantos magnates godos, además de los prelados arríanos que, procedentes sobre todo de Gallaecia y de la Tarraconense, acudían para abjurar del arrianismo y convertirse al catolicismo.

Todo estaba preparado.

Sabía que tenía que encontrarme con él.

Me habían anunciado días atrás que Masona había decidido venir. Por eso me mortificaban las palabras de Antestio. «Creo, Sergio, que tú tampoco». Es decir, que no había valorado suficientemente mi dependencia con respecto a Masona, y que siempre, de un modo u otro, estaría supeditado a él.

Dada la importancia de Emérita, su obispo habría de tener un papel preponderante en el concilio. Y Masona lo sabía. No podía dejar pasar semejante oportunidad.

Decidí proponer a Recaredo que fuera Leandro quien llevase la voz cantante en las sesiones y quien pronunciase el discurso final. No fue fácil convencer al rey, pues aún tenía fresco el recuerdo de su implicación en la rebelión de Hermenegildo.

—¡Bobadas! Leandro tiene algo menos de antigüedad en la dignidad episcopal que Masona, Sergio. —Recaredo, echando mano de su consabida muletilla, se mostró reticente.

—Así es, señor. —Quise mantener el protocolo, puesto que discutíamos en una estancia personal del rey junto con Lino y Porfirio. El dinero y la burocracia eran dos de los pilares del concilio —. Pero necesitamos dar una función singular a Leandro.

—¡Sigo sin entenderlo, Sergio! ¡Lino, explícaselo tú! ¡Ese Leandro es un traidor!

—Señor, cierto es —contestó Lino— que el prelado hispalense tramó contra tu padre y contra ti. El viaje a Constantinopla hubiera merecido, en su momento, su ejecución. Pero de eso hace ya tiempo. Y Leandro ya no tiene a un Hermenegildo al que apoyar. Hermenegildo…, en fin…, todos sabemos dónde está, mi señor. Me atrevería a decir que sería bueno que, una vez más, confíes en Sergio.

Lino, siempre eficiente, logró que Recaredo se serenase.

—Habla, Sergio de Emérita —mencionaba mi nombre completo y mi origen cuando deseaba reprenderme, pero también cuando necesitaba palabras contundentes y claras, para que yo verdaderamente fuera de ayuda en su toma de decisión.

—Señor… —Bebí un poco de agua y me levanté de la silla tapizada en cuero—. Lino tiene razón. Leandro fue desleal, incluso traidor, como bien dices, pero tiene una notable ascendencia sobre los *domini* de la Bética. Conviene que no reactive sus movimientos contra tu familia, como lo hizo en el pasado. Tiempo habrá de apartarlo si nuestros informantes detectan cualquier cosa. Sin embargo, tenerlo de nuestro lado es apuntalar un bastión en el sur. Supone contar con un difusor de lo que pretendes, de lo que pretendemos: un reino unido en el catolicismo que aúne las voluntades de los *domini* romanos y de la nobleza goda, que extienda

la tributación y las bases del reino y que, algún día, expulse a los imperiales. Que tu hijo Liuva sea algún día *rex* y que su hijo y el hijo de su hijo… —Hice una pausa, bebí otro sorbo de agua y comencé a caminar por la sala, como si estuviera recitando una lección—. En fin, señor, Leandro puede ser un gran aliado para nuestros propósitos.

Se hizo un silencio tenso. Recaredo mostraba, repentinamente, un rictus gélido. Miró a Porfirio por un momento y, luego, alzó las cejas, interpelándolo claramente.

Este bajó la mirada hacia el mosaico que, a nuestros pies, disponía motivos marinos. Era como si el antiguo dueño de aquella *domus* hubiera encargado a los artesanos que reflejasen un mundo alejado y ajeno a sus dominios. A buen seguro, nunca hubiera imaginado que su propiedad terminaría formando parte del *palatium* del rey de los godos. Parecía que Porfirio buscaba inspiración en los atunes que saltaban junto a las barcas de los pescadores que se afanaban por capturarlos.

—Estoy con Sergio, señor —dijo al fin—. Por más que ese Leandro haya hecho lo que ha hecho, nos vendría muy bien que diera la cara por nosotros en la Bética. Y qué mejor manera de convencerlo que haciéndolo sentir protagonista.

—Protagonista de la nueva época, señor. De la nueva época —concluí con un énfasis premeditado.

—Mmm… De acuerdo —masculló Recaredo sin ningún entusiasmo—. ¿Y Masona? Aparte de ser tu viejo amigo —clavó en mí su mirada penetrante y taimada—, es el obispo de mayor antigüedad del concilio, según tengo entendido. ¿No se sentirá apartado?

Era probable que el rey tuviera razón, aunque los registros sobre la antigüedad en las cátedras episcopales no estaban ni mucho menos claros. Pero quise neutralizar su inquietud para que no dudase sobre el visto bueno a mi plan.

—Señor, agradecería que ese problema quedase en mis manos.

56

No sabía aún cómo resolver la cuestión de Masona cuando este llegó a la ciudad.

El plan del rey era ofrecer una gran cena esa misma noche. Se habían cursado órdenes para utilizar salas que habitualmente no servían como comedores, de tal modo que se pudiera acoger a todo el mundo. Desde hacía una semana, el *palatium* era un ir y venir de mesas, sillas, calderos, pequeños carruajes repletos de leña, cargas con carnes y pescados en salazón, especias, dulces. Aquella misma tarde de la cena habían ido llegando, desde las cabañas ganaderas de los *suburbia*, corderos, cerdos, cabritos y pollos, despiezados ya para ser entregados a los maestros cocineros.

Aquel ajetreo pasaba literalmente a mi lado sin que yo me detuviera a observar los detalles. Mi misión era solucionar el asunto de Leandro y, después, el de Masona. Y, a poder ser, antes de la cena. Pedí a un sirviente que me llevase hasta el aposento que se había adjudicado a Leandro. Según me indicó, lo compartía con Isidoro, su hermano, y con otro clérigo que había llegado con ellos desde Híspalis.

Encontré a Leandro fatigado, y lo entendí, pues el viaje desde Híspalis a Toletum era largo. El clérigo que lo acompañaba, bastante mayor que él, se llamaba Sulatio, y también mostraba gesto de cansancio. Supuse desde el primer momento que el obispo había buscado la compañía de alguien veterano que lo pudiera aconsejar; y de su hermano, que le entregaba la iniciativa de la juventud.

—Disculpad que sea tan rudo —dije en un tono amable, después

de haberme deshecho en palabras de cortesía ante los recién llegados —. Antes del convite que nuestro rey nos va a ofrecer, desearía intercambiar algunas palabras con vosotros.

—¿Intercambiar? Suena generoso por tu parte, Sergio de Emérita —dijo Leandro con evidente desdén—. Después de nuestro encuentro en Híspalis, he oído muchas más cosas sobre ti. Tengo entendido que no tienes piedad con tus enemigos.

—Si lo dices por Antestio… —intenté argumentar.

—Por Antestio y por los demás, como esos conjurados de Emérita. Tu fama de inclemente ha llegado hasta las orillas del río Baetis, amigo mío —replicó Leandro, tratando de rebajar la tensión con una sonrisa—. Pero no te preocupes, entiendo la razón y la política. Nosotros, los *episcopi*, somos parte de ambas, no solo de los deseos de Dios.

—Me congratula tu capacidad de comprensión, dilecto Leandro —consumé la tregua dialéctica—. Nos unen más cosas que las que nos separan. Para empezar, la fe en la relación entre el Padre y el Hijo, y el concepto de *homoousios*, «de la misma naturaleza». Lo acordado en Nicea y luego impulsado por el gran Teodosio debe ser la base de lo aprobado a partir de mañana. Y quiero, queremos, que seas nuestro puntal.

—La fórmula *homoousios* fue, como bien sabes, aprobada por orden de Constantino, que se la sacó de la manga. Fue precisamente un obispo de la Bética el verdadero muñidor de todo aquello —intervino Isidoro con cierta arrogancia.

—Osio —afirmé con seguridad, acordándome de las lecciones de Faustino—. Osio de Corduba. Aconsejó a Constantino en aquel concilio. Y el credo allí pergeñado fue la base de lo que Teodosio, décadas después, impulsaría como catolicismo, la *religio* oficial del Imperio.

—Quieres, Sergio de Emérita —murmuró Sulatio con dificultad —, que Leandro sea tu Osio y Recaredo tu Constantino. ¿No es así?

Palidecí ante la astucia del viejo clérigo. Se había adelantado a lo que yo quería proponer a Leandro, lo que ya en su día había ofrecido a Recaredo: que él fuera un *novus Constantinus*.

—Has venido bien acompañado —dije a Leandro, señalando a Sulatio.

—No lo dudes. En ambos casos —replicó.

—Eso es, justamente, lo que pretendo. Que seas nuestro Osio; y Recaredo, nuestro Constantino. —Hice una larga pausa, porque deseaba que mis siguientes palabras causaran un efecto balsámico, por un lado, y excitante, por otro—. Quiero, Leandro de Híspalis, que seas tú quien pronuncie el discurso final del concilio: un alegato a la unidad del reino y de la fe, una suerte de credo político, posterior al credo religioso que todos juraremos, incluidos los arrianos.

—Te agradezco la confianza, Sergio de Emérita —contestó Leandro en tono aparentemente solemne. Trabajaré esta misma noche, después de la cena, en ideas para sustentar el discurso. Como las sesiones se alargarán más de uno o de dos días, espero tenerlo a punto para cuando llegue el momento.

—Será un colofón extraordinario —lo adulé—. Me atrevo a sugerir que Isidoro forme parte de su composición. A la luz de su audacia y de su sorprendente sabiduría, que ya pude calibrar en nuestro encuentro en Híspalis, y teniendo el maestro que tiene, está llamado a ser alguien relevante en la nueva generación del reino. Recordad: la unidad en la fe y en el reino ha de ser la base de la composición. Y, lógicamente, iniciarás el discurso con un ensalzamiento de Recaredo.

—Así será, Sergio de Emérita —contestó Leandro, ceremonioso, agachando la cerviz en señal de acatamiento.

Me despedí de los tres hispalenses sin tenerlas todas conmigo. Leandro era demasiado orgulloso como para obedecer tan fácilmente. La mirada aparentemente perdida de Sulatio me había resultado particularmente sobrecogedora, y más aún su sonrisa, cuando me dispuse a salir de la estancia.

* * *

No tenía tiempo que perder. Debía ver a Masona antes de que comenzasen los prolegómenos de la cena. Pedí al sirviente, que había esperado en el corredor, que me condujese hasta él. Según me dijo, había sido alojado en una de las *domus* exteriores al *palatium* pero anejas al mismo, una de tantas cuya función había variado durante los últimos tiempos del reinado de Atanagildo y los primeros de Leovigildo. Varios obispos de Lusitania habían sido acomodados en ella, con su superior al frente.

Me sentí conmovido en cuanto lo vi. Porque lo encontré viejo, mucho más que la vez anterior. Era como si hubiera alcanzado, al menos, la edad de aquel Sulatio a quien acababa de conocer. Masona estaba en el centro del menguado patio central, justo donde unos cobertizos ocultaban el antiguo esplendor de lo que, en tiempos, había sido un hermoso jardín, pero que ahora permitían guardar algunas ovejas. Por respeto a los recién llegados, las ilustres habitantes de la *domus* habían sido llevadas a los hogares de sus hermanas.

Masona, con apenas resto alguno de cabello sobre su cabeza, ojeras aún más cargadas que la última vez y arrugas que parecían quererle atravesar la cara, departía con varios individuos.

—Vaya, vaya, aquí está, hermanos, el gran cerebro de este concilio, de este reino, del mismísimo Recaredo. Os presento a Sergio de Emérita —dijo al verme cruzar el patio a paso muy lento, puesto que yo deseaba escrutar bien la escena y medir mis palabras.

La presentación fue breve. Yo no estaba para ceremonias y tenía prisa, muchísima prisa. No deseaba estar con Masona más tiempo del estrictamente necesario, pero aun así debía hablar con él antes de que propusiera retrasar la conversación a la cena.

Los que estaban con él eran prelados de ciudades menores de Lusitania, e intenté ser cortés con ellos. Estaba completamente seguro de que harían lo que su metropolitano, el jefe de la provincia eclesiástica de Lusitania, les pidiera, pero tampoco esperaba sorpresas.

—Algo querrás, cuando vienes a verme antes de la cena áulica —susurró cuando lo tomé del brazo para llevarlo a una esquina.

—No es momento de rencillas, Masona. No lo es.

—¿Y cuándo lo ha sido? Yo nunca he tenido rencillas contigo. Me he limitado a exponerte lo que has hecho. Nada más —replicó sin enojo alguno—. Habla. ¿Qué quieres?

—Vas a tener una presencia de prestigio en el concilio. Eres el prelado más antiguo en la posesión de la dignidad episcopal.

—Eso lo sé. No me estás descubriendo nada nuevo. Dime lo que realmente has venido a decirme.

—Vengo a anunciarte que, empero, dicha presencia preeminente no tendrá un colofón final.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Que el discurso final, el broche del concilio, correrá a cargo de otro.

—¿Tú? No esperaba otra cosa, querido Sergio —dijo con desdén —. Supongo que aprovecharás la situación para sacar todo el rédito posible. Ya, ya me he enterado de lo que hiciste con Antestio… Imagino que el siguiente paso será jubilar a ese santo de Eufemio y encumbrarte como obispo de Toletum.

Debo reconocer que la idea había rondado por mi cabeza. Podía haber sido el último peldaño en mi triunfo. Sin embargo, yo, egoístamente, soñaba con un retiro dorado.

—No, no deseo más cargos —revestí mi respuesta de una falsa humildad—. Será Leandro de Híspalis quien pronuncie el discurso.

—Hum… —se quedó pensativo por un momento—. Bien, no me desagrada. Leandro aconsejó bien a Hermenegildo. Yo estuve de su lado, como bien sabes. Pero no sé si eso sentará muy bien a tu rey.

—Mi rey, como tú dices, lo comprende y está de acuerdo con la idea.

—¡Claro! ¡Cómo no! En todos los rincones del reino se escucha tu nombre. Tengo que decir que es muy temido… Pocos sospecharían que la misma mente perversa que ha estado detrás de los crímenes ordenados por tu rey era un trapo humedecido por el miedo; un trapo que se ha terminado secando y que la vida ha endurecido. Me refiero al trapo de la mente, sí, pero también, y peor

aún, al del corazón.

Dejé de lado, una vez más, a mi conciencia y me centré en lo que había ido a hacer.

—¿Entonces?

—Entonces…, no te preocupes. No alteraré tus planes. Que hable ese Leandro. Y también tu rey.

57

Eufemio lo había preparado todo minuciosamente para aquella mañana de mayo. En la *ecclesia* principal de Toletum, con advocación a Santa María, sede de la cátedra episcopal católica.

Se habían dispuesto más de un centenar de escaños en asientos corridos de madera, sillas, pequeñas escaleras…, todo lo posible para ajustar la relación entre el espacio de la basílica y los asistentes.

Las más de seis decenas de obispos y sus auxiliares, los prelados arrianos, más los abades, magnates y personal de la corte, entre el que yo me encontraba a la cabeza, formábamos una suerte de paredes humanas. En el centro de las mismas se dispusieron dos lugares preferentes para Recaredo y Bado. Todos los presentes los aclamaron y vitorearon. Incluso algunos, convenientemente aleccionados por Eufemio a instigación mía, gritaron la consigna pergeñada: «¡Nuevo Constantino!».

Hubo una comparecencia inicial de Recaredo, poco más que un saludo en el que agradeció las alabanzas y entregó un *tomus* a los obispos. En él, constaba su profesión de fe y un mínimo esquema de la agenda del concilio después de «tanto tiempo de herejía arriana en Spania». Esas fueron exactamente sus palabras.

Luego, se leyó en voz alta la mayor parte del contenido del *tomus*, donde constaba la confirmación de su conversión al catolicismo, que ya era pública unos dos años antes. Aquella era la clave del concilio, y Recaredo la había destacado convenientemente: la unidad de los godos, también de los suevos, en el catolicismo, junto a la gran mayoría de habitantes de Spania que ya estaban en

nuestra Iglesia católica.

A los ojos de los presentes, Recaredo encarnaba en su propia persona el ideario de unidad del que todos se iban a beneficiar.

Porque todos habían comprendido que saldrían ganando con la conversión, y firmaron los documentos de profesión de fe, de aceptación del catolicismo, y los primeros en hacerlo fueron Recaredo y Bado.

Algo similar sucedió después con los cánones acordados. En ese segundo caso, la rúbrica de Masona figuró por delante de la de Eufemio, como obispo de la ciudad en la que se celebraba el concilio, y de Leandro, con todas las demás por detrás.

Cumplí así con el compromiso adquirido. Pues se tomaron decenas de acuerdos redactados bajo el formato de cánones, numerados y explicados de uno en uno.

Entre ellos, que los obispos y demás clérigos casados pudieran seguir estándolo, aunque no pudieran vivir bajo el mismo techo que sus esposas ni tener relaciones carnales.

El concilio puso especial énfasis en proteger el patrimonio diocesano. Así, por ejemplo, si se daba la libertad a un esclavo perteneciente a una iglesia, a pesar de dicha manumisión, el antiguo esclavo siempre estaría bajo el *patrocinium*, la dependencia, de dicha iglesia; ellos, y también sus descendientes. La red patrimonial de la Iglesia se consideraba indestructible.

Por supuesto, se incluyó la transferencia de las iglesias arrianas a las católicas, que asumirían sus edificios, bienes, dependientes y esclavos, y se reforzó la hegemonía económica de los obispos.

Un tema que comenzaba a preocupar era el de los judíos. Había muchos muy ricos, y no eran pocos los *domini* que presionaron al rey para que los hostigase. Así que Recaredo prohibió que pudieran tener esposas o concubinas cristianas, y también que comprasen esclavos cristianos.

Yo estuve de acuerdo y hoy me alegro de que el rey Sisebuto haya continuado esa política, incluso endureciéndola hasta el punto de haber perseguido a los judíos hasta límites no conocidos hasta ahora. A ambos reyes logré convencer de que los judíos son el

último escollo para nuestra absoluta unidad, porque son enemigos de nuestra fe. El ideario de unidad en la fe se traslada así a la política.

Del mismo modo, aquel gran concilio unió ambas dimensiones en una sola. El *regnum Gothorum* ya no sería tanto el de los godos en sí, sino en el del conjunto de Spania y del sur de la Galia, con todos sus habitantes incluidos.

Leandro expresó en su discurso final semejante ideario de unidad. Y, conforme lo escuchaba, sentía yo el escalofrío del triunfo.

Sin embargo, algo más estaba sucediendo.

Ya había reparado en el gesto exultante de Recaredo los días del concilio. Pero también lo hice en la sombra que se dibujó en su semblante durante la intervención de Leandro.

En las despedidas finales, aún dentro de la basílica, me acerqué al rey de manera disimulada.

—¿Has escuchado lo mismo que yo? O mejor dicho… ¡lo que no hemos escuchado! —me espetó.

—Ha sido todo un éxito, creo que debemos estar exultantes —contesté sin mucho convencimiento.

—¡Ese asno de Leandro! —exclamó.

Miré a mi alrededor, por si alguien había podido escuchar, pero nos encontrábamos en el estrecho ábside de la cabecera de la basílica y no teníamos a nadie cerca. Todos estaban en la nave central. Allí, precisamente, Bado departía con Leandro y con el joven Isidoro.

—Continúa, mi señor, te lo ruego —creí oportuno adoptar un tono extremadamente dócil.

—¡Ese Leandro! ¡Me la ha tenido que jugar hasta el final! ¿No te has dado cuenta de sus malditos silencios clamorosos sobre Hermenegildo y sobre mí mismo? ¿Cómo no ha citado el intento tiránico de mi hermano y su justo final? Y ni una palabra sobre la magna obra de mi padre. ¡Ni sobre mí! ¡Ni siquiera me ha mencionado! ¡A mí! ¡Imbécil! ¡Bobadas! Tendría que haberlo expulsado, exiliado definitivamente. No debí hacerte caso en eso, Sergio. Seguramente ahora seguirá intrigando desde Híspalis.

Agaché la cabeza.

Ciertamente, Leandro no había mencionado la palabra «Recaredo» ni una sola vez en todo su extenso discurso, y tampoco había condenado a Hermenegildo por intento de usurpación y por la guerra que nos había golpeado.

Leovigildo, igualmente olvidado por el obispo en su alocución, había hostigado a bastantes de los prelados asistentes, incluido el mismísimo Masona.

Todo tenía su cara oculta, y Leandro había decidido mantenerlo precisamente así: oculto.

—Confía en mí —traté de suavizar la cólera del rey—, hablaré con su hermano. Ese Isidoro es muy sagaz, y no deja de ser el futuro. Por los informes que tengo, Leandro tiene muy controlada su sede, y lo más probable es que su propio hermano le suceda cuando llegue la hora.

58

En los corrillos posteriores, Recaredo fue poco menos que abordado por numerosos obispos y magnates. Yo decidí acercarme a Leandro, que se mantenía aparte con su hermano Isidoro, el clérigo Sulatio y con Eufemio. A este último se le veía demacrado; las sesiones habían terminado por minar su resistencia. Apoyaba su mano derecha sobre un bastón grueso, mientras que la izquierda se agarraba con fuerza al brazo de Leandro.

—¡Sergio de Emérita! —exclamó Leandro, despidiéndose rápidamente con un gesto de unos prelados de la Bética que habían venido a saludarlo—. Supongo que hemos de felicitarte por todo esto.

—Gracias, Leandro —dije en un tono cortés que, en todo caso, no podía esconder mi preocupación—. Me gustaría hablar contigo. A solas —pensé un instante, y me terminé decidiendo—. Isidoro, acompáñanos —pedí al joven, mostrando una sonrisa en clave de disculpa a Eufemio. No la pude mantener con Sulatio, que me miraba fijamente, sin decir nada.

—Marchad, marchad, yo voy a buscar otro brazo en el que apoyarme —dijo Eufemio.

Salimos de la basílica sin decir ni una sola palabra. Yo necesitaba aire, una vista amplia, y pensé que no había mejor lugar que las vegas. Recorrimos el trayecto a buen ritmo, aprovechando las cuestas que el cerro de Toletum volcaba hacia el río.

—¿Hacia dónde nos llevas, Sergio? —preguntó Isidoro, visiblemente intranquilo.

—No te turbes e imita la serenidad de tu hermano mayor —repliqué.

—Sergio nos conduce al mundo de los muertos, hermano —añadió Leandro con sarcasmo.

Tenía razón: estábamos adentrándonos de lleno en una de las necrópolis. Buscaba el mausoleo de Leocadia, y, justo cuando estaba a punto de bromear como respuesta, dimos con él. Lo señalé con la mano, y les indiqué que podíamos tomar asiento en uno de los zócalos laterales. Los hierbajos habían crecido con las lluvias de finales del invierno y de la primavera que ya disfrutábamos desde hacía varias semanas.

—Este es el mausoleo que, según la tradición, acoge los restos de Leocadia, mártir de los días imperiales —expliqué.

—Creo que leí algo sobre ella —comentó Isidoro, demostrando su erudición—. Formaba parte de algunas colecciones de actas martiriales romanas, aunque no sé si con mucho fundamento…

—Eso es —repliqué—. Yo creo que sí son ciertas y que la mártir existió y que está aquí enterrada. Mi idea es convencer a Recaredo para que construya un oratorio, una pequeña capilla, algo. Sea más o menos verosímil, Toletum bien merece una mártir a la altura de su trascendencia política, ¿no creéis?

Los hermanos palidecieron. A la vista estaba que mi ausencia de escrúpulos les resultaba escandalosa.

—Pero no nos has traído aquí, o no al menos solamente, para hablarnos de esta Leocadia tuya, ¿no es así, Sergio? —soltó Leandro, tratando de acomodarse con dificultad en el zócalo.

—Tu discurso ha contrariado al rey. Y lo ha hecho sobremanera. —Fui directo al grano—. No has mencionado su nombre ni una sola vez. Y tampoco el de su hermano. Hubiera sido deseable una condena de su memoria.

Leandro me miró fijamente. Luego descansó su mirada en su hermano, como buscando el impulso necesario para armar una réplica consistente.

—Bastante condena tuvo con su ejecución, ¿no crees? ¿Y te parece poca condena su ausencia en mis palabras?

Semejante formulación me descolocó. Y me convenció. Al instante.

Porque yo ya me había dado cuenta de que la omisión a Recaredo tenía su causa, y que el silencio sobre Hermenegildo ocultaba la propia implicación de Leandro, por más que todos los asistentes supieran del asunto. Pero en la pregunta que me acababa de formular intuí algo más profundo.

Me permití unos instantes y me senté en el zócalo. El único que permanecía en pie era Isidoro. El joven sonreía; daba la impresión de encontrarse en un juego del que sabía de antemano que tanto él como su hermano contaban con las piezas ganadoras en su mano.

—Comprendo. Dejando a un lado a Leovigildo, la ausencia de ambos nombres, Hermenegildo y Recaredo, es una suerte de sello, una llamada al silencio sobre el trauma que ha supuesto la guerra.

—Si mi hermano hubiera enardecido a la audiencia con las menciones triunfales a Recaredo, los obispos y los magnates que apoyaron a Hermenegildo, comenzando por él mismo, se hubiesen sentido molestos, además de ver comprometida su posición —aclaró Isidoro.

Pero no necesitaba más detalles; estaba entregado al argumentario de los hermanos.

—Bastante lo han ensalzado ya, incluso mencionándolo como un nuevo Constantino, lema que desde luego no te es ajeno, ¿no crees? —deslizó Leandro.

Quise sopesar mis palabras antes de contestar y caminé en círculos en torno al túmulo.

—Creo que tenéis razón —concedí—. Merece la pena que olvidemos, tanto el compromiso nefasto de los perdedores, entre los que tú eres el principal pedestal, Leandro —no quise perderme en rodeos absurdos—, como en el dorado sitial del triunfo en el que yo me ubico. Será más fácil ensanchar las bases del reino si todos estamos en el mismo coro. Merece la pena correr un velo de silencio sobre lo ocurrido. Isidoro, a ti, que estás participando solamente como espectador, te va a corresponder guardar las cadenas que aseguren la caja que hemos construido. Pienso en las nuevas

generaciones, naturalmente.

Los dos hermanos me miraron con aquiescencia. Nos habíamos entendido.

—Recuerda que tu viejo amigo Masona también estaba en ese compromiso nefasto al que te acabas de referir —añadió Leandro, mordaz.

De repente, sentí una sensación de ahogo, como si no fuera capaz de respirar, y a punto estuve de desmayarme. Los dos hermanos me sujetaron, y luego Isidoro me ayudó a sentarme en el zócalo y Leandro me pidió que me doblara, poniendo la cabeza sobre las rodillas. Estuvimos en silencio un buen rato, en el que bastante tenía con no perder la consciencia. Cuando me sentí mejor, respiré hondo y miré a los hermanos. Me pareció que estaban visiblemente preocupados.

—No es nada. Regresemos —dije, tratando de calmarlos.

Cuando nos acercábamos a la basílica, con notable fatiga por mi parte, los participantes del concilio se dirigían, arracimados en grupos de siete u ocho, hacia el *palatium*, donde Recaredo iba a ofrecer un banquete como colofón.

Antes de unirnos a la procesión de prelados, abades, y magnates, Leandro me tomó por el brazo, ante la atenta mirada de Isidoro. Justo entonces se nos unió Sulatio, que había estado esperándonos en la puerta de la basílica.

—Esto que hemos hablado en el mausoleo de esa… de esa… —Leandro no recordaba el nombre de la mártir.

—Leocadia —pronuncié las sílabas con cierto enojo.

—Eso que hemos hablado en el mausoleo de Leocadia —continuó, para mi sorpresa, como si no hubiera dudado— habría que comenzar a concretarlo cuanto antes.

—El silencio del conflicto que mi hermano ha diseñado en su discurso… —añadió Isidoro—, habría que comenzar a dar más pasos.

Me detuve y también lo hicieron mis tres compañeros. Enseguida nos quedamos rezagados del resto de grupos.

—Tienen razón, Sergio de Emérita —tomó la palabra Sulatio,

clavando, una vez más, su aguda mirada en mí. Tuve la impresión de que podía habernos escuchado a pesar de la distancia—. Hora es de enterrar para siempre los tiempos de la duda, de la discusión, de la guerra. Me atrevo a proponer, en la humildad que depara mi ignorancia, que se borren las huellas de semejantes convulsiones.

Leandro miró complacido a su anciano ayudante.

—¿Borrar las huellas? —pregunté con interés.

—¿Qué huellas más explícitas puede haber que los libros? —sugirió Sulatio con una sonrisa maliciosa.

No se me había ocurrido. La generación más joven, la de Isidoro, debería ocuparse de diseñar la manera de contar lo ocurrido, pero nosotros aún teníamos tiempo de eliminar los rastros de tanta colisión. Un punto de arranque nuevo. Eso era, justamente, lo que necesitábamos. Me sentí de inmediato seducido por la posibilidad que aquel viejo deslizaba.

—Sulatio…, ¿estás proponiendo que eliminemos los libros?

—Eso es, Sergio de Emérita. —Los ojos se le iluminaron—. Ordena que se quemen los libros que se han escrito durante el conflicto, los panfletos, los sermones más incendiarios, las cartas más ominosas… Se han de destruir los textos arrianos y católicos, los de unos contra otros. Y lo mismo ha de hacerse con todo lo que recuerde que Hermenegildo se convirtió al catolicismo, y cualquier detalle que sugiera que Recaredo estuvo implicado en su ejecución. Silenciemos el debate y la tormenta que deparó. Para siempre.

—Empieza por los míos. Te entregaré mis libros contra los arrianos —añadió Leandro, que, asiéndome del brazo, me animó a continuar hacia el *palatium*—. Han de ser los primeros que sean arrojados a la pira.

59

Dos o tres días después del concilio, los asistentes se fueron marchando de Toletum. Uno de los primeros fue Masona. Me prometí a mí mismo que lo vería solamente un momento, un saludo mínimo.

Me vio acercarme y, tras entregar un zurrón a uno de los esclavos de la basílica principal de Toletum, hizo una mueca, que no supe interpretar si era una sonrisa o un gesto de fastidio.

—Te has salido con la tuya —dijo con desdén, mirando de reojo cómo algunos de sus subordinados subían ya a los carromatos.

—Al menos te agradezco que aceptaras que Leandro pronunciase el discurso. Tu firma aparece en las suscripciones por delante de la suya, eso sí —respondí con la intención de suavizar la conversación—. Ya te ibas sin despedirte.

—No creo que te sorprenda —replicó secamente.

—Masona, no sé bien qué nos pasó…

—Ni falta que hace —me interrumpió.

—Quiero que sepas que vamos a destruir los libros más conflictivos, aquellos consagrados en los últimos años al combate entre nosotros y los arríanos.

—¿Nosotros? ¿Qué entiendes por «nosotros», Sergio? Has servido a un rey pestífero, pérfido, arriano, durante años. Ahora, a su hijo, que no tuvo problema alguno en ordenar la ejecución de su propio hermano.

—Al que tú apoyaste, por cierto. Te viene muy bien que lo tapemos con un velo de olvido.

—Pero no lo haces por mí. No quieras venderme semejante pollino.

—No vendo nada. En atención a nuestra vieja amistad, he querido informarte. De hecho, entre los textos que destruiremos figurarán las actas de tu debate con Suna. Te va a llegar dentro de poco la orden oficial firmada por Porfirio, el jefe de los *scrinia* de los archivos.

—No te inquietes. Colaboraré —dijo sin mirarme.

Fueron las últimas palabras que escuché de su boca.

Y la última vez que lo vi.

* * *

La idea de Sulatio se llevó adelante a los pocos meses. Recaredo comprendió enseguida que era una buena opción: ocultar las disensiones favorecería la escritura de una historia lineal y unívoca, y eso honraría al rey y su memoria posterior, que no era otra cosa que mi propio triunfo.

Las llamas otorgarían un manto de silencio sobre los últimos años, que en sí mismos habían sido mucho más incendiarios que la pira que se dispuso en los *suburbio* de Toletum con los libros reclamados a numerosos prelados, abades, *domini* y magnates.

Leandro había cumplido su promesa y me había remitido las copias de sus libros que había hecho circular en la Bética. Además, y gracias a su influencia, fueron muchos los conocidos que nos remitieron más copias, tanto de sus obras de combate antiherético como de otras muchas de diferentes autorías.

Todo fue a parar al fuego. Y allí, mientras veía arder las pruebas escritas del combate por las ideas de los últimos años, sentí que yo mismo me abrasaba.

* * *

Solo ahora, tantos años después, he querido rescatar de una pira imaginaria el eco de mi memoria.

He aquí mi testimonio.

El de mi infamia.

Epílogo

Toletum, mediados de febrero, 621

Recaredo murió poco más de una década después del concilio. Durante el resto de su reinado, tuve manga ancha para hacer y deshacer en la corte. Y presidí la del otro reino, la del de Jana, mucho tiempo, incluso después de la muerte de mi amiga cántabra.

Con los años, visité menos la sala final de aquel reino y más la primera. De temas exteriores se hablaba en demasía en palacio, pero en aquellas reuniones discutíamos asuntos sucios, tales como las confiscaciones y las purgas a los enemigos más cercanos.

Jana se fue a otro reino, al definitivo. Y, poco después de ella, también fueron a rendir cuentas ante el Altísimo los únicos amigos que me quedaban: Lino y Porfirio. Este último había borrado, a petición mía, mi nombre de todos los registros palaciegos, tal y como había hecho con Gaudila. Y, entretanto, otros habían comenzado ya a escribir esa historia lineal que deseábamos legar a la posteridad: sobre Leovigildo, sobre Hermenegildo, sobre Recaredo… Yo di las órdenes, es verdad; pero fueron ellos, los obispos y monjes que redactaron las crónicas y las *historiae*, quienes las plasmaron en los pergaminos.

En la soledad más absoluta, con la única complicidad del propio Recaredo, saboreé, no obstante, mi triunfo definitivo. El orgullo se llevó por delante incluso mi antigua aspiración a un retiro costero tarraconense. Prevalecía más sobre mí el afán de poder sobre el destino de los demás.

Tanto era así, que no me quebré con la noticia de las muertes de Masona y de Elia, con unos seis o siete años de diferencia. Y mucho menos con la de Recaredo, ligeramente anterior a la de Masona.

No fui capaz de proteger al joven Liuva. O tal vez no quise. Witerico, el noble godo que nos había ayudado en la revuelta de Emérita, inició una conjura que acabó con él. Podía haberles hecho frente, podía haber hecho valer mi autoridad, mi prestigio. Pero no tuve arrestos. Y mientras Liuva era ejecutado, Witerico se proclamó rey. No fue muy distinta la suerte de este nuevo monarca: otra conjura se lo llevó por delante, esta vez en uno de los desmesurados banquetes con los que nos solía agasajar. En el antiguo reino de Jana, aglutiné voluntades; sí, las voluntades asesinas necesarias para el magnicidio.

Los siguientes, Gundemaro y Sisebuto, han actuado en buena medida según mis dictámenes, de los que ha participado Isidoro, sucesor de su hermano en la cátedra de Híspalis. Me ha escrito cartas en las que me adelanta que está trabajando en unas *Etimologías* que comprendan el saber de nuestro tiempo. Y, desde luego, prepara con esmero una *Historia de los godos*.

Le he pedido no tener hueco en ella.

Aquel joven que tanto me impresionó en nuestra primera conversación, ha logrado una indiscutible preeminencia entre sus colegas. Y, pese a discrepar en una cuestión importante, los dos hemos compartido una entrañable amistad con Sisebuto. Nuestra discrepancia radicaba en que Isidoro no era partidario de la persecución a los judíos que yo impulsé en el ánimo del rey. El hispalense era hostil a ellos, desde luego, pero se distanciaba de mi energía perseguidora.

Ahora, Sisebuto está a punto de morir. Más que probablemente, ha sido envenenado, según me ha informado el *medicus*. Pero ya no será mi batalla: ni voy a descubrir quién está detrás de la infamia ni me enfrentaré a él.

Me he limitado a contárselo a Isidoro en una carta secreta. Él decidirá si incluirá en sus historias tan siniestra sospecha. Ni siquiera sé si podré proteger al pequeño Recaredo, el hijo de Sisebuto.

Porque mis días también se acaban.

* * *

Ahora, cuando creo que comienzo a comprender de verdad, el fin está próximo. Entre tinieblas, viene hacia mí aquella chica pelirroja en el patio de Santa Eulalia.

Siento mucho frío. Es extraño, porque el sol ciega mis ojos y solo alcanzo a ver los brillos del cabello de la chica. Intuyo una sombra detrás de ella. Debe de haber alguien más. Parece otra muchacha. Son muy jóvenes.

Pero tengo demasiado frío. Me devora el helor invernal y noto cómo se apodera de mí la oscuridad. No hay ya sol. Ni brillos. Solo angustia y gelidez. Por un momento, me parece como si estuviera a punto de encontrarme con mis padres. No los reconozco, pero sé que son ellos. A su lado, emerge mi tío para explicarles por qué lo hizo.

La aflicción es insoportable. Es el final. El camino hacia la nada definitiva.

La chica pelirroja me toma por el brazo, como entonces. Escucho su risa, su voz pizpireta. Sus palabras me envuelven. Me enredan entre la sombra.

«Tú eres el nuevo, ¿verdad?».

Nota del autor

Rex Gothorum, rey de los godos: tal era el título más habitual, en las fuentes latinas que han llegado hasta nosotros, para la cabeza del *regnum Gothorum*, reino de los godos. Los godos no fueron una unidad desde el origen de los tiempos ni nada parecido. Más bien al contrario, se trata de una amalgama de gentes fraguada durante siglos. Existen posibles, aunque no seguras, referencias a ellos en tiempos del Alto Imperio romano, en los siglos I y II de nuestra era. Con todo, fueron un agente político y militar claramente atestiguado desde el siglo III. Las fuentes romanas los mencionan como *Gothi*, godos, para aludir a un grupo de pueblos situado al norte del Danubio. Hubo pactos, pero también guerras, en los siglos III y IV, hasta que, por razones de estrategia, el emperador Valente les permitió cruzar el *limes*, la frontera, en el año 376. Los datos a nuestra disposición nos permiten identificar varios grupos —cuyos nombres ahorraré al lector— dentro de semejante etiqueta de *Gothi*.

Lo que ocurrió desde entonces no es materia de esta nota, pero considero necesario subrayar que en modo alguno su historia posterior es meramente lineal, sino poliédrica, llena de matices. Sin embargo, ciertos clanes y familias mantuvieron la idea y la tradición de pertenecer a una identidad, a una *gens* en términos romanos, la *gens Gothorum*, los *Gothi*, de tal modo que dicha identidad se mantuvo en el reino del sur de las Galias en el siglo V, y también en su trasvase definitivo hacia Hispania. Con el tiempo, iría evolucionando, de tal manera que fue adquiriendo un sentido político y territorial.

Sergio trabajará para la corte de Toletum, actual Toledo. Cuando hablamos de reino visigodo de Toledo, nos referimos al sistema político imperante en lo que había sido la Hispania romana y una estrecha franja del sur de las Galias. Estuvo en funcionamiento entre comienzos del siglo VI e inicios del VIII. Aunque había tenido intereses y cierto control de algunas posiciones peninsulares desde el siglo V, la consolidación del reino en Hispania puede ser medida con cierta claridad en el siglo VI, que es la época de la novela.

Rex Gothorum es, por lo tanto, una expresión histórica, una evidencia empírica y científica en los textos que los historiadores profesionales podemos estudiar hoy. Y es, en este libro, la metáfora de un tiempo. O, como le gusta decir al protagonista, el símbolo de «una nueva época». A través de las amargas memorias de Sergio nos damos de bruces con el trasunto de su supuesto triunfo, que es también el de su rey Recaredo y el del reino mismo, pero también con su tragedia personal, que solamente comprende en el instante postrero. *Rey de los godos* es la metáfora de un supuesto triunfo, pero también la máscara de un fracaso personal.

* * *

La novela trata sobre la expansión del reino godo en la antigua Hispania romana. Como acabo de mencionar, el reino de los godos estuvo asentado en las Galias en el siglo V. Después, experimentó el desastre ante los francos (año 507), de modo que, poco a poco, el reino fue basculando hacia Hispania. Los godos conocían bien el territorio hispano, puesto que habían tenido distintas presencias desde comienzos del siglo anterior. Por citar solamente algunas de ellas: Barcino, anotada ya en los textos como Barcinona, Barcelona (año 415), valle del Ebro (454) y actual Mérida (456). Como consecuencia, desplegaron alguna guarnición estable, como sucedió en Mérida. Eso, como mínimo, ocurría desde la época de Eurico

(466-484). Fue también en aquellos tiempos cuando comenzaron a controlar amplias zonas de la antigua provincia romana de la Tarraconense, desde Caesaraugusta, actual Zaragoza, hasta la costa. Dicho en otros términos: los godos ya tenían intereses estratégicos y militares en Hispania en el siglo V, y es probable que a finales de aquel siglo hubiera una migración de godos hacia dichas posiciones.

La derrota ante los francos en el 507 propició un incremento de la presencia goda en Hispania en el primer tercio del siglo VI, con otro pico en ese proceso hacia el 531, si tenemos en cuenta los textos a nuestra disposición. Luego, y a pesar de algunas guerras internas, el *regnum Gothorum* se fue consolidando. Esa fase corresponde a la época de la infancia y primera juventud de Sergio. Del mismo modo, la guerra civil entre Agila y Atanagildo es el telón de fondo histórico en el que Sergio termina definitivamente en los brazos de su ambición y de la captación por la corte de Toledo. La expansión definitiva del reino en Hispania cuajó ya con Leovigildo (*ca.* 568/9-586), monarca que conquistó numerosas regiones y aceleró el poder central, tanto en lo administrativo y tributario como en lo simbólico. De hecho, fue el primer rey godo que acuñó moneda con su nombre y efigie, al tiempo que asumió símbolos de poder regio en mayor medida que sus antecesores.

El arrianismo tradicional de la aristocracia goda fue una de las señas de identidad de los godos. En tiempos de Leovigildo hubo hostigamiento, purgas y conflictos con el episcopado católico. Sin embargo, en el 580 convocó un sínodo en Toledo con la idea de dulcificar los puentes litúrgicos para el trasvase de católicos hacia el arrianismo. En la novela, es Sergio quien recibe el encargo de supervisar dicho sínodo. La visión de la necesidad de vasos comunicantes entre arríanos y católicos fue después llevada hacia el extremo por su hijo Recaredo. Su conversión personal al catolicismo (año 587) y la del reino en el concilio III de Toledo (589) permitía llevar adelante el pacto definitivo entre la nobleza goda y la aristocracia y el episcopado de tradición romana. Algunas informaciones, recogidas por el obispo de Roma, Gregorio Magno, contemporáneo de Recaredo, apuntaban a que había sido el

mismísimo Leovigildo quien recomendó que fuera Leandro, el mismo obispo que había estado detrás del paso al catolicismo de Hermenegildo, quien tutelase la conversión al catolicismo de Recaredo. La novela se hace eco: el texto de Gregorio Magno (*Dialogi*, 3.31, en la edición citada más abajo) está, parcialmente, en la base de las escenas finales de la muerte de Leovigildo.

Es en aquel siglo VI cuando comienza a aparecer el término «visigodos». Por ejemplo, en Procopio, que escribía en griego en Constantinopla, actual Estambul, en la corte del emperador romano de Oriente, Justiniano. Y también aparece en algunos documentos latinos. Por otro lado, la grafía «Hispania» convivió con otras variantes, como «Spania». La transmisión codicológica posterior, plenamente medieval, conservaría asimismo diferentes variantes.

La novela trata, precisamente, sobre la expansión y consolidación del reino godo en la antigua Hispania. Los textos de la época aludirán recurrentemente a *Spania y Gallia*, en el sentido de incluir lo que había sido la Hispania romana (especialmente tras la conquista del reino suevo de Gallaecia en el 585), además de la franja meridional de la Galia Narbonense, que habían podido conservar pese a los reinos francos merovingios.

* * *

Para agilizar la lectura, he dispuesto las dataciones en nuestra forma actual. Por idéntico motivo, aunque las ciudades mantienen sus nombres latinos originales, anoto las tildes para acomodar la lectura a nuestra lengua: Emérita y no Emérita, o Híspalis y no Hispalis, entre otros casos.

Por supuesto, en el transcurso de la novela aparecen personajes históricos y otros que no lo son, y son estos últimos quienes llevan el peso de la trama literaria. Sergio es el protagonista, el autor de las memorias, que escribe en los ultimísimos días del rey Sisebuto, en el mes de febrero del año 621. Elia, Pomponio, Antestio y «los

infames», Amando, Faustino, Lino, Porfirio, Jana, y tantos otros, son producto de mi imaginación. No así los reyes visigodos. Unos aparecen aquí con frecuencia y otros solamente son mencionados: Agila, Atanagildo, Leovigildo, Recaredo, Liuva II, Witerico, Gundemaro, Sisebuto… y Hermenegildo. Este, tal y como se cuenta en la novela, se rebeló contra su padre (Leovigildo) y su hermano (Recaredo); y no es menos cierto que se extendió un manto de silencio sobre su conversión al catolicismo.

En las fuentes de dentro del reino, como Isidoro o Juan de Bíclaro, Hermenegildo aparece como un tirano. No se menciona, a pesar de que dichas fuentes son católicas, su conversión al catolicismo. Sin embargo, fuentes alóctonas como Gregorio de Tours (*Libri historiarum X* ed. B. Krusch, W. Levison, *Gregorii Episcopi Turonensis Libri historiarum X* Hahn, Hannover, 1951), desde los reinos francos, y Gregorio Magno, obispo de Roma (*Dialogi*, ed. A. de Vogüé, *Grégoire le Grand. Dialogues*, Du Cerf, París, 1979-1980), sí recogen la conversión de Hermenegildo. Gregorio de Tours, además, cita explícitamente que Leovigildo tuvo que tomar Mérida (*ca*. 582) en el contexto de la guerra contra su hijo. En la novela se recrea aquella entrada de Leovigildo en la ciudad del Anas, río que nosotros conocemos como Guadiana.

* * *

Semejante contraste es uno de los puntos en los que Sergio, en la ficción, toma una iniciativa determinante; iniciativa que también le atribuyo, en la ficción, a la idea del pacto entre los godos y los jerarcas de la Iglesia católica, con Leandro de Sevilla a la cabeza. Este y su hermano menor y sucesor, Isidoro, aparecen en la novela. En particular, quiero llamar la atención sobre el hostigamiento a los judíos. En la trama literaria, es Sergio el muñidor de semejante persecución, que ya se atisba en los días de Recaredo pero decididamente impulsada por Sisebuto (612-621). La historicidad

de la misma es absoluta, como también que Isidoro fue ciertamente crítico con semejante decisión, a pesar de su posición contraria y hostil al judaísmo. Sunildo, el prelado arriano, es un personaje de ficción, pero no Eufemio, que, efectivamente, era el obispo católico de Toledo durante el concilio III celebrado en la capital del reino, en el que Recaredo escenificó la conversión al catolicismo. Igualmente es histórico el discurso de Leandro, al menos el texto del mismo; aunque, por la transmisión posterior en los códices medievales que han llegado hasta nosotros, no es absolutamente seguro, aunque sí muy probable, que lo pronunciara en aquella reunión.

En general, si el lector desea conocer más detalles sobre la época de la novela, puede acudir a manuales universitarios. Cito solamente tres de ellos, siendo el último de ellos obra mía: P. C. Díaz Martínez, F. J. Sanz Huesma, C. Martínez Maza, *Hispania tardoantigua y visigoda*, Istmo, Madrid, 2007; R. González Salinero, *Introducción a la Hispania visigoda*, UNED, Madrid, 2017; y S. Castellanos, *Los visigodos*, Síntesis, Madrid, 2018. Las estructuras territoriales y sociales de la época que aparecen como telón de fondo en la novela, tales como *vici* o poblados (como del que procede Sergio), los *suburbia* de las ciudades, los esclavos de particulares y de la Iglesia, los dependientes, el propio funcionamiento del reino, son temas que, para el lector ávido de más datos, pueden ser consultados en mi ensayo publicado en Estados Unidos: S. Castellanos, *The Visigothic Kingdom in Iberia. Construction and Invention*, Universidad de Pennsylvania, 2020.

* * *

La novela cubre un arco cronológico muy amplio, que en la dimensión literaria se abrocha a la vida de Sergio. Nos movemos entre los días del rey Agila, asesinado en la actual Mérida en el 555, y la muerte de Sisebuto, que aconteció en febrero del 621. Esto me ha obligado a acelerar los ritmos, y también a proporcionar

secuencias cronológicas de la vida de Sergio ajustadas a dataciones que, científicamente hablando, no tenemos seguras. Es el caso de los episcopados de Paulo y Fidel en Mérida, por ejemplo. La visita de Atanagildo y Gosvinta a la ciudad es producto de la trama literaria, aunque pudiera haber sucedido, puesto que pasaron sus bases de poder desde la actual Sevilla hasta Toledo y Mérida era un enclave especialmente significativo. En cuanto a las dataciones de las bodas de sus hijas con los reyes francos Chilperico de Neustria y Sigiberto de Austrasia, no disponemos de fechas exactas, pero es probable que aconteciesen hacia el 566, antes de la muerte de Atanagildo, ya avanzado el año 567.

Dada la importancia de Mérida en la novela, creo necesario citar aquí una fuente esencial, las «Vidas de los santos padres emeritenses». Se trata de un texto escrito al menos en dos fases, a inicios y a finales del siglo VII. La edición de referencia del texto latino es la de A. Maya Sánchez, *Vitas Sanctorum Patrum Emeretensium*, Brepols, Turnhout, 1992; recomiendo además la traducción, con estudio introductorio y notas, de I. Velázquez, *Vidas de los santos padres de Mérida. Introducción, traducción y notas*, Trotta, Madrid, 2008. En ellos se pueden encontrar detalles de Masona, personaje clave en la novela. Su relación con Sergio es producto de la ficción, así como los datos sobre sus orígenes personales. Sin embargo, es cierto su origen como aristócrata godo. Episodios como el de la túnica de la mártir Eulalia, así como el debate con Suna, su entrevista con Leovigildo en Toledo o su exilio y regreso, aparecen citados en estas *Vidas*, aunque la novela recrea libre y literariamente dichos episodios. Fue obispo de Mérida desde aproximadamente el 572-573 hasta los primerísimos años del siglo VII. Sí sabemos con certeza que participó, tal y como aparece en la novela, en el concilio III de Toledo, y que su suscripción figuraba en la parte cimera de las listas de firmantes.

La mayor parte de la historia política en la que transcurre la vida de Sergio tiene, entre otras, como fuentes principales, la crónica de Juan de Bíclaro (escrita muy probablemente en los primeros años del siglo VII) y la conocida como *Historia Gothomm* de Isidoro de

Sevilla. Esta obra del hispalense fue editada en dos redacciones diferentes. Una breve, más antigua, finalizada al poco de la muerte del rey Sisebuto (año 621), y otra edición concluida muy pocos años después, ya en época del rey Suintila. La obra de Isidoro es la base empírica para el impacto literario que a Sergio le supone la noticia del presunto envenenamiento de Sisebuto. Dice el obispo hispalense (*Historia Gothorum*, 61, versión breve) que, según algunos, había muerto de muerte natural, pero que, según otros, había sido víctima de envenenamiento. Curiosamente, tal sospecha aparece en la versión breve de la obra citada, redactada precisamente en ese mismo año 621. Sin embargo, en la versión larga, concluida en el reinado de Suintila, hacia el 626, se alude a un exceso de medicamentos. Las ediciones filológicas de referencia de estas dos fuentes son, respectivamente: C. Cardelle de Hartmann, *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarensis Chronicon*, Brepols, Turnhout, 2001; y C. Rodríguez Alonso, *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla*, León, 1975.

Entrando en algunos detalles topográficos, cabe anotar que la reconstrucción que he hecho de los restos de la curia emeritense se basa en los datos del estudio arqueológico de R. Ayerbe, T. Barrientos, F. Palma, «La curia de Augusta Emérita», en *Las sedes de los «ordines decurionum» en Hispania*, CSIC, Mérida 2013, pp. 311-325. Para la estructura martirial y la posterior basílica tardoantigua de Eulalia en Emérita, P. Mateos, *La basílica de Santa Eulalia de Mérida*, CSIC, Madrid, 1999. Sobre el culto a los mártires en la Hispania tardoantigua, C. García Rodríguez, *El culto de los santos en la España romana y visigoda*, CSIC, Madrid, 1966, y Pedro Castillo Maldonado, *Los mártires hispanorromanos y su culto en la Hispania de la Antigüedad Tardía*, Universidad de Granada, Granada, 1999. La novela se hace eco de la eclosión de este fenómeno: Sergio se da cuenta del alcance no solo religioso, sino también social y económico, del asunto.

Sobre el Toledo del siglo VI e inicios del VII, remito a los datos arqueológicos recientemente explicados por Barroso, Jesús

Carrobíes, Jorge Morín de Pablos, Isabel Sánchez Ramos, «Toletum. Configuración y evolución urbana de la capital visigoda y su territorio», en Isabel Sánchez Ramos, Pedro Mateos Cruz (eds.), *Territorio, topografía y arquitectura de poder durante la Antigüedad tardía*, Instituto de Arqueología de Mérida, Mérida, 2018, pp. 195-236; Rafael Barroso, Jesús Carrobíes, Jorge Morín de Pablos, «Arquitectura de poder en el territorio toledano en la Antigüedad tardía y época visigoda: los palacios de Toledo como referente en la edilicia medieval», en *La ciudad medieval: de la casa principal al palacio urbano*, Toledo, 2011, pp. 27-92. He seguido los trabajos de los arqueólogos citados en cuanto a que el *palatium* probablemente se situaba en la zona del actual Alcázar, sin descartar que los yacimientos de Vega Baja correspondan a ampliaciones posteriores. Pero en el siglo VI los centros de poder (episcopado y poder político), probablemente, aún se centraban en el cerro. Las alusiones de Sergio a decoraciones corresponden a la realidad. En cuanto a la capitalidad de Toletum, sabemos que Teudis emitió allí su ley de costas procesales en el 546, aunque la movilidad de Teudis, especialmente por el sur, no confirma en absoluto que la ciudad fuera sede estable de su poder; por otro lado, sabemos que Atanagildo murió allí en 567. Para entonces, lo más probable es que fuera ya la sede regia, algo que sí está confirmado durante el largo reinado de Leovigildo.

La toledana basílica de Santa Leocadia sería o bien construida, o bien restaurada, sobre otro edificio anterior en época de Sisebuto. Al menos así lo recoge tiempo después Eulogio de Córdoba, aunque el texto puede dar a entender más bien una ampliación o una reforma. En la novela me he decantado por la posible memoria tardorromana de la mártir, siguiendo lo esgrimido en los trabajos ya citados de Barroso, Carrobíes, Morín de Pablos, Sánchez Ramos. En la ficción de mi novela, Sergio está particularmente interesado en la mártir Leocadia. No es ni siquiera descartable que se tratase, en realidad, de una creación. Sobre todas estas posibilidades, Pedro Castillo Maldonado; «Los orígenes de las comunidades ciudadanas cristianas: la explicación tardoantigua en la literatura martirial

hispana», *Polis*, 10,1998, pp. 29-37, que recoge las referencias en las que aparece el culto a Leocadia en su «¿Rivalidades ciudadanas en textos hagiográficos hispanos?», *Florentia Iliberritaná*, 10, 1999, pp. 29-40, esp. p. 36. Algunas tradiciones ubicaban la construcción o la ampliación del primer oratorio sobre los restos de la mártir en los días de Sisebuto. Ha de verse también Josep María Gurt i Esparraguera, Pilar Diarte Blasco, «La basílica de Santa Leocadia y el final de uso del circo romano de Toledo: una nueva interpretación», *Zephyrus*, 79, 2012, 149-163.

La escena del luto en la *domus* de Modesto está basada en algunas de las tradiciones romanas más comunes para expresar el luto por los difuntos. Sobre este tema, puede verse M. Requena Jiménez, «El color del luto en Roma», *Gerión*, 30, 2012, pp. 209+218.

No sabemos si Liuva II, hijo y sucesor de Recaredo, era hijo de Bado, pero en la novela he optado por dicha hipótesis. Isidoro anota que era hijo de una dama no procedente de la nobleza: «ignobili quidem matre progenitus» (Isid., *Historia Gothorum*, 57). Por otro lado, conocemos el nombre de la reina que acompañó a Recaredo al concilio III de Toledo y que suscribió con él las actas del mismo: Bado. De tal modo que, combinando ambas informaciones, surge la base para la situación narrada en la novela.

La revuelta de Suna, Sega y los magnates godos contra Masona y, en última instancia, contra Recaredo, es histórica. Tuvo lugar después del anuncio de la conversión de Recaredo al catolicismo, hecho que aconteció en el 587, y la revuelta estalló en ese año o en el siguiente. El concilio III de Toledo comenzó en mayo del 589. La documentación del concilio que nos ha llegado no precisa el lugar de reunión, pero he manejado la hipótesis de que fuera en la iglesia principal de la ciudad, la de Santa María, sede del poder episcopal.

En la novela, en el transcurso de una conversación que, en la ficción, mantienen en la actual Sevilla, Leandro dice a Sergio que Recaredo será un «conquistador de nuevos pueblos para la Iglesia católica». La frase, dirigida al rey godo, fue pronunciada con esas mismas palabras por parte de los obispos en el concilio III de Toledo

(589). Algo similar sucede con el concepto de Recaredo como nuevo Constantino. En el mismo concilio se aludió a los sínodos clave en la finja del niceísmo y del catolicismo, de manera que ya latía la comparación entre Recaredo y aquellos emperadores romanos que habían convocado concilios base del catolicismo posterior. Pero la comparación con Constantino aparece recogida explícitamente en la crónica de Juan de Bíclaro (Bicl., *Chron*., 91), que asistió al concilio (ed. C. Cardelle de Hartmann ya citada). Sobre el tema, puede verse mi artículo «Creating New Constantines at The End of the Sixth Century», *Historical Research*, 85, 2012, pp. 556-575.

La quema de libros mencionada al final de la novela, sugerida por un personaje de mi creación, Sulatio, tiene, sin embargo, cierto fundamento histórico. La base radica en una fuente controvertida y muy complicada: Fredegario, nombre asociado a una crónica escrita en el mundo franco merovingio. Dicha fuente anota que Recaredo ordenó que se quemasen los libros arrianos: Fredeg., 4.8, ed. O. Devillers, J. Meyers, *Frédégaire. Chronique des temps merovingienes*, Brepols, Turnhout, 2001.

El reinado de Recaredo debió de ser el momento en el que se urdieron los pactos para silenciar la conversión de su hermano y la implicación del propio Recaredo en la ejecución, tal y como propongo en la novela. Cosa que, por descontado, no sucedió fuera del reino. Lo argumenté en mi ensayo *Los godos y la cruz. Recaredo y la unidad de Spania*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

Se anota en la novela, de modo especial en la muerte de Leovigildo, la presencia de médicos. Sobre la medicina en época visigoda y sobre el uso del concepto *medicus*, remito a los estudios de Pablo C. Díaz, «Teoría y práctica de la medicina visigoda. Del enciclopedismo de Isidoro a la enfermería monástica», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 72.1, 2020, y de Luis R. Menéndez Bueyes, *Medicina, enfermedad y muerte en la España tardoantigua. Un acercamiento histórico a las patologías de las poblaciones de la época tardorromana e hispanovisigoda (siglos IV-VIII)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2013.

Para los reinados de Gundemaro (610-612) y Sisebuto

(612-621), a los que se refiere de pasada Sergio, puede verse un resumen en mi manual *Los visigodos*, Síntesis, Madrid, 2018. Sobre la cuestión de los judíos en el reino visigodo y en particular en la época de Sisebuto a la que Sergio alude con orgullo, R. González Salinero, *Las conversiones forzosas de los judíos en el reino visigodo*, CSIC, Madrid, 2000. Sobre Isidoro de Sevilla, en la novela aún joven y a la sombra de su hermano Leandro, recomiendo la excelente introducción en J. C. Martín Iglesias (coord.), *Escritos medievales en honor del obispo Isidoro de Sevilla*, Brepols, Turnhout, 2017. Los libros escritos por Leandro contra los herejes, y en particular contra los arríanos, obras hoy perdidas y mencionadas en la novela, son citados por su hermano Isidoro en su *De uiris illustribus*, ed. C. Codoñer, *El «De uiris illustribus» de Isidoro de Sevilla*, CSIC, Salamanca, 1964.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi editora, Penélope Acero, la confianza que ha depositado en este proyecto. Gracias también, Penélope, por permitirme el acceso al equipo estupendo de la editorial EDHASA.

A mi amigo y excelente novelista, José Zoilo, que me ha ayudado y me ha animado, las dos cosas, a navegar en las procelosas aguas editoriales de la novela histórica.

Un agradecimiento muy especial a mis lectores. Sus comentarios, tanto en persona (en conferencias, encuentros con lectores) como a distancia (en redes sociales y blogs, círculos de lectura y *podcasts*), son siempre un acicate para mí.

Nos seguimos viendo en mis redes sociales (@biclarense) y en las ocasiones en las que nos encontremos tanto «virtualmente» como en persona.



SANTIAGO CASTELLANOS (Logroño, 1971) es profesor titular de Historia Antigua en la Universidad de León. Doctor en Historia por la Universidad de Salamanca, ha sido Visiting Scholar invitado en la Universidad de Oxford y profesor de investigación por la Universidad de Notre Dame, Estados Unidos.

Como historiador, ha dirigido varios proyectos de investigación del Ministerio de Educación y del de Economía, analizando los cambios en el ocaso del Imperio romano y la Hispania visigoda; ha publicado en revistas científicas, como *Journal of Early Christian Studies, Early Medieval Europe o Historical Research*, entre otras, ha impartido decenas de conferencias en diversos países del mundo y es autor de capítulos en obras colectivas en algunas de las editoriales internacionales más relevantes.

Entre sus ensayos, cabe mencionar *En el final de Roma* (Marcial Pons, 2013), *Constantino. Crear un emperador* (Sílex, 2010) o *Los Godos y la Cruz* (Alianza Editorial, 2007), sobre la conversión del reino visigodo al catolicismo. Sus últimos libros académicos son *Los visigodos* (Síntesis, Madrid, 2018), *Diocleciano y la Gran Persecución* (RBA-Gredos, 2018, con edición en Italia, 2019), y *The Visigothic Kingdom in Iberia* (University of Pennsylvania Press, 2020).

Inmerso en la Historia, otra de sus grandes pasiones es la novela,

género al que pertenecen obras como *Gothia. Muerte en Barcinona* o *El libro de los crímenes* (todas ellas en Ediciones B). Esta *Rey de los godos* (Edhasa, 2023) es su última novela, y sin duda lo consagra entre los grandes del género de la narrativa histórica en nuestro país.